

CATRIONA

Robert Louis Stevenson

Traducción: Luis Sánchez Bardan

EDICIONES GENERALES ANAYA

La presente obra es traducción directa e íntegra del original inglés en su primera edición (prepublicada en Atalanta), publicada en forma de libro en Londres, Cassell, 1893

Título original:

Catriona, a sequel to Kidnapped, being memoirs of the further adventures of David Balfour at home and abroad in which are set forth his misfortunes arent the Appin murder; his troubles with Lord Advocate Grant; captivity on the Bass Rock; journey into Holland and F.rance; and singular relations with James More Drumond or Macgregor, a son of the notorious Rob Roy, and his daughter Catriona, written by himself, and now set forth by R.L.S., Londres, 1893

© Ed. castellana: Ediciones Generales Anaya, S. A., Madrid, 1983

Villafranca, 22, Madrid-28

1.^a edición en «Mis libros», marzo 1983

1.^a edición en «Tus libros», febrero 1985

ISBN: 84-7525-199-4

Depósito legal: M. 1.742/1985

Impreso en Litografía Josmar, S. A.

Artesanía, 17

Polígono Industrial de Coslada (Madrid) Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra, bajo cualquiera de sus formas, gráfica o audiovisual, sin la autorización previa y escrita del editor, excepto citas en revistas, diarios o libros, siempre que se mencione la procedencia de las mismas.

A Charles Baxter, procurador.

Mi querido Charles:

Es sino de las segundas partes defraudar a quienes las esperaban, y mi David, dejado a su suerte durante más de un lustro en el despacho de la British Linen Company, debe contar con que su tardía reaparición se reciba con gritos, si no con proyectiles. Con todo, cuando recuerdo los días de nuestras exploraciones, no me falta la esperanza. Seguramente habremos dejado en nuestra ciudad la semilla de alguna inquietud. Algún joven patilargo y fogoso debe de alimentar hoy los mismos sueños y desvaríos que nosotros vivimos hace ya tantos años; y gustará el placer, que debiera haber sido nuestro, de seguir por entre calles con nombres y casas numeradas las correrías de David Balfour, reconociendo a Dean, Silvermills, Broughton, el Hope Park, Pilrig y la vieja Lochend, si todavía está en pie, y los Figgate Whins, si nada de aquello desapareció, o de echarse a andar a campo traviesa (aprovechando unas largas vacaciones) hasta Guillane o el Bass.

Puede que así su mirada reconozca el paso de las generaciones pasadas y considere, sorprendido, el trascendental y precario don de su existencia.

Tú aún permaneces —como cuando te vi por primera vez, y en la última ocasión en que me dirigí a ti— en esa ciudad venerable que siempre siento como mi propia casa.

Y yo, tan lejos, perseguido por las imágenes y recuerdos de mi juventud, tengo ante mí, como en una visión, la juventud de mi padre y la de su padre y toda una corriente de vidas que desciende hacia el Norte remoto, arrastrando un rumor de risas y de lágrimas, hasta arrojarme, al fin, envuelto en una inundación brusca, a estas islas lejanas.

Y yo, admirado, humillo mi cabeza ante la gran novela del destino.

R. L. S.

Vailima Upulu, Samoa, 1892

Primera parte

EL LORD Advocate¹

I. Un mendigo a caballo

El 25 de agosto de 1751, hacia las dos de la tarde, salía yo, David Balfour, de la British Linen Company, escoltado por un mozo que me llevaba una bolsa de dinero, mientras algunos de los jefes más encopetados de la casa salían a despedirme desde las puertas de sus despachos. Dos días antes, e incluso hasta ayer por la mañana, era yo una especie de pordiosero al borde de un camino, cubierto de harapos, contando mis últimos chelines; tenía por compañero a un condenado por traición y con mi propia cabeza puesta a precio por un crimen que había alborotado a todo el país. Y hoy se me daba por herencia una posición en la vida, era un terrateniente, con un ordenanza del banco cargado con mi oro, cartas de recomendación en los bolsillos y (como suele decirse) con todos los triunfos en la mano.

Se daban, sin embargo, dos circunstancias que bien pudieran trastocar el buen derrotero que habían tomado mis asuntos. Una era la difícil y peligrosa negociación que debía llevar a cabo; la segunda, el lugar en que me encontraba. La enorme ciudad sombría, y la agitación y el ruido de tal cantidad de gentes, resultaban para mí un mundo nuevo tras los ribazos pantanosos, las arenas de la costa y los apacibles campos en que había vivido hasta entonces. Me abatía particularmente aquella multitud ciudadana. El hijo de Rankeillor era flaco y corto de talla; apenas me cabían sus ropas y realmente no me favorecían para ir pavoneándome delante del ordenanza de un banco. Vestido así no conseguiría sino hacer reír a la gente y (lo que era peor en mi caso) hacerme blanco de habladurías. Así que resolví procurarme ropa a mi medida y, mientras caminaba al lado del ordenanza que llevaba mi bolsa, le eché el brazo al hombro, como si fuéramos un par de amigos.

Me equipé en la tienda de un comerciante de Luckenbooths: nada que pecase de lujoso, pues no tenía la intención de presentarme como un «mendigo a caballo», sino honestamente y como correspondía, de forma que impusiera respeto a los criados. De allí me fui a un armero donde conseguí una espada común, tal como cuadraba a mi posición en la vida. Me sentía más seguro con el arma, aunque (más bien ignorante de su uso) se podría decir que suponía un peligro más. Mi ordenanza, que era evidentemente hombre de cierta experiencia, juzgó que había seleccionado mi atavío con acierto.

—Nada que llame la atención —dijo—, una vestimenta decente y sencilla. Y en cuanto al espadín, a buen seguro que conviene a vuestro grado; pero, si yo estuviera en su lugar, habría dado mejor fachada a mi dinero.

1 Es el principal representante jurídico de la Corona en Escocia y sus funciones equivalen a las de *Attorney General* (Fiscal del Tribunal Supremo en Gran Bretaña).

Y me propuso que comprara unas calzas en la tienda de una señora del bajo Cowgate, prima suya, que las tenía de lo mejor.

Pero yo tenía asuntos más urgentes a mano. Me hallaba en esta vieja ciudad tenebrosa, lo más parecido del mundo a una conejera, no sólo por el número de sus habitantes, sino también por el laberinto de sus travesías y callejones cerrados. Un lugar, ciertamente, donde a un extranjero no podía caerle en suerte hallar a un amigo, más si éste era otro extranjero. Y aun suponiendo que atinase a dar con él, era tanta la gente que se apiñaba en estas altas casas, que bien pudiera pasarse buscando un día entero antes de acertar con la puerta justa. Lo común era contratar un mozo, de los que llamaban *caddies*; alguien que hacía de guía o piloto, conduciéndole a uno a donde necesitara ir y (hechas las diligencias) trayéndole de nuevo a donde se hospedara. Pero estos *caddies*, empleados siempre en la misma clase de servicios, y teniendo por fuerza de su oficio la obligación de estar bien informados de cada casa y persona de la ciudad, habían acabado por constituir una hermandad de espías; y yo mismo sabía, por los relatos del señor Campbell, cómo se pasaban las informaciones de unos a otros, con qué avidez curiosa iban dando cuerpo a sus conjeturas en torno a los asuntos de quienes los empleaban, y cómo eran los ojos y los dedos de la policía. En las circunstancias en que me hallaba habría sido prueba de muy escaso juicio poner tal hurón a mis talones. Debía realizar tres visitas, todas necesarias y sin posible dilación: a mi pariente el señor Balfour de Pilrig; al abogado Stewart, el cual llevaba los asuntos de Appin; y a William Grant, *Esquire*² de Prestongrange, *Lord Advocate* de Escocia. La del señor Balfour no era una visita comprometida y, además (puesto que Pilrig se hallaba en la región), confiaba en poder hallar el camino por mí mismo, con la ayuda de mis piernas y mi conocimiento del escocés. Pero las dos restantes eran casos diferentes. No sólo se trataba de la visita al agente de Appin, en medio del escándalo que rodeaba a Appin debido al asesinato, lo cual era peligroso de por sí, sino que tal visita, además, era incompatible con la otra. Yo estaba dispuesto a pasar, en el mejor de los casos, un mal rato con el *Lord Advocate* Grant; pero ir a verle recién salido de la casa del agente de Appin era hacer un flaco favor a mis propios asuntos y, muy probablemente, sería la perdición de mi amigo Alan. Proceder así me daba, en conjunto, la impresión de estar de una parte corriendo con la liebre, y de otra, cazando con los podencos; nada de lo cual me satisfacía en absoluto. Decidí entonces realizar primero lo que debía solucionar con el señor Stewart y el lado jacobita³ del asunto, y aprovechar para ese propósito la guía del ordenanza que tenía a mi lado. Pero acababa de darle la dirección, cuando empezó a llover —cuatro gotas sin consecuencias, a no ser por mi nuevo atavío— y buscamos cobijo en un tramo a cubierto, en la entrada de un callejón sin salida.

Tentado por la curiosidad, di unos pasos hacia el interior del callejón. El pavimento de la estrecha calzada descendía en pendiente. Las casas, increíblemente altas, pendían a cada lado combadas en sus aleros, un piso sobre otro, creciendo hasta lo alto donde sólo se mostraba una cinta de cielo. Por lo que pude atisbar por las ventanas y por el aspecto respetable de las personas que entraban y salían, estas casas debían estar habitadas por gente de buena posición; todo lo que veía del lugar me interesaba como si fuera parte de

2 Tratamiento honorífico que se daba a los que no poseían títulos nobiliarios. Era el primer peldaño, por así decirlo, de la nobleza británica. Aunque no existe una equivalencia exacta en castellano, sería algo así como el antiguo hidalgo español.

3 Los jacobitas pertenecían al partido legitimista inglés y escocés, que sostuvo, después de 1688, la causa de Jacobo II (1633-1701) contra Guillermo de Nassau (1650-1702).

una novela.

Aún me absorbía esta contemplación, cuando sonaron tras de mí pasos secos y rítmicos entre un ruido de armas. Al darme la vuelta rápidamente vi una partida de soldados y, en medio de ellos, a un hombre de estatura elevada cubierto con un sobretodo. Caminaba un poco inclinado como si iniciara un gesto de cortesía airoso e insinuante: sus manos oscilaban con un movimiento de aplauso contenido y dejando asomar la astucia en su rostro noble. Creí sentir sobre mí sus ojos, pero no pude encontrar su mirada. Este cortejo pasó a nuestro lado hasta detenerse ante una puerta del callejón, que fue abierta por un lacayo de rica librea, conduciendo dos soldados al prisionero al interior de la casa y quedando el resto al pie de la puerta, apoyados en sus mosquetones.

Ningún suceso en las calles de una ciudad ocurre sin el acompañamiento de desocupados y chiquillos. Y así sucedió ahora; pero la mayoría se disolvió pronto, hasta no quedar más que tres personas. Una de ellas era una joven que vestía como una dama y cuyo tocado completaba una escarapela con los colores de los Drummond. En cuanto a sus compañeros o (mejor diría) servidores, eran domésticos desharrapados, tales como los que yo había visto por docenas en mis viajes por las tierras altas. Los tres conversaban gravemente en gaélico. El acento de esta lengua me era particularmente dulce porque me recordaba a Alan; y aunque la lluvia había cesado y mi ordenanza tiraba de mí para que nos fuésemos, yo me aproximé aún más al grupo con la intención de escuchar. Regañados acaloradamente por la dama, los otros se excusaban servilmente, por lo que deduje que ella pertenecía a una casa principal. Mientras sucedía esto, los tres buscaban con insistencia sus bolsillos y, por lo que pude adivinar, terminaron por reunir apenas medio ochavo entre todos. Esto me hizo sonreír mientras miraba a estos montañeses, siempre los mismos, con su refinada educación y sus bolsas vacías.

De pronto, la muchacha volvió casualmente la cabeza y vi entonces su rostro por vez primera. No hay cosa más admirable que la forma en que el rostro de una mujer se adueña de la mente de un hombre y ahí permanece sin que él sepa nunca decir por qué; como si hubiera sido precisamente eso lo que él deseara. Tenía unos ojos maravillosos, relucientes como estrellas; mas no fueron solamente sus ojos, pues lo que más vivamente recuerdo es el dibujo de sus labios entreabiertos cuando ella se volvió; sea por lo que fuese, permanecí allí mismo, mirándola como alelado. Ella, como si no se hubiese dado cuenta hasta entonces de tener a alguien tan cerca, me miró un poco más detenidamente y quizá con más sorpresa de lo que permiten las normas de la estricta cortesía. Por mi ruda cabeza provinciana, pasó la idea de que ella pudiera haberse impresionado ante mi flamante atuendo, con lo que enrojecí como una amapola; es de suponer que a la vista de mi azoramiento ella sacara sus propias conclusiones, porque se apartó a un lado del callejón con sus sirvientes y allí, donde yo no podía ya oír nada, volvieron a su disputa.

Hasta aquel momento habían cautivado mi admiración algunas muchachas, pero rara vez con una intensidad tan brusca; y, más bien, me habían impulsado mis sentimientos hacia atrás que hacia adelante, pues me sentía extremadamente vulnerable frente a las burlas de las mujeres.

Cabe pensar que yo tenía en esta ocasión razones de más para seguir mi antigua práctica, pues acababa de encontrar a esta joven en la calle, siguiendo, por lo visto, a un preso y acompañada por dos desharrapados montañeses de mal cariz. Pero había algo más; era

evidente que la chica pensaba que yo había estado fisgoneando en sus secretos, y yo no podía, con mis nuevas ropas y mi espada y desde la posición de mi nueva fortuna, sufrir tales sospechas. El «mendigo a caballo» no podía tolerar verse rebajado hasta ese punto, o, al menos, no ante esta joven dama. Me dirigí, pues, a ella, quitándome el flamante sombrero con mis mejores modales.

—Señora —dije—, me siento obligado, por respeto a mí mismo, a hacerle saber que no entiendo el gaélico. Es cierto que escuchaba, pues tengo amigos que viven en las *Highlands*⁴ y me es muy querido el acento de su lengua; mas, en lo que toca a vuestros asuntos privados, si os hubierais expresado en griego, podría haber entendido algo.

Ella me hizo una leve y distante reverencia.

—No ha habido ofensa —dijo con un precioso acento que parecía inglés (pero más agradable)—, cualquier gato puede mirar al rey.

—No tengo intención de ofenderos —respondí—. No estoy versado en los modales de la ciudad. Nunca, hasta hoy, había puesto mis pies en Edimburgo. Tomadme por lo que soy: un muchacho del campo; mejor quiero confesarlo que lo descubráis vos misma.

—Ciertamente, no es común que los extraños hagan sus encuentros en mitad de la calle. Pero si sois del campo, eso cambia las cosas. Yo soy tan del campo como vos; de las *Highlands*, como veis, y también me siento lejos de mi casa.

—Apenas hace una semana que llegué a la ciudad —dije—. No ha pasado una semana desde que me hallaba en los brezales de Balwhidder.

—¿Balwhither? —exclamó—. ¿Venís de Balwhither⁵? Ese nombre y todo lo que evoca me llena de alegría. Por poco tiempo que hayáis estado allí, debéis conocer a algunos de mis parientes o amigos.

—Viví en la casa de un hombre honrado y bondadoso, llamado Duncan Dhu MacLaren —contesté.

—Sí, conozco muy bien a Duncan y le dais los calificativos que merece; mas, por muy cabal que él sea, su esposa no lo es menos.

—Es cierto, son excelentes personas y el lugar muy hermoso.

—¿Hay otro semejante en todo el mundo? Amo esa tierra, su olor y hasta las raíces que allí crecen.

Me sentía cautivado por la vehemencia de aquella joven.

—Ojalá pudiera haber traído conmigo el perfume de aquellos brezales —dije—. Y aunque siento mi torpeza por haberme dirigido a vos tan desenfadadamente, creo que ahora tenemos cosas en común. Os ruego que no me olvidéis, se me conoce por David Balfour, y

4 Región montañosa del norte de Escocia. La antigua Escocia estaba dividida en *Highlands* (tierras altas) y *Lowlands* (tierras bajas). Los naturales de las primeras reciben el nombre de *highlanders*, y los de las últimas, *lowlanders*.

5 Pueblo que se halla en el extremo del lago Voil en la región central de Escocia. En esta región de las *Highlands* vivían numerosos miembros de los *Macgregors*, el clan al que pertenecía Catriona. La variante ortográfica es del original y depende de quien habla. David utiliza la primera forma; Catriona, la segunda.

hoy es un día muy afortunado para mí, pues acabo de recibir el legado de mi patrimonio y hace muy poco que me he librado de un peligro de muerte. En recuerdo de Balwhidder, recordad mi nombre como yo recordaré el vuestro, en memoria de este día afortunado.

—Mi nombre está proscrito —dijo en tono altivo—. Hace más de cien años que no ha estado en lenguas de nadie salvo a escondidas, como el hada del cuento⁶. Utilizo el de Catriona Drummond.

Ahora ya sabía a qué atenerme. En toda Escocia no había sino un solo nombre proscrito: el de los MacGregors. Sin embargo, lejos de huir a este contacto indeseable, me comprometí aún más en él.

—He convivido con alguien que estaba en esa misma situación —dije—, y espero que será uno de vuestros amigos. Le llaman Robin Oig.

—¿Es cierto? —exclamó—. ¿Conoce a Rob?

—He pasado una noche en su compañía.

—Sí, es un ave nocturna —dijo ella.

—Teníamos allí una gaita —añadí—. Podéis adivinar cómo pasamos nuestros tiempo.

—En cualquier caso, no podéis ser un enemigo —dijo—. Su hermano estaba ahí hace un momento, con los casacas rojas⁷ alrededor. Yo le llamo mi padre.

—¿Es posible? —exclamé—. ¿Sois hija de James More?

—Soy su única hija; la hija de un preso. Es posible que lo haya olvidado, al menos por una hora, hablando con extraños.

En este punto uno de los sirvientes, dirigiéndose a ella en un pésimo inglés, le preguntó qué debía hacer «para lo del rapé». De una ojeada me apercibí de los rasgos de este hombre bajo, patizambo, pelirrojo y de una gran cabeza, que más tarde, a mi costa, habría de conocer mejor.

—Hoy ya no se puede hacer nada, Neil —le contestó ella—. ¿Cómo pensáis comprar rapé sin dinero? Esto os enseñará a ser más cuidadoso otra vez, y creo que James More no estará muy complacido con Neil, hijo de Tom.

—Señorita Drummond —dije—. Ya os he dicho que estoy en mi día de suerte. Aquí tengo un ordenanza de banco a mis talones y recordad que recibí la hospitalidad de vuestra propia tierra de Balwhidder.

—Nadie de mi gente os la dio.

—Ah, bien —dije—, pero estoy en deuda con vuestro tío, al menos por unos aires de gaita. Y, además, os he ofrecido mi amistad y no me la habéis rechazado cuando hubiera sido su momento.

—Si se tratara de una gran suma este gesto os hubiera honrado, pero os diré de lo que se trata. James More permanece encadenado en la prisión, pero desde hace algún tiempo le

6 Hace referencia a las hadas pues la superstición popular no osaba llamarlas directamente por su nombre.

7 Los soldados ingleses recibían esta denominación debido al color rojo de sus uniformes.

traen aquí cada día a la casa del *Advocate*.

—¡A la casa del *Advocate*!—exclamé—. ¿Es ahí...?

—Esta es la casa del *Lord Advocate* Grant de Prestongrange. Aquí se trae a mi padre continuamente. Con qué fin, no tengo la menor idea; pero parece que hay para él una vislumbre de esperanza. Durante ese tiempo no me han dejado verle, ni escribirle siquiera, así que aguardamos en las calles del reino a que pase y así cogemos la ocasión al vuelo para entregarle, mientras pasa, unas veces su rapé y otras algo por el estilo. Y he aquí que ahora este vástago de desdicha, Neil, hijo de Duncan, ha perdido mi moneda de cuatro peniques, que era el dinero para el rapé, y James More va a quedarse con las ganas y pensará que su hija le ha olvidado.

Saqué seis peniques de mi bolsillo, se los di a Neil y le mandé ir al recado. Después me dirigí a ella:

—Esa moneda de seis peniques vino conmigo de Balwhidder.

—Ah —dijo—, veo que sois un amigo de los Gregara.

—No quisiera engañaros de nuevo —dije—, apenas conozco a los Gregara y aún sé menos de James More y sus asuntos, pero en el poco tiempo que llevo en esta calle me parece que habéis dejado de ser una extraña para mí. Decid mejor «un amigo de la señorita Catriona» y os equivocaráis menos.

—Lo uno no puede ir sin lo otro —dijo.

—Aun así, lo intentaré —repuse yo.

—¿Y qué vais a pensar de mí? —exclamó—, sino que ofrezco mi mano al primer desconocido?

—No pienso nada, a no ser que sois una buena hija.

—Debo devolveros el dinero. ¿Dónde os alojáis?

—A decir verdad, aún no tengo donde, pues no llevo ni tres horas en la ciudad; pero, si me dais vuestra dirección, me permitiré el atrevimiento de ir yo mismo a buscar mis seis peniques.

—¿Puedo confiar en vos hasta ese punto?

—No tengáis ningún temor.

—James More no toleraría lo contrario. Me hospedo más allá de la aldea de Dean, en la orilla norte, en la casa de la señora Drummond-Ogilvy de Allardyce, una amiga íntima que tendrá mucho gusto en daros las gracias.

—Allí me veréis tan pronto como mis asuntos me lo permitan —dije.

Luego, el recuerdo de Alan vino de nuevo a mi mente y me precipité a decir adiós.

No podía sino pensar, una vez que me despedí, que habíamos sido, durante el breve encuentro, extraordinariamente francos y que una dama más discreta se habría mostrado más retraída. Creo que fue el ordenanza quien me sacó de estos pensamientos tan poco

galantes.

—Creí que erais un joven con algo más de buen juicio —comenzó a decir enfurruñado—, pero parece que estáis a un buen trecho de eso. No andarán mucho tiempo juntos el loco y su plata. ¡Vaya!, así que sois un galán picarón y además un calavera. ¡De cháchara con muñecas de un centavo!

—Si os atrevéis a hablar de esa dama... —comencé a decir.

—¡Una dama! —exclamó—. Dios bendito, ¿qué dama? ¡Llamar a *eso* una dama, amigo! La ciudad está llena de ellas: ¡Damas! Ya se nota que no conocéis todavía Edimburgo.

Me invadió un sentimiento de cólera.

—¡Ya basta! —exclamé—. Conducidme adonde os he dicho y mantened cerrada vuestra asquerosa boca.

El me obedeció a medias, pues, sin dirigirse directamente a mí, cantaba aludiéndome descaradamente con una voz estentórea y desafinada mientras caminábamos:

*Cuando Mary Lee bajaba por la calle, se le voló la toca;
ella echó una mirada de reojo a su salto de cama
y todos vinimos del este y del oeste,
vinimos todos a la vez,
vinimos todos del este y del oeste
a cortejar a Mary Lee.*

II. El abogado de las Highlands

El abogado Charles Stewart vivía en lo alto de la escalera más larga construida nunca por manos de albañil: quince pisos, ni uno menos; y, cuando había alcanzado la puerta y la abrió el escribiente diciéndome que el abogado estaba dentro, apenas me quedaba resuello para despedir a mi ordenanza.

—Largaos —le dije— al este y al oeste.

Y, quitándole de las manos la bolsa de dinero, seguí al escribiente al interior de la casa. La primera habitación era la oficina de este último y allí estaba su silla delante de una mesa cubierta de papeles de asunto jurídico. En la habitación del fondo, que comunicaba con ésta, un hombrecillo vivaracho miraba con atención una escritura de la que apenas apartó los ojos cuando yo entré; en realidad mantenía un dedo puesto en el espacio de la página como si se dispusiera a mandarme salir, y volver de nuevo a su lectura. Esto no me agradó demasiado y aún me gustaba menos ver que el escribiente se había situado en buen sitio para escuchar lo que se hablase entre el abogado y yo.

Pregunté al hombre menudo si era él el señor Charles Stewart, abogado.

—El mismo —respondió—; y, si me permite que le haga la misma pregunta, ¿quién sois vos?

—No conocéis mi nombre ni sabéis nada de mí —dije—, pero os traigo la prenda de un amigo que conoceréis bien. Que conoceréis bien —repetí bajando la voz—, pero del que quizá, en este momento, no os sintáis muy deseoso de oír hablar. Los pormenores del asunto que debo proponeros son de naturaleza más bien confidencial. Y, en resumidas cuentas, me gustaría que tuviéramos esta entrevista en privado.

El se puso en pie sin decir palabra y, apartando sus papeles con gesto contrariado, mandó al escribiente fuera con un encargo y cerró la puerta de la habitación tras él.

—Y ahora, señor —dijo, volviendo a sentarse de nuevo—, podéis hablar libremente y sin temor alguno. Pero antes de que comencéis —y alzó aquí la voz— debo por mi parte avisaros mis recelos. Os lo digo de antemano: sois un Stewart o un Stewart os manda. Es un nombre digno y no sería correcto que un hijo de mi padre lo menospreciara. Pero empieza a inspirarme terror la simple mención de ese nombre.

—Me llamo Balfour —contesté—, David Balfour de Shaws. Y en cuanto al que me envía, su prenda hablará por él.

Y mostré el botón de plata.

—Guardaos eso —gritó el abogado—, no necesitáis nombrarle. ¡Ese botón del diablo! Ya lo conozco, ¡que el diablo se lo lleve! ¿Dónde está él ahora?

Le dije que no sabía dónde se encontraba Alan, pero que estaba en un lugar seguro (o eso creía al menos) en la orilla norte, donde permanecería hasta que se le proporcionara un barco; y que habíamos convenido una cita para informarle yo el cómo y cuándo.

—He tenido siempre la corazonada de que me colgarían de un cable por culpa de mi endiablada familia —gritó el abogado—. ¡Y, por Dios, que creo que ha llegado el día! ¡Conseguirle un barco! ¿Y quién lo va a pagar? ¡Ese hombre está loco!

—Esa es la parte que corre de mi cuenta, señor Stewart. Aquí hay una bolsa con buen dinero y, si necesitase más, puede traerse más de donde traje éste.

—No necesito preguntaros vuestras opciones políticas —dijo.

—Desde luego —contesté con una sonrisa— soy un *whig*⁸. Tan cabal como cualquiera.

—Alto ahí, alto ahí —dijo el señor Stewart—. ¿Qué es todo esto? ¿Un *whig*? Pero entonces, ¿qué hacéis aquí con el botón de Alan? ¿Y qué clase de contrabando es éste para que vos os hayáis metido, señor *whig*? Estamos ante un rebelde proscrito y un acusado de homicidio, con la cabeza puesta a precio por doscientas libras, y vos me pedís que me comprometa en sus asuntos y ¡luego me confesáis que sois un *whig*! Jamás supe de un *whig* de esta especie, y eso que he conocido montones de ellos.

—El es un rebelde proscrito, y lo siento más por cuanto es mi amigo. Sólo puedo desear que hubiera ido mejor encaminado. También es un acusado de asesinato, para su desgracia;

8 *Whig* o *whigamore* era el nombre coloquial que se daba a los leales al rey Jorge.

pero esa acusación es un error.

—Eso es lo que vos decís.

—Otros además de vos me lo oirán decir dentro de poco —repuse—; Alan Breck es inocente, y James también lo es.

—Oh —dijo él—, el caso de uno y otro son la misma cosa. Si Alan quedara libre, James no podría ser acusado de nada.

Después de esto, le relaté en pocas palabras cómo conocí a Alan, de qué modo fortuito fui testigo del asesinato de Appin, los diversos lances de nuestra huida por el monte y la recuperación de mi patrimonio.

—Así pues, señor, ya estáis al tanto de cómo se desarrollaron los hechos y —continué— podéis ver vos mismo cómo me vi implicado en los asuntos de vuestra familia y vuestros amigos, que (por el bien de todos) ojalá hubieran sido asuntos más corrientes y menos sangrientos. También vos mismo podéis colegir que quedan sueltas ciertas piezas de este asunto y que no resultaba conveniente confiar el caso a cualquier abogado elegido al azar. Sólo me resta preguntaros si os vais a hacer cargo del caso.

—No me siento muy dispuesto, pero viniendo, como habéis venido, con el botón de Alan, apenas se me da la opción para elegir —contestó—. ¿Cuáles son vuestras instrucciones? —añadió, tomando su pluma.

—Lo primero es hacer que Alan salga ocultamente del país —contesté—; pero esto no necesito repetíroslo.

—Va a ser difícil que lo olvide —dijo.

—Lo siguiente es la pequeña suma de dinero que debo a Cluny —continué—. Yo tendría dificultades para encontrar un medio de transporte, mientras que no sería difícil para vos. Son dos libras, cinco chelines y tres peniques y medio, en moneda esterlina⁹.

El abogado tomó nota.

—Después —dije—, hay un tal señor Henderland, predicador y misionero autorizado de Ardgour, a quien me gustaría enviar un poco de rapé, y como imagino que mantenéis contacto con vuestros amigos de Appin (que está tan cerca), es un recado que se podría hacer al mismo tiempo que el otro.

—Hemos dicho rapé. ¿Cuánto?

—Pongamos que dos libras.

—Dos —dijo.

—Luego está la joven Alison Hastie, en Limekilns —dije—. Ella fue quien nos ayudó a Alan y a mí a cruzar el Forth. Yo pensaba que si le pudiese enviar un bonito vestido para los domingos, que ella pudiera llevar sin desdecir de su rango, me quedaría con la conciencia más tranquila: pues la pura verdad es que los dos le debemos la vida.

9 En el sistema monetario inglés antes de la reforma de 1970 se dividía así: Una libra esterlina equivale a veinte chelines, y cada chelín equivale a doce peniques.

—Me place ver que sois juicioso con vuestro dinero, señor Balfour —observó el abogado mientras tomaba sus notas.

—Me daría vergüenza no serlo el primer día que disfruto mi herencia —respondí—; y ahora, si queréis sumar todos los gastos y añadir vuestros honorarios, me gustaría saber si sobra algún dinero para no ir con los bolsillos vacíos. No es que escatime nada de todo lo que sea necesario para poner en salvo a Alan, ni que no posea más; pero, habiendo retirado tal suma el primer día, creo que no daría buena impresión volver al día siguiente por más. Sólo deseo que se asegure de si es suficiente —añadí—, pues no quisiera por nada del mundo que nos viésemos otra vez.

—Vaya, me complace ver que también sois precavido. Pero me parece que os arriesgáis dejando una suma tan elevada a mi discreción.

Dijo esto sin disimular una burla amistosa.

—Tendré que correr el riesgo —respondí—. Ah, y me queda por pedir os aún otro favor: que me indiquéis un alojamiento, pues no tengo techo para mi cabeza. Pero es necesario que mi paso por allí tenga todos los visos del azar; no sería conveniente que el *Lord Advocate* entrara en sospechas de nuestros contactos.

—Podéis calmar vuestra inquietud —dijo—. Jamás pronunciaré vuestro nombre, señor; y, además, creo que el *Advocate* disfruta por ahora la envidiable suerte de ignorar vuestra existencia.

Caí en la cuenta de que no me había expresado convenientemente y contesté:

—En ese caso, se le avecina un bonito día —dije—, porque tendrá noticias de ella a su pesar; y será mañana mismo, que es cuando pienso ir a verle.

—¡Cuando vais a ir a verle! —repitió Stewart—. O yo estoy loco o lo estáis vos. ¿Qué tenéis vos que ver con el *Advocate*?

—Oh, simplemente entregarme —dije.

—Señor Balfour —gritó—, ¿os estáis burlando de mí?

—No, señor, aunque creo que habéis sido vos quien os permitisteis conducir os conmigo de esa guisa. Pero quiero haceros comprender, de una vez por todas, que no tengo ánimo de bromear.

—Ni yo —dijo Stewart—. Y quiero que comprendáis (para decirlo con vuestras mismas palabras) que vuestro comportamiento me gusta cada vez menos. Venís aquí con toda clase de proposiciones, que me arrastrarán a una serie de actividades comprometedoras y que me pondrán en relación, por un buen tiempo, con personas indeseables. ¡Y luego me decís que cuando salgáis de este despacho vais a ir derecho a hacer las paces con el *Advocate*!. Ni el botón de Alan por aquí, ni el botón de Alan por allá, ni toda la vestimenta de Alan me hará dar un paso más.

—Yo lo tomaría con más calma —dije—, y quizá pueda superarse lo que os contraría. Yo no veo otro camino que entregarme, pero quizá vos tengáis uno mejor; si lo tuvierais, no podría jamás negaros que me alegraría. Porque creo que mis relaciones con su señoría no

van a traerme nada bueno. Lo único que tengo claro es que es necesario que yo dé mi testimonio, porque creo que así quedará a salvo el honor de Alan (o lo que queda de él) y el cuello de James, que es lo más urgente.

El estuvo callado un instante y luego dijo:

—Amigo mío, jamás se os permitirá aportar ese testimonio.

—Eso habrá que verlo —dije—. Soy testarudo cuando quiero.

—¡Oh, gran borrico! —gritó Stewart—, es a James a quien quieren; James debe ser colgado. También Alan, si pueden cogerle; ¡pero sobre todo James! Id al *Advocate* a contarle todo lo que me acabáis de decir y veréis. El hallará la forma de ponerlos el bozal.

—Tengo mejor opinión del *Advocate* —repuse.

—¡Al diablo el *Advocate*! —gritó—. ¡Se trata de los Campbell, alma de Dios! Tendréis a toda su ralea tras los talones y otro tanto ocurrirá con el *Advocate*, ¡pobre de él! Es sorprendente que no os deis cuenta de vuestra situación. Si no encuentran un medio de haceros callar por las buenas, lo harán por la fuerza. Son capaces de haceros sentar en el banquillo de los acusados, ¿es que no lo veis? —gritó, hundiéndome repetidamente el dedo en la pierna.

—¡Ah! —contesté—. Esta misma mañana he oído ya eso de otro abogado.

—¿Quién fue? —preguntó Stewart—. Por lo menos habló con sentido común.

Le dije que me excusara por no dar su nombre, pues se trataba de un viejo *whig*, honrado y de confianza, y que se había mostrado reacio a mezclarse en asuntos de esta índole.

—¡Parece que todo el mundo está metido en esto! —exclamó Stewart—. Pero, ¿qué dijo?

Le conté lo que había pasado entre Rankeillor y yo frente a la mansión de Shaws.

—¡Vaya, por supuesto que os colgarán! —dijo—. Seréis colgado en compañía de James Stewart. Ahí está dicho vuestro futuro.

—Espero, al menos, algo mejor que eso —afirmé—, pero no puedo negar de ningún modo que hay un riesgo.

—¡Riesgo! —dijo, y se sentó en silencio de nuevo—. Yo debiera agradeceros vuestra fidelidad a mis amigos, hacia quienes mostráis vuestra mejor voluntad, siempre que podáis perseverar en ella. Pero —continuó— os prevengo de que os lanzáis a un juego peligroso. Yo mismo (yo, que soy un Stewart) no me pondría en vuestro lugar ni por todos los Stewart que vinieron al mundo desde Noé. ¿Riesgos? Ah, he corrido muchos; pero no sentarme en un juicio delante de un jurado de Campbell, presidido por un Campbell y eso en un país Campbell, cogido en medio de una disputa con los Campbell... Pensad de mí lo que os plazca, Balfour, pero está más allá de mis fuerzas.

—Supongo que son dos formas de pensar diferentes —contesté—. Yo recibí la mía de la que tuvo mi padre antes que yo.

—Que Dios le tenga en gloria. Dejó un hijo digno de su nombre. Pero no quisiera que me juzgarais con excesivo enojo. La mía es una situación muy difícil. Mirad, vos me decís que

sois un *whig*, y yo me pregunto qué soy yo. Desde luego, no un *whig*; no, eso no lo podría ser. Pero (y os lo digo en confianza) creo que tampoco soy devoto del otro bando.

—¿Es cierto eso? —exclamé—. No podía esperar menos de un hombre de vuestra inteligencia.

—¡Bah, ahorraos vuestras zalamerías! Hay inteligencia en ambos bandos. Mas, por lo que a mí respecta, no tengo el menor deseo de dañar al rey Jorge; y en cuanto al rey Jacobo, ¡que Dios le bendiga!, por mí, bien está al otro lado de la orilla. Soy un abogado, ya veis, amante de mis libros y mi botella, que sólo pide un buen litigio, una buena escritura notarial y un sitio en el Parlamento al lado de los de mi profesión; y acaso una partida de golf el sábado por la tarde. ¿Y dónde encajáis vos con vuestra manta a cuadros y la vieja espada escocesa?

—Bien —señalé—, es cierto que tenéis muy poco del fiero montañés.

—¡Muy poco, dice! No tengo nada, amigo. Y, sin embargo, nací en las tierras altas y, cuando el clan toca la gaita, ¿qué puedo hacer sino bailar? El clan y el apellido, eso por encima de todo. Vos mismo lo habéis dicho; mi padre me lo enseñó así y bonito negocio tengo con ello. Un tráfico¹⁰ continuo de traiciones y traidores, siempre necesitando salir o entrar al país; y el abastecimiento en Francia; los suministros también en tráfico permanente para acá y para allá; y sus pleitos (¡qué castigo del Señor, los pleitos!). Ahora mismo estoy dando curso a uno en favor del joven Ardshiel, mi primo. Reclama bienes en virtud de su contrato matrimonial, ¡unos bienes que están confiscados! Les hice saber que eso era un desatino; ¡mucho les importaba! Y aquí me tenéis calentando el seso a otro colega que tiene tantas ganas del caso como yo, pues es seguro que no nos traerá más que desgracias: un estigma negro, lo mismo que si nos marcaran sobre la piel el sello de desafecto, tal como los ganaderos hacen para marcar a sus reses. Y ¿qué puedo hacer? Soy un Stewart, ¿no?, y debo defender mi clan y mi familia. Sin ir más lejos, ayer un Stewart, todavía un muchacho, fue llevado al castillo. ¿Por qué? ¡No hay que ser un lince! La Ley de 1736: alistamiento en las filas del rey Lewie¹¹. Y podéis estar seguro de que vendrá a implorarme que sea su abogado y echaré otro baldón a mi fama. Os lo digo sin ambages: si yo supiera media palabra de hebreo, mandaría todo al diablo y me haría ministro del Señor.

—Ciertamente estáis en una posición difícil —asentí.

—¡Una suerte condenada! —gritó—. Y ésa es precisamente la razón por la que me sorprende tanto que vos, que no sois un Stewart, os metáis de cabeza tan a fondo en un asunto de los Stewart. ¿Por qué? No lo sé. A menos que se trate de un sentido del deber.

—Yo espero que sea así.

—Bien —dijo—, es una gran virtud. Pero aquí llega mi escribiente; ahora, si lo permitís, tomaremos algo de cena los tres. Después os daré la dirección de un hombre de toda confianza que os recibirá de muy buena gana en hospedaje. Y, además, os llenaré los bolsillos con dinero de vuestra bolsa, pues este negocio no será ni con mucho tan caro como suponíais. Ni siquiera en lo que concierne a lo del barco.

Le hice unas señas de que el escribiente nos escuchaba.

10 Conjunto de negocios, ocupaciones o faenas que ocasionan mucha fatiga o molestia.

11 Se refiere al rey Luis XV de Francia (1710-1774).

—¡Bah!, no debéis preocuparos por Robbie —gritó—. ¡Otro Stewart, pobre hombre! El ha sacado de contrabando más reclutas franceses y papistas¹² que pelos tiene en la cabeza. Precisamente es Robin quien dirige esta rama de mis negocios. ¿Con quién contamos ahora, Rob, para cruzar el canal?

—Con Andie Scougal, en el *Thistle* —contestó Rob—. Vi a Hoseason el otro día, pero parece que necesita un barco. También está Tam Stobo, pero no me fío mucho de Tam. Le he visto en compañía de ciertos tipos de mala catadura; y, si se tratara de alguien importante, yo prescindiría de Tam.

—El precio por su cabeza son doscientas libras, Robin —dijo Stewart.

—¡Dios Santo! ¿No será Alan Breck? —exclamó el escribiente.

—Justo, de Alan se trata —dijo su amo.

—¡Diablos, eso es serio! —gritó Robin—. Entonces voy a tratar con Andie; Andie será el mejor.

—Parece que esta es una operación de envergadura —observé.

—Esto no tiene fin, señor Balfour —dijo Stewart.

—Vuestro escribiente mencionó un nombre —seguí—; Hoseason. Ese debe de ser mi hombre, supongo; Hoseason, del bergantín *Covenant*. ¿Pondríais vuestra confianza en él?

—No se comportó bien con vos y con Alan —dijo el señor Stewart—, pero en general tengo una opinión de este hombre bastante diferente. Si él hubiera apalabrado con Alan llevarle a bordo de su barco, tengo el convencimiento de que habría mantenido su compromiso. ¿Qué dices tú, Rob?

—No hay patrón más cabal en este trabajo que Eli —afirmó el escribiente—. Yo no dudaría de la palabra de Eli. Tanto como si fuera la del Chevalier o la del mismo Appin —añadió.

—Es él también quién trajo al doctor¹³, ¿no? —preguntó el amo.

—El mismo hombre.

—Y creo que fue él quien le volvió a llevar —dijo Stewart.

—¡Vaya, y con la bolsa repleta! —exclamó Robín—. ¡Y bien que lo sabía Eli!

—Bien, parece que no es fácil enjuiciar con tino a la gente —dije.

—¡Eso fue lo que olvidé yo cuando vos entrasteis aquí, señor Balfour! —dijo el abogado.

III. Camino de Pilrig

12 Nombre que algunos protestantes y ortodoxos dan a los católicos romanos porque obedecen al papa y así lo confiesan.

13 Estas palabras deben de referirse al primer viaje del Dr. Cameron. (*Nota de David Balfour.*). Richard Cameron (1648-1680). Escocés que fundó una secta religiosa que lleva su nombre y que se negó a acatar al rey Carlos II. Finalmente fue capturado y muerto por las tropas reales.

A la mañana siguiente, apenas me hube despertado en mi nuevo alojamiento, me levanté y me vestí mi flamante atavío; y, tras un rápido desayuno, salí de nuevo en pos de mi aventura. Alan, esa era mi confianza, quedaba ahora protegido; la suerte de James tenía visos de ser mucho menos segura y, después de haber recabado la opinión de todos aquellos a quienes había confiado el asunto, no podía sino pensar que tal empresa podría costarme cara. Parecía que hubiese alcanzado la cima de la montaña sólo para despeñarme; que hubiera conseguido, después de tantas pruebas vencidas con uñas y dientes, ser rico, respetado, vestir como un señor y llevar una espada al cinto, todo para ahora cometer un puro suicidio, y quizá el peor de todos, como es el de ser colgado por cargos contra el rey.

¿Qué es lo que me movía a realizar esto? Es lo que me iba preguntando al bajar High Street y cuando doblaba hacia el norte por Leith Wynd. La primera razón, me dije, era por salvar a James Stewart; y no cabe duda que el recuerdo de su desgracia, el llanto de su esposa y las palabras que impulsivamente pronuncié en aquella ocasión, pesaban sobre mí con gran fuerza.

A la par, siguiendo otro hilo de reflexiones, venía a caer en la cuenta de que tanto le daba (o debía importarle) al hijo de mi madre el que James muriera en su cama que en el patíbulo. Ciertamente que James era primo de Alan, pero, en lo que incumbía al propio Alan, más me habría valido correr y que el rey, su excelencia de Argyle y los buitres hicieran lo que se les antojara con los huesos de sus parientes. Yo tampoco podía olvidar que, mientras los tres estábamos en la misma aventura, James no mostró que le preocupáramos mucho ni Alan ni yo.

Me vino luego la idea de que la verdadera razón de mis actos era el sentido de la justicia; me pareció una gran palabra y la consideré (dado que cada uno de nosotros la define según sus propias conveniencias) como la cosa más importante del mundo, y que la muerte de un hombre inocente era un agravio cometido contra toda la humanidad.

A continuación me traía el Maligno a las mentes nuevas razones: me hacía avergonzarme de mis pretensiones de participar en un empeño sublime, y me decía que no era sino un mocoso engreído y charlatán que había dado solemnes palabras a Rankeillor y a Stewart y que, alentado por mi propia vanidad, había llegado a considerarme comprometido en esta fanfarronada. Y aun daba la vuelta a su argumento, acusándome de una clase especial de astuta cobardía, que aspiraba a conseguir mayores seguridades con muy poco riesgo. Sin duda, hasta que no hubiera hecho mi declaración y aclarado mi situación, bien pudiera cualquier día encontrarme con Mungo Campbell o con el ayudante del magistrado y ser reconocido y metido en chirona por el asesinato de Appin; y también, sin duda, en el caso de poder conseguir que se creyera mi declaración, yo respiraría con más libertad en lo sucesivo. Pero cuando puse esta razón delante de mis ojos, no veía nada que debiera sonrojarme. Y, por lo demás, «tengo ante mí dos caminos —pensaba— y ambos me llevan al mismo lugar. Es injusto que cuelguen a James si yo puedo salvarle, y sería vergonzoso para mí que, tras hablar tanto, no hiciera nada ahora. A James de Glens le toca la buena suerte por mis alardes precipitados y a mí la mala, porque ya me veo forzado a no torcer mi conducta. Tengo mi nombre de caballero y las prendas propias de tal; triste sería descubrir que me faltara serlo en el ánimo». Pero entonces caí en la cuenta de que esto era propio de un espíritu pagano y recité una oración para mis adentros, pidiendo que se me concediera

todo el coraje necesario y la gracia para no apartarme de mi deber, como un soldado camino de la batalla, y para que pudiera regresar sano y salvo como tantos otros.

Estos pensamientos dieron firmeza a mi resolución, aunque no podían ocultarme los peligros que me rodeaban ni el hecho de que eran muchas las probabilidades (si yo persistía en mi conducta) de verme al pie de las escaleras de un patíbulo. Era una hermosa mañana despejada, pero batida por el viento del este, cuyas rachas calaban, hasta estremecerme, en mi cuerpo, trayéndome sensaciones del otoño y de las hojas muertas y de los difuntos bajo las tumbas. No parecía sino que el diablo anduviera metido en todo esto para tener yo que morir en la mejor hora de mi fortuna y por cuenta de otros. Sobre la cima de Calton Hill, aunque no era la época habitual para esa diversión, algunos chiquillos gritaban y corrían tras sus cometas. Aparecían estos juguetes muy nítidos sobre el cielo; me fijé en una grande que se remontó, a impulsos del viento, a una gran altura, y luego se desplomó entre los tojos; y yo, viéndolo, me dije: «Ahí va David».

Había dejado atrás Mouter's Hill y ahora mi camino atravesaba el extremo de una aldea asentada en un ribazo entre sembrados.

Había un zumbido de labores domésticas repartido entre las casas; las abejas vagaban por los jardines y vi a los vecinos que charlaban a las puertas de las casas en una extraña lengua; más tarde supe que era un pueblo, Picardy, cuyos tejedores franceses trabajaban para la Linen Company. Aquí pregunté nuevamente el camino que llevaba a Pilrig, mi meta, y un poco más adelante, a un lado de la carretera, divisé una horca y dos hombres, aún con sus cadenas, colgados. Los cuerpos aparecían embadurnados de alquitrán, como es la costumbre; giraban movidos por el viento, rechinaba el hierro de las cadenas, y los pájaros sobrevolaban gritando en torno a los macabros títeres. El espectáculo me sobrecogió tan de repente, convertido en la imagen viva de mis temores, que apenas podía apartar mis ojos, invadido por el horror. Y así, cuando mis pasos se movían obsesionados alrededor de la horca, vine a darme de bruces con una horripilante vieja sentada tras uno de los maderos, moviendo ensimismada la cabeza y hablando a solas en voz alta, con grandes gesticulaciones y reverencias.

—¿Quiénes son estos dos, abuela? —le pregunté, señalando a los muertos.

—Que Dios te bendiga, precioso... —gritó—. Son dos de mis galanes, precisamente dos de mis antiguos galanes, querido.

—¿Cuál fue la causa de su suplicio? —pregunté.

—Oh, fue una buena causa —exclamó—, pero ya yo les había vaticinado el fin que les esperaba. ¡Dos chelines escoceses!, ni un centavo más, y ahí los tenéis: un par de buenos mozos colgados por ese motivo. Se los robaron a un chico de Broughton.

—¡Ay! —me dije— ¡Haber acabado así por algo de tan poca monta! Ciertamente hicieron un mal negocio.

—Dame la palma de tu mano, querido, y déjame decirte la buenaventura.

—No, abuela. Ya alcanzo a ver un trecho suficiente de mi camino. De poco sirve ver más.

—Entonces la leeré en tu cara. Veo una bonita muchacha de ojos brillantes, y a un hombre pequeño ataviado con un bonito abrigo, y a un hombre grande con una peluca empolvada;

y veo, mi galán, una horca que arroja las sombras de su lazo sobre tu sendero. Dame tu mano, querido, y la vieja Merren te dirá la suerte.

Los dos vaticinios lanzados, y que parecían señalar a Alan y a la hija de James More, me dieron un vuelco al corazón; y, arrojándole una moneda de medio penique, huí de la horrible vieja, que continuó sentada, jugando con la moneda bajo las sombras oscilantes de los ahorcados.

Mi camino por la ruta de Leith habría sido agradable, de no ser por este encuentro. La antigua muralla corría por entre los campos mejor trabajados que jamás hubiera visto; sentía, además, placer por estar tan alejado de todo en aquel lugar solitario; pero aún me martilleaban en la mente los grilletes de la horca; y las muecas y gesticulaciones de la vieja bruja atormentaban mi espíritu junto con la imagen de los dos hombres muertos. Acabar pendiendo de una horca me parecía un duro trance; y, si bien podía colgarse a un hombre por dos chelines escoceses o (ya lo había advertido el señor Stewart) por fidelidad a su deber, una vez embreado, con los grilletes puestos y ahorcado, la diferencia entre lo uno y lo otro no parecía muy grande. Ahí quedaría colgado David Balfour y otros muchachos pasarían de largo en pos de sus asuntos, dejándolo a sus espaldas; y unas viejas locas estarían sentadas al pie de los maderos echando la buenaventura; y las jovencitas bien educadas pasarían por allí volviendo la cabeza y tapándose las narices. Podía verlas una a una, con sus grises ojos, todas tocando el velo de sus cabezas con la escarapela de los Drummond.

Así caminaba con el ánimo abatido, pero aún intacta mi resolución, cuando llegué a la vista de Pilrig, una preciosa mansión de tejado de dos aguas situada a orillas de la carretera, entre desafiantes bosques nuevos. El caballo del terrateniente esperaba ensillado a la puerta cuando llegué, pero él estaba en el despacho, donde me recibió en medio de volúmenes de selectas obras y de instrumentos musicales, pues era no sólo un profundo filósofo, sino además un buen músico. Me saludó solícito al verme, y cuando hubo leído la carta de Rankeillor se puso cortésmente a mi disposición.

—Y bien, primo David —dijo—, puesto que parece que somos primos, ¿de qué se trata?, ¿qué puedo hacer por vos?, ¿unas letras para Prestongrange? Sin duda, podéis contar con ello. Pero, ¿qué debo decirle?

—Señor Balfour —dije—, si os contara mi historia en detalle, tal como es, creo (y también Rankeillor lo creyó así) que, ni con mucho, daríais vuestra aprobación.

—Siento oíros decir eso, primo.

—Yo no comparto ese sentimiento, señor Balfour —respondí—. No hay nada en esta historia de lo que deba arrepentirme, ni nada por lo que debáis compadecerme, a no ser por lo que sean las taras inherentes a la naturaleza humana. «La culpa del pecado original de Adán, la pérdida de la rectitud primitiva y la corrupción de toda la naturaleza»; sólo de esto puedo responder y, tal como se me enseñó, sé dónde acudir en busca de ayuda (dije esto porque deduje, por su apariencia, que mejoraría su criterio sobre mí, si yo mostraba saber mi catecismo), pero en lo que toca al honor humano, no tengo que reprocharme mancha alguna; mis problemas han acaecido en contra de mi voluntad y (que yo sepa) sin culpa mía. Y mi desgracia es haberme visto mezclado en una intriga política de la que, según parece, no deseáis saber nada.

—¡Vaya, señor David, está bien! —replicó—. Me place ver que sois tal como Rankeillor os pinta, y, en lo que respecta a las intrigas políticas, vuestras palabras me hacen efectivamente justicia. Procuro mantenerme al margen de toda sospecha y, por consiguiente, rehuyo los temas que pueden tener relación con ellas. El problema —dijo— es cómo puedo ayudaros si no voy a saber nada del asunto.

—Bien, señor —dije—, os propondría que escribierais a su señoría que soy un joven de familia respetable y pudiente; pues creo que lo uno y lo otro es cierto.

—De ello da fe la palabra de Rankeillor —dijo el señor Balfour—, y ésa es mi garantía.

—También —continué— podríais decir (si para esto os basta mi palabra) que soy creyente practicante, que soy leal al rey Jorge, y que fui educado en esos principios.

—Nada de eso os desmerece —dijo el señor Balfour.

—Después podríais añadir que solicito la audiencia de su señoría por un asunto de gran importancia, relacionado con el servicio de su Majestad y la administración de justicia —sugerí.

—Al no tener conocimiento del asunto —dijo el terrateniente—, no asumiré la responsabilidad de calificarlo. Así pues, no incluiré las palabras «gran importancia». Por lo demás, lo que me indicáis expresa, en suma, lo mismo que yo hubiera escrito.

—Y después, señor —dije acariciándome con el pulgar la garganta—, después os pediría con mucho interés si pudierais insinuar una palabra que pudiera solicitar mi protección.

—¿Protección? —exclamó—. ¿Vuestra protección? Acabáis de pronunciar una frase que me inquieta; si el asunto es tan peligroso, os aseguro que me mostraría un tanto reacio a seguir con esto a ciegas.

—Creo que os podría decir en dos palabras cómo están las cosas —insinué.

—Quizá sería lo mejor.

—Bien —dije—, se trata del asesinato de Appin.

—¡Señores!, ¡señores! —exclamó, alzando los brazos.

Sentí por la expresión de su rostro y el tono de su voz que acababa de perder a mi protector.

—Dejadme explicaros... —comencé a decir.

—Os lo agradezco mucho, no quiero saber más —dijo—. Me opongo *in toto*¹⁴ a oír más de ese asunto. En atención a nuestro apellido y a Rankeillor y quizás en parte a vos mismo, haré lo que pueda en vuestra ayuda, pero no quiero oír más sobre los hechos. Y es mi principal deber advertiros. Esas son aguas profundas, señor David, y vos sois joven. Sed cauteloso y pensadlo dos veces.

—Es posible que tenga que pensarlo más de dos veces, señor Balfour —dije—, pero nuevamente os solicito que atendáis a la carta de Rankeillor, donde (eso espero y creo) él confirma su aprobación a mi propósito.

14 «En todo, totalmente.» (En latín en el original.)

—Bien, bien —dijo y repitió—. Bien, bien. Haré lo que pueda por vos.

Acto seguido tomó papel y pluma, se sentó un momento, pensativo, y comenzó a escribir con suma atención.

—¿Estáis seguro de que Rankeillor aprueba lo que os proponéis? —preguntó de pronto.

—Tras alguna discusión, señor, él me dio su asentimiento para seguir adelante, en el nombre de Dios —respondí.

—En su nombre debéis ir —dijo el señor Balfour, y reanudó su carta.

Poco después la firmó, relejó lo que había escrito y se dirigió a mí.

—Aquí está, señor David, es una carta de presentación que sellaré sin cerrar y os la entregaré abierta en vuestras manos, según es norma. Pero, como actúo a ciegas, os la voy a leer, para que vos mismos veáis si cuadra a la medida de vuestros deseos.

Pilrig, 26 de agosto, 1751

Milord:

Os escribo estas líneas para presentaros a mi homónimo y primo, David Balfour, Esquire de Shaws, un joven caballero de intachable cuna y buena situación. El ha disfrutado, además, de las ventajas aún más valiosas de una educación cristiana, y sus principios políticos son todos afines al sentir de su señoría. Aunque desconozco las circunstancias de su caso, sé que tiene que haceros declaraciones sobre un asunto que importa al servicio de su Majestad y a la administración de justicia, cuestiones por las que es sobradamente conocido el celo de vuestra señoría.

Debo añadir que el propósito de este joven caballero lo conocen y aprueban varias de sus amistades, quienes esperan con ansiedad su feliz o infausto resultado.

—Después de lo cual —continuó el señor Balfour— termino con las formalidades de rigor y mi rúbrica. Observad que digo «varias de sus amistades»; espero que podáis justificar mi plural.

—Perfectamente, señor; mi propósito es conocido y aprobado por más de uno —contesté—. Vuestra carta, que tengo el placer de agradecer, es todo lo que yo podía haber esperado.

—Es todo lo que puedo ofrecer —dijo—; y, por lo que sé del asunto en el que os aventuráis, sólo puedo pedir a Dios que sea suficiente.

IV. Lord Advocate Prestongrange

Mi pariente me retuvo a comer, «por el honor de la casa», según dijo; y creo que me apresuré cuanto pude para reanudar mi marcha. No tenía pensamientos sino para cubrir la etapa siguiente y hallarme por fin comprometido del todo.

Para alguien puesto en circunstancias como las mías, el deseo imaginario de cerrar la

puerta a la duda y a la tentación es en sí la tentación más fuerte; y así fue mayor mi contrariedad cuando llegué a la casa de Prestongrange y me informaron de su ausencia. Creo que esto era cierto en aquel instante y durante algunas horas después; pero tengo la certeza de que el *Advocate* volvió luego a su casa y se reunió con sus amigos en una habitación vecina, mientras que, probablemente, mi llegada quedó en el olvido. Sentí deseos de irme en una docena de ocasiones, y sólo me retuvo allí la obsesión que tenía por descargar el peso de mi declaración y poder así entregarme al sueño con la conciencia libre. Al principio leí, pues había cierta variedad de libros en el pequeño gabinete al que se me condujo. Pero me temo que leí con poco provecho; el cielo se poblaba de nubes cada vez más espesas oscureciendo prematuramente la tarde, y la escasa luz que entraba a mi gabinete por un portillo de la ventana, me hizo finalmente desistir de tal distracción (aun siendo poca), y hube de pasar el tiempo restante de espera en una inactividad que me abrumaba. Mi única compañía fueron los ruidos de conversaciones en una habitación cercana, los sonos agradables de un clavecín y, en una ocasión, la voz de una dama cantando. No sé qué hora podría ser, pero era ya bien entrada la noche cuando se abrió la puerta del gabinete y vi, recortado por la iluminación del pasillo, la figura de un hombre alto en el umbral. Al punto me puse en pie.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó—. ¿Quién es?

—Soy portador de una carta dirigida por el terrateniente de Pilrig al *Lord Advocate* —dije.

—¿Habéis esperado mucho tiempo? —preguntó.

—Preferiría no hacer un cálculo después de tantas horas —respondí.

—Es la primera noticia que tengo. Mis sirvientes deben de haberos olvidado. Pero al final habéis dado con quien buscabais, porque yo soy Prestongrange.

Y diciendo esto, entró, precediéndome, a la habitación próxima, indicándome que pasara; luego encendió una bujía y tomó asiento ante una mesa de despacho. Era una habitación alargada y de buenas proporciones, con las paredes cubiertas de libros. La diminuta bujía, que daba luz desde un ángulo, destacaba su elegante figura y el rostro enérgico. Tenía la tez encarnada y los ojos húmedos y chispeantes; y, antes de que se sentara, noté que se balanceó un momento. Sin duda había bebido generosamente; pero mantenía sobre su mente y su lengua un control absoluto.

—Bien, señor, sentaos —dijo—, y veamos la carta de Pilrig.

Leyó el encabezamiento sin mucha atención y alzó la mirada, saludándome con la cabeza, cuando llegó a mi nombre; pero en las últimas líneas creí observar que su atención aumentaba y estoy seguro de que las leyó dos veces. Mientras tanto, puede suponerse cómo me latía el corazón, porque ahora sí había pasado mi Rubicón¹⁵ y estaba de veras en el campo de batalla.

—Tengo mucho gusto en conoceros, señor Balfour —dijo al terminar la lectura—. Permitidme ofreceros un vaso de clarete.

15 La expresión «pasar el Rubicón» se emplea para designar una toma de posición comprometida. El Rubicón era un pequeño río que constituía la frontera entre la Galia Cisalpina e Italia, y que César atravesó con sus tropas el año 50 a.C, pronunciando entonces la famosa frase *Alea iacta est!* (La suerte está echada).

—Con vuestro permiso, milord, creo que no me haría bien. He venido aquí, como sabréis por la carta, a un asunto que reviste cierta gravedad para mí; y, como estoy poco acostumbrado al vino, temo que me afecte antes de lo normal.

—Vos juzgaréis eso —dijo—. Pero, al menos, si me lo permitís, mandaré traer una botella para mí.

Tocó una campanilla y, como ante una señal convenida, llegó un lacayo, trayendo el vino y unos vasos.

—¿Estáis seguro de que no vais a acompañarme? —preguntó el *Advocate*—. Está bien, ¡brindo porque podamos conocernos mejor! ¿En qué os puedo servir?

—Quizás debo empezar diciéndoos, milord, que estoy aquí por vuestra propia y apremiante invitación —respondí.

—No alcanzo a ver lo que queréis decir, pues os confieso que creo no haber oído hablar de vos antes de esta noche.

—Tenéis razón, milord; mi nombre es ciertamente nuevo para vos—dije—. Y eso que os mostrasteis, durante algún tiempo, extremadamente ansioso por conocerme, y así lo declarasteis en público.

—Os pediría que me dierais alguna pista —dijo—. No soy Daniel¹⁶.

—Quizás sería una deciros que, si me encontrara de humor, lo que no es, ni con mucho, el caso, creo que podría hacer ante su señoría una demanda de doscientas libras.

—¿Por qué razón? —le preguntó.

—En razón de la recompensa ofrecida por mi persona —respondí.

Apartó definitivamente el vaso y se enderezó en la silla donde hasta ahora se había recostado cómodamente.

—¿Qué debo entender? —preguntó.

Yo cité textualmente:

—Un muchacho alto y fuerte de alrededor de dieciocho años; habla con acento de los *lowlanders*; y es barbilampión.»

—Reconozco esas palabras —dijo— y, si habéis venido aquí con la desgraciada intención de divertirlos, podrían resultar muy perjudiciales para vuestra seguridad.

—Mi propósito aquí—dije— es tan serio como lo puedan ser la vida y la muerte; y vos me habéis entendido con toda claridad. Soy el muchacho que hablaba con Glenure cuando le dispararon.

—Debo entonces suponer (viéndoos aquí) que pretendéis ser inocente —dijo.

—Vuestra deducción es correcta —confirmé—. Soy totalmente leal al rey Jorge, pero, si tuviera algo que reprocharme, no habría sido tan loco como para venir a meterme en

16 Profeta hebreo, personaje principal del libro bíblico del mismo nombre.

vuestra guarida.

—Eso me tranquiliza —dijo—. Este crimen infame, señor Balfour, es de una índole que no permite clemencia alguna. La sangre ha sido salvajemente derramada. Ha sido vertida directamente contra su Majestad y contra el cuerpo institucional de nuestras leyes, por aquellos que son pública y notoriamente sus enemigos. Doy a esto la máxima importancia. No negaré que considero este crimen como un delito de lesa majestad.

—Y, desgraciadamente, milord —añadí con cierta dureza—, un atentado personal a otro gran personaje cuyo nombre podemos silenciar.

—Si queréis decir algo con esas palabras, debo deciros que las considero inoportunas; y, si hubieran sido pronunciadas en público, os aseguro que habría tomado nota de ellas —dijo—. Me parece que no os dais cuenta de la gravedad de vuestra situación, de lo contrario seríais más cuidadoso para no empeorarla con expresiones que atentan la integridad de la justicia. La justicia, en este país, y en mis humildes manos, no hace excepción de personas.

—Habéis dado una importancia desmesurada a mi expresión, milord —repliqué—. No he hecho sino repetir lo que se repite por todo el país y que he escuchado en todas partes a hombres de distintos pareceres en mi camino hacia aquí.

—Cuando os hagáis más discreto, comprenderéis que tales habladurías no deben escucharse y menos repetirse —dijo el *Advocate*—. Pero os eximo de toda mala intención. Ese caballero, que todos honramos, y que sin duda ha sido afectado profundamente por esa última barbaridad, está colocado demasiado alto para ser alcanzado por estas calumnias. El duque de Argyle (ya veis que os hablo con toda franqueza) se toma esto tan seriamente como yo, tal como es nuestro deber por nuestra función de jueces y el servicio de Su Majestad. Y bien quisiera que todas las manos, en esta infortunada época, estuvieran por igual limpias de enconos familiares. Pero debido a que fue en esta ocasión un Campbell quien cayó en aras de su deber (¿y quién sino los Campbells han sido siempre los primeros en exponerse? Yo, que no soy un Campbell puedo decirlo), y debido también a que el jefe de esa noble casa dirige hoy para bien de todos el Ministerio de Justicia, las mentes estrechas y las lenguas malintencionadas se despachan a su gusto por todas las tabernas del país. Y ahora encuentro a un joven caballero como el señor Balfour tan mal advertido que se hace eco de estas voces.

Dijo todo esto con un verdadero estilo oratorio, como en un juicio, y después siguió, volviendo al tono de un caballero:

—Todo esto es aparte —dijo—. Todavía me falta saber qué debo hacer con vos.

—Había creído, más bien, que era yo quien necesitaba saber eso de su señoría —repliqué.

—Ah, ciertamente —dijo el *Advocate*—. Pero, ya veis, venís bien recomendado. Esta carta —dijo alzándola un momento de la mesa— lleva el nombre de un excelente y honrado *whig*; y, extrajudicialmente, señor Balfour, queda siempre la posibilidad de algún arreglo. Os digo, y os lo digo de antemano para que mejor podáis ateneros a lo que os conviene, que vuestra suerte está totalmente en mis manos. En tales materias (lo digo con todo respeto) soy más poderoso que Su Majestad el Rey; si vuestra conducta en lo que resta de nuestra entrevista es de mi agrado, y si, por supuesto, mi conciencia queda a salvo, os aseguro que esto puede quedar entre nosotros.

—¿Cómo debo interpretar eso? —pregunté.

—Bien, señor Balfour —respondió—, lo que quiero deciros es que, si me dais satisfacción, nadie tiene por qué saber que vinisteis a mi casa; y podéis observar que ni siquiera he llamado a mi escribiente.

Me di cuenta de su juego.

—Supongo que no hay necesidad de informar a nadie de mi visita —dije—, aunque no acabo de entender qué gano yo con ello. No me avergüenza en absoluto haber venido aquí.

—Y no tenéis causa para ello —dijo animándome—. Ni tampoco (si sois prudente) para temer las consecuencias.

Mirad —dije—, debo decir, dentro de la misma corrección que vos usáis, que no me amedrento fácilmente.

—Ni yo abrigo ciertamente el menor deseo de asustaros —dijo—. Mas vayamos al interrogatorio; pero dejadme advertiros que suprimáis todo cuanto no pertenezca al tema de las preguntas que os voy a hacer. Ello pudiera incidir muy directamente en vuestra seguridad. Mi paciencia es grande, pero tiene sus límites.

—Procuraré seguir el consejo de su señoría —dije.

Extendió una hoja de papel sobre la mesa y escribió un encabezamiento.

—Parece que os hallabais presente, junto al camino, en el bosque de Lettermore, en el momento del disparo fatal —comenzó—. ¿Fue casualmente?

—Casualmente —respondí.

—¿Por qué conversabais con Colin Campbell? —preguntó.

—Le estaba preguntando por mi camino hacia Aucharn.

Observé que no anotaba esta respuesta.

—Humm, es cierto —dijo—, lo había olvidado. Y ¿sabéis, señor Balfour? Yo en vuestro lugar tocaría lo menos posible el punto de vuestras relaciones con los Stewart. Esto nos podría traer complicaciones. No tengo por ahora intención de considerar esos pormenores como esenciales.

—Creía, milord, que todos los detalles del hecho eran, por igual, esenciales en un caso así.

—Olvidáis que se trata de un proceso contra los Stewart —replicó, con gran énfasis—. Si se diera la circunstancia de que también vos fuerais procesado, todo sería diferente; e insistiré en estas preguntas cruciales que ahora sólo deseo rozar. Pero, en resumen: tengo aquí, en la declaración de Mungo Campbell, que corristeis inmediatamente hacia la cima de la ladera. ¿Por qué?

—No inmediatamente, milord; y la razón fue porque vi al asesino.

—¿Le visteis, entonces?

—Tan claramente como veo ahora a su señoría, aunque no tan cerca.

—¿Le conocíais?

—Le reconocería si le viera de nuevo.

—¿Y en vuestra persecución, no pudisteis atraparle?

—No pude.

—¿Estaba solo?

—Estaba solo.

—¿No había nadie más en los alrededores?

—Alan Breck Stewart no se hallaba lejos, en un pequeño bosque.

El *Advocate* depositó su pluma en la mesa.

—Pienso que estamos jugando con un rompecabezas de palabras —dijo— que acabará por trocarse en algo poco divertido para vos.

—Me limito a seguir el consejo de vuestra señoría, respondiendo a lo que se me pregunta —dije.

—Haríais bien en reflexionar a tiempo —dijo—. Os he tratado con la solicitud más afectuosa, que apenas parecéis apreciar, y que, a menos que seáis más prudente, pudiera resultar inútil.

—Yo aprecio realmente vuestra solicitud, pero considero que nace de un error —repliqué, algo vacilante, porque vi que habíamos llegado por fin al enfrentamiento—. Estoy aquí para daros cierta información con la que convenceréis de que Alan no tuvo parte alguna en el asesinato de Glenure.

El *Advocate* pareció confundido durante un instante, se sentó con los labios apretados y me miró entornando los ojos como un gato colérico.

—Señor Balfour —advirtió, por fin—, os digo claramente que vais por mal camino si buscáis vuestro bien.

—Milord —respondí—, en este asunto, estoy tan lejos de pensar en mis propios intereses como su señoría. Y Dios es testigo de que mi única intención es que se haga justicia y sea absuelto el inocente. Si en este empeño caigo en desgracia ante su señoría, lo soportaré en la medida de mis fuerzas.

Al oír esto, se levantó de la silla, encendió una segunda bujía y me miró fijamente durante algunos momentos. Vi con sorpresa que una profunda seriedad se había apoderado de su rostro y creo que hasta había palidecido algo.

—O sois muy ingenuo, o extremadamente retorcido, y veo que deberé hablaros de forma más confidencial. Este es un caso político, sí, señor Balfour, querámoslo o no, el caso es político, y tiemblo al pensar en las consecuencias que de aquí pudieran derivarse. Un caso político, apenas hacía falta recordarlo a un joven de vuestra educación, debe tratarse de muy distinta forma que un caso meramente criminal. La máxima: *salus populi suprema*

*lex*¹⁷, puede dar pie a grandes abusos, pero tiene esa fuerza que sólo hallamos en las leyes naturales: me refiero a que es la fuerza de la necesidad. Os explicaré este punto, si me lo permitís, más extensamente. Querríais hacerme creer...

—Perdón, milord, yo no querría haceros creer nada más que lo que pueda probar —dije.

—¡Un momento, un momento, mi joven caballero! —dijo—. No seáis tan pragmático y dejad que un hombre que podría ser vuestro padre (si no más) use su propio lenguaje imperfecto y exprese sus modestas ideas, incluso si tiene la desgracia de que no coincidan con las del señor Balfour. Querríais hacerme creer, decía, que Breck es inocente. Yo no daría demasiada importancia a esto en tanto no hayamos podido atrapar a nuestro hombre. Pero el tema de la inocencia de Breck tiene mucha más trascendencia que él mismo. Si la admitiese, destruiría todas nuestras presunciones en contra de otro criminal muy diferente; un hombre envejecido en traiciones, que se ha levantado ya dos veces en armas contra su rey y fue dos veces perdonado; un promotor del descontento y (sea quien fuere el que apretó el gatillo) el indiscutible responsable del hecho en cuestión. No necesito deciros que estoy hablando de James Stewart.

—Y —repuse— yo puedo deciros con toda claridad que es precisamente la inocencia de Alan y la de James lo que he venido a declarar en privado a su señoría, y lo que estoy dispuesto a mantener con mi testimonio en el juicio.

—A lo que sólo puedo contestar, con igual franqueza, señor Balfour, que (en ese caso) yo no solicitaré vuestro testimonio; y os ruego que lo silenciéis totalmente.

—¡Sois el máximo responsable de la justicia en este país —grité—, y me proponéis un crimen!

—Soy un hombre que cuida con todos sus sentidos los intereses de este país —replicó—, y lo que os impongo es un imperativo político. El patriotismo no siempre concuerda formalmente con la moral. Y deberíais estar contento de que esto sea así, pues es lo que os puede salvar ahora; tenéis los hechos claramente en vuestra contra, y si sigo intentando apartaros de una situación peligrosa es, en parte, naturalmente, porque no soy insensible a la nobleza de vuestra resolución al venir aquí, y, en parte, por la carta de Pilrig; pero también en parte, y principalmente, porque en este caso atiendo primero a mi deber político y sólo después a mi deber judicial. Y por esta misma razón (os lo repito con la misma franqueza de antes), no deseo vuestro testimonio.

—No quisiera que me consideraseis impertinente, cuando sólo manifiesto la clara diferencia de nuestras opiniones —dije—. Pero si su señoría no tiene necesidad de mi testimonio, pienso que la otra parte respiraría con gran alivio si lo tuviera.

Prestongrange se levantó y se puso a pasear de arriba abajo por la habitación.

—No sois tan joven para haber olvidado todo lo que ocurrió en el año 45¹⁸, y las conmociones que entonces sacudieron al país. He leído en la carta de Pilrig que sois leal a

17 La frase latina completa es *Salus populi suprema lex est* («Que el bienestar del pueblo sea la ley suprema»), y pertenece al libro *De legibus* (3, 3, 8) del orador latino Marco Tulio Cicerón (106-43 a.d.C.).

18 Alude al año 1745, en que Inglaterra fue invadida por cinco mil jacobitas que pretendían proclamar rey a Jacobo III (1688-1766). Fueron derrotados y hubo serias represalias y persecuciones llevadas a cabo por Culloden, duque de Cumberland, llamado el carnicero por su crueldad.

la Iglesia y al Estado: ¿quién los salvó en aquel año fatal? No me refiero a Su Alteza Real y sus cañones, que fueron extremadamente útiles en su día; porque el país se salvó y la batalla había sido ganada antes incluso de que Cumberland marchara sobre Drummossie. ¿Quién los salvó? Repito, ¿quién salvó la religión protestante y a todo el cuerpo de nuestras instituciones civiles? El difunto *Lord President* Culloden fue uno; él tuvo un papel principal, que pocos le agradecieron, lo mismo que a mí, a quien ahora veis delante de vos, poniendo todo el corazón al servicio de la misma causa y no buscando más pago que el que me dé la conciencia del deber cumplido. Más, después del *President*, ¿quién más? Conoceréis la respuesta tan bien como yo; es, en parte, un escándalo; vos mismo aludisteis a ello al principio de nuestra conversación y yo os reprendí por ello. El otro fue el duque, al frente del gran clan de los Campbell. Ahora hay un Campbell vilmente asesinado, además en el servicio del Rey. El duque y yo somos *highlanders*, pero *highlanders* civilizados, lo que no se puede decir de la gran mayoría de nuestras familias y nuestros clanes. Ellos conservan aún restos salvajes tanto en sus virtudes como en sus defectos. Son todavía bárbaros, como estos Stewart; los Campbell eran bárbaros en el mejor sentido, y los Stewart en el peor. Ahora sed vos mismo el juez. Los Campbell piden venganza. Si no la consiguen, es decir, si este James se les escapa, habrá problemas con los Campbell. Eso significa que habría disturbios en las *Highlands*, una gente difícil y que no está ni mucho menos desarmada: el desarme es una farsa...

—En eso os doy toda la razón —dije.

—El desorden en las *Highlands* se ve con los mejores ojos por nuestro viejo y vigilante enemigo —prosiguió su señoría, apuntando con el dedo mientras paseaba— y os doy mi palabra de que podemos tener otro 45 con los Campbell del otro bando. Por proteger la vida de este Stewart, un hombre condenado ya media docena de veces por cargos distintos, aparte de éste, ¿estáis dispuesto a conducir a vuestro país a la guerra, poner en peligro la fe de nuestros padres y arriesgar las vidas y bienes de tantos miles de personas inocentes?... Estas son consideraciones que pesan sobre mí y espero que no pesarán menos sobre vos mismo, señor Balfour, ya que amáis vuestro país, el orden establecido y la verdadera religión.

—Me habláis con mucha franqueza y os lo agradezco —respondí—. Trataré por mi parte de ser no menos franco. Creo que vuestros temores son fundados; creo que su señoría lleva sobre sus hombros el grave peso de estas obligaciones y creo que pesan sobre vuestra conciencia desde el día que jurasteis el alto cargo que ostentáis. Pero a mí, que sólo soy un hombre, y aun ni siquiera eso, me bastan los deberes comunes. Sólo puedo pensar en dos cosas: un ser desgraciado sobre quien pende la amenaza próxima e injusta de una muerte vergonzosa, y los lamentos y las lágrimas de su esposa, que aún persisten en mi memoria. No puedo ver más allá, milord. Así soy de nacimiento. Si el país debe hundirse, que se hunda. Y ruego a Dios que, si esto es una ciega obstinación, me ilumine antes de que sea demasiado tarde.

Me había escuchado inmóvil y aún permaneció así unos momentos.

—Este es un obstáculo inesperado —dijo en voz alta, pero como si hablara para sí.

—¿Y qué es lo que vuestra señoría piensa hacer conmigo? —pregunté.

—Si quisiera, sabéis que podríais dormir en un calabozo.

—Milord —dije—, he dormido en sitios peores.

—Bien, muchacho —dijo—, hay algo que aparece muy claro tras nuestra entrevista, y es que puedo confiar en vuestra palabra. Juradme que mantendréis un secreto absoluto, no sólo en lo que se refiere a esta entrevista, sino en todo el asunto de Appin, y os dejaré libre.

—Me presto a jurarlo hasta mañana o hasta cualquier otro día próximo que dignéis señalar —contesté—. No quisiera parecer demasiado astuto, pero, si os hago sin más la promesa, su señoría habría alcanzado sus fines.

—No pensaba en tenderos una trampa —dijo.

—De eso estoy seguro —respondí.

—Veamos —continuó—. Mañana es domingo. Venid a verme el lunes a las 8 de la mañana y dadme vuestra promesa hasta entonces.

—Os la doy con gusto, milord. Y, teniendo en cuenta lo que habéis insinuado, os la daré por todo el tiempo que plazca a Dios alargar vuestros días.

—Habéis visto —agregó— que no he utilizado amenazas.

—Ello prueba la nobleza de su señoría. Pero no soy tan torpe que no haya podido captar la naturaleza de algunas que vos habéis velado.

—Bien —dijo—. Buenas noches. Os deseo un buen sueño, pues no creo que por mi parte pueda esperar lo mismo.

Dijo estas palabras y luego suspiró, tomó una bujía, y me acompañó hasta la puerta de la calle.

V. En la casa del Advocate

Al día siguiente, 27 de agosto, domingo, tuve la ocasión, que durante tanto tiempo había deseado ardientemente, de oír a algunos de los famosos predicadores de Edimburgo, todos ya bien conocidos por mí a través de referencias del señor Campbell. ¡Vaya!, lo mismo me hubiera dado estar en Essendean, sentado bajo el púlpito del señor Campbell¹⁹, pues la agitación de mis pensamientos, continuamente vueltos a la entrevista con Prestongrange, me impedían prestar atención. La verdad es que me impresionaban mucho menos los argumentos de los clérigos que el espectáculo de las iglesias abarrotadas de fieles, que me hacían pensar en los teatros que había visto en mi imaginación o (influenciado por mi actual estado de ánimo) en las sesiones de los tribunales de justicia; sobre todo en la iglesia West, con sus tres galerías enlazadas, a donde fui con la vana esperanza de encontrar a la señorita Drummond.

El lunes me decidí a entrar por primera vez en una barbería y quedé muy satisfecho con el resultado. De allí marché a la casa del *Advocate*, a cuya puerta, dando un brillante tono de

19 Alude a un personaje de la primera parte de este libro (*Secuestrado*). Era un pastor protestante que se había encargado de la educación de David.

color a la callejuela, estaban de nuevo los soldados con sus casacas rojas. Miré alrededor buscando a la joven dama y sus sirvientes: no había señal de ellos. Pero no había aún entrado al gabinete o antecámara, donde tantas horas esperé, hastiado, el sábado, cuando reconocí la alta figura de James More en uno de los ángulos de la estancia. Parecía presa de una penosa inquietud, dejadas caer a lo largo de su cuerpo las manos y las piernas, con los ojos agitados mirando tan sin reposo de acá para allá por las paredes de la pequeña cámara, que me evocó un sentimiento de piedad por la desdichada situación del hombre. Supongo que fue en parte esto y en parte la persistencia de un intenso interés por su hija, lo que me motivó a acercarme a él.

—Buenos días tengáis, señor —dije.

—Buenos días, señor —contestó.

—¿Tenéis una cita con Prestongrange? —pregunté.

—Así es, señor, y deseo que vuestros asuntos con ese caballero sean más agradables que los míos —fue su respuesta.

—Espero al menos que los vuestros sean breves, porque supongo que pasaréis antes que yo —dije.

—Todos pasan delante de mí —respondió con un encogimiento de hombros y alzando las manos al cielo—. No fue siempre así, señor, pero los tiempos cambian. No era así cuando la espada estaba en la balanza, mi joven caballero, y cuando la virtud del soldado era su salvaguardia.

Había un cierto tono gangoso de las *Highlands* en la voz de aquel hombre que me provocaba una ira sorda.

—Bien, señor Macgregor —dije—, a mí me parece que el principal atributo de un soldado es el de saber guardar silencio y que la primera de sus virtudes es no lamentarse nunca.

—Veo que sabéis mi nombre —me saludó con una inclinación de cabeza y cruzando sus brazos—, aunque ni yo mismo puedo usarlo. Bien, todo se sabe. He mostrado mi rostro y pronunciado mi nombre con demasiada frecuencia en las barbas de mis enemigos. No debo extrañarme si uno y otro son conocidos por muchos que no conozco.

—Que no conocéis en absoluto, señor —repliqué—, ni vos ni nadie; pero si queréis saber mi nombre, me llamo Balfour.

—Es un nombre respetable —dijo cortésmente—, que honra a muchos de los que lo usan. Y ahora que lo recuerdo, hubo un joven caballero de vuestro mismo apellido que se enroló de médico en mi batallón en el año 45.

—Creo que podría tratarse de un hermano de Balfour de Baith —dije, pues ahora sí estaba preparado para responder a esa pregunta²⁰.

—El mismo, señor —dijo James More—. Y puesto que fui compañero de armas de vuestro pariente, permitidme que os estreche la mano.

20 En esta ocasión se alude a una situación que se produce en *Secuestrado* (capítulo XXV), en la cual David es incapaz de responder a la pregunta sobre su familia, pues en ese momento desconocía todo lo referente a sus ascendientes.

Me saludó con un apretón largo y afectuoso, radiante como si acabara de encontrar a un hermano.

—¡Ahí —exclamó—. Cuánto tiempo ha pasado desde que vuestro primo y yo oíamos las balas silbándonos en las orejas.

—Creo que era un primo lejano mío —dije secamente— y debo deciros que jamás le eché los ojos encima.

—Bien, bien —insistió—, eso no cambia las cosas. En cuanto a vos, creo que no estuvisteis allí: no recuerdo vuestro rostro, que no es de los que se olvidan fácilmente.

—En el año a que os referís, señor Macgregor, todavía me daban a mí con la palmeta en la escuela parroquial —repliqué.

—¡Tan joven! —exclamó—. Ah, entonces no podréis comprender nunca lo que este encuentro significa para mí: ¡Hallar en esta hora de mi desgracia y aquí, en la casa de un enemigo, a alguien que lleva la misma sangre que mi hermano de armas! Eso me vuelca el corazón, señor Balfour, lo mismo que el sonido de las gaitas de las *Highlands*. Ah, señor, es una triste mirada al pasado que muchos de nosotros hemos de hacer, algunos con lágrimas. Yo viví en mi propia tierra como un rey; mi espada, mis montañas, la confianza de mis amigos y parientes me bastaban. Ahora yazgo en un fétido calabozo; y ¿sabéis, señor Balfour —continuó tomándome del brazo y haciéndome caminar con él por la habitación—, sabéis, señor, que carezco de las cosas más necesarias? La ruindad de mis enemigos me desposeyó de todos mis recursos. Como sabéis, hay sobre mí una sarta de acusaciones y falsos cargos de los que soy tan inocente como vos mismo. No se atreven a ponerme delante de un tribunal y, mientras, me retienen medio desnudo. Cuánto habría deseado tener este encuentro con vuestro primo o con su hermano Baith. Seguro que cualquiera de ellos se habría alegrado de poder ayudarme; mientras que vos sois, relativamente, un extraño...

Me daría vergüenza poner por escrito todo lo que le oí decir en aquella miserable petición de dinero, y las contestaciones hoscas y secas con que le respondía. Hubo veces en que me sentí tentado de taparle la boca con un puñado de monedas; pero, fuera por vergüenza, o por orgullo —por mí mismo o por Catriona—, o fuera porque pensé que no cuadraba tal padre para tal hija, o a causa de la repulsión que sentí ante tal cantidad de hipocresía pegada a su persona, darle aquel dinero fue superior a mí. Y aún estaba con sus halagos y sermones, yendo y viniendo, tres pasos y un giro, en aquella minúscula habitación, y ya se encontraba mi mendigo exasperado por las secas respuestas, pero no desanimado del todo, cuando apareció Prestongrange en la puerta y me llamó apresuradamente a su amplia cámara.

—Voy a estar ocupado unos momentos —dijo— y, para que no esperéis con los brazos cruzados, os voy a presentar a mis tres encantadoras hijas, de quienes acaso hayáis oído hablar, pues creo que son más famosas que su papá. Por aquí.

Me condujo a otra amplia habitación del piso de arriba, donde estaban una seca señora de edad sentada ante un bastidor y las tres jóvenes más bonitas de Escocia (supongo), todas de pie junto a la ventana.

—Este es mi nuevo amigo, el señor Balfour —dijo, tomándome del brazo—. David, ésta es

mi hermana, la señorita Grant, tan buena que lleva la casa en mi lugar y que estará deseosa de poder ayudaros. Y aquí —dijo volviéndose a las tres damas más jóvenes—, aquí tenéis a mis *tres encantadoras hijas*. Una pregunta difícil, señor David: ¿cuál es la más bonita de las tres? ¡Apuesto a que no tendréis la osadía de dar la respuesta del buen Alian Ramsay²¹!

Al punto, las tres, e incluso la vieja señorita Grant, protestaron ruidosamente contra esta ocurrencia, la cual (pues yo recordaba los versos a que se refería) me hizo enrojecer toda la cara. Me pareció una alusión imperdonable en un padre y me sentí azorado ante estas damas que eran capaces de reír aun desaprobando algo, o haciendo creer que lo desaprobaban.

Escoltado por este regocijo, Prestongrange abandonó la cámara, dejándome a mí, como un pez puesto en tierra, en esta insólita compañía. No podría negar, recordando lo que después vino, que fui un gran estúpido; y debo reconocer que las damas, soportándome con tan exquisita paciencia, mostraron estar bien aleccionadas. La tía, sentada y pegada al bastidor, sólo miraba de cuando en cuando y sonreía. Pero las señoritas, y especialmente la mayor, que era además la más hermosa, me prodigaban mil atenciones a las que era incapaz de corresponder.

No sirvió de nada decirme a mí mismo que yo era un joven de cierta valía y asimismo de buena situación, y que no tenía por qué sentirme acobardado delante de aquellas muchachas, la mayor de las cuales no lo era mucho más que yo, y, muy seguramente, ninguna tendría la mitad de mi cultura. Mi razonamiento no cambió los hechos; y hubo veces en que el color se me subía al rostro pensando que me había afeitado aquel día por primera vez.

Desenvolviéndose la conversación con mucho embarazo, a pesar de sus esfuerzos, la mayor se apiadó de mi torpeza, tomó su instrumento, del que era consumada maestra, y me entretuvo un rato, tocando y cantando melodías escocesas e italianas; esto me ayudó a salir de mi embarazo y, recordando la canción que Alan me enseñó en el escondrijo cercano a Corriden, me enardecí tanto que silbé un compás o dos y le pregunté si lo conocía.

Ella negó con la cabeza.

—Nunca he oído una nota de esto —dijo—: silbad toda la canción. Y ahora silbadla de nuevo —añadió, cuando lo hice una primera vez.

Luego la repitió en el teclado y (para mi sorpresa) la enriqueció muy pronto con acordes agradables y la cantó sobre su propia música, con la expresión burlona y un rústico acento.

—«¿He cogido bien la musiquilla?

¿No es éste el tono que silbasteis?»

—Ya veis —dijo—, también puedo hacer versos, aunque no rimara —y volvió a cantar:

—«Soy la señorita Grant, hija del *Advocate*.

Vos, según creo, sois David Balfour.»

21 Poeta escocés (1686-1758), recopilador de antiguas canciones y poesías inglesas y escocesas, y autor de la égloga cómica *El pastor gentil*.

Le confesé mi sorpresa por su talento.

—¿Cómo se llama esta canción? —preguntó ella.

—No sé su nombre —dije—. Yo la llamo «la tonada de Alan».

Me miró directamente a los ojos.

—Yo la llamaré «la tonada de David» —dijo—, pues si tiene algún parecido con la que tocaba vuestro homónimo de Israel a Saúl, ya no me preguntaría más por qué le sirvió de tan poco a aquel rey, siendo una canción tan triste. No me gusta el otro título, así que, si alguna vez quisierais oír de nuevo vuestra tonada, deberéis pedírmela con el nombre que yo le he dado.

Dijo esto con una intención tan marcada que me sentí inquieto.

—¿Y eso por qué, señorita Grant? —pregunté.

—¿Por qué? —respondió—. Si alguna vez os colgaran, yo pondré a esta tonada como letra la confesión final y las últimas palabras de vuestra agonía, y la cantaré.

Su respuesta me convenció de que ella estaba, en parte, informada de mi historia y riesgo. Cómo, o hasta qué punto, ya era más difícil de decir. Resultaba evidente que conocía el cerco peligroso que rodeaba al nombre de Alan y de ahí su consejo de que lo mantuviera apartado. También era evidente que sabía que yo era sospechoso de participar en algún acto criminal. Juzgué, además, que la brusquedad de sus últimas frases (seguidas inmediatamente por la interpretación de una ruidosa pieza musical) ponía fin al último derrotero de la conversación. Yo permanecía a su lado, aparentemente atento y cautivado, más, en realidad, inmerso en mis preocupaciones. Siempre comprobé que esta joven dama amaba el misterio y, ciertamente, esta primera entrevista fue para mí un misterio inasequible. Mucho después supe que las horas del domingo habían sido bien aprovechadas: el ordenanza del banco fue localizado e interrogado, y mi visita a Charles Stewart fue descubierta; así dedujeron que mis relaciones con James y Alan eran muy estrechas y que muy probablemente aún me mantendría en contacto con éste. De ahí las inequívocas alusiones que se me ofrecían ahora entre los sonos del clavecín.

A mitad de la canción, una de las señoritas más jóvenes, que estaba junto a una ventana de la calle, gritó a sus hermanas apresuradamente para que se acercaran, pues allí estaba de nuevo *Ojos grises*. Toda la familia acudió inmediatamente en tropel y se agolparon a mirar.

La ventana a la que habían corrido se encontraba en un extremo de la habitación que estaba sobre la puerta de la casa y flanqueaba la pequeña calle en toda su longitud.

—Venga, señor Balfour —gritaron—, venga a ver. Es la criatura más hermosa del mundo. Ronda la entrada del callejón desde hace unos días, siempre acompañada de esos criados infelices, y aun así nadie diría que no es una dama.

Yo no necesitaba mirar, y apenas miré dos veces, sin demorarme. Temía que ella pudiera verme allí, mirándola desde la cámara de música, en la calle, estando su padre en la misma casa que yo, quizás suplicando la vida con sus lágrimas, y muy poco después de que yo mismo hubiera rechazado sus peticiones. Pero, incluso verla tan fugazmente, me devolvió mi seguridad y casi vencí mi azoramiento ante las jóvenes damas. No cabría duda de que

ellas eran hermosas, pero Catriona también lo era, y tenía además ese ardor que brilla en las ascuas. Tanto como me habían desconcertado las otras, ella me daba equilibrio. Recordé con qué espontaneidad había charlado con ella. Si no podría hacer lo mismo con estas delicadas doncellas, quizá era por su culpa. Un sentimiento de ironía vino a unirse al anterior embarazo, y pronto sentí que recuperaba mi aplomo; y cuando la tía me sonreía desde su bastidor y las tres hijas me concedían sus halagos como a un bebé en su cunita, todas con sus «órdenes de papá» escrito sobre el rostro, hubo veces que de muy buena gana me hubiera reído.

Por fin, volvió el papá, siempre amable, contento en apariencia, y fácil conversador.

—Ahora, niñas —dijo—, debo llevarme nuevamente al señor Balfour, y espero que hayáis podido convencerle para que vuelva a donde siempre será para mí un placer encontrarle.

Luego cada una me dedicó un cumplido algo distante y yo salí.

Si habían preparado esta visita a la familia con vistas a suavizar mi resistencia, el fracaso fue total. Yo no era tan asno como para no ver la lamentable imagen que había ofrecido y que las muchachas se echarían a bostezar tan pronto como mis envarados hombros se dieran la vuelta. Me daba cuenta de que había hecho poca gala de mi soltura y gracia; y ansié de todo corazón una ocasión en que mostrar que yo tenía algo de otro talante, el duro y arriesgado.

Bien, se iba a cumplir mi deseo, pues la escena a la que se me conducía ahora iba a ser del todo diferente.

VI. En compañía del señor de Lovat

En el gabinete de Prestongrange nos esperaba un hombre que me disgustó sólo con verlo, tal como ocurre cuando se ve un hurón o un ciempiés. Era desagradablemente feo, pero tenía todas las trazas de un caballero; sus gestos apacibles podían tornarse de pronto en exabruptos y violencias, y su voz menuda podía volverse aflautada y amenazadora según su voluntad.

El *Advocate* nos presentó familiar y amistosamente.

—Fraser, aquí tenéis al señor Balfour, de quien ya hemos hablado. Señor David, este es el señor Simón Fraser, a quien solíamos llamar bajo otro nombre, pero eso es una vieja historia. El señor Fraser tiene un mensaje para vos.

Tras esta presentación se alejó unos pasos de nosotros hacia los estantes de libros e hizo como si consultara un libro en cuarto que se hallaban en un extremo.

Así quedé (en cierto sentido) a solas con una persona que, a buen seguro, hubiera sido la última del mundo en quien yo pensara.

Según lo dicho en la presentación, no podían caberme dudas: este hombre no podía ser otro que el procesado señor de Lovat, jefe del gran clan Fraser. Yo sabía que él había llevado a sus hombres a la rebelión; sabía que la cabeza de su padre —el viejo lord, aquel zorro gris

de las montañas— había caído en el cepo del verdugo por aquel delito; que las tierras de la familia habían sido confiscadas y se había echado un baldón sobre su nobleza. No podía imaginarme qué estaba haciendo en la casa de Grant; no podía imaginar que había comparecido ante un tribunal, que se había tragado sus principios y que ahora estaba congraciándose servilmente con el gobierno hasta el punto de actuar como delegado del *Advocate* en el crimen de Appin.

—Bien, señor Balfour —comenzó a decir—. ¿Qué es lo que me cuentan de vos?

—No me toca a mí hacer cábalas —respondí—, pero, si os ha informado el *Advocate*, él conoce perfectamente mis opiniones.

—Puedo deciros que me encargo del caso de Appin —continuó—, y que figuraré a las órdenes de Prestongrange; y mi examen de los interrogatorios me permiten aseguráros que vuestras opiniones son erróneas. La culpabilidad de Breck es manifiesta; y vuestro testimonio, en el cual admitís que le visteis sobre la colina en el momento del crimen, le llevará a la horca.

—No me parece muy sensato que le podáis colgar antes de haberle cogido —advertí—. Por lo demás, con mucho gusto os dejo con vuestras propias corazonadas.

—El duque ha sido informado —continuó—. Precisamente vengo de hablar con Su Excelencia, y él se ha expresado delante de mí con toda la noble libertad que es digna de un señor como él. Ha hablado de vos, nombrándoos, señor Balfour, y ha expresado anticipadamente su gratitud, siempre que os dejéis conducir por quienes saben, mucho mejor que vos, qué es lo que conviene a vuestros intereses y a los del país. Viniendo de él, «gratitud» no es una palabra vacía: *experto crede*²². Me atrevería a asegurar que sabéis algo de mi nombre y de mi clan y aquel odioso ejemplo y el lamentable fin de mi padre, sin hablar de mis propios errores. Y bien, yo hice mis paces con ese buen duque; él intervino en mi favor ante nuestro amigo Prestongrange; y heme aquí de nuevo con el pie en el estribo, asumiendo mi parte de responsabilidad en la persecución de los enemigos del rey Jorge y en la venganza de esta última osadía e insulto desvergonzado a Su Majestad.

—Sin duda es una actitud que honra al hijo de vuestro padre.

Alzó sus cejas peladas:

—Veo que os gusta dejar caer puntadas irónicas —dijo—. Pero estoy aquí por obligación, estoy aquí para cumplir con buena fe mi misión, y es inútil que intentéis apartarme de ella. Y dejadme deciros que para un joven con el espíritu y la ambición que vos tenéis, un buen empujón al comienzo hará más que diez años de trabajo. De vos depende ahora que recibáis el impulso; elegid en qué dirección vais a avanzar; el duque velará por vos con la solicitud de un padre afectuoso.

—Creo que me falta la docilidad del hijo —contesté.

—¿Y creéis, de verdad, señor —gritó—, que la gestión política del país puede soportar ser zancadilleada y echada a rodar por un mozuelo atolondrado sin educación? Este proceso se ha convertido en piedra de toque y todos los que quieran ganar su futuro deberán empujar

22 «Haz caso al experto.» (En latín en el original.) La frase exacta es *experto credite* («creed al que tiene experiencia») y pertenece a la *Eneida* (libro XI, v. 283) del poeta latino Publio Virgilio Marón (70-19 a.d.C.).

el carro. ¡Miradme a mí! ¿Creéis que asumo por propio gusto el alto y envidiable deber de perseguir a un hombre a cuyo lado llevé ceñida mi espada? No he tenido opción.

—Pienso, señor, que vos perdisteis el derecho a elegir cuando os mezclasteis en aquella depravada rebelión. Mi caso, felizmente, es otro. Soy un hombre leal y puedo, sin inquietud, mirar a la cara tanto al duque como al rey Jorge.

—¡Así que ya sabemos de dónde sopla el viento! —dijo—. Os aseguro que habéis caído en el peor de los errores. Prestongrange ha sido hasta aquí tan cortés, que (tal me dijo) no ha refutado vuestros alegatos; pero esto no debe haceros pensar que no se os mira con grave sospecha. Vos decís que sois inocente. Los hechos, mi querido señor, os declaran culpable.

—Esperaba que llegaseis a ese punto —dije.

—Es el testimonio de Mungo Campbell; vuestra huida tras la ejecución del crimen; ¡el largo camino hasta aquí, rodeado de secretos...! ¡Mi buen muchacho! —dijo el señor Simón—. Hay aquí evidencia bastante como para colgar a un buey. ¡Más a un David Balfour! Yo estaré presente en el juicio y mi voz será oída. Pero entonces hablaré de forma muy distinta a como os he hablado hoy, que ya es bastante, y mucho menos de vuestro gusto, como ya empezaréis a ver. ¡Vaya, parece que os ponéis pálido! —gritó—. He dado con la llave de vuestro corazón insolente. ¡Estáis pálido, vuestros ojos vacilan, señor David! Veis la tumba y el patíbulo más cerca de lo que habíais imaginado.

—Reconozco que es una debilidad natural —dije—. No me causa vergüenza. La vergüenza... —seguí diciendo, cuando él me cortó:

—La vergüenza os espera en la horca.

—En eso iría a la par con milord, vuestro padre —repliqué.

—¡Ah, ah! ¡Ni mucho menos! —gritó—. No acabáis de ver el fondo de este caso. Mi padre fue ajusticiado por una gran causa y por compartir asuntos de reyes. Vos seréis colgado por un sucio asesinato de poca monta. Vuestra parte en él es la del traidor que atrae al pobre diablo iniciando una conversación, y vuestros cómplices un montón de andrajosos criados *highlanders*. Y esto se puede probar, mi distinguido señor Balfour (se puede probar y se probará, fíaos de mí que estoy en el ajo), se puede probar y se probará que fuisteis pagado por hacerlo. Me parece que estoy viendo las miradas inquietas de toda la sala, cuando yo aporte más argumentos que evidenciarán que vos, un joven educado, os dejasteis corromper y cometisteis aquel acto por unas cuantas ropas de desecho, una botella de whisky irlandés y tres chelines, cinco peniques y un medio penique en monedas de cobre.

Había tal apariencia de verismo en estas palabras, que las sentí como un golpe: las ropas, una botella de aguardiente de los *highlanders*, y tres chelines y cinco peniques y medio en calderilla sería, precisamente, todo lo que Alan y yo llevábamos encima al salir de Aucharn; y entonces vi que algunos de los hombres de James habían aflojado la lengua en el calabozo.

—Ya veis que sé más de lo que imaginabais —siguió diciendo triunfante—, y no creáis, mi señor David, que habrán de faltarle pruebas al gobierno de Gran Bretaña e Irlanda para demostrar la evidencia de estos hechos. Tenemos en prisión a hombres dispuestos a jurar lo que haga falta en el momento en que se les ordene, o, si preferís mudar la frase, cuando yo

se lo ordene. Juzgad, pues, por vos mismo, la parte de gloria que os tocará, si elegís la muerte. En una mano tenéis la vida, el vino, las mujeres y la protección del duque, y en la otra una soga para el cuello y una horca en la que os repicarán los huesos, y que daréis en heredad a vuestro apellido la más baja y rastrera historia que jamás se contara de un asesino a sueldo. ¡Ved esto! —gritó con una fuerte voz desafinada—. Ved este papel que saco de mi bolsillo. Mirad ese nombre: es el nombre del gran David, si no me equivoco, con la tinta apenas seca. ¿Podéis adivinar de qué se trata? Es una orden de arresto y sólo tengo que tocar esta campanilla para tenerla ejecutada en el acto. Una vez que este papel os meta en el calabozo, bien puede Dios ayudaros, porque tendréis la suerte echada.

Tengo que decir que me aterró tanta infamia, y que me sentí acobardado ante un peligro tan inminente y horroroso. El señor Simón juzgó ganada la partida por la alteración de mi tez. Pienso que estaba tan blanco como mi camisa; mi voz, además, vacilaba.

—Hay un caballero en esta habitación—grité—. Apelo a él. He puesto mi vida y mi honor en sus manos.

Prestongrange cerró su libro de golpe.

—Os lo advertí, Simón —dijo—: jugasteis vuestra partida a fondo, y habéis perdido. Señor David —continuó—, deseo que me creáis si os digo que no podía evitaros el paso de esta prueba. Desearía que comprendierais cómo me alegro de que la hayáis superado con tanto mérito. Aunque no sepáis cómo, no dudéis de que me habéis hecho un cierto favor. Pues si nuestro amigo, aquí presente, hubiera tenido más éxito que yo tuve la pasada noche, habría resultado que era él mejor juez de hombres que yo; habría resultado que uno y otro teníamos trocadas nuestras respectivas posiciones. Y yo sé que nuestro amigo Simón es ambicioso —dijo palmeando ligeramente los hombros de Fraser—. Por lo que toca a esta escena, la función ha terminado. Me siento mucho más inclinado a vuestro favor; y cualquiera que sea la solución que demos a este lamentable asunto, procuraré personalmente que se os trate con consideración.

Sus palabras fueron, pues, excelentes; y pude ver además que había muy poco afecto entre estos dos hombres a los que mi suerte me enfrentaba, y quizás un poco de evidente animadversión. Sea como fuere, era indudable que esta entrevista se había preparado, quizá hasta ensayado, con el consentimiento de ambos; era evidente que mis adversarios estaban empeñados en intentar conmigo todos los métodos; y ahora (persuaciones, lisonjas y amenazas habían sido ya intentadas en vano) sólo podía tratar de imaginar cuál sería el recurso siguiente. Mis ojos todavía estaban turbados y sentía las rodillas flojas, con la angustia de la pasada prueba; apenas podía balbucear las mismas palabras:

—Pongo mi vida y mi honor en sus manos.

—Bien, bien —dijo—. Debemos intentar salvar lo uno y lo otro. Y, mientras, volvamos a métodos más suaves. No debéis guardar rencor a mi amigo el señor Simón, que no hizo sino seguir las instrucciones. Y si, incluso, guardáis alguna queja contra mí, que estuve presente en una actitud que parecía apoyarle, no quiero que esa queja se extienda a los miembros inocentes de mi familia. Ellas tienen grandes deseos de volver a veros y no puedo consentir que mis mujercitas queden decepcionadas. Mañana irán a Hope Park, donde creo que sería muy conveniente que os acercarais a ofrecer vuestros saludos. Venid primeramente a verme, pues es posible que tenga que deciros algo confidencial; luego

seréis devuelto a la vigilancia de mis señoritas, y, hasta entonces, repetidme la promesa de vuestro silencio.

Mejor habría hecho rechazando en ese instante la renovación de mi promesa; pero estaba muy lejos entonces de poder razonar; prometí lo que se me pedía y salí no sé cómo; y, cuando de nuevo sentí mis pies puestos en la entrada y que la puerta se cerraba a mis espaldas, me apoyé aliviado sobre el muro de una casa y me enjuagué el sudor del rostro.

La horrible aparición (como puedo llamarla en justicia) del señor Simón vibraba aún en mi memoria, tal como esos ruidos repentinos que permanecen un instante en nuestra mente después que ya han cesado. Las historias del padre de este hombre, de su falsedad, de sus repetidas e innumerables traiciones; todo lo que había oído y leído acudía a mi mente y se unía a lo que acababa de conocer de él. Cada vez que lo recordaba, la ingeniosa maldad de aquella calumnia con la que había intentado manchar mi nombre, hacía renacer mi terror. La suerte del hombre ahorcado en la ruta de Leith no se me aparecía muy distinta de la que yo imaginaba como la mía propia. Que dos hombres maduros robaran a un chiquillo una miseria era ciertamente una hazaña miserable; pero mi propia historia, tal como Simón Fraser la presentaría en mi juicio, no desmerecía en nada de la del chiquillo, tanto en sordidez como en cobardía.

La voz de dos hombres de librea que estaban en el umbral de la casa de Prestongrange me sacó de mis pensamientos.

—Eh —decía uno—, lleva esta nota lo más rápidamente que puedas al capitán.

—¿Es para que traigan otra vez al guerrero *highlander*? —preguntó el otro.

—Parece que sí —volvió a decir el primero—. El señor y Simón le necesitan.

—Prestongrange se ha vuelto loco —replicó el segundo—. Acabará por meter a James More en su cama.

—Bueno, no es asunto tuyo ni mío —dijo el primero.

Y los dos se separaron, el uno a su encargo y el otro volvió a entrar en la casa.

Esto parecía un indicio alarmante. Apenas había yo salido y ya estaban enviando a buscar a James More, a quien yo pensé que el señor Simón se había referido cuando habló de unos hombres en la prisión dispuestos a canjear sus vidas por lo que fuera. El pelo se me erizó en la cabeza y un instante después se me agolpó la sangre en las venas al pensar en Catriona. ¡Pobre muchacha! ¡Su padre sería colgado por iniquidades poco defendibles! Y lo que era aún peor, parecía que estaba ahora dispuesto a salvar su pellejo con el más vergonzoso, sucio y cobarde de los crímenes: el falso testimonio; y, para colmo de mis desventuras, todo me señalaba precisamente a mí como la víctima.

Me puse a caminar aprisa y al azar, pensando sólo en moverme, en busca de aire y de campos abiertos.

VII. Cometo una falta contra mi honor

Llegué andando, juro que no sé cómo, a los Lang Dykes²³. Es un camino rural que bordea el lado norte de la ciudad y destaca su perspectiva. Desde aquí podía contemplarla, extendiéndose, como una larga cola negra, desde el castillo alzado sobre los despeñaderos que dominaban el lago, entre hileras de campanarios, voladizos y chimeneas humeantes; viendo todo esto, el corazón se me ensanchó en el pecho. Mi juventud, como dije, estaba curtida por los riesgos; pero un peligro como al que me había enfrentado esta misma mañana, en medio de lo que algunos llaman la seguridad de la ciudad, me había hecho estremecer a despecho de mi experiencia. Peligros de esclavitud, peligros de naufragio, peligros de espada y de armas de fuego, todos los encaré sin mengua de mi honor; pero el peligro que ahora me rondaba en la voz aguda y el grasiento rostro de Simón, más bien Lord Lovat, me intimidaba hasta el anonadamiento.

Me senté a orillas del lago, en un lugar donde los juncos alcanzaban el agua, y allí me humedecí las muñecas y me lavé las sienes. Si hubiera podido hacerlo sin desmerecer ante mi propia estima, habría ahora escapado de mi temeraria empresa. Pero (llámeselo valor o cobardía, y aun creo que iban uno y otra unidos), decidí que había ido ya demasiado lejos como para echarme atrás. Había hecho frente a estos hombres y seguiría enfrentándome a ellos. Pasara lo que pasara, mantendría mi promesa.

El sentido de mi propia firmeza me levantó un poco los ánimos, mas no demasiado. De todas maneras, seguía sintiendo una presión helada sobre el corazón y la vida me parecía un asunto sombrío con pocas alternativas. Muy especialmente me inundaba un sentimiento de piedad por dos personas. El primero era yo mismo, lejos de mis amigos y perdido en medio de peligros. El segundo era la muchacha, la hija de James More. Apenas la había visto, y sin embargo yo había formado una opinión y había sacado mis conclusiones. Pensaba que era una muchacha de honor intachable, casi viril; una de las que anteponen la muerte a la deshonra; y esto, precisamente, cuando también pensaba que en estos momentos su padre estaría comerciando con su miserable vida a cambio de la mía. Esto estableció un vínculo en mis pensamientos entre la muchacha y yo. Antes sólo la había visto como en un encuentro fugaz, pese a que me gustó de una forma especial. Ahora la veía unida a mí por una súbita relación, como la hija de mi mortal enemigo, y, bien podría decir, de mi asesino. Pensé en el duro destino que me forzaba a sufrir tantas vejaciones y a ser perseguido continuamente a causa de otros, sin concederme ni un resto de placer.

Tenía comida y una cama donde dormir, si mis preocupaciones me dejaban; salvo eso, mi fortuna no me servía de nada. Si me iban a colgar, mi tiempo sería presumiblemente corto; si escapara de este trance, huyendo, mi vida aún parecería ser larga antes de que debiera rendirla finalmente. El rostro de la muchacha vino de pronto a mi memoria, tal como la había visto por vez primera, con los labios entreabiertos; en ese instante, sentí una debilidad invadirme el pecho y un vigor en mis rodillas; y, resueltamente, me puse en camino hacia Dean. Si me iban a colgar mañana y había muchas probabilidades de que esta noche durmiera en un calabozo, decidí oír y hablar con Catriona una vez más.

El esfuerzo de caminar y el pensamiento de mi destino me templaron aún más y así cobré un poco de ánimo. En la aldea de Dean, asentada en lo hondo de un valle a orillas del río, pregunté a un molinero por mi camino y me señaló un paso franco para trepar la colina y descender del otro lado; así fui a dar a una casa pequeña y de buen aspecto, en medio de

23 Llamado hoy *Princess Street*.

una huerta con praderas y manzanos. Iba animoso cuando atravesé el seto de la entrada, pero se me cayó el alma al suelo cuando me topé con una anciana altiva y ceñuda que venía a mi encuentro. Ataviada con una mantilla de lienzo blanco sobre la cabeza y un sombrero de hombre fajado encima.

—¿Qué andáis buscando por aquí? —preguntó.

Le conté que buscaba a la señorita Drummond.

—¿Y qué tratos podéis tener vos con la señorita Drummond? —dijo.

Respondí que la había conocido el pasado sábado, que había tenido la suerte de hacerle un pequeño servicio y que estaba ahora aquí por invitación de la joven dama.

—¡Ah, así que vos sois Seis Peniques! —exclamó en tono socarrón—. Un gran regalo, un gentil caballero. ¿Y tenéis algún otro nombre para llamaros o es que os bautizaron Seis Peniques? —preguntó.

Le dije mi nombre:

—¡Dios me valga! —exclamó—. ¿Tuvo Ebenezer un hijo?

—No, señora —dije—. Soy hijo de Alexander. Y soy el señor de Shaws.

—Habréis tenido que remover cielo y tierra para conseguir eso —dijo.

—Veo que conocéis a mi tío, y me atrevería a decir que no os satisfará poco saber que se ha arreglado ese asunto.

—¿Y qué es lo que os trae a ver a la señorita Drummond? —continuó.

—He venido a reclamar mis seis peniques, señora. No cabría esperar menos de un sobrino de mi tío. Se me tiene por un joven económico.

—Así que tenéis cierta chispa de ingenio —señaló la vieja dama, no sin satisfacción—. Creí que seríais algún necio bobalicón vos y vuestros seis peniques, y vuestro *día de suerte* y vuestro *por la memoria de Balwhidder* —todo esto me daba a entender, para mi satisfacción, que Catriona no había olvidado toda nuestra charla—. Pero dejemos a un lado todo eso —continuó—. ¿Debo entender que habéis venido aquí buscando una compañera?

—Eso es, a no dudarlo, una cuestión más bien prematura —respondí—. Ella es una muchacha muy joven, y yo también lo soy, por desgracia. La he visto sólo una vez. Aunque no voy a negar —añadí, haciendo gala de franqueza, para ganarme su confianza—, no voy a negar que ocupa la mayor parte de mis pensamientos desde el día en que la vi. Eso es una cosa, y otra cosa enteramente distinta, y además una locura, el que yo me comprometiera.

—Veo que habláis sin pelos en la lengua —dijo la vieja dama—. Gracias a Dios, yo también fui lo bastante loca como para tomar a mi cargo a la hija de este bribón. ¡Buena responsabilidad me trajo! Pero ya está hecho y lo llevaré adelante de la forma que me parezca. ¿Queréis decirme, señor Balfour de Shaws, que os casaríais con la hija de James More, aun cuando a él le ahorcaran? Bien, entonces no habrá forma de llevar a cabo ese matrimonio, y daos por enterado. Las muchachas son algo muy delicado —añadió con un gesto de su cabeza—; y aunque nunca se os ocurriera viendo mi rostro arrugado, yo

también fui una muchacha, y una muchacha bonita.

—Lady Allardyce, pues creo que es ese vuestro nombre —dijo—, me parece que estáis respondiendo vos misma a vuestras preguntas y no es esa la mejor forma de llegar a entendernos. Me dejáis atónito al preguntarme si yo me casaría, a los pies de un patíbulo, con una joven dama a la que he visto una sola vez. Ya os he dicho que nunca sería tan atolondrado como para fijar un compromiso así. Y todavía os diré más. Si mis sentimientos hacia esta muchacha, como tengo razones para creer, no cambian, se necesitará algo más que su padre o que la horca incluso para mantenernos separados. En cuanto a mi familia, ¡la encontré al lado del camino como una moneda abandonada de medio penique! A mi tío le debo menos que a nadie; si alguna vez me caso, habrá una sola persona a quien deba complacer: a mí mismo.

—He oído frases como éstas desde antes de que tú nacieras —dijo la señora Ogilvy— y ésa es quizá la razón de que les dé tan poco crédito. Hay que tener muchas cosas en cuenta. Este James More es pariente mío, dicho sea para mi vergüenza. Pero cuanto más nobles han sido las familias, más hombres colgados o decapitados debieron sufrir; ésa ha sido siempre la historia de la desventurada Escocia. ¡Y si fuera sólo la horca! En lo que a mí toca, creo que me quedaría muy a gusto con James colgado, lo que sería al menos una forma de acabar con él. Catriona es bastante buena muchacha, con un gran corazón, que soporta de la mañana a la noche a una pequeña anciana como yo. Pero, mirad, tiene su punto flaco. Está atontada con ese gran hipócrita y redomado bribón que es su padre y está loca de remate por los Gregara y por nombres proscritos y por el rey Jacobo y otros papanatas. Y si creéis que ella se va a dejar llevar por vos, os vais a llevar un chasco lamentable. Decís que sólo la habéis visto una vez...

—Que hablé con ella una sola vez, he debido decir —dijo interrumpiéndola—. La he visto de nuevo esta mañana desde una ventana de la casa de Prestongrange.

Me temo que pronuncié estas palabras tentado por el buen efecto que harían, pero pronto iba a ser bien pagado por mi vanidad con la réplica.

—¿Qué decís? —exclamó la vieja dama con el rostro súbitamente fruncido—. Creía que había sido junto a la puerta de la casa del *Advocate* donde la visteis por vez primera.

Le contesté que así era.

—Hum... —dijo; y luego súbitamente en tono más bien desdeñoso—. Sólo tengo vuestra palabra para creer eso y el nombre que habéis dado y lo que sois. Según vos sois Balfour de Shaws, pero, por lo que entreveo, podéis ser Balfour de todos los demonios. Es posible que hayáis venido aquí por lo que habéis dicho, y es igualmente posible que hayáis venido aquí por el diablo sabrá qué. Soy una *whig* lo bastante buena como para estar tranquila y haber mantenido todas las cabezas de los hombres de mi familia sobre sus hombros, pero no soy una *whig* lo bastante buena como para que le sirva de chufla a nadie. Y con toda claridad os digo que hay demasiada puerta del *Advocate* por aquí y ventana del *Advocate* por allá para un hombre que llega pidiendo la mano de la hija de un Macgregor. Podéis decirle eso al *Advocate* que os ha mandado, con mi afectuoso amor. Y os beso la mano, señor Balfour —dijo, uniendo la acción a la palabra—, y os deseo un feliz viaje de vuelta por el camino que habéis venido.

—Si pensáis que soy un espía... —prorrumpí, y mis palabras se atollaron en mi garganta.

Permanecí de pie unos instantes mirando con ojos de asesino a la vieja dama, luego la saludé con la cabeza y giré sobre mis talones.

—¡Vaya! Nuestro galán se ha enfurruñado —exclamó—. ¿Que sois un espía? Y ¿qué otra cosa podría pensar yo, que no sé nada de vos? Mas ya veo que estaba equivocada; pero como no puedo pelear, tengo que saber defenderme. Bonita figura haría yo con un espadón. ¡Vaya!, ¡vaya! —continuó—, no sois tan mal muchacho dentro de lo que cabe; aunque ya tendréis vuestros vicios para servir de compensación. Pero, ¡ah!, David Balfour, sois condenadamente agreste. Tendréis que suavizar vuestro espinazo y pensar una pizca menos en vuestro melindroso yo; y tendréis que aprender que las mujeres no son granaderos. Pero eso no podrá ser. Os iréis a la tumba sabiendo tanto de mujeres como sé yo de capar marranos.

Nunca había encontrado ocasión de oír tales expresiones en boca de una dama; pues las dos únicas damas que había conocido, la señora Campbell y mi madre, eran las mujeres más devotas y pudorosas; y supongo que debió de pintárseme el asombro en la cara, porque la señora Ogilvy estalló repentinamente en carcajadas.

—¡Válgame Dios! —exclamó, luchando por controlar su risa—. Se os ha quedado la cara de piedra, ¡y vos queréis casaros con la hija de un guerrero *highlander*!. Davie, querido, tendremos que hacer la prueba, aunque sólo sea por ver los vástagos. Y ahora —continuó—, de nada sirve que os demoréis aquí, pues la joven no está en casa y me temo que la vieja no es una compañía adecuada para el hijo de vuestro padre. Además de que yo no tengo a nadie más que a mí misma que mire por mi reputación, y ya he estado demasiado tiempo a solas con un atractivo joven. ¡Y volved otro día por vuestros seis peniques! —gritó cuando ya me alejaba.

Mi escaramuza con esta desconcertante señora dio a mi talante unos arrestos que yo venía buscando en otra parte. Durante dos días la imagen de Catriona no se había apartado de mis pensamientos; ella constituía su fondo, de modo que apenas disfrutaba mi sola compañía sin un destello suyo en un rincón de mi mente. Pero ahora, de pronto, ella se acercaba hasta el punto que me parecía tocarla, a ella que sólo una vez toqué; me dejaba ir a la deriva, como si me llevara su corriente en un dulce abandono, y miraba todo a mi alrededor, aquí y allá, viendo el mundo como un desierto carente de atractivo, donde los hombres, como soldados en marcha, caminan a su deber, cada uno como mejor sabe, y sólo Catriona estaba allí para ofrecer algo de gozo a mi vida. Yo mismo me asombraba viéndome entregado a tales consideraciones en estos momentos de tanto peligro y miseria; y cuando caía en la cuenta de mi juventud, me sentía avergonzado. Tenía que completar mis estudios; tenía que emplearme en alguna ocupación útil; debía, además, asumir la parte de tarea que me tocaba en un mundo donde todos deben trabajar; debía también aprender, y conocer, y probarme a mí mismo como hombre; y enrojecí, con toda la razón del mundo, pues debía de sentirme tentado ya por deberes y gozos más distantes y sagrados. Me reprochaba severamente con razones sacadas de mi propia educación. No me hicieron crecer con bizcochos de azúcar, sino con el duro pan de la verdad. Yo sabía que era del todo impropio que alguien se convirtiera en un marido sin estar aún preparado para ser padre; y para un muchacho como yo, jugar a ser padre era sencillamente ridículo.

Caminaba embebido en estos pensamientos, y ya a la mitad de mi camino de vuelta a la

ciudad, cuando vi una figura que venía a mi encuentro, agitando todavía más las confusiones de mi corazón. Sentí que tenía que decirle infinidad de cosas y que no podría empezar a hablar; y recordando cómo se me había agarrotado la lengua esa misma mañana en la casa del *Advocate*, tuve la seguridad de que ahora me quedaría mudo.

Pero todos mis temores desaparecieron cuando ella llegó junto a mí; ni siquiera el recuerdo de lo que había venido pensando me turbó en lo más mínimo; y me di cuenta de que podía hablar con ella, tan espontánea y razonablemente como pudiera haberlo hecho con Alan.

—Oh —exclamó—, habéis venido a buscar vuestros seis peniques. ¿Los conseguisteis?

Le dije que no; pero que ahora que la había encontrado a ella mi viaje no había sido en vano.

—Aunque ya os vi hoy —le dije, y le conté dónde y cuándo.

—Yo no os vi —dijo ella—. Mis ojos son grandes, pero los hay mejores para ver de lejos. Sólo oí que cantaban dentro de la casa.

—Era la señorita Grant —dije—, la mayor y la más bonita.

—Dicen que todas son hermosas —dijo ella.

—Ellas piensan lo mismo de vos, señorita Drummond —repliqué—, y todas se abalanzaron a la ventana para miraros.

—Lástima que sea tan cegata —dijo—, si no también yo las habría podido ver. ¿Y estabais vos dentro? Debéis haber pasado un rato delicioso, con una buena música y damas bonitas.

—Precisamente en eso os equivocáis —contesté—. Me sentía allí tan fuera de sitio como un pez en la cima de un monte. La verdad es que me encuentro más a mis anchas en compañía de hombres rudos que con damas bonitas.

—Vaya, en todo caso, soy de la misma opinión —dijo, y los dos nos echamos a reír.

—Pero es extraño que ahora —dije— no sienta el menor temor con vos, aunque sí estuve a punto de echarme a correr huyendo de la señorita Grant; vuestra prima también me atemorizó.

—Oh, creo que todos los hombres la temen. Incluso mi padre le tiene miedo.

El nombre de su padre me sobresaltó. La miré mientras caminaba a mi lado, y me vino a la memoria aquel hombre de quien tan poco sabía y de quien tanto sospechaba; y cuando comparaba a uno y a otra, sentí como si mi silencio fuera una traición.

—Por cierto —dije—, me encontré con vuestro padre esta misma mañana.

—¿Sí? —exclamó con tal expresión de gozo que me pareció una burla—. ¿Visteis a James More? ¿Habréis hablado con él, entonces?

—Incluso hablé con él —dije.

Fue en ese momento cuando todo se me trastocó de la peor forma que sea humanamente posible. Ella me dirigió una mirada de simple agradecimiento.

—Ah, os lo agradezco —dijo.

—Me dais las gracias por bien poco —respondí y guardé silencio. Pero era natural que, obligándome al silencio de tantas cosas, algo al menos debía escapárseme.

—Le hablé de no muy buena forma —dije—. No me agradó mucho y le hablé de no muy buena forma, y él se molestó.

—Creo que no os importó mucho entonces, y menos contarle ahora a su hija —gritó—. Pero no quiero saber más de quienes no le aman y estiman.

—Me tomaré la libertad de añadir una palabra —dije, comenzando a temblar—. Quizá ni vuestro padre ni yo estábamos con nuestro mejor ánimo dentro de la casa de Prestongrange. Pienso que uno y otro nos encontramos allí por asuntos muy preocupantes, pues es una casa peligrosa. También yo me compadecí de él y fui el primero en hablarle, aunque mis palabras no fueron las más convenientes. Pero os puedo decir que, en mi opinión, no tardaréis en daros cuenta de que sus asuntos están mejorando.

—No será, por lo que veo, gracias a vuestra amistad —dijo—, aunque sí os quedará muy obligado por vuestra compasión.

—Señorita Drummond —exclamé—, estoy solo en el mundo...

—Eso no me extraña —replicó.

—Oh, dejadme hablar —continué—. Os hablaré por última vez y os dejaré luego, si queréis, para siempre. Vine hoy con la esperanza de oír una palabra amable de la que tengo una dolorosa necesidad. Soy consciente de que mis palabras os han herido, pero ya lo sabía. Habría sido fácil deciros palabras dulces, fácil haberos mentido; ¿creéis que no he tenido la tentación de hacerlo? ¿No veis la verdad en mi corazón abierto de par en par?

—Creo que os tomáis demasiado trabajo, señor Balfour —contestó—. Pienso que será mejor que este encuentro sea el último y que nos separemos como personas educadas.

—¡Oh, que por lo menos haya alguien que me crea! —supliqué—. Si no, ya no podré soportarlo. El mundo entero se ha concertado contra mí. ¿Cómo voy a poder soportar mi horrible destino? Si no hay nadie que crea en mí, no podré. Y al hombre que no puede sobrellevarlo, sólo le resta morir.

Ella caminaba con decisión, mirando al frente, con la cabeza alta; pero, por mis palabras o por el tono de mi voz, se paró preguntándome;

—¿Qué estáis diciendo? ¿De qué habláis?

—Mi testimonio puede salvar una vida inocente —dije—, pero ellos no me permitirán darlo. Vos misma, ¿qué haríais? Vos sabéis lo que es esto, pues tenéis a vuestro padre en peligro. ¿Dejaríais a su suerte a ese ser desgraciado? Ellos han empleado todos sus recursos conmigo. Han intentado sobornarme; me ofrecieron cielo y tierra. Y hoy ese sabueso me contó cuál era mi situación y hasta dónde estaba dispuesto a llegar para ponerme en la picota y buscar mi deshonor. Voy a ser implicado como cómplice en el asesinato; yo habría retenido a Glenure con una charla, por dinero y por conseguir unas viejas ropas; voy a ser colgado y envilecido. Si éste es el destino que me espera, siendo

todavía un muchacho, si ésta es la historia que se contará de mí por toda Escocia, si también vos vais a creerla y si de mi nombre no va a quedar sino lo que es una palabra, Catriona, ¿cómo voy a poder soportar esto? No es posible; es más de lo que un hombre puede soportar.

Mis palabras habían afluido libres en una corriente vertiginosa una tras otra; y, cuando paré de hablar, la hallé mirándome con el rostro turbado.

—¡Glenure! Es el crimen de Appin —balbuceó en voz baja, como pasmada por la sorpresa.

Yo volví sobre mis pasos para ponerme a su lado; habíamos llegado junto a la cima de la ladera que domina la aldea de Dean. Cuando oí aquel nombre me paré frente a ella como si de pronto me hallara aturdido.

—¡Por amor de Dios! —grité—. ¡Por amor de Dios! ¿Qué es lo que acabo de hacer? —y me llevé los puños a las sienes—. ¿Qué me ha pasado? ¡Sin duda he sido hechizado para decir estas cosas!

—Santo cielo, ¿qué os pasa ahora?

—Di una palabra de honor —gemí—. Di mi palabra y ahora la he roto. ¡Oh, Catriona!

—Os estoy preguntando acerca de ello —dijo—. ¿Eran esas las cosas de las que no debierais haber hablado? ¿Y pensáis, pues, que yo no tengo honor? ¿O que soy de quienes traicionarían a un amigo? Aquí os levanto mi mano derecha para jurarlo.

—Oh, no he dudado de vuestra lealtad —repliqué—, soy yo, se trata de mí. De mí, que esta misma mañana me mantuve enfrentado a ellos; de mí, que me arriesgué a morir deshonorado en un patíbulo antes que plegarme a una acción injusta. Y ahora, unas pocas horas después, pisoteo mi honor en un camino, en una simple charla. «Hay algo que aparece muy claro tras nuestra entrevista —me dijo él—, y es que puedo fiarme si empeñáis vuestra palabra.» ¿Dónde está mi palabra ahora? ¿Quién me va a creer ahora? Ni vos podréis creerme. He caído muy bajo. ¡Mejor haría muriéndome!

Todo esto lo dije con una voz llorosa, pero no tenía lágrimas.

—Siento mi corazón apenado por vos —dijo ella—, pero convenceos de que sois demasiado sensible. ¿Habéis dicho que no os iba a creer? Tengo en vos una confianza total. ¿Y estos hombres? ¡Yo no me molestaría en pensar en ellos! ¡Unos nombres que están intentando tenderos una trampa y acabar con vos! ¡Bah!, no es la hora de humillarse. ¡Levantad la cabeza! No penséis que voy a quedar admirándoos como un gran héroe del bien. ¡Vos, que sois un muchacho no mucho mayor que yo misma! ¿Y porque habéis dicho una palabra de más al oído de una persona amiga, que antes moriría que traicionaros, armáis un escándalo tan grande? Es una cosa que los dos debemos olvidar.

—Catriona —dije, mirándola avergonzado—. ¿Es verdad eso? ¿Confiaríais aún en mí?

—¿No creéis a estas lágrimas en mi rostro? —gritó—. Pienso lo mejor del mundo de vos. Dejadlos que os cuelguen. Yo nunca lo olvidaré, y me haré vieja y aún seguiré recordando. Pienso que es algo grande morir así; os envidiaré cuando estéis en el patíbulo.

—Y quién sabe si después de todo no soy más que un chiquillo asustado por fantasmas —dije—. Quién sabe si ellos no estarán burlándose de mí.

—Eso es lo que quiero saber —repuso ella—. Debo oírlo todo. De cualquier forma, el daño está hecho ya, y debo oírlo todo.

Yo me había sentado al borde del camino donde también se sentó ella, a mi lado, y le conté todo tal como lo escribí más arriba, callándome sólo lo que pensaba del comportamiento de su padre.

—Bien —dijo cuando hube terminado—, no cabe duda de que sois un héroe, ¡aunque nunca lo hubiera creído! Y creo también que corréis peligro. ¡Oh, Simón Fraser! ¡Cada vez que pienso en ese hombre! ¡Mezclarse en esa intriga, por salvar la cabeza y por un sucio dinero!

Y tras decir esto, gritó en alto una expresión peculiar suya que era parte, según me imagino, de su propio vocabulario.

—¡Qué cruz! —dijo—. ¡Mirad el sol!

El sol en efecto, se hundía ya en las montañas.

Ella me pidió que volviera pronto, me dio la mano y me dejó envuelto en los efluvios de mi gozo. Anduve sin prisas el camino hacia mi posada, pues sentía terror de que me arrestaran inmediatamente; pero tomé una sopa en una taberna y casi toda la noche la pasé caminando solo, por campos de cebada, sintiendo de tal modo la presencia de Catriona, que me parecía tenerla entre mis brazos.

VIII. El matón

Al día siguiente, 29 de agosto, acudí puntualmente a mi cita con el *Advocate*, ataviado con un traje hecho a la medida y recién estrenado.

—¡Aja! —exclamó Prestongrange—. Estáis verdaderamente elegante hoy; mis señoritas van a tener un apuesto caballero. Venid, os agradezco esta gentileza. Os lo agradezco particularmente, señor David. Vaya, aún nos vamos a llevar muy bien y vuestros problemas creo que van a tener una pronta solución.

—¿Tenéis noticias para mí? —exclamé.

—Más de lo que esperabais —contestó—. Por fin va a ser tenido en cuenta vuestro testimonio; y podréis, si así lo deseáis, ir en mi compañía al juicio, que tendrá lugar en Inverary, el próximo jueves, día 21.

Me sentí demasiado sorprendido para responder.

—Mientras tanto —continuó—, aunque no voy a pedirlos que me renovéis la promesa, debo aconsejaros que os conduzcáis con estricta reserva. Vuestra declaración previa se os tomará mañana; una vez cumplido eso, como sabéis, creo que todo lo demás se arreglará en menos que se dice.

—Procuraré ser discreto —afirmé—. Supongo que es a vos a quien debo agradecer tan distinguido favor; y, con todo mi corazón, os lo agradezco. Después de lo de ayer, milord, esto es como tocar las puertas del cielo. Aún no logro persuadirme interiormente de que esto sea verdad.

—Ah, pero debéis intentarlo y haceros a la idea —dijo, como si quisiera tranquilizarme—, y me agrada en extremo escuchar el testimonio de vuestro agradecimiento, porque creo que vais a poder demostrármelo muy en breve o incluso ahora —añadió tras una tosecilla—. El asunto ha dado un giro importante. Vuestro testimonio, no quiero hoy importunaros con ello, cambiará, sin duda, los aspectos del caso, y ello me permite discutir con vos de una forma más directa.

—Milord —intervine—, perdonad que os interrumpa, pero ¿cómo se ha podido llegar a este punto? Las dificultades de las que me hablasteis el sábado me parecieron, incluso a mí mismo, verdaderamente insalvables. ¿Cómo se ha podido superar esto?

—Mi querido señor David —repuso—, no deberéis nunca pedirme que divulgue (ni siquiera a vos, como decís) los consejos del Gobierno; y debéis contentaros, si os place, con las líneas generales de sus conclusiones.

Me sonreía diciendo esto, como un padre, mientras se entretenía jugando con una pluma nueva; me parecía imposible que en su conducta pudiera haber sombra de doblez; pero, cuando se proveyó de una hoja de papel, mojó su pluma en el tintero y volvió a dirigirse a mí, ya no las tuve todas conmigo y me puse instintivamente en una actitud de guardia.

—Hay un punto que quisiera tocar —comenzó a decir—; lo dejé antes aparte con toda intención, pero ya no hay por qué evitarlo. Esto no es, naturalmente, parte de vuestro interrogatorio, lo cual compete a otra persona, sino que se trata de mi propia curiosidad. Dijisteis que habíais encontrado a Alan Breck sobre la colina.

—Así es, milord —asentí.

—¿Fue eso inmediatamente después del crimen?

—En efecto.

—¿Hablasteis con él?

—Así es.

—Le conocíais de antes, supongo —añadió con naturalidad.

—No sé por qué debáis suponerlo, milord, pero así era en efecto.

—¿Y cuándo os separasteis de él nuevamente? —preguntó.

—Me reservo la respuesta —dije—. Esa pregunta se me hará ante el tribunal.

—Señor Balfour —dijo—. ¿No os dais cuenta de que nada de esto os podrá perjudicar? Os he prometido salvaguardar vuestra vida y vuestro honor; y, creedme, estoy en situación de mantener

mi palabra. Podéis sentirlos libre de todo cuidado. Por lo que se ve, pretendéis proteger a Alan; y me habláis de vuestro agradecimiento, un agradecimiento que creo (si me obligáis

a decirlo) bien merecido. Hay aquí muchas consideraciones diversas apuntando todas en una misma dirección: y nadie podrá persuadirme de que no podríais vos, en el asunto de Alan, ayudarnos (si os decidierais) a levantar la liebre.

—Milord —dije—, os doy mi palabra de que no tengo la menor idea de dónde está Alan.

—¿Ni tampoco —preguntó tras un cierto silencio— de cómo se le podría encontrar?

Permanecí frente a él mudo como un tronco.

—¿Y ésta era vuestra gratitud, señor David? —exclamó.

Yo continué totalmente mudo.

—Bien —dijo levantándose—. No he tenido suerte; hablamos desde dos posiciones distintas. No se hable más. Recibiréis aviso de cuándo, dónde y por quién os será tomada declaración. Y, mientras tanto, mis señoritas os deben de estar esperando. Ellas no me perdonarían nunca que retuviera a su caballero.

Así me hallé confiado a las manos de estas Gracias²⁴, hermosas como un ramillete de flores, y provocándome con su elegancia la mayor admiración.

Cuando salíamos de la casa sucedió un pequeño percance que luego me llegaría a parecer de muchísima importancia. Oí un silbido fuerte y corto, como una señal, y, mirando a mi derecha, pude ver por un instante la cabeza pelirroja de Neil de Tom, hijo de Duncan. Acto seguido volvió a desaparecer, sin que pudiera descubrir el menor rastro de Catriona, en cuya compañía había yo supuesto lógicamente que estaría.

Mis tres guardianas me condujeron por Bristol y el enlace de Bruntsfield; desde allí, un sendero nos llevó hasta Hope Park, un hermoso parque de recreo, cruzado por avenidas de grava, provisto de bancos y merenderos y vigilado por un guarda. El camino se me hacía largo; las dos señoritas más jóvenes afectaban un aire de distinguido aburrimiento que me humillaba profundamente; la mayor parecía considerarme, según pude notar por algunas de sus expresiones, con cierta burla; y, aunque pensaba yo que me estaba haciendo a mí mismo más justicia que el día anterior, la verdad es que no lo lograba sin cierto esfuerzo. Cuando llegamos al parque me vi metido en un corro de ocho o diez jóvenes caballeros (algunos con insignias de oficiales y el resto, en su mayoría, abogados) que se apretujaban para prodigar sus atenciones a estas beldades; y aunque me presentaron a todos ellos con palabras muy corteses, pronto parecí despachado al olvido. La gente joven, cuando está en grupo, no se diferencia de los animales salvajes, abalanzándose o desdeñando al extraño sin miramiento, o, hasta pudiera decir, sin humanidad; y a buen seguro que, si me hubiera encontrado entre monos babuinos, no se habrían comportado de forma distinta en lo uno y en lo otro. Algunos de los abogados se mostraban ingeniosos, tanto como dicharacheros algunos de los militares, sin que acertara yo a decir cuál de estos dos extremos me era más enojoso.

Todos tenían una forma de componer la figura con sus espadas y sus faldones que (de pura

24 Las tres *Gracias* eran en la mitología griega Aglae («la brillante»), Euirosina («la que alegra el corazón») y Talía («la que hace florecer»). «Eran divinidades risueñas, ante cuya presencia sonreía la Naturaleza y el corazón de los mortales. "Con vosotras —dice Píndaro— todo se vuelve suave y encantador".» (Guirand, *Mitología general*). Su nombre original era el de *Carites*, y *Gracias* es su traducción latina. Personificaban la belleza y la armonía físicas y espirituales.

envidia) la habría emprendido a puntapiés con ellos hasta echarlos del parque. A mí no me cabía duda de que, por su parte, ellos me envidiaban profundamente la exquisita escolta con que había venido; y, sea por lo que fuere, pronto se me marginó y quedé envarado a la zaga de todo aquel jolgorio y a solas con mis pensamientos.

De éstos me vino a sacar uno de los oficiales, el teniente Héctor Duncansby, un muchacho *highlander* fanfarrón que me preguntó impertinentemente si no era yo «Palfour». Le respondí que lo era, con cierta displicencia, pues sus modales eran el otro extremo de la cortesía.

—Vaya, Palfour—dijo, y repitió luego—: Palfour, Palfour²⁵.

—Temo que no os guste mi nombre, señor —dije irritado conmigo mismo por haberme dejado irritar por un individuo tan grosero.

—No —respondió—, estaba pensando.

—No os aconsejaría que tomarais ese hábito, señor —le dije—. Estoy convencido de que no iría con vuestro carácter.

—¿Sabéis dónde encontró Alan Grigor sus tenazas? —dijo.

Contesté preguntándole qué quería decir y me respondió, con risa falsa, que creía que yo debía haberme encontrado el atizador en el mismo lugar y que me lo había tragado.

No me cabían dudas sobre el sentido de estas palabras y enrojecí.

—Antes de echarme a la calle para afrentar al primer caballero que encuentre, yo, en vuestro lugar —le dije—, creo que primeramente procuraría aprender a hablar inglés.

Me cogió de la manga mientras me hacía una inclinación y un guiño y me condujo, calmosamente, fuera del Hope Park. Mas apenas nos pusimos fuera de la vista de los paseantes, su expresión se hizo muy otra.

—¡Sois un maldito bribón *lowlander*! —gritó, y me golpeó la mandíbula con el puño.

Yo le respondí en la misma moneda tan bien o aún mejor; reculó unos pasos y a continuación se quitó su sombrero en un gesto de saludo.

—Creo que basta con este golpe —dijo—. Ahora seré yo el caballero ofendido, porque ¿quién soportaría jamás oír decir con tal presunción que un caballero que es oficial del rey no sabe hablar el inglés de Dios? Ambos tenemos espada al cinto y aquí está el King's Park a mano. ¿Queréis ir delante o me dejáis que os muestre el camino?

Yo le devolví el saludo, le dije que marchara él primero y le seguí. Mientras caminábamos le oía rezongar algunas palabras sobre el *inglés de Dios*, y un *soldado del rey*, como si quisiera hacerme creer que se hallaba profundamente ofendido. Pero la forma de comportarse al inicio de nuestro encuentro le desmentía. Era evidente que venía dispuesto a enzarzarse en una querella conmigo, me cuadrara o no; era evidente que me encontraba atrapado en una nueva celada de mis enemigos; y resultaba, sobre todo, evidente que debía ser yo (consciente como era de mi inexperiencia con las armas) quien debería caer en el enfrentamiento.

25 Nótese que el teniente pronuncia la *b* como *p*: *Palfour* por Balfour y más adelante *Pog* en vez de Bog.

Cuando llegamos al árido desierto rocoso del King's Park, media docena de veces me vi tentado a volver sobre mis pasos y echar a correr; tan poco dispuesto me sentía a mostrar mi ignorancia de la esgrima y tan contrario a morir o, aunque sólo fuera, a resultar herido. Pero me daba cuenta de que si su vileza había llegado a este punto, ellos no se pararían en barras; y que caer ante una espada, aunque sin mucha gloria, era preferible al patíbulo. Me daba cuenta, además, de que me había metido en un callejón sin salida yo mismo, por el desparpajo petulante de mis palabras y la viveza de mis puños; y que, aunque echase a correr, mi adversario probablemente me perseguiría y me daría alcance, todo lo cual añadiría desgracia sobre desgracia. Así que, haciendo de tripas corazón, seguí marchando tras él en forma no muy distinta de como un hombre sigue a su verdugo y, ciertamente, con no más esperanza.

Llegamos hasta el final del largo despeñadero y entramos en el Hunter's Bog. Aquí, en un terreno cubierto de hermosa grama, tiró de espada mi contrincante. Nadie podría vernos, si no eran algunos pájaros; y no me quedaba otra opción que seguir su ejemplo y ponerme en guardia con la mejor facha que me fuera posible. Parece que ésta no fue lo bastante buena a los ojos del señor Duncansby, que espiaba algunos defectos en mis movimientos, se detenía, me miraba con mucha atención, se acercaba y retrocedía, y me amenazaba con la hoja en el aire. Como yo no había aprendido nada de todo esto con Alan, y me encontraba, además, seriamente afectado por la proximidad de mi muerte, fui desconcertándome cada vez más hasta que quedé desvalido, tanto que hubiera echado a correr.

—¿Qué demonios le pasa? —gritó el teniente.

Y, con un brusco enganche, me arrancó la espada de la mano y la envió volando hasta unos matorrales. Por dos veces repitió esta maniobra; y a la tercera, cuando ya volvía de buscar mi humillada espada, le vi envainar la suya y quedar esperándome con cierto enfado en su rostro, y las manos cruzadas sobre el faldón.

—¡Maldición, si os toco! —exclamó y me preguntó lleno de enfado qué derecho tenía yo a ponerme delante de caballeros cuando no sabía distinguir el pomo de la punta de una espada.

Respondí que era una falta de mi educación; y que él me haría justicia si me decía que le había dado una satisfacción todo lo cumplida que desgraciadamente podía ofrecer y si no me había comportado como un hombre.

—Esa es la verdad —dijo—. Yo mismo soy muy valiente y temerario como un león. Pero estar ahí plantado (y vos no sabéis nada de esgrima) tal como lo habéis hecho, reconozco que es más de lo que yo haría. Y lo siento por el puñetazo, aunque reconozco que el vuestro fue el mayor, y todavía me quedan barruntos de él en la cabeza. Y os aseguro que si hubiera sabido de qué iba esto, no habría puesto un dedo en todo el asunto.

—Habláis con nobleza —contesté—, y estoy seguro de que no os prestaréis por segunda vez a ser ejecutor de los mandatos de mis enemigos privados.

—Cierto que no, Palfour —dijo—, y creo que se me ha tratado con muy poca consideración, poniéndome delante una anciana o lo que viene a ser lo mismo que un chiquillo. Y así se lo diré al señor, y, por Dios, que será con él con quien pelee.

—Si conocierais la clase de pelea que el señor Simón tiene conmigo, os habría agraviado

aún más haberos metido en tal asunto.

El juró que me creía de buen grado; que todos los Lovats estaban hechos de la misma harina y que el diablo era el molinero que la había molido; luego, llevado por un impulso, me estrechó la mano y aseguró que yo era, después de todo, un excelente muchacho, que sentía muchísimo no haberlo visto antes y que si dispusiera de tiempo ya encontraría ocasión de darme unas lecciones.

—Podéis hacerme un servicio mucho mejor que el que proponéis —dije, y cuando me preguntó por la clase de servicio a que me refería,, continué—: Venid conmigo a la casa de uno de mis enemigos y testificad cuál ha sido mi comportamiento. Ese será un verdadero servicio. Pues, aunque esta vez me ha enviado un adversario noble, la intención que el señor Simón guarda es la de darme muerte. Lo intentará una segunda vez y una tercera; y podéis juzgar vos, que ya conocéis mi habilidad con los aceros, la suerte que me aguarda.

—No la querría para mí, aunque fuera la mitad de hombre que vos —exclamó—. Pero me comportaré como os merecéis, Palfour; conducidme allí.

Si había ido casi arrastrando los pies hacia aquel maldito parque, cuando salíamos caminé a buen paso, llevado por una tonada tan antigua como la Biblia, y cuya letra es: «*Seguramente ha pasado la amargura de la muerte*». Y con mi garganta completamente seca, nos detuvimos en el pozo de Saint Margaret, bajando la calle, y bebí a mi gusto un agua que me pareció maravillosa. Fuimos por el santuario, remontando luego Canongate y atravesando Netherbow, hasta dirigirnos desde allí a la casa de Prestongrange, concertando durante el camino los detalles de nuestro acuerdo. El lacayo nos confirmó que su amo estaba en la casa, pero que se hallaba ocupado con otros caballeros en un asunto de gran importancia y que había dado órdenes de no recibir a nadie.

—Lo que me trae aquí no nos llevará más de tres minutos —dije—, y no puede esperar. También podréis decir que no es nada privado y que incluso tendré gran placer si hay testigos.

Cuando el hombre partió de muy mala gana a dar su recado, nosotros nos fuimos osadamente tras él hasta la antecámara, desde donde pude escuchar por unos momentos el murmullo de varias voces que hablaban en la habitación. Y, en efecto, allí estaban los tres en torno a una mesa. Prestongrange, Simón Fraser y el señor Erskine, magistrado de Perth; y, como se habían reunido principalmente para tratar el asunto del crimen de Appin, se sintieron un poco desconcertados con mi presencia, pero decidieron recibirme.

—Vaya, señor Balfour, y ¿qué os trae por aquí de nuevo? ¿Quién es éste que viene con vos? —preguntó Prestongrange.

Fraser delante de él fijaba su mirada en la mesa.

—El viene a prestar un pequeño testimonio en mi favor, milord, que pienso muy conveniente que oigáis —respondí, y me volví a Duncansby.

—Sólo tengo esto que decir —expuso el teniente—: que me he batido hoy con Palfour en el Hunter's Bog, que lo lamento ahora mucho y que él se ha comportado tan noblemente como cabe esperar de un caballero y que Palfour se ha ganado todos mis respetos —añadió.

—Os agradezco vuestras nobles palabras —respondí.

Tras esto, Duncansby saludó con una inclinación de cabeza a todos y salió de la cámara, tal como antes habíamos convenido.

—¿Qué tengo yo que ver con esto? —dijo Prestongrange.

—Yo se lo diré a su señoría en dos palabras —respondí—. He traído a este caballero, un oficial del rey, para que me rindiera la justicia que se me debía. Ahora creo que mi conducta queda a salvo y, hasta una cierta fecha que vuestra señoría conoce de sobra, será totalmente inútil despachar más oficiales contra mí. No estaré dispuesto a batirme, uno tras otro, con toda la guarnición del castillo.

Las venas se le abultaron en el rostro a Prestongrange y me miró lleno de cólera.

—Tuvo que ser a mí a quien el diablo soltara este muchacho como un perro entre las piernas —gritó, y luego, encarándose, airado con su vecino, dijo—: Esto es obra vuestra, Simón. Reconozco vuestra mano en este negocio y dejadme deciros que me ofende. Cuando hemos convenido mi procedimiento a seguir es desleal urdir otro en la sombra. Habéis sido desleal conmigo. ¡Vaya! ¡Me dejáis mandar a este muchacho allí con mis propias hijas! Y porque dejó escapar una palabra delante de vos..., ¡es vergonzoso, señor; guardad vuestro deshonor para vos solo!

Simón estaba mortalmente pálido.

—Ya estoy cansado de andar como una pelota a puntapiés entre vos y el duque —gritó—. Poneos de acuerdo o separaos, y resolvedlo aparte entre uno y otro. Estoy harto de andar de recadero, dándome aquí y allá instrucciones contrarias y recibiendo reproches de ambas partes. Y si me pongo a hablar de todo lo que pienso de vuestra historia de Hanover os zumbarían los oídos.

Fue ahora cuando el magistrado Erskine, que había conservado la calma, intervino suavemente.

—Por ahora —dijo—, creo que debiéramos expresar al señor Balfour que su valerosa condición ha sido plenamente mostrada. Él puede dormir en paz. Hasta la fecha, que él mismo ha querido aludir, no volverá a sufrir ninguna prueba.

Su sangre fría volvió a los otros a su prudencia y, con algunos distantes gestos de cortesía, se apresuraron a despedirme.

IX. El brezal en llamas

Cuando salí aquella tarde de la casa de Prestongrange, me encontraba furioso por vez primera. El *Advocate* se había burlado de mí. Me había asegurado que iban a escuchar mi testimonio y que yo sería personalmente respetado; y, a esa misma hora, no sólo se atentaba contra mi vida por medio de un militar *highlander*, sino que Prestongrange mismo (según revelaban sus propias palabras) tenía cierto plan en marcha. Hice recuento de mis enemigos: Prestongrange, con toda la autoridad real tras él; el duque, con el apoyo de los

highlanders del oeste; los Lovats, puestos a su lado para ayudarle mediante la gran fuerza de que disponían en el norte, y el clan entero de los viejos espías jacobitas y traficantes. Y cuando recordé a James More y la cabeza pelirroja de Neil, el hijo de Duncan, pensé que acaso hubiera una cuarta fuerza en aquella confederación y que lo que quedaba de los antiguos y valerosos clanes de Rob Roy se enrolaría contra mí junto a los demás. Me faltaba una cosa: un amigo poderoso o un sabio consejero. El país debía de estar lleno de ellos, gente capaz y a la vez dispuesta a apoyarme; de lo contrario, ni Lovat, ni el duque, ni Prestongrange tenían por qué haberse molestado en estudiar estrategias; me daba rabia el pensar que bien pudieran pasar mis paladines por esta calle rozándome el codo sin que yo me diera cuenta.

En ese preciso instante, como una respuesta a mi pensamiento, un caballero me rozó al pasar, dirigiéndome luego una significativa mirada, y desapareció doblando una calle. Le conocí al primer golpe de vista: era Stewart, el abogado; y, bendiciendo mi buena fortuna, me fui tras él. Apenas había dado unos pasos por la calleja, le vi de pie junto a los escalones de un soportal, desde donde me hizo una señal e inmediatamente desapareció. En la séptima planta volví a encontrarle de nuevo a la puerta de un piso, la cual cerró tras nosotros una vez dentro. La casa se hallaba totalmente desmantelada, sin un solo mueble; y es que se trataba de uno de los que Stewart se encargaba de alquilar.

—Tendremos que sentarnos en el suelo —dijo—; pero en los tiempos que corren aquí estaremos más seguros; y ya tenía necesidad de veros, señor Balfour.

—¿Cómo le van las cosas a Alan? —pregunté.

—A pedir de boca —dijo—. Andie le recoge mañana en la playa de Gillane. Bien le hubiera gustado decirnos adiós, pero, debido al rumbo que tomaron las cosas, mi temor me aconsejó manteneros separados. Mas vayamos a lo importante: ¿cómo marcha vuestro asunto?

—Bueno —repuse—, esta misma mañana me aseguraron que se iba a aceptar mi testimonio y que haría el viaje a Inverary en compañía del *Advocate*, ni más ni menos.

—¡Vaya! —exclamó Stewart—. Jamás lo hubiera creído.

—Yo tengo algunas sospechas —dije—, pero me gustaría mucho oír vuestra opinión.

—Bien, os lo diré claramente; me voy a volver loco de remate —gritó Stewart—. Si pudiera, con sólo mis manos, echar abajo todo el gobierno, lo arrancaría como una manzana podrida. Me he encargado de los asuntos de Appin y de los de James de Glens; y, naturalmente, tengo la obligación de defender además la vida de mi pariente. Mirad como veo yo la cosa y luego me daréis vuestro juicio. Lo primero que ellos van a hacer será deshacerse de Alan. Ellos no pueden andar pregonando que James tuvo arte ni parte en los hechos hasta que hagan recaer sobre Alan la responsabilidad principal; está claro en la ley: no debe nunca ponerse el carro delante de los bueyes.

—¿Y cómo van a condenar a Alan, en tanto no le cojan? —pregunté.

—Ah, es que hay un medio para evitar ese arresto —dijo—. También lo dice otra ley. Sería una triste gracia si, tras la huida de un reo, el otro se viera por eso sano y salvo; y el procedimiento es la citación del principal acusado y su proscripción por la no

comparecencia. Ahora bien, la citación puede hacerse en cuatro lugares: en su domicilio, en un lugar en donde haya residido al menos cuarenta días, en la capital del condado del que ordinariamente depende o, finalmente, (si hubiera motivo para creer que ha abandonado Escocia) *en la cruz de Edimburgo, en el muelle y a la orilla del Leith, durante sesenta días*. El propósito de este último apartado es evidente a simple vista: puesto que a los barcos que salen les sobraría tiempo para hacer correr la noticia, esta citación puede así ser algo más que una simple fórmula. Tomad ahora el caso de Alan. No tiene domicilio, que yo sepa; le agradecería a cualquiera que me informase dónde ha vivido Alan durante cuarenta días seguidos a partir del año 45; no hay condado al que él pertenezca ni ordinaria ni extraordinariamente; en el caso de que tenga un domicilio, lo que yo dudo, debe de ser con su regimiento en Francia; y, si él no está todavía fuera de Escocia (lo cual sabemos nosotros y ellos lo sospechan), se hace evidente al más idiota que eso es lo que él intenta. Luego, ¿de qué modo debería ser citado? Os lo pregunto a vos, que no sabéis de leyes.

—Vos mismo dijisteis las palabras exactas —respondí—: aquí, en la cruz, en el muelle, y a la orilla del Leith, durante sesenta días.

—Estáis más versado en derecho escocés que Prestongrange —exclamó el abogado—. El ha citado una vez a Alan, eso fue el 25, el día que nos encontramos por primera vez. Una sola vez y asunto terminado. Y ¿dónde? ¿Dónde sino en la Cruz de Inverary, la capital de los Campbell? Os lo diré en confianza, señor Balfour: ellos no buscan a Alan.

—¿Qué queréis decir? —exclamé—. ¿Que no le buscan?

—Según yo alcanzo a ver —dijo—, no tienen interés en encontrarle; eso es lo que personalmente creo. Quizás piensan que podría plantear una defensa favorable, a la sombra de la cual James, que es el hombre que verdaderamente les interesa, podría escapárseles. Daos cuenta de que esto no es un simple proceso, es una conspiración.

—Sin embargo os puedo afirmar que Prestongrange me preguntó con mucho interés por Alan —dije—, aunque, pensándolo bien, sólo fue una vez.

—Ahí lo tenéis —repuso—. Pero dejemos eso. Puede que yo tenga razón o que me equivoque, estamos haciendo conjeturas; pero dejadme que vuelva a mis argumentos. Ha llegado a mis oídos que James y los testigos, ¡los testigos, señor Balfour!, están en calabozos, bien encadenados, en la prisión militar de Fort William; no se permite a nadie verlos, ni a ellos se les permite escribir. Los testigos, señor Balfour; ¿habéis oído alguna vez algo semejante? Os aseguro que ni el más antiguo ni el más pervertido Stewart de toda nuestra ralea despreció la ley con tanta desvergüenza. No hay más que ver la ley aprobada por el Parlamento en 1700, tocante al encarcelamiento ilegal. Apenas supe la noticia, envié una petición al Ministro de Justicia. Hoy recibí su respuesta. ¡Aquí tenéis la ley! ¡He aquí la justicia!

Me puso un papel en las manos; aquel mismo de palabras melifluas, hipócrita a todas luces, que luego fue publicado en el panfleto «Escrito por un espectador» a beneficio (como también se decía en la portada) de «la pobre viuda» de James y «de sus cinco niños».

—Mirad —decía Stewart—, no se atreve a negarme la visita a mi cliente, así que él *recomienda al oficial en funciones que me deje entrar*. ¡Recomienda! ¡El Ministro de

Justicia de Escocia recomienda! ¿No está claro el propósito de este lenguaje? Ellos esperan que el oficial pueda ser tan obtuso o precisamente lo contrario como para que rechace la recomendación. Así yo me vería obligado a viajar de nuevo desde aquí a Fort William. Luego seguiría una nueva demora, hasta obtener otra nueva autorización que desautorizara al oficial, un militar notoriamente desconocedor de la ley, etc. Ya me sé esa salmodia. Después el viaje, por tercera vez; y ahí nos pillaría el comienzo del juicio, antes de que yo pudiera haber recibido las primeras declaraciones. ¿No tengo razón para llamar conspiración a esto?

—Tiene todos los visos de serlo —asentí.

—Yo os lo probaré categóricamente —repuso él—. Aunque tengan derecho a retener a James en prisión, ellos no pueden negarse a que yo le visite. Ellos no tienen derecho a mantener encerrados a los testigos; ellos, que están tan libres de culpa como el mismo Ministro de Justicia. Mirad, leed aquí: *Por lo demás, se rehusa dar orden alguna a los guardianes de prisiones que no sean culpables de haber hecho algo contrario a los deberes de su cargo.* ¡Algo contrario! ¡Señores! ¿Y la Ley de 1700, qué? Señor Balfour, esto es lo que me quema las entrañas; tengo dentro de mí los brezales en llamas.

—Y, en buen inglés, esa frase —dije— ¿significa que los testigos van a permanecer en prisión y que vos no vais a verlos?

—¡No los voy a ver hasta Inverary, cuando el tribunal se reúna! —exclamó—. ¡Y entonces será para oír hablar a Prestongrange de *las graves responsabilidades de su cargo y de las grandes facilidades concedidas a la defensa!*. Pero ahí se pillarán los dedos, señor David. Tengo un plan para abordar a los testigos en plena ruta y ver si no puedo tirarle de la hebra de la justicia al *militar notoriamente desconocedor de la ley* que mandará la escolta.

Aquello se cumplió en la medida de los deseos del señor Stewart, y fue efectivamente en plena ruta, cerca de Tynedrum, en connivencia con un oficial; allí pudo por vez primera hablar con los testigos en relación con el caso.

—Ya nada puede sorprenderme en este asunto —afirmé.

—Yo os sorprenderé aún otra vez —exclamó—. ¿Veis esto? —y sacó un escrito todavía fresco de la prensa—. Este es el libelo: mirad, el nombre de Prestongrange junto a la lista de los testigos; y no veo por ninguna parte nadie llamado Balfour. Pero esto no es todo. ¿Quién pensáis que ha pagado por imprimir este papel?

—Supongo que debiera ser el rey Jorge —dije.

—Pues bien, resulta que he sido yo —exclamó—. Esto no significa que ellos no lo hayan imprimido por su cuenta, para uso de los Grants y los Erskines y para uso de esa siniestra rapaz nocturna, Simón Fraser. Pero ¿podría haber obtenido yo una copia? ¡No! Yo debía ir a hacer mi defensa con los ojos vendados: debía oír las acusaciones por vez primera delante del tribunal y en presencia del jurado.

—¿No es eso contrario a la ley? —pregunté.

—Yo no diría tanto —replicó—. Ha sido una licencia tan natural y tan constantemente utilizada hasta este caso sin parangón, que la ley nunca se ha pronunciado sobre ello. ¡Y, ahora, pasmaos ante la mano de la Providencia! Un extraño está en el taller de la imprenta

Fleming, se fija en una prueba que está en el suelo, se agacha a cogerla y me la trae. Y de una entre mil, resulta ser este libelo. Después de lo cual lo volví a componer y se imprime a expensas de la defensa: *sumptibus moesti rei*²⁶. ¿Oísteis alguna vez algo parecido? Y aquí está para quien lo quiera, el gran secreto revelado, todos pueden verlo ahora. ¿Pero cómo creéis que voy a alegrarme teniendo sobre la conciencia la responsabilidad de la vida de un pariente?

—Verdaderamente, no creo que os podáis alegrar —asentí.

—Y ahora mirad vos mismo la situación —concluyó—, y ved por qué me he reído en vuestra cara cuando me habéis dicho que vuestro testimonio iba a ser tenido en cuenta.

Me tocaba ahora hablar a mí. Le expuse brevemente las amenazas y las ofertas del señor Simón y el incidente completo del matón, con la escena subsiguiente en la casa de Prestongrange. De mi primera entrevista, según lo había prometido, no dije una palabra, ni tampoco hubo necesidad de ello. Durante todo el tiempo que estuve hablando, Stewart afirmaba con la cabeza como un autómatas, y, apenas terminé de hablar, sólo abrió la boca para darme su opinión en dos palabras, haciendo un fuerte hincapié en cada una.

—Desapareced rápidamente —me dijo.

—No os entiendo —le contesté yo.

—Yo haré que lo entendáis —dijo—. En mi opinión, debéis desaparecer como sea. Oh, eso está fuera de discusión. El *Advocate*, que no deja de tener algunos restos de una maltrecha decencia, ha librado vuestra vida de las manos de Simón y del duque. Ha rehusado ponerlos delante del tribunal y se ha negado a que os asesinen; esa es la razón de sus enfrentamientos, pues tanto Simón como el duque no entienden de fidelidad a los amigos ni a los enemigos. No seréis, pues, juzgado, ni seréis asesinado; pero o estoy muy equivocado u os secuestrarán y os harán desaparecer lo mismo que a Lady Grange. Apostad lo que queráis; ¡ése es el recurso que les queda!

—Me dais mucho que pensar —expuse, y le referí lo del silbido y el criado de la cabeza pelirroja, Neil.

—Dondequiera que se encuentre James More, allí habrá un redomado granuja; nunca olvidéis eso —me dijo—. Su padre no fue tan funesto, aunque sí trampeó cuanto pudo con la ley y no fue nada amigo de mi familia como para que yo deba quitarme el sueño por defender lo suyo. Pero James es un zorro y un bandido. La aparición de ese pelirrojo Neil me da tan mala espina como a vos. Resulta sospechoso: ¡no os fiéis! Eso huele mal. Fue el viejo Lovat quien maniobró en el asunto de Lady Grange; si el joven Lovat es quien maneja el vuestro, todo quedará en familia. ¿Por qué está James More en prisión? Por el mismo delito: un secuestro. Sus hombres tienen ya cierta práctica en ese menester. Se los cederá a Simón para ese mismo oficio; y la próxima nueva que oiremos será que James hizo las paces con él, o todavía más: que se ha escapado; y vos estaréis en Benbecula o en Applecross.

—Parecéis muy convincente —dije.

—Y lo que quiero —resumió— es que os esfuméis antes de que os pongan las manos

26 *Sumptibus moesti rei*: «A expensas del pobre reo.» (En latín en el original.)

encima. Ocultaos hasta la celebración del juicio y apareced entonces en el último momento, cuando menos esperen vuestra presencia. Esto, siempre suponiendo, señor Balfour, que vuestro testimonio sea lo suficientemente valioso para que merezca arrostrar por él tanto riesgo y ajetreo.

—Os diré una sola cosa —dije—: vi al asesino y no era Alan.

—Entonces, por Dios, que mi primo está salvado —exclamó Stewart—. Tenéis su vida en vuestra palabra; no escatimaremos tiempo, ni riesgos, ni dinero para haceros figurar en el juicio.

Vació los bolsillos sobre el suelo.

—Es todo lo que llevo encima —siguió diciendo—. Tomadlo, lo necesitaréis antes de que todo termine. Bajad recto por esta calleja, hay un camino que se aparta hacia los Lang Dykes y, ¡os lo digo con toda mi alma!, que no os vea más en Edimburgo hasta que la refriega haya pasado.

—¿A dónde voy, entonces? —le pregunté.

—¡Ojalá pudiera decíroslo! —dijo—. Todos los sitios a los que yo pudiera enviaros son los mismos donde ellos os buscarían. No, debéis encontrarlo vos mismo, y ¡que Dios os guíe!. Cinco días antes del juicio, el 16 de septiembre, mandadme alguna noticia al *King's Arms*, en Stirling; y, si habéis conseguido aguantar hasta entonces, yo me cuidaré de que lleguéis a Inverary.

—Una cosa más —dije—. ¿No puedo ver a Alan?

Pareció sorprenderse.

—¡Puf!, no me gustaría mucho —dijo—. Pero no voy a negar que Alan tiene muchos deseos de veros y que esta noche se queda cerca de Silvermills con esa intención. Si tenéis la seguridad de que no os siguen, señor Balfour (pero aseguraos de ello), aguardad en un sitio a propósito y vigilad el camino durante una hora larga antes de arriesgaros. Si fracasais sería una verdadera desgracia para vos y para él.

X. El pelirrojo

Serían las tres cuando fui a dar a los Lang Dykes. Quería ir a Dean. Catriona vivía allí, y no habiendo muchas dudas de que sus parientes, los Glengyle Macgregors, estarían en mi contra, era uno de los pocos lugares de los que debía haberme mantenido alejado, pero, por ser muy joven y estar cada vez más enamorado, me encaminé en esa dirección sin dudarle más. Para tranquilizar, sin embargo, mi conciencia y mi sentido común, tomé una medida de precaución. Al llegar a lo alto de una pequeña elevación del camino di de pronto un salto hacia el sembrado de cebada y esperé agazapado. Después de un rato, apareció un hombre con trazas de ser un *highlander*, pero a quien yo nunca había visto hasta ese momento. Al punto vino tras él Neil, el pelirrojo. El siguiente en pasar fue un molinero con su carreta, y después de ése sólo vi simples campesinos. Esto habría bastado para apeaar de su intento al más temerario, pero mis inclinaciones eran demasiado fuertes para mudar mi

primer propósito. Me decía que el que Neil anduviera por esta carretera era lo más natural del mundo, ya que era la que conducía más directamente a casa de la hija de su jefe. En cuanto a los otros *highlanders*, me decía que si debía abandonar mi ruta cada vez que me tropezara con uno, no llegaría a ninguna parte. Y, habiéndome dado por muy satisfecho con esta torpe argumentación, me apresuré todavía más y llegué después de cuatro horas a la casa de la señorita Drummond-Ogilvy.

Ambas damas estaban en la casa; y, viéndolas a las dos desde la puerta abierta, me quité mi sombrero y dije: «Viene un muchacho a buscar seis peniques», pensando que tales palabras serían del gusto de la anciana señora.

Catriona corrió a mi encuentro ansiosa y, para mi sorpresa, la vieja dama no pareció alegrarse menos. Supe mucho después que ella había despachado un mensajero a caballo aquella mañana a Queensferry, la residencia de Rankeillor, a quien ella conocía como apoderado de Shaws, y ahora tenía en su bolsillo la carta de mi gran amigo, que se hacía lenguas, en los términos más favorables, de mi persona y mi porvenir. Pero no tenía necesidad de leerla para darme cuenta cabal de las intenciones de la dama. Puede que yo fuera un *paleta*, pero al menos no tanto como ella creía, y resultaba evidente, incluso para un tosco ingenio, que ella estaba decidida a fraguar un casamiento entre su prima y un muchacho imberbe que no dejaba de ser señor de Lothian.

—Seis Peniques hará bien en tomar un caldo con nosotros, Catrine —dijo—; corre y avisa en la cocina.

Y durante el poco tiempo que permanecimos a solas, ella se esforzó penosamente por ganarme, siempre con agudeza, siempre con aquel tono burlón, sin dejar de llamarme Seis Peniques, pero cuidando de mantener un talante que me realzara ante mí mismo. Cuando volvió Catriona, sus intenciones se mostraron aún más claras si cabe; se hacía lenguas de las virtudes de la muchacha, tal como hacen los tratantes cuando quieren vender un caballo. Enrojecí al pensar que ella pudiera creermelo tan lerdo. Y, progresivamente, veía cómo la muchacha se prestaba ingenuamente a su exhibición. La habría emprendido a bastonazos con la vieja enredadora, aunque también podía ser que una y otra actuaran de común acuerdo para engancharme y, al pasarme por la mente esto último, permanecí sombrío entre ellas, hecho una imagen viviente de la malevolencia. Por fin, a nuestra celestina se le ocurrió una idea mejor, que fue dejarnos solos.

Cuando se despiertan mis sospechas suele ser después muy arduo el acallarlas. Pero, aunque ya sabía qué casta era la suya, una casta de bandidos, no podía nunca mirar el rostro de Catriona sin poner mi fe en ella.

—No debo preguntaros —dijo ella vivamente en cuanto nos quedamos a solas.

—Ah, hoy sí puedo hablar con la conciencia limpia —contesté—. No estoy bajo juramento alguno, y, a fe, que tras los trances que me han sobrevenido desde la mañana, no lo habría renovado si me lo hubieran pedido.

—Contadme —dijo—. Mi prima no tardará mucho.

Le conté, pues, la historia del teniente desde el principio al final, relatándoselo con el mayor desenfado, ya que era ciertamente un caso divertido, dentro de toda su insensatez.

—Por lo que decís, me parece que estáis tan poco adaptado al ambiente de la rudeza viril como al de las bonitas damas —dijo, cuando yo terminé de hablar—. ¿Qué hizo con vos vuestro padre que no hayáis aprendido a coger una espada? Eso no es de caballeros; jamás oí de nadie algo parecido.

—Es muy poco oportuno, cuando menos —dije—, y creo que mi padre, un buen hombre, debió andar desacertado cuando me hizo aprender latín en lugar de eso. Pero ya veis que salgo a flote como puedo y que me mantengo firme como la mujer de Lot²⁷ aguantando los golpes.

—¿Sabéis lo que me hace sonreír? —dijo ella—. Bien, es esto. A mí me hicieron de tal forma que debiera ser un muchacho. Así me veo siempre y sigo diciéndome a mí misma que me va a suceder esto o aquello. Luego, cuando ocurre y llega la situación, caigo en cuenta de que sólo soy una muchacha, se mire por donde se mire, que no sé asir una espada o dar un buen golpe; y así debo darle la vuelta a mi historia, pues no habrá tal pelea y apenas me queda sino procurar cambiar el curso de mi relato, de modo que la pelea se detenga. Sin embargo, vos sois muy afortunado, como en el caso del teniente; y así soy el muchacho que va diciendo sus hermosos discursos por donde va, tal como el señor David Balfour.

—Sois una muchacha cruel —dije.

—Bien, ya sé que es bueno coser e hilar y hacer dechados de costura —dijo—, pero si no fuerais a hacer otra cosa durante toda la vida, creo que acabaríais reconociendo que es una triste labor; no es que yo tenga deseos de matar, me parece. ¿Disteis muerte vos alguna vez a alguien?

—Así fue, por azar. Dos veces, ni más ni menos, y aún soy un muchacho que debiera estar en el colegio —dije—. Pero, con todo, cuando vuelve a mi memoria, no siento vergüenza por ello.

—¿Cómo os sentisteis, después de eso? —preguntó.

—La verdad es que me senté en el suelo y lloré como un niño —dije.

—Conozco también eso —exclamó—. Sé donde nacieron esas lágrimas. Y no desearía matar a ningún precio; sólo ser Catherine Douglas, quien se dejó romper el brazo por el pestillo de un cerrojo.

Esa es mi principal heroína. ¿No os gustaría morir así por vuestro rey? —preguntó.

—A fe mía —dije— que mi amor a mi rey, cuyo ceñudo rostro Dios guarde, es más moderado; y ya vi lo bastante cerca hoy la muerte como para sentirme más inclinado a las cosas de la vida.

—Esa es justamente la mentalidad de los hombres —dijo—. Pero vos deberíais aprender a manejar las armas: no me gustaría tener un amigo que no sabe batirse. Porque no habrá sido con la espada con lo que matasteis a esos dos...

27 Personaje bíblico. Según el Génesis, los ángeles anunciaron a Lot el castigo de Dios contra Sodoma. Al abandonar la ciudad, su mujer cedió a la curiosidad y miró hacia atrás, desoyendo la advertencia expresa de los ángeles en ese sentido, por lo cual quedó convertida en una estatua de sal (*Génesis*, 19).

—No, ciertamente —asentí—, sino con un par de pistolas. Tuve la fortuna de que los hombres estaban a dos pasos de mí, porque soy tan diestro con la pistola como con la espada.

Fue así como ella me hizo contar la historia de nuestra batalla en el bergantín, que había omitido en la primera parte de mis aventuras.

—Sí —dijo ella—, sois valeroso, y quiero y admiro a vuestro amigo.

—Sí, todos le quieren —dije—. Tiene sus defectos como todo el mundo, pero es valiente y leal y afectuoso, ¡que Dios le guarde! Será casi imposible que llegue el día en que yo olvide a Alan y su recuerdo, y el pensar que dependía de mí poder hablarle aquella noche me turbó.

—Pero ¿dónde tendré la cabeza que aún no os he dado mis noticias? —exclamó; y ella me habló de una carta de su padre en la que decía que podría ir a visitarle mañana en el castillo a donde acababa de ser trasladado y que su caso iba por buenos derroteros—. No parece que os guste oír esto —dijo—. ¿Vais a juzgar a mi padre sin conocerle?

—Estoy muy lejos de juzgarle —repliqué—, y os doy mi palabra de que me alegra saber que esto trae alivio a vuestro corazón. Si mi expresión es hosca, como supongo que es, creed que es por el mal día que hoy resulta para componendas, porque quienes están en el poder de ningún modo son gentes con las que se puede transigir. Tengo a Simón Fraser pesándome como una piedra en el estómago.

—¡Ah! —exclamó—. Vos no iréis a medir por el mismo rasero a estos dos; no debierais olvidar que Prestongrange y James More, mi padre, pertenecen a la misma sangre.

—Nunca oí hablar de eso —dije.

—Es bastante extraño lo poco al corriente que estáis de todo —dijo—. Llámeseles Grant o llámeseles Macgregor, es lo mismo, porque los dos pertenecen, en cualquier caso, al mismo clan. Son todos hijos de Appin, de quien creo que nuestro país hereda su nombre.

—¿Qué país es ése? —pregunté.

—El mío y el vuestro —dijo.

—Creo que este es mi día de descubrimientos —afirmé—, pues siempre creí que su nombre era Escocia.

—Escocia es el nombre de lo que vos llamáis Irlanda —replicó ella—, pero el verdadero nombre antiguo de este lugar en donde ahora tenemos los pies, donde se labraron nuestros huesos, es Alban. Fue llamado Alban ya cuando nuestros antepasados combatían por él contra Roma y Alejandro; así se llama todavía en la lengua materna que vos habéis olvidado.

—A fe mía que yo nunca aprendí eso —dije, pues me faltó corazón para corregirla en lo del macedonio²⁸.

—Vuestro padre y vuestra madre hablaron esa lengua, generación tras generación —dijo

28 David no se atreve a decirle a Catriona que Alejandro Magno (356-323 a.J.C) nunca intentó conquistar Escocia.

—, y en ella se cantaba alrededor de las cunas antes de que vos y yo fuéramos ni soñados. Y vuestro nombre aún lo recuerda. Ah, si pudierais hablar esa lengua, descubriríais en mí otra muchacha: el corazón habla en esa lengua.

Comí en compañía de ambas una buena cena servida en buena plata antigua, con un vino excelente, pues parecía que la señora Ogilvy era rica. También nuestra conversación fue bastante agradable, mas, apenas vi declinar el sol y que las sombras se alargaban, me levanté para marcharme. Me había ya decidido a despedirme de Alan; y era necesario que pudiera hallar el bosque donde nos habíamos citado y reconocerlo a la luz del día. Catriona me acompañó hasta la verja del jardín.

—¿Tardaré mucho tiempo en veros de nuevo? —preguntó.

—No lo sabría decir —repliqué—. Puede que mucho o puede que nunca.

—Quizá sea así. ¿Y os apena?

Bajé la cabeza, mirándola.

—También a mí, sea lo que sea —dijo—. Os he visto por muy poco tiempo, pero os tengo en mucha estima. Sois sincero y sois valeroso. Pronto seréis un hombre cabal. Estaré orgullosa de saberlo. Y si corréis a lo peor, si os ocurriera la desgracia que nos tememos, pensad que tenéis una amiga. Mucho tiempo después, cuando yo ya sea una anciana, contaré a los niños la historia de David Balfour, corriéndome las lágrimas por el rostro; contaré cómo os fuisteis y lo que yo os dije, y vuestra respuesta. *Que Dios os acompañe y os guíe, este es el ruego de vuestra pequeña amiga.* Así le dije —les contaré—, esto es lo que hice.

Ella me cogió la mano y la besó. Esto me asombró tanto, que grité como si me hubieran hecho una herida. La sangre fluyó a su rostro y me miró e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Sí, señor David —dijo—, eso es lo que pienso de vos. El corazón va a la par de los labios.

Pude leer en su cara una dignidad resuelta y la caballerosidad de un adolescente generoso, pero ninguna cosa más. Me besó la mano como si del Príncipe Carlos se tratara, llena de una pasión tan encendida que resultaba fuera de lo común. Nada antes me había dado tan honda conciencia de mi amor por ella, ni de cuánto debía aún ensancharlo y elevarlo para merecer el suyo. Con todo, pude confesarme que, ciertamente, era mayor, ahora que su corazón y su sangre habían acelerado su curso por mi causa. Después del honor que acababa de concederme no podía dedicarle unas finezas convencionales. Me resultó incluso difícil hablar; una débil elevación en su voz había llamado fuertemente a la puerta de mis lágrimas.

—Doy gracias a Dios por vuestra gentileza, querida. Adiós, mi pequeña amiga —dije, dándole aquel nombre que ella misma se había dado; luego saludé y salí.

Para llegar a Silvermills yo debía seguir el curso del río Leith en dirección a Stockbridge. El sendero se deslizaba paralelo al río en medio de la desbordante canción del agua; los rayos del sol penetraban desde el oeste hasta el interior de las sombras y, a cada vuelta del valle, aparecía un nuevo ángulo desde el que se descubría otro mundo. Con Catriona a mis

espaldas y Alan delante de mí me sentía transportado por mis sentimientos. También el lugar y la hora y el murmullo del agua me complacían infinitamente. Y demoré mi marcha contemplándolo todo hacia atrás y hacia adelante, mientras caminaba. Este fue el motivo, aparte de la Providencia, de que descubriera un poco atrás una cabeza pelirroja entre unos matorrales.

El corazón me saltó en el pecho y di la vuelta hacia la espesura del camino por donde había venido. El sendero pasaba por entre los matorrales en donde había visto asomar la cabeza, y, cuando llegué al matorral que daba al borde del camino, me puse todo en tensión dispuesto a resistir cualquier ataque. Atravesé el paso sin encontrarme con nadie, lo cual aumentó aún más mis temores. Ciertamente aún era de día, pero el lugar estaba totalmente solitario. Si mis perseguidores habían dejado escapar esta bonita ocasión, no podía sino deducir que lo que querían era algo más que la vida de David Balfour. Las vidas de Alan y James gravaban mi alma con el peso de una yunta de bueyes.

Catriona paseaba todavía sola en el jardín.

—Catriona —dije—, heme aquí de nuevo.

—Con el rostro cambiado —replicó ella.

—Además de mi vida llevo sobre mí la de dos hombres —dije—, sería un pecado y una vergüenza no caminar cuidadosamente. Me he preguntado si hice bien viniendo aquí. Habría hecho mal si ésa va a ser la causa de nuestra ruptura.

—Yo podría deciros otra aún menos agradable, y es que no me agrada mucho oíros hablar ahora en ese tono. ¿Qué es lo que he hecho, después de todo?

—¡Oh, vos! ¡No estáis vos sola! —repliqué—. Desde que salí de aquí me han estado siguiendo la pista, y puedo daros el nombre de quien me sigue. Es Neil, hijo de Duncan, que es un hombre vuestro o uno de vuestro padre.

—Podéis tener la seguridad de que os equivocáis en eso —dijo ella con el rostro alterado—. Neil está en Edimburgo cumpliendo encargos de mi padre.

—Eso es lo que me temo —dije—, lo último que habéis dicho. En cuanto a que esté en Edimburgo, creo que puedo demostraros lo contrario. Seguramente tenéis alguna señal de socorro que le haga venir en vuestra ayuda, si él estuviera en algún lugar desde el que pueda oíros y correr a auxiliarnos.

—¿Cómo sabéis vos eso? —dijo.

—En virtud de un talismán que Dios me dio al nacer y al que todos dan el nombre de sentido común —dije—. Hacedme el favor de dar vuestra señal y yo os mostraré la cabeza pelirroja de Neil.

Mis palabras fueron, sin duda, amargas y mordaces. Sentía amargura en mi corazón. Dirigí contra mí mismo y contra la muchacha mis reproches y sentí odio por los dos. La detesté por la vil cuadrilla de que se había rodeado; y me detesté a mí mismo, por el inconsciente capricho que me había hecho meter la cabeza en tal avispero.

Catriona se llevó los dedos a los labios, silbó una sola vez, con un sonido muy claro,

intenso y de tono ascendente, tan potente como el de un campesino. Esperamos silenciosos por un momento y ya estaba a punto de pedirle que lo repitiera otra vez, cuando escuché el ruido de alguien que venía a todo correr por la maleza desde debajo de la barranca. Apunté en aquella dirección con una sonrisa y al tiempo Neil entró al jardín. Tenía los ojos encendidos y un cuchillo negro (como se le llama entre los *highlanders*) desnudo en su mano; pero al verme junto a su señora se paró en seco como si le hubieran fulminado.

—Ha acudido a vuestra llamada —dije—. Podéis juzgar ahora lo cerca que estaba de Edimburgo o cuál era la naturaleza del recado de vuestro padre. Preguntádselo vos misma. Si tengo que perder mi vida o la vida de quienes penden de mí a manos de vuestro clan, dejadme ir donde debo ir con los ojos abiertos.

Ella, vacilante, se dirigió a él en gaélico.

Recordando la exquisita delicadeza de Alan en esa materia, pude haberme echado a reír a carcajadas lleno de amargura; a buen seguro que era ahora, en medio de mis sospechas, cuando ella debiera haberse servido del inglés.

Dos o tres veces se replicaron el uno al otro; pude sacar en claro que, a pesar de su servilismo, era un hombre colérico.

A continuación ella se volvió hacia mí.

—El jura que no es como decís —afirmó.

—Catriona —dije—, ¿confiáis en este hombre?

Hizo un gesto de retorcerse las manos.

—¿Cómo lo voy a saber? —exclamó.

—Pero yo debo saber a qué atenerme —repliqué—. No puedo irme cándido como una paloma en noche cerrada con la vida de dos hombres a mi cuidado, Catriona; probad a ponerlos en mi lugar, como yo os juro, por Dios, que pruebo a ponerme en el vuestro. Nunca debieran haberse cruzado estas palabras entre vos y yo, nunca estas palabras; tengo dolido el corazón. Mirad de mantenerle aquí hasta las dos de la madrugada y podré marcharme. Intentadlo.

Ellos hablaron entre sí una vez más en gaélico.

—El dice que obedece órdenes de mi padre, James More —dijo, más pálida que nunca, con la voz temblorosa.

—Está bien claro ahora —señalé—, y que Dios perdone a los malintencionados.

Ella no dijo nada a esto, pero siguió mirándome con la misma palidez en el rostro.

—Es un bonito negocio —continué—. ¿Así que yo tengo que caer y los otros dos conmigo?

—Oh, ¿qué puedo hacer yo? —gritó—. ¿Voy a ir contra los mandatos de mi padre, y estando él en prisión, con su vida en peligro?

—Quizá nos estemos precipitando —dije—. Este puede también mentir. Puede no tener

verdaderas órdenes; todo puede estar urdido por Simón y que vuestro padre no sepa nada.

Estalló en sollozos, en medio de los dos. Sentí mi corazón desolado, viéndola en una situación tan terrible.

—Escuchad —dije—, mantenedle sólo una hora; yo la aprovecharé y que Dios os bendiga.

Me tendió la mano.

—Necesitaré su bendición —sollozó.

—Una hora entera, entonces —dije manteniendo su mano en la mía—. Son tres vidas, chiquilla.

—Una hora entera —repitió e imploró en voz alta el perdón de su Redentor.

Pensé que ya no hacía nada allí, y puse pies en polvorosa.

XI. El bosque de Silvermills

No perdí tiempo, sino que fui lo más aprisa que pude por el fondo del valle a través de Stockbridge y hasta Silvermills.

Había convenido con Alan que él estaría cada noche entre doce y dos «en un bosquecillo al este de Silvermills y al sur del arroyo de un molino que está en el sur». Encontré con bastante facilidad el bosquecillo, situado sobre una pendiente escarpada con el arroyo del molino discurriendo rápido y profundo a sus pies; y, ya aquí, comencé a caminar despacio y a pensar con más sensatez en mi situación. Caí en la cuenta de que había hecho un trato descabellado con Catriona. No cabía suponer que Neil hubiera sido enviado solo a su misión, aunque quizá fuera el único hombre de James More; en cuyo caso yo habría hecho, a mi pesar, todo lo necesario para colgar al padre de Catriona y nada que pudiera ayudarme a mí. A decir verdad, no sabía cuál de estas dos ideas me gustaba menos. Suponiendo que, reteniendo a Neil, la muchacha había ayudado a colgar a su padre, pensé que ella nunca se perdonaría a sí misma por este lapso de tiempo. Y suponiendo que había otros perseguidores en aquel momento, ¿qué clase de regalo le venía yo a traer a Alan? ¿Cómo me iba yo a alegrar con eso?

Había llegado al extremo este de aquel bosque, cuando estas dos consideraciones me sacudieron como dos golpes de mazo. Mis pies se me quedaron clavados allí mismo y mi corazón con ellos. «¿Qué juego disparatado es éste que me traigo entre manos?», pensaba; y volví inmediatamente sobre mis pasos para alejarme de allí.

Caminé hasta llegar a Silvermills; el sendero contorneaba la villa como un garfio, pero siempre a descubierto; y, nadie, ni *highlander* ni *lowlander*, se movía por allí. Esta era mi oportunidad, esta era precisamente la coyuntura que Stewart me pidió que aprovechara; y eché a correr por el lado del arroyo del molino, gané el alto del lado oeste del bosque, lo atravesé por el medio y volví a su extremo oeste desde donde podía nuevamente vigilar el sendero sin dejarme ver. Todo estaba desierto y sentí que recuperaba mi ánimo.

Por más de una hora estuve sentado al borde de los árboles y ni una liebre ni un águila habría permanecido en un acecho más estricto. Al comenzar mi espera se había ya puesto el sol, pero aún lucía un cielo de color oro y la luz del día mantenía la claridad. No había pasado una hora cuando ya estaba casi oscuro y las formas y las distancias entre las cosas se confundían, haciendo cada vez más difícil la observación. En todo ese tiempo, nadie había venido hacia el este desde Silvermills; y los pocos que habían marchado hacia el oeste eran honrados campesinos que volvían a sus casas por la carretera, en compañía de sus mujeres. Si hubieran andado tras mi pista los más taimados espías de Europa, pienso que hubiera sido desafiar los límites de la naturaleza el que ellos pudieran abrigar la menor sospecha de dónde estaba yo; así que me adentré un poco al interior del bosque y me tumbé en la tierra a esperar a Alan.

Mi vigilancia había sido intensa, pues no sólo vigilaba el camino, sino cada matorral y cada sembrado que caía dentro de mi visión. Esto era ya imposible; la luna, que estaba en su primer cuarto, iluminaba débilmente el bosque; la quietud del campo me rodeaba; durante las tres o cuatro horas que pasé tendido sobre mis espaldas, tuve una buena ocasión de revisar mi conducta.

Se me presentó claro desde un principio que había sido un error haber ido a Dean ese día y, ya que fui, que no tenía ahora derecho a estar tumbado donde estaba. Este lugar (adonde Alan debía venir) era precisamente el único bosque de toda Escocia que, por las razones más obvias, me estaba prohibido. Lo admití, pero seguí allí sin saber por qué... Pensaba en cómo me había comportado con Catriona aquella misma tarde, cómo me había propasado en lo de las dos vidas que tenía sobre mi conciencia, forzándola así a comprometer la de su padre y cómo ahora las traía otra vez a cuento tan inconscientemente. La buena conciencia tiene ocho décimas partes de valor. Apenas entreví las presunciones de mi comportamiento, cuando ya me vi inerme en medio de un tropel de temores. Me puse en pie de un salto. ¿Y si me marchara ahora mismo a casa de Prestongrange y le viera (porque aún tendría tiempo) antes de que se acostara, para ponerme totalmente a su servicio? ¿Quién podría reprochármelo? No Stewart, el abogado: me bastaría contarle cómo me siguieron, que no pude escapar y que me vi obligado a entregarme. Ni Catriona; para ella también tenía lista una respuesta: que no podía permitir que ella arriesgara la suerte de su padre. Así, en un momento, podía verme libre de todos mis problemas, los cuales, después de todo y a decir verdad, no eran míos; poder dejar a su suerte lo del crimen de Appin, que se las arreglaran como pudieran todos los Stewart y los Campbell, todos los *whigs* y los *tories* de la tierra; viviría de aquí en adelante a mi manera, buscando el medio y el disfrute de mi fortuna; gastaría algunas horas de mi juventud cortejando a Catriona, lo cual sería, a buen seguro, una ocupación más llevadera que la de andar oculto y correr y ser perseguido como un ladrón acorralado, pasando otra vez las penosas calamidades de mi fuga con Alan.

En un primer momento no sentí vergüenza por esta capitulación; solamente me preguntaba cómo no lo había pensado y puesto en práctica antes; luego comencé a preguntarme las causas de este cambio. Eran éstas una consecuencia natural de mi abatimiento, fruto, a su vez, de la dispersión de mi espíritu, y de ese antiguo, común y generalizado pecado de abandono que es la transigencia con uno mismo. Repentinamente vino a mi memoria el texto «¿cómo puede Satanás arrojar a Satanás?»²⁹. ¿Cómo —pensaba— había podido, por

29 *Evangelio de San Marcos* 3,23.

buscar mi complacencia y por un camino más placentero y los atractivos de una doncella, tener en tan poco mi propio carácter y poner en peligro las vidas de James y Alan? Había, incluso, estado a punto de evadirme de mí mismo usando la misma ruta por la que me había aventurado. No, el daño causado por mi complacencia debía ser reparado por mi abnegación; mi carne complacida debía ser crucificada. Busqué cómo llevar a cabo esto que tanto me costaba cumplir: abandonar el bosque, renunciando a la espera por ver a Alan y salir de allí, solo, en la oscuridad, en medio de mis confusos y peligrosos azares.

He hecho de modo tan prolijo el relato de estas horas de reflexión, porque creo que es de alguna utilidad y pueda servir de ejemplo a los que son jóvenes. Pues aunque la razón (y así se dice) tiene su parte a la hora de una opción, también hay lugar, incluso en ética y en religión, para el sentido común. Estaba ya a punto de cumplirse la hora fijada por Alan y había desaparecido la luna. Si salía ahora (pues no podía correr el riesgo de silbar sin poner a los espías tras mi rastro), ellos podrían perderme en la oscuridad y toparse por error con Alan. Si permanecía quieto, podría al menos alertar a mi amigo sobre los perseguidores y quizá podría salvarse. Había comprometido la seguridad de algunos en momentos de complacencia; ponerlos nuevamente en peligro, aunque ahora fuera por un nuevo propósito de expiación, habría sido algo totalmente absurdo. En consecuencia, apenas me había levantado de mi sitio, cuando me senté de nuevo, pero ya en un estado de ánimo muy diferente, sintiéndome, a un tiempo, asombrado de mi anterior debilidad y satisfecho de mi compostura actual.

De pronto se oyó un roce en los matorrales. Puse mi boca a ras del suelo, silbé una nota o dos de la tonada de Alan, y la respuesta llegó en el mismo tono apagado; en seguida nos encontramos en la oscuridad.

—¿Eres tú, por fin, Davie? —cuchicheó.

—El mismo —dije.

—Por Dios, hombre, ya estaba ansioso por verte —dijo—. Este tiempo me parecía un siglo. Me he pasado todo el día metido en una pila de heno donde no alcanzaba a ver las puntas de mis diez dedos y después otras dos horas esperándote aquí, y tú que no llegabas. Pero, vaya, aunque no nos quede mucho tiempo, pues yo me embarco mañana. ¡Qué digo; mañana! Hoy, debiera decir.

—Sí, Alan, amigo, hoy, ciertamente —dije—. Serán ya más de las doce de la noche y os embarcáis hoy mismo. Tenéis un largo viaje por delante.

—Pero antes nos despacharemos a nuestro gusto —dijo.

—Cierto que sí, tengo un montón de cosas que contaros —dije, y le conté todo lo que podía interesarle, haciendo un revoltijo de sucesos, que finalmente confluían, aclarándose unos a otros. El me escuchaba, haciéndome pocas preguntas y riendo aquí y allá, divertido con mi relato; y el sonido de su risa (sobre todo en aquella oscuridad en la que ni el uno ni el otro podíamos vernos) me hacía sentir el extraordinario gozo de nuestra amistad.

—Ay, Davie, eres un tipo singular —dijo cuando hube acabado—, un auténtico mirlo blanco y jamás vi a nadie que se te pareciera. Según tu historia, Prestongrange es un *whig*, así que no tocaré ese punto y, es más, creeré que él ha sido tu mejor amigo si pudieras confiar en él. Pero Simón Fraser y James More son dos pájaros de mi misma especie y les

daré el nombre que les cuadra. El gran diablo negro fue el padre de los Fraser, eso lo sabe todo el mundo; en cuanto a los Gregara, nunca he podido soportar su tufo, desde que me pude tener en dos pies. Le hice sangrar la nariz a uno de ellos, recuerdo, cuando aún caminaba tan inseguro sobre mis piernas que tuve que echarme encima de él. Aquel día se sintió orgulloso mi padre, ¡Dios le guarde!, y creo que tenía razón. Reconozco que Robin fue un buen gaitero —añadió—, pero en lo que a James More respecta, ¡que el diablo me lo ponga lejos!

—Tenemos que considerar una cosa —dije—. ¿Tiene razón Charles Stewart o está en un error? ¿Me buscan sólo a mí o a nosotros dos?

—¿Y tú qué crees, ya que eres hombre de tanta experiencia?

—No sabría qué decir —dije.

—Yo tampoco —dijo Alan—. ¿Crees que esta muchacha mantendrá su palabra? —preguntó.

—Así es —dije.

—Bien, entonces, no se diga más; en cualquier caso, a lo hecho, pecho. Ese hombre se habrá unido a los demás hace tiempo.

—¿Cuántos pensáis vos que serán? —pregunté.

—Eso depende —dijo Alan—, si fueras solo tú habrían enviado dos o tres mocetones avispados y animosos, pero si piensan que voy a aparecer yo en el asunto, entonces quizá sean diez o doce —dijo.

No pude menos de dejar escapar una carcajada.

—Creo que has visto con tus propios ojos cómo he puesto en fuga a otros tantos, y aun el doble si se me ponen a mano —exclamó.

—No hay necesidad de eso —dije—; me he librado de ellos por ahora.

—Eso es lo que piensas —dijo—, pero a mí no me sorprendería nada que anduviera pateando este bosque. Mira, amigo David, son *highlanders*. Algunos serán de Fraser, creo, y otros de los Gregara; y tengo que reconocer que tanto unos como otros, y en especial los Gregara, son gente capaz y experimentada. Un hombre no sabe mucho hasta que ha conducido un rebaño de ganado mayor (por ejemplo) por espacio de diez millas, a través de un país atestado de *lowlanders* y con los soldados negros³⁰, acaso, pisándole los talones. Es así como yo he aprendido buena parte de mi perspicacia. Y no necesitas decirme nada, esto vale más que la guerra, que es la segunda mejor escuela, aunque, por lo general, sea más bien un asunto mezquino. Y los Gregara han tenido mucha práctica.

—No me cabe duda, esa es una rama de saber que no se me enseñó —dije.

—Ya se te nota a cada paso —dijo Alan—, pero eso es lo más extraño del aprendizaje que hacéis en el colegio. Sois ignorantes, y no os dais cuenta. En cuanto a mí, no sé griego ni hebreo, pero, ¡vaya!, me doy cuenta de que no sé ni lo uno ni lo otro. Y ahí está toda la

30 Alude a *The Black Watch* (La guardia negra). Recibía este nombre debido al color oscuro de su uniforme. Era el regimiento *highlander* más antiguo del ejército británico.

diferencia. Por ejemplo, mira tu caso, te tumbas boca abajo un rato al abrigo de este bosque y me dices que ya te has librado de estos Frasers y Macgregors. ¿Por qué? «*Porque ya no los veo*», dices. Cabeza de alcornoque, ese es su oficio.

—Pongámonos en lo peor —dije—, ¿qué podemos hacer?

—En eso mismo estoy pensando —dijo—. Podríamos separarnos. No es que me guste, y tengo, además, algunas razones en contra. Primero, hay ahora mucha oscuridad y cabe muy en lo posible que les pudiéramos dar esquinazo. Si permanecemos juntos, dejaremos un solo rastro; si vamos separados, dejaremos dos. Tanto mejor para estos señores nuestros... Además, en segundo lugar, si descubren nuestra ruta, esto puede traer consigo una pelea, Davie; en ese caso confieso que me gustaría tenerte a mi lado y pienso que no te iría nada mal tenerme a mí al lado tuyo. Así que, según yo lo veo, deberíamos esfumarnos sin esperar a que pase el próximo minuto, y tomar dirección este, hacia Gillane, donde debo coger mi barco. Será como en los viejos tiempos, Davie, y (a su tiempo) ya pensaremos lo que debes hacer. No me gusta dejarte aquí sin mí.

—Vamos juntos, entonces —dije—. ¿Vais a volver adonde os dieron refugio?

—¡Qué demonios! —dijo Alan—. Fueron buena gente conmigo, pero creo que a ellos no les gustaría un pelo volver a ver mi preciosa cara; para los tiempos que corren, no soy precisamente lo que podría llamarse el huésped bienvenido. Lo que me hace apreciar más tu compañía, señor David Balfour de Shaws, y puede llenarte de orgullo. Si se dejan de lado dos parrafadas aquí, en el bosque, con Charlie Stewart, apenas he tenido oportunidad de decir ni blanco ni negro desde el día en que nos separamos en Corstorphine.

Tras lo cual, se levantó de su sitio, y nos pusimos silenciosamente en marcha hacia el este a través del bosque.

XII. Nuevamente en camino con Alan

Serían alrededor de la una o las dos; la luna (como dije antes) había desaparecido; un fuerte viento que arrastraba abultados jirones de nubes se había levantado de pronto desde el oeste; y comenzamos nuestra andadura en la noche más negra que jamás hubiera deseado un fugitivo o un criminal. La claridad del sendero nos guió hasta la dormida ciudad de Broughton, desde donde atravesamos Picardy, al lado de mi antigua conocida, la horca de los dos ladrones. Un poco más allá nos sirvió de faro una luz que iluminaba una elevada ventana de Lochend. Guiados por ella, pero más que nada a tientas, pisoteando algunas mieses y dando traspiés y cayendo sobre los surcos, hicimos nuestro recorrido a campo través, hasta alcanzar por fin el páramo verde y pantanoso que llaman los Figgate Whins. Y aquí, en una gavilla de retamas, nos echamos a dormir lo que quedaba de la noche.

Nos despertó la luz del día, cerca de las cinco. Era una hermosa mañana, con el fuerte viento del oeste soplando aún con fuerza, pero empujando ahora las nubes hacia Europa. Alan estaba medio levantado, sonriendo para sí. Era la primera vez que veía a mi amigo desde nuestra separación y le observé con agrado. Llevaba todavía el mismo gran

chaquetón sobre la espalda y, esto era nuevo, llevaba ahora puestas un par de calzas que le cubrían hasta más arriba de las rodillas. Sin duda se las había puesto a modo de disfraz, pero, prometiendo ser un día caluroso, le daban un aspecto ciertamente extravagante.

—Bien, Davie —dijo—. ¿No es una bonita mañana? Este parece un día tal como deberían ser todos. Esto es muy distinto a estar en la tripa de mi almiar de heno; y mientras tú estabas ahí durmiendo y roncando, yo he hecho una cosa que acaso haga muy pocas veces.

—¿Y qué ha sido? —dije.

—Que he rezado mis oraciones.

—¿Y dónde están esos señores, como vos los llamáis? —pregunté.

—Dios sabe —dijo—. Que estén más cerca o más lejos no nos importa por ahora. ¡En pie, Davie! ¡Adelante, y que la fortuna nos guíe de nuevo! Todavía nos queda por hacer un bonito paseo.

Así pues, nos pusimos en camino hacia el este, siguiendo la costa, por donde humeaban las salinas de la desembocadura del Esk. Verdaderamente era una mañana con un sol especialmente brillante sobre Arthur's Seat y las verdes Pentlands, y pareció ser la delicia de aquel día lo que hizo a Alan sentirse como si se hubiera sentado sobre un campo de ortigas.

—Es como cometer un delito —dijo— abandonar Escocia en un día como éste. Me da vueltas en la cabeza la idea de si no sería mejor quedarme aquí aunque me colgaran.

—Oh, Alan, no se os ocurrirá eso —dije.

—No es que Francia no sea también un buen lugar —siguió diciendo—, pero, en cierto sentido, no es lo mismo. Francia es un hermoso país, pero no es Escocia. Bien la deseo, amigo mío, cuando estoy allá, añorando en mi nostalgia hasta el olor de la turba de las ciénagas.

—Si es ése todo el motivo de vuestra tristeza, Alan, no es que merezca tanto la pena.

—Ciertamente, no tengo motivos para quejarme después de haberme librado de aquel almiar de heno del demonio.

—Parece que os causó mucho fastidio vuestro almiar de heno —dije.

—Fastidio no es el término adecuado —dijo—. No soy precisamente de la clase de hombre que se deja abatir. Pero me desenvuelvo mejor al aire libre y a campo raso. Soy como el viejo Black Douglas (¿no era ése?), que prefería el canto de las alondras a los chillidos del ratón. Este lugar, míralo, Davie, que fue un magnífico refugio donde ocultarme, bien te lo podría jurar, se convertía en un pantano tenebroso en cuanto caía el sol. Hubo días (o noches, pues ¿cómo distinguir uno de otra?) que me parecieron tan largos como todo un invierno.

—¿Cómo sabíais la hora para acudir a nuestra cita? —pregunté.

—El buen hombre que me traía la comida con cuatro gotas de aguardiente y un cabo de vela para ver allí dentro venía hacia las once —dijo—. Así que, tras probar unos bocados,

era ya casi tiempo de salir hacia el bosque. Allí echaba de menos tu compañía, Davie —dijo, poniéndome la mano en el hombro—, y me desesperaba al ver que se cumplían las dos horas y ya debía volver a mi choza de paja, a no ser que viniera Charlie Stewart a contarme sus gestiones; pero, ¡vaya!, no era nada divertido volver al almiar, y pedía al Señor que me sacara de allí cuanto antes.

—¿En qué pasabais el tiempo? —pregunté.

—A fe mía —dijo—, me arreglaba como podía. A ratos jugaba a la taba. Tengo una mano extraordinaria para la taba, pero no tiene gracia jugar sin admiradores. Otras veces hacía canciones.

—¿Sobre qué? —dije.

—Sobre los gamos y el brezal —dijo—, sobre los antiguos jefes que murieron hace mucho, sobre todo lo que suele decirse en canciones. Había veces en que me imaginaba que tenía una gaita y que la tocaba. Tocaba maravillosas melodías y me imaginaba tocándolas a la perfección. Te juro que me gustaría oír alguna vez algo parecido. Pero lo principal es que todo eso acabó.

Después de esto me llevó a hablar nuevamente de mis aventuras, que escuchó de cabo a rabo con una satisfacción extraordinaria y singular, y salpicando mi relato con la expresión de que era un grandísimo bribón.

—Así que tuviste miedo de Simón Fraser.

—Por supuesto que sí —exclamé.

—También yo lo habría tenido, Davie —dijo—, y es que se trata de un hombre terrible. Pero no tenemos más remedio que conceder al diablo lo que se le debe en justicia, pues te puedo asegurar que su conducta es irreprochable en el campo de batalla.

—¿Es tan valeroso? —pregunté.

—Así es —dijo—. Es tan valeroso como el acero de mi espada.

La historia de mi duelo le puso fuera de sí.

—¡Cuando lo pienso! —exclamó—. Hubiera podido enseñarte el truco en Corrynakiegh. Y ¡tres, tres veces desarmado! Es una deshonra para mí lo que aprendiste conmigo. Vamos, en guardia, deja de hablar. No daremos un paso más por este camino sin que puedas dejar bien alto tu honor y el mío.

—Alan —dije—, estáis completamente loco. Ya no queda tiempo para lecciones de esgrima.

—Tienes toda la razón —admitió—. Pero, ¡tres veces, hombre! Y tú allí, de pie, como un fantoche de paja, corriendo a buscar el espadín como un perro al que se le manda traer un moquero. David, ¡ese hombre, Duncansby, debe de ser alguien poco común! Se necesita una habilidad fuera de serie. Si yo tuviera tiempo, iría a buscarle y a proponerle que me diera el desquite. Ese hombre debe de ser un preboste.

—¡Idiota! —dije;—. Olvidáis que aquí soy yo el ofendido.

—¡No puedo creerlo! ¡Tres veces!

—Cuándo aceptaréis que soy un perfecto incompetente —exclamé.

—Bueno, nunca oí contar nada parecido —dijo.

—Os prometo una cosa, Alan —dije—. La próxima vez que nos encontremos, estaré mejor preparado. No tenéis por qué lamentar continuamente la desgracia de un amigo que no sabe pelear.

—¿La próxima vez? —dijo—. Me gustaría saber cuándo será eso.

—También yo lo he pensado —dije—. Este es mi propósito: quiero ser abogado.

—Es una profesión comprometida, Davie —dijo Alan—. Quizá también un tanto sucia. Mejor harías poniéndote al servicio del rey.

—Y ése sería, sin duda, el medio más seguro de encontraros —exclamé—. Como vos llevaríais el uniforme del rey Luis y yo el del rey Jorge, no dejaría de ser un bonito encuentro.

—Tienes parte de razón en eso —admitió.

—Tendré, pues, que ser abogado —continué—, creo que es la profesión más propia de un caballero que ha sido desarmado tres veces. Pero lo bueno de la cosa es que uno de los mejores colegios para esta clase de estudios, y en el que Pilrig hizo los suyos, es el colegio de Leyden, en Holanda. Ahora ¿qué decís, Alan? ¿No podrá un cadete del *Royal Ecossais* conseguir un permiso para pasar la frontera e ir a visitar a un estudiante de Leyden?

—Creo que sí podría —exclamó—. Estaré, si tengo suerte, a las órdenes del coronel Count Drummond-Melfort; y, lo que es aún mejor, tengo un primo que es teniente coronel en el regimiento escocés de Holanda. Nada me resultaría más fácil que conseguir un permiso para visitar al teniente coronel Stewart de Halkett. Y lord Melfort, que es un hombre muy erudito y escribe libros como César, estaría, indudablemente, muy complacido de contar con las ventajas de mis precisiones.

—¿Es, entonces, lord Melfort escritor? —pregunté; pues tanto como Alan admiraba a los militares, admiraba yo a los caballeros que escribían libros.

—Eso mismo, Davie —dijo—. Se podría creer que un coronel tiene cosas más importantes en que ocuparse. Mas, ¿qué podría yo decir, cuando también yo compongo canciones?

—Pues bien —dije—, sólo faltaría que me dieseis una dirección para escribiros a Francia y, tan pronto como llegue a Leyden, os enviaré yo la mía.

—Lo mejor será escribirme a la dirección de mi jefe —dijo—, Charles Stewart de Ardsheil, Esquire, en la ciudad de Melons, en la Ile de France. Podrá tardar un tiempo o llegar muy pronto, pero la carta llegará a mis manos finalmente.

Desayunamos un róbalo en Musselburgh, donde pasé un tiempo gratísimo escuchando a Alan. Su chaquetón y sus calzas destacaban de modo singular en aquella mañana calurosa, y quizás resultaba prudente dejar caer algunas sugerencias que lo explicara, pero Alan se lo tomó como si dilucidara una operación o, mejor sería decir, como un juego. Se puso a

hablar con la buena señora de la cocina dirigiéndole algunos cumplidos por el guiso de nuestro róbalo; y durante todo el tiempo restante no paró de hablar con ella sobre un frío que había cogido al estómago y le relató con mucha seriedad toda clase de síntomas y dolores, escuchando luego con grandes muestras de interés todos los remedios que la anciana señora, a su vez, le indicaba.

Salimos de Musselburgh antes de que llegara el primer coche de línea que venía de Edimburgo, pues, como dijo Alan, se trataba de un encuentro que más valía evitar. El viento, aunque todavía fuerte, era muy templado; el sol brillaba con fuerza y pronto comenzó Alan a sufrir sus calores. Desde Prestonpans hizo que nos desviáramos hasta los campos de Gladsmuir, donde me describió con más entusiasmo del necesario los distintos movimientos de aquella batalla. De allí, a lo largo de toda su antigua planicie, caminamos hasta Cockenzie. Aunque se estaban construyendo secaderos de arenques a cargo de la señora Cadell, parecía desértico, como una ciudad venida a menos, con casi la mitad de sus casas en ruinas; sin embargo, la taberna era limpia, y Alan, que se estaba abrasando de calor, se permitió una botella de cerveza y le fue a la nueva patrona con el viejo cuento del frío en el estómago, con la salvedad de que ahora los síntomas se habían tornado totalmente diferentes.

Yo me senté a escuchar y vine a darme cuenta de que jamás le había oído decir seriamente más de tres palabras seguidas a una mujer, sino que siempre se burlaba y bromeaba, despreciándolas en su fuero interno, con el agravante de que ponía en tales escenas una buena dosis de calor e interés. Algo de esto le hice notar, en un momento en que la buena mujer tuvo que salir.

— Y ¿qué quieres? —me respondió—. Un hombre debe siempre esmerarse con las mujeres, siempre debe divertir las con alguna pequeña historia, ¡estas pobres corderas! Es lo que deberías aprender, David. Basta con saber las cuatro reglas, es como cualquier otro negocio. Ahora bien, si se hubiera tratado de una muchacha joven, o por lo menos bonita, ella no me habría oído nunca hablar de mi estómago, David. Pero, una vez que son ya demasiado viejas para andar buscando amigos, se convierten en boticarias. ¿Que por qué? ¿Cómo lo voy a saber? Serán como Dios las hizo, supongo. Pero creo que se necesita ser bobo para no caer en la cuenta de este hecho.

Y, a esto, viniendo ya de vuelta la patraña, se apartó un poco de mí, como si estuviera impaciente por continuar su anterior conversación. No tardó mucho la dama en relacionar el asunto del estómago de Alan con el caso de un cuñado suyo de Aberlady, cuya última enfermedad y fallecimiento se puso a describir con gran lujo de detalles. El relato era en algunas partes aburrido y en otras aburrido y dramático a la vez, pues ella hablaba con ungido fervor. El resultado fue que yo caí en una profunda somnolencia mirando por la ventana hacia la carretera sin apenas fijarme en lo que veía. De pronto, lo que estaba mirando se me apareció de golpe.

—Nosotros le hemos puesto sinapismos³¹ en los pies —estaba diciendo la buena mujer— y un ladrillo recalentado sobre el vientre, y le hemos dado hisopo y agua de poleo y un buen emplasto de sulfuro para...

—Señor —dije interrumpiéndola con mucha calma—, uno de mis amigos acaba de pasar

31 Cataplasma hecha con polvo de mostaza.

junto a la casa.

—Ah, ¿sí? —repuso Alan como si se tratara de algo de poca importancia—. Y luego, ¿me decíais, señora?

Y la fastidiosa señora siguió hablando.

Rápidamente, no obstante, pagó a la mujer con una moneda de media corona y ella tuvo que salir por el cambio.

—¿Era el de la cabeza pelirroja? —preguntó Alan.

—El mismo —asentí.

—¿Qué te dije en el bosque? —exclamó—. Y, sin embargo, es raro que esté aquí. ¿Estaba solo?

—Solo, por lo que he podido ver —asentí.

—¿Pasó de largo? —preguntó.

—Iba recto —dije—, sin mirar ni a derecha ni a izquierda.

—Eso es todavía más raro —repuso Alan—, me da en la nariz que tendremos que mudar de sitio. Pero, ¿adonde vamos? ¡Diablos! Esto se parece bastante a los viejos tiempos.

—Hay una gran diferencia —repliqué—: ahora tenemos dinero en los bolsillos.

—Y otra gran diferencia, señor Balfour —dijo él—: que ahora tenemos sabuesos a nuestros talones. Ellos están sobre la pista, están en plena cacería, David. Es un mal asunto, maldita sea —y se sentó a reflexionar profundamente con aquella expresión que yo tan bien conocía.

—Me estaba preguntando, patrona —dijo cuando volvió la buena mujer— si hay otra carretera por detrás de vuestra taberna.

Ella nos dijo que había una y adonde conducía.

—En ese caso, señor —me dijo a mí—, creo que será el camino más corto para nosotros. Yo debo decirlos adiós, mi admirable señora, pero no echaré en olvido el agua de canela.

Salimos por el huerto de la mujer y tomamos una senda a campo través. Alan miraba atento a todos lados y, viendo que habíamos llegado a una pequeña depresión del terreno que nos ponía al abrigo de ser vistos, decidió sentarse.

—Tengamos ahora un consejo de guerra, Davie —dijo—. Ante todo, una pequeña lección. Imagínate que hubiera hecho como tú: ¿con qué idea de nosotros se habría quedado esa vieja? Sólo que habíamos salido por la puerta de atrás. ¿Qué es lo que tiene ahora en mente? Un hombre amable, divertido, amistoso, alocado, que sufre del estómago, el pobrecito, y que mostró mucho interés por el cuñado. Mi amigo David, intenta aprender a usar un poco de juicio.

—Lo intentaré —prometí.

—Y ahora vayamos con el de la cabeza pelirroja. ¿Iba de prisa o despacio?

—Ni una cosa ni otra —respondí.

—¿No daba ninguna muestra de tener prisas?

—Ninguna —dije.

—¡Hum! —dijo Alan—. Parece extraño. No vimos a ninguno de ellos esta mañana en los Whins; éste nos adelanta, y no parece que vaya mirando nada y, no obstante, él está en nuestro camino. ¡Dios!, Davie, se me está ocurriendo algo. Creo que no es a ti a quien buscan, creo que es a mí; y creo que ellos saben muy bien adonde van.

—¿Que lo saben? —pregunté.

—Creo que Andie Scougal me ha vendido; él o su compañero, que estaba al tanto de parte del asunto... o quizá ese clérigo, Charlie, lo cual también sería una desgracia; y si me preguntas por cuál sea mi convicción más íntima, te diré que habrá algunas cabezas rotas sobre la arena de Gillane.

—Alan —exclamé—, si estáis en lo cierto, allí habrá gente de sobra. No servirá de mucho romper cabezas.

—Pensaba que al menos sería una satisfacción —dijo Alan—. Pero espera un poco, espera un poco. Estoy pensando gracias a este bonito viento del oeste; creo que queda una oportunidad. Es ésta, David. Mi cita con ese Scougal no es hasta el ocaso. Pero Scougal dijo: *Si tengo la suerte de que sople viento del oeste, estaré allí antes y esperaré detrás de la isla de Fidra*. Ahora, si nuestros caballeros saben el lugar, ellos saben también la hora. ¿Ves adonde intento llegar, Davie? Gracias a Johnnie Cope y a otros idiotas de casacas rojas, conozco esta región como la palma de mi mano, y, si estás listo para otra carrerita con Alan Breck, podremos retroceder al interior y bajar de nuevo a la costa a la altura de Dirleton. Si el barco está allí intentaremos subir a bordo. Si no está, tendré que volverme a mi fastidioso montón de heno. Pero sea lo que sea, creo que dejaremos a nuestros caballeros silbando sobre sus pulgares.

—Creo que hay en efecto una oportunidad —dije—. Manos a la obra, Alan.

XIII. La playa de Gillane

No saqué provecho de la experiencia que Alan tenía como guía desde el tiempo de sus marchas bajo las órdenes del general Cope, pues apenas podría decir por dónde fuimos. Mi única excusa es que caminamos a un ritmo agotador. Una parte la hicimos a todo correr, otra al trote, y el resto andando a un paso frenético. Por dos veces, mientras íbamos a la carrera, nos tropezamos con campesinos, pero, aunque dimos con el primero de sopetón, Alan estaba siempre a punto como un mosquete cargado.

—¿Habéis visto mi caballo? —preguntó, jadeante.

—No, señor, no he visto ningún caballo en todo el día —contestó el campesino.

Alan se tomó un tiempo para explicarle cómo viajábamos juntos, que nuestra montura se

había escapado y que era de temer que hubiera vuelto a su establo, en Linton. Y no sólo eso, sino que, además, se tomó la molestia (aunque no estaba muy sobrado de aliento) de ponerse a renegar de su mala suerte y mi estupidez que era, según dijo, la causa de todo.

—Quienes no pueden decir la verdad —me hizo observar cuando partimos de nuevo— deben tener gran cuidado en dejar a sus espaldas una explicación honesta y razonable. Si la gente no puede averiguar lo que andas haciendo, Davie, quedarán profundamente intrigados, pero si ellos creen que saben la razón, no se preocuparán más que lo que yo me preocupo por el potaje de guisantes.

Como habíamos penetrado, en un principio, tierra adentro, nuestro camino terminó por orientarse casi directamente hacia el norte; teníamos como puntos de referencia la vieja iglesia de Aberlady, a nuestra izquierda y, a la derecha, la elevación del Berwick Law; y así ganamos de nuevo la costa, no lejos de Dirleton. Desde North Berwick hasta Gillane Ness se alinean, de este a oeste, una formación de cuatro pequeñas islas: Craigleith, Lamb, Fidra y Evebrough, notables por sus diversidades de forma y tamaño. Fidra, la más singular de todas, es una rara islita gris con dos elevaciones del terreno sobre las que destacaban vestigios ruinosos; recuerdo que, cuando pasábamos a su lado, los huecos de las ventanas y puertas de aquellas ruinas, sobre el fondo azul, daban la impresión de ser ojos humanos que se asomaban desde el mar. Protegido por Fidra hay un buen fondeadero, al abrigo de los vientos del oeste, y allí, en la lejanía, pudimos ver al *Thistle*, meciéndose sobre el agua.

La costa, a todo lo largo de esta línea de islotes, aparece, de ordinario, desierta. No hay rastro de cobijo humano y apenas movimiento alguno, como no sean los niños vagabundeando y corriendo en sus juegos. Gillane es una pequeña villa apartada de Ness; la gente de Dirleton va a sus negocios hacia el interior y las de North Berwick hacen el trayecto que va de las zonas de pesca a su propia rada; así que hay pocos lugares de la costa que estén más deshabitados que éste. Pero mientras nos arrastrábamos sobre nuestro vientre por un terreno tan quebrado, sin dejar de mirar aquí y allá, y con nuestros corazones martilleándonos los costados, era tal la reverberación del sol en el mar, tal el zumbido del viento entre las hierbas curvadas y tal el alboroto de saltos de conejos y gaviotas volando, que este desierto me pareció un lugar lleno de vida. Era, indudablemente y desde todos los puntos de vista, un sitio bien escogido para un embarque secreto, si el secreto se hubiera guardado; e incluso ahora que había quedado a descubierto y el lugar se hallaba vigilado, podíamos arrastrarnos sin ser vistos hasta el límite de las dunas, desde donde se dominaba directamente la playa y el mar.

Llegados aquí, Alan se detuvo de improviso.

—Davie —dijo—, éste es un trecho peligroso. Mientras permanezcamos aquí, estamos a salvo; pero no me atrevería a decir lo mismo si nos acercamos más a mi barco o a la costa de Francia. Y tan pronto como nos incorporemos y hagamos señales al bergantín, el asunto varía. ¿Dónde piensas que puedan estar esos caballeros?

—Puede que no hayan llegado todavía —dije—. Y, aunque estén ya aquí, hay algo claramente a nuestro favor. Ellos habrán preparado todo para cogernos, eso no cabe dudarlo. Pero lo habrán preparado pensando que venimos del este, cuando resulta que estamos en la parte oeste.

—¡Ay! —dijo Alan—. Ojalá tuviéramos algunas tropas y esto fuese una batalla; los

obligaríamos a hacer una bonita maniobra. Pero no es éste el caso, David, y lo que hay es poca cosa para estimular a Alan Breck. Estoy dudando, Davie.

—El tiempo vuela —dije.

—Ya lo sé —me contestó—. Es lo único que sé, como dicen los franceses. Pero esto tiene todas las trazas de ser un asunto muy feo. ¡Ah, si por lo menos supiera dónde están esos caballeros!

—Alan —dije—, no parecéis el mismo. Se trata de ahora o nunca.

—«No, no, ya no soy yo...» —entonó Alan, con una rara expresión entre la vergüenza y la burla—. «No soy ni vos ni yo, ni vos ni yo. No, os lo juro, Johnnie; ni vos ni yo.»

Y luego se puso de golpe en pie todo lo alto que era y, agitando un pañuelo en su mano derecha, bajó hacia la playa. Yo me levanté también, pero me mantuve rezagado, espiando las dunas del lado este. Su presencia pasó desapercibida en un primer momento. Scougal no le esperaba tan pronto y «nuestros caballeros» vigilaban la otra parte. Después se inició un movimiento a bordo del *Thistle*, donde parecía que estaban preparados, pues apenas duró unos segundos el ajeteo sobre la cubierta, antes de ver que echaban un esquife sobre la popa y que empezaban a remar con fuerza hacia la orilla. Casi al mismo tiempo, quizás a una media milla de Gillane Ness, apareció durante un instante sobre una duna la silueta de un hombre agitando los brazos y, aunque desapareció con la misma rapidez, todavía quedaron sobrevolando el sitio, durante unos momentos más, las gaviotas asustadas.

Alan no había visto nada de esto, atento sólo a la parte del mar donde estaban el barco y el esquife.

—¡Tanto peor! —dijo cuando se lo hice saber—. Bien puede remar ese bote, o me temo que me verá en un brete.

Esta parte de la playa era llana, estrecha y buena para caminar con la marea baja; una pequeña corriente de agua, señalada por abundantes berros, cortaba en un lugar la playa, que en su lado superior terminaba en las dunas, dispuestas como el tope amurallado de una ciudad. Nuestros ojos no podían ver lo que sucedía detrás de las dunas; nuestra impaciencia se veía impotente para acelerar la marcha del bote: fue como si el tiempo, durante aquella espera angustiosa, se hubiera detenido para nosotros.

—Hay una cosa que me gustaría saber —dijo Alan—. Me gustaría mucho saber las órdenes que traen estos caballeros. Tú y yo juntos valemos 400 libras: ¿qué pasará si dirigen sus armas contra nosotros, Davie? Podrían hacer un bonito disparo desde lo alto de esas largas jorobas de arena.

—Es moralmente imposible —dije—. Es seguro que ellos no pueden tener fusiles. Todo esto se ha llevado a cabo con mucho secreto; quizá tengan pistolas, pero no fusiles.

—Creo que tienes razón —dijo Alan—. Pero, con todo, ese barco me está consumiendo la paciencia.

Chasquéo sus dedos y silbó hacia él como un perro.

Había recorrido ya alrededor de un tercio del camino y nosotros habíamos avanzado hasta

el mismo borde del agua, de modo que mis zapatos estaban cubiertos por la arena esponjada. No teníamos otra cosa que hacer, sino esperar, siguiendo con los ojos fijos la lenta aproximación del bote, y echando una mirada, las menos veces que podíamos, al largo muro impenetrable de las dunas, por encima de las cuales centelleaba el vuelo de las gaviotas, y tras las que se ocultaban, sin duda, las maniobras de nuestros enemigos.

—Es un lugar bien hermoso para recibir un tiro —dijo Alan de pronto— y, amigo, ojalá que tuviera yo tu coraje.

—¡Alan! —exclamé—. ¿Qué es lo que estáis diciendo? Vos estáis hecho de coraje, es lo que os caracteriza, y yo mismo daría fe de ello en contra de quien fuera.

—Y te podrías equivocar mucho —replicó él—. Lo que me caracteriza es mi gran perspicacia y mi conocimiento de las cosas. Pero, en lo que toca a ese inflexible y frío coraje ante la muerte, no te llego a la suela de los zapatos. Míranos aquí a los dos, sobre la arena. Aquí me tienes ansioso por escapar, y ahí estas, aún preguntándote (que yo sepa) si no te quedarás. ¿Crees que yo podría hacer eso, y ni siquiera desearlo? No, no lo haría. Primero, porque no tengo el coraje y la voluntad necesaria, y, segundo, porque soy un hombre de demasiada penetración y antes te mandaría al diablo.

—¿Es ahí adonde queréis llegar? —pregunté—. Pero, hombre. Alan, podéis enredar a viejas señoras, pero nunca me podréis engañar a mí.

El recuerdo de mi tentación en el bosque me hizo mantenerme firme como el hierro.

—Tengo una misión que cumplir —continué—. Estoy comprometido con vuestro primo Charlie; he dado mi palabra.

—Valientes misiones que no podrás cumplir —dijo Alan—. Darás al traste con tu misión, de una vez por todas, cuando te encuentres con esos caballeros de las dunas. ¿Que por qué? —añadió con una seriedad llena de amenaza—. Dímelo, rapaz. ¿Te van a hacer desaparecer como a lady Grange? ¿Van a meterte un cuchillo en el cuerpo y enterrarte en una cañada? O, por el contrario, ¿te van a implicar con James? ¿Es que son gentes en quienes se puede confiar? ¿Vas a meter la cabeza en la boca de Simón Fraser y los otros *whigs*? —añadió con una amargura extraordinaria.

—Alan —grité—, ellos son todos unos ruines embusteros y en eso estoy con vos. ¡Razón de más para que haya un hombre decente en tal tierra de ladrones! He dado mi palabra y la mantendré. Hace ya mucho tiempo le dije a vuestra prima, ¿os acordáis?, que no me echaría atrás ante ningún riesgo. Fue la noche en que cayó Red Colin. No me echaré atrás. Me quedo aquí. Prestongrange me garantizó la vida; si él es un perjurio, tendré que morir ahora.

—Está bien, está bien —dijo Alan.

Durante todo este tiempo no se había visto ni oído nada de nuestros perseguidores. La verdad es que los habíamos cogido desprevenidos; la mayoría de la banda (como luego supe) aún no había conseguido llegar al lugar, y los que habían llegado se hallaban dispersos por las cañadas de Gillane. Fue toda una operación juntarlos y dirigirlos hacia acá, y el bote se aproximaba rápidamente. Por otra parte, se trataba de un hato de cobardes: no eran más que una cuadrilla de *highlanders* ladrones de bestias, pertenecientes a varios

clanes, sin un caballero que les hiciera de capitán; y cuanto más nos miraban a Alan y a mí en la playa, menos (debo suponer) les gustaban nuestras caras.

Quienquiera que fuese el que traicionó a Alan, no era el capitán: éste venía personalmente en el esquife, empuñando la caña del timón y animando a sus remeros, como un hombre que ponía corazón en lo que hacía. Ya estaba cerca y ellos achicaban el agua del bote; el rostro de Alan aparecía ya encendido, excitado por su liberación, cuando nuestros amigos de las dunas, sea por despecho al ver írseles la presa o porque esperaban asustar a

Andie, alzaron de pronto un agudo griterío formado por numerosas voces.

Este clamor, alzándose en lo que parecía ser una costa totalmente desierta, fue realmente aterrador, y los hombres del bote se pusieron a remar hacia atrás en ese mismo instante.

—¿Qué es eso? —gritó el capitán, pues ya estaba al alcance de la voz.

—Son amigos míos —contestó Alan, y empezó inmediatamente a vadear el agua, poco profunda, hacia el bote—. Davie —dijo, haciendo una pausa—, Davie, ¿no vas a venir? Me apena dejarte.

—No os preocupéis —dije.

Se detuvo un segundo donde estaba, con el agua hasta las rodillas, indeciso.

—Si así lo quieres, que así sea —dijo.

Y chapoteando con el agua hasta la cintura fue aupado adentro del esquife, que se dirigió inmediatamente hacia el barco.

Yo me quedé donde él me dejó, con las manos a mis espaldas; Alan, sentado, volvía su cabeza mirándome; y el bote se fue alejando lentamente. De pronto, me sentí casi a punto de llorar y me creí el más abandonado y solitario muchacho de Escocia. Después di mi espalda al mar y encaré las dunas. No se veía ni se oía a nadie; el sol lucía en las arenas húmedas y en las secas, el viento silbaba en las dunas y las gaviotas emitían notas que eran como gemidos. Cuando remonté la playa, las pulgas de arena saltaban torpemente alrededor de las algas esparcidas. Nada más podía verse y oírse en aquel infortunado lugar. Y, sin embargo, yo sabía que allí había gente observándome con alguna intención secreta. No eran soldados, pues ya se habrían arrojado sobre nosotros y estaríamos presos a estas horas; sin duda eran un montón de desalmados a quienes habrían pagado para deshacerse de mí; acaso con un secuestro, acaso para matarme sin más. Si se miraba desde el punto de vista de sus intereses, lo primero sería lo más probable; pero, habida cuenta de lo que yo sabía de sus hábitos y de su vehemencia en este asunto, lo otro me parecía muy posible; y la sangre se me heló en todo el cuerpo.

Tuve la insensata idea de sacar mi espada de la vaina; pues, aunque era totalmente incapaz de batirme cruzando las armas como un caballero, pensaba que podía dar alguna estocada en el desconcierto de la refriega. Pero reconocí a tiempo la insensatez de oponer resistencia. No cabía duda de que éste era un punto en el que coincidirían los «procedimientos» de Prestongrange y Fraser.

El primero, lo creía yo a pies juntillas, había hecho algo para proteger mi vida; era más propio del segundo que hubiera dejado caer algunas sugerencias contrarias en los oídos de

Neil y de sus compañeros; y si tiraba de espada podría estar haciendo el juego a mi peor enemigo y firmar mi propia sentencia.

Con estos pensamientos, llegué hasta el límite de la playa. Dirigí mi vista atrás; el bote estaba próximo al bergantín y Alan agitaba su pañuelo en un adiós al que contesté con un saludo de mi mano. Pero ya incluso Alan se convertía en algo insignificante, a la vista de la suerte que me aguardaba. Me calé el sombrero firmemente en la cabeza, apreté los dientes, y caminé recto, escalando de frente el alto de la pendiente arenosa. Realicé la escalada fatigado, pues era muy escarpada y la arena se deslizaba bajo la bota como si estuviera tan líquida como el agua. Pero por fin pude cogerme a unas hierbas altas, con las que me impulsé hasta quedar firmemente de pie, en lo alto. En ese mismo momento, unos hombres saltaron a descubierto y quedaron de pie aquí y allá, unos seis o siete, truhanes de baja estofa, cada uno con su daga en la mano. La pura verdad es que cerré los ojos y me puse a rezar. Cuando los abrí de nuevo, los bribones apenas habían dado, con sigilo, un paso más, sin decir nada y sin ninguna prisa. Todas sus miradas estaban pendientes de mí, lo que me permitió, con una extrema sensación de sorpresa, ver el brillo de sus ojos y el temor con que seguían acercándose. Yo mostré mis manos desnudas, a lo que uno preguntó con un fuerte acento *highlander* si yo me rendía.

—Me rindo, haciendo constar mi protesta —dije—, si es que sabéis lo que eso significa, que lo dudo.

Tras estas palabras, se me vinieron todos encima como una bandada de aves sobre su carroña, me asieron, me quitaron la espada y todo el dinero de mis bolsillos, atáronme de pies y manos con un cable sólido y me arrojaron sobre la hierba de una duna. Allí se sentaron en corro, alrededor del prisionero, contemplándole, mudos, como a algo peligroso, quizás como un león o un tigre rampante. Al momento, su atención se relajó. Se reunieron en un grupo, rompieron a hablar en gaélico y, con gran cinismo, dividieron mi propiedad en mis propias narices. Mi diversión durante todo este tiempo consistía en observar desde mi sitio la escena de la fuga de mi amigo. Vi llegar el bote hasta el bergantín, izarlo sobre la cubierta, y, con las velas desplegadas, el barco desapareció mar adentro, tras las islas y la punta de North Berwich.

Durante más de dos horas siguieron llegando más y más desharrapados *highlanders*, Neil entre algunos de los primeros, con lo que la reunión alcanzó pronto la veintena. A cada nueva llegada sucedía una reanimación de las conversaciones, en las que se adivinaban quejas y excusas; mas observé esto; ninguno de los que llegaron más tarde compartió nada de mis despojos. La última discusión fue violenta y áspera en extremo, tanto que en un instante pensé que iban a enzarzarse en una reyerta; tras esto, el grupo se dividió, regresando el grueso de la banda hacia el oeste y quedándose sólo tres, Neil y otros dos, vigilando al prisionero.

—Podría deciros el nombre de alguien a quien no le agrada mucho vuestro trabajo de hoy, Neil Duncanson —dije, cuando el resto se había marchado.

El me aseguró, en su respuesta, que yo sería tratado con mucho miramiento, pues ya sabía él que yo era «conocido de la señora».

Eso fue todo lo que hablamos y nadie más dio señales de vida en aquella parte de la costa, hasta que el sol desapareció tras las montañas del *Highland* y el crepúsculo se fue tornando

en sombras. En ese momento vi a un hombre de Lothian, alto, flaco, huesudo y de rostro atezado, que venía hacia nosotros por entre las dunas sobre un caballo de tiro.

—¡Mozos! —gritó—. ¿Tenéis un papel como éste?

Y mostraba uno en su mano. Neil sacó otro que el recién llegado examinó tras calarse unos anteojos de asta, y, diciendo que todo estaba en orden y que nosotros éramos la gente que buscaba, desmontó. Acto seguido fui colocado en su lugar, con los pies atados a la barriga del caballo, y nos pusimos a andar bajo la guía del *lowlander*. El camino debía haber sido cuidadosamente elegido, pues no nos encontramos sino a dos —dos amantes— en todo el recorrido; y éstos, tomándonos quizás por contrabandistas, huyeron cuando nos acercábamos. En una ocasión pasamos al pie de Berwick Law por el lado sur; en otra, cuando atravesábamos unas colinas a descubierto, espíe las luces de un caserío, y la vieja torre de una iglesia entre unos árboles, no mucho más lejos; pero sí a demasiada distancia para gritar pidiendo ayuda, si es que se me hubiera ocurrido eso. Finalmente, nos llegó de nuevo el sonido del mar. A la luz de la luna, que lucía débilmente, pude ver los tres imponentes torreones y la muralla partida de Tantallon, aquella vieja fortaleza de los Red Douglasses. Ataron al caballo para que pastara el fondo del foso y a mí me llevaron dentro, primeramente a través de un patio, y de allí al interior de una sala de piedra medio derrumbada. Aquí mis guías hicieron un alegre fuego en mitad del enlosado, pues era una noche fría. Me desataron las manos, me llevaron junto al muro del fondo y (de las provisiones que había traído el *lowlander*) me dieron gachas de avena y un cubilete de aguardiente francés. Hecho esto, me quedé una vez más a solas con mis tres *highlanders*. Se sentaron junto al fuego, bebiendo y conversando; el viento soplaba por las grietas, revolvió la ceniza y las llamas, y silbaba en lo alto de los torreones. Oía el mar batiendo el acantilado y, confortada mi mente creyendo tener la vida a salvo, y con el cuerpo y el espíritu agotados por el ajeteo del día, me eché de lado y me dormí.

No tenía la menor idea de qué hora sería cuando me levanté, sólo que la luna había descendido y que el fuego se había apagado. Me desataron los pies y me condujeron, por entre las ruinas y por un sendero empinado, hasta los pies del acantilado donde, en una oquedad de las rocas, había una barca de pescadores. Fui llevado a bordo y empezamos a alejarnos de la costa bajo una hermosa claridad de estrellas.

XIV. El Bass

No tenía la menor idea del lugar adonde me llevaban: sólo miraba aquí y allá, por si descubría algún barco, aunque me zumbaran en la cabeza las palabras de Ransome: las «veinte libras»³². Si también esta vez, como en aquella otra, debía verme expuesto al peligro de las plantaciones, mal se me tornaba todo, me decía; esta vez podía perder mis esperanzas, pues no habría un segundo Alan, ni un segundo naufragio, ni una verga disponible; y me vi lampeando³³ tabaco bajo el latigazo del chuchó³⁴. Esta imagen me

32 Los *veinte libras* eran hombres de raza blanca que eran vendidos para trabajar como esclavos en las plantaciones de listados Unidos.

33 Remover la tierra con la azada.

34 Látigo.

abatió; corría un aire penetrante a ras del agua, los travesaños del bote se empañaban de un relente frío; y yo tiritaba en mi sitio, al lado del timonel. Era este el hombre moreno a quien antes llamé el *lowlander*; su nombre era Dale, alias Andie el Negro. Al sentir mis temblores de frío, me alargó muy amablemente una ruda chaqueta cubierta de escamas de pescado, con la que me cubrí muy a gusto.

—Os agradezco vuestra amabilidad —dije—; y me permitiré, en pago, daros un consejo. Os cargaréis de responsabilidades prestándoos a esto; vos no sois como estos ignorantes bárbaros *highlanders*, sino que sabéis qué es la ley y los riesgos que asumen quienes la quebrantan.

—No es que por regla general sea exactamente lo que se dice un fanático de la ley —me respondió—, pero en este negocio actúo bajo una buena garantía.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —pregunté.

—Nada malo —repuso—, nada malo. Tenéis amigos importantes, según creo. No lo pasaréis nada mal.

La superficie del mar empezó a tornarse gris; pequeñas salpicaduras de rosa y rojo, como los reflejos de unos carbones avivados, aparecieron en el este y, a la misma hora, se levantaron los ánsares y comenzaron sus gritos en torno a la cima del Bass. Todos saben que esta pequeña isla es un sólo bloque de roca, pero con la suficiente extensión como para asentar allí una ciudad. Aunque no estaba muy mar adentro, la resaca rompía con fuerza alrededor de su base. Según despuntaba el alba pude ir viéndola más y más nítidamente: los acantilados verticales señalados por las goteras de excrementos de las aves, como regueros de escarcha; la cima cubierta de verde hierba, la bandada de blancos ánsares volando en torno a los flancos y sobre los negros edificios de la prisión que extendían sus ruinas hasta el borde del mar.

Se me impuso, de pronto, la verdad, forzado por lo que estaba viendo.

—Es ahí adonde me lleváis —grité.

—Al Bass, ni más ni menos, muchacho —dijo—; donde ya estuvieron antiguos santos antes que vos y donde, como prisión, dudo que pudierais encontrar nada más agradable.

—Pero ahora no vive ahí nadie —protesté—; ese lugar es una pura ruina.

—Así os encontraréis más a gusto, disfrutando de la sociabilidad de los gansos —contestó secamente Andie.

Como el día se hacía aún más claro, pude ver en la cala varias cestas y canastos y montones de madera para el fuego, entre las grandes piedras con las que los pescadores lastran sus botes. Se descargó todo al pie del acantilado. Andie, yo y mis tres *highlanders* (yo les llamo «míos», aunque la verdad era lo contrario) saltamos igualmente a tierra. Todavía no había salido el sol cuando el bote se alejó de nuevo, despertando con el ruido que hacían los remos en sus enganches el eco de los riscos; y nos quedamos a solas en nuestra insólita reclusión.

Andie Dale, prefecto de Bass (como a mí me gustaba llamarle en broma), era a la vez el pastor y el guarda de aquel minúsculo y rico estado. El tenía a su cargo la docena, o poco

más, de ovejas que se alimentaban y engordaban con la hierba de una zona de la pendiente, en donde semejaban bestias paciéndose en el tejado de una catedral. Se encargaba además de los ánsares que anidaban en los acantilados, de los que se obtenía un extraordinario rendimiento. Los jóvenes constituían un manjar succulento, de forma que se vendían a no menos de dos chelines la pieza, precio pagado muy a gusto por los sibaritas; los pájaros adultos eran también apreciados por su grasa y sus plumas; y todavía hoy se paga una parte del estipendio del ministro de North Berwick en ánsares, lo que hace que esta parroquia sea envidiada por más de uno. Para poder llevar a cabo todos estos diversos quehaceres, así como para proteger a los gansos de los cazadores furtivos, Andie tenía, con mucha frecuencia, ocasión de dormir y pasar varios días seguidos en el islote; y nosotros vimos, al poco, que se encontraba en esta casa como un granjero en su finca. Haciendo que todos cargásemos sobre nuestras espaldas algunos de los bultos, cosa en la que estuve pronto a echar mano, nos condujo al interior por un portón que abrió con llave, el cual era la única entrada a la isla, y luego, a través de las ruinas del fortín, nos llevó a la casa del gobernador. Allí vimos, por las cenizas de la chimenea y una cama que había en un rincón, que la había tomado por su residencia habitual.

Él ahora me ofreció utilizar la cama, diciéndome que suponía que yo querría dejar sentado que era caballero.

—Mi hidalguía —dije— no tiene nada que ver con el sitio donde descanse. Gracias a Dios, he tenido oportunidad de dormir sobre duro antes de ahora y puedo hacer lo mismo otra vez sin ninguna pena. Mientras permanezca aquí, señor Andie, si ése es vuestro nombre, yo haré la parte que me toca y ocuparé un sitio entre todos vosotros; y os ruego, por otra parte, que me ahorréis vuestras chanzas, que no son nada de mi gusto.

Él gruñó algo al oír estas palabras, pero luego pareció pensarlo y asentir. La verdad es que era un hombre de apariencia seria y razonable y un buen *whig* y presbiteriano; leía diariamente una biblia de bolsillo y era capaz y le encantaba conversar seriamente sobre religión, punto en el que tendía un poco a los excesos cameronianos³⁵. Su moral era de un color más dudoso. Supe que estaba comprometido en contrabandos y que utilizaba las ruinas de Tantallon como almacén de mercancías ilegales. Para dar una muestra, no creo que apreciara en un ochavo la vida de nadie. Mas esta parte de la costa de Lothian ha sido hasta hoy tan bárbara como antes y las gentes son allí más rudas que en ningún otro lugar de Escocia.

Merece la pena recordar un incidente de aquella época de mi prisión, por cierta consecuencia que tendría mucho después. Había por entonces amarrado en el estuario un navío de guerra, el *Seahorse*, mandado por el capitán Palliser. Ocurrió que hacía, en el mes de septiembre, un crucero navegando de bolina entre Fife y Lothian, haciendo sondeos para situar los escollos marinos. Una mañana muy temprano vimos aparecer el navío unas dos millas al este, y observamos que arriaban un bote y parecían examinar las rocas Wildfire y Satan's Bush, famosos peligros de aquella costa. Y luego, tras izar nuevamente su bote, consiguió un viento de popa y enfiló recto hacia el Bass. Esta maniobra desconcertó mucho a Andie y a los *highlanders*; todo lo que concernía a mi secuestro se había llevado de forma que nada trascendiera, y, ahora, por un capitán de navío entrometido que podría bajar a tierra, todo arriesgaba hacerse público, si no se convertía en

³⁵ Secta fundada por el escocés Richard Cameron (1648-1680). Los *cameronianos* eran presbiterianos y se negaron a acatar a los Estuardo.

algo peor. Yo constituía una minoría de uno solo, no era Alan para atreverme con tantos y no me hacía ilusiones de que un navío de guerra fuese a mejorar mi situación. Tras considerar todo esto, di a Andie mi palabra de buena conducta y obediencia, y fui llevado a toda prisa a lo alto del peñón, donde nos tumbamos todos al filo del acantilado, ocultándonos y al acecho en distintos lugares. El *Seahorse* venía derecho hacia nosotros y se acercaba tanto que pensé que se estrellaría; desde aquella repisa vertiginosa podíamos ver a la tripulación del barco en sus puestos y escuchar el silbato del oficial que mandaba la maniobra. Súbitamente, el navío viró y soltó una andanada de no sé cuantos cañones. El peñón se estremeció al tronar de los disparos y el humo nos pasó por encima de las cabezas, y los gansos levantaron vuelo en un número superior a lo que pudiera contarse o creerse. El alboroto de sus gritos y la agitación destelleante de sus alas formaban un espectáculo único; y supongo que, si el capitán Palliser se había acercado tanto al Bass, había sido precisamente para procurarse este gusto infantil. El lo pagaría caro con el tiempo. Durante su paso tuve la oportunidad de hacer ciertas observaciones sobre el aparejo de este navío, gracias a las que, incluso pasado el tiempo, lo podía reconocer a varias millas de distancia; y gracias a eso fue (aparte de la Providencia) como pude evitar una gran desgracia a un amigo, y causé al mismo capitán Palliser un fuerte disgusto. Durante todo el tiempo de mi estancia en el peñón vivimos bien. Teníamos algo de cerveza, aguardiente y harina de avena para hacer nuestras gachas por la mañana y por la tarde. A veces llegaba un barco de Castleton y nos traía un cuarto de cordero, pues las ovejas del peñón no podíamos tocarlas, ya que eran especialmente alimentadas para su venta en el mercado. Los ánsares estaban, desafortunadamente, fuera de estación y no los molestábamos; también íbamos a pescar o, aún más frecuentemente, conseguíamos que los ánsares pescaran por nosotros: esperábamos que uno hubiese capturado una pieza y lo espantábamos luego hasta que soltara su presa antes de que la hubiera tragado. La singular situación en que se hallaba este lugar y las sorpresas que tan pródigamente me ofrecía mantuviéronme ocupado y entretenido. Siendo imposible una huida, se me dejaba a mi entera libertad, con lo que continuamente exploraba la superficie de la isla por todos los lugares en los que pudiera asentarse el pie de un hombre. La vieja huerta de la prisión era también digna de verse, convertida en un lugar de flores y plantas salvajes y con algunas guindas maduras en la maleza. Algo más abajo había lo que semejaba ser la capilla o la celda de un ermitaño, nadie puede saber quién la había construido o habitado, y el pensamiento de su antigüedad era una buena parte de mis meditaciones. También la prisión donde ahora vivaqueaba³⁶ con los cuatrerros *highlanders* era un lugar cargado de historia, humana y divina. Pensaba qué extraño era el que tantos santos y mártires hubieran pasado por aquí, tan recientemente, sin dejar siquiera tras ellos una hoja de sus biblias o un nombre grabado en el muro, mientras que los toscos soldados que habían montado la guardia sobre las murallas tenían el lugar lleno de sus recuerdos, con cosas tales como pipas rotas, que era lo más, y botones de metal de los uniformes. Había veces en que creía poder oír el son devoto de las salmodias en los calabozos de los mártires, y ver a los soldados midiendo la muralla con sus pasos rítmicos y las pipas encendidas, mientras el alba se levantaba tras ellos en el Mar del Norte.

Debía a Andie y a sus relatos, no había duda, el que estas imágenes ocuparan mi mente. El conocía a fondo la historia del peñón, hasta en sus más pequeños detalles, con los nombres de los soldados, pues también se había empleado aquí su padre en el mismo oficio. Andie

36 Acampar

estaba dotado de una aptitud natural para la narración, de tal forma que los personajes parecían hablar por sí mismos y los sucesos cumplirse verdaderamente delante de los ojos. Este don suyo y mi asiduidad para escucharle estrecharon más nuestras relaciones. Honestamente, diré que era un hombre que me gustaba; pronto vi que también él simpatizaba conmigo, y, ciertamente, desde el primer momento, me había esforzado por ganarme su benevolencia. Un curioso incidente (que pronto relataré) confirmó mis expectativas con creces; aunque ya, desde los primeros días, formábamos una pareja amistosa para tratarse de un prisionero y su guardián.

Traicionaría mi conciencia si pretendiese decir que todo en mi estancia en el Bass fue desagradable. Me parecía un lugar seguro, más aún cuando había logrado escapar de mis problemas. No tenía que temer ningún mal; una imposibilidad material me prevenía contra todo nuevo intento de huida: la roca y la profundidad del mar; sabía que mi vida y mi honor habían quedado a salvo, y hubo veces en que sentí el placer de conservar una y otro sin haber puesto nada de mi parte. Otras veces, mis pensamientos eran muy distintos. Recordé la firmeza con que me había expresado ante Rankeillor y ante Stewart; reflexionaba que mi cautiverio en el Bass, un lugar que podía verse desde casi todos los puntos de las costas de Fife y Lothian, iba a ser más atribuible a mi invención que a la realidad. Y, por lo menos, a los ojos de estos dos caballeros, pasaría por un jactancioso y un cobarde. Quizá ahora tomaba esto un poco a la ligera, diciéndome que en tanto fueran buenas mis relaciones con Catriona Drummond, la opinión del resto de los hombres no era sino música celestial y agua pasada; y caí entonces en esos ensimismamientos del amante que son, en su propia opinión, exquisitos, pero que siempre resultan tan sorprendentemente bobos a un lector. Mas pronto me vino otro temor; me sacudía un verdadero pánico, alimentado por mi amor propio, y la supuesta severidad de estos juicios se me presentaba como una injusticia insoportable. Y esos pensamientos me venían aparejados con otros, pues apenas había comenzado a sentir el peso del juicio de los hombres sobre mí, cuando me acosó la memoria de James Stewart en su calabozo y de los lamentos de su esposa. Entonces me llené de coraje. No podía perdonarme el permanecer con los brazos cruzados; me pareció que, si quería tenerme por un hombre, era necesario que rechazara la seguridad de este sitio, saliendo de aquí a nado o volando; y era en esos momentos, y para acallar mis escrúpulos, cuando me aplicaba con todo ahínco a ganarme la benevolencia de Andie Dale.

Por fin, una mañana llena de luz en que nos hallábamos solos en lo alto del peñón, le dejé caer una alusión referente a un soborno. El me miró, echó la cabeza atrás y se puso a reír a carcajadas.

—Vaya, esto os hace mucha gracia, señor Dale —dije—, pero quizá, si dais un vistazo a este papel, la cosa cambie.

Los estúpidos *highlanders* no me habían quitado, al apresarme, más que el dinero en moneda; y el papel que ahora mostraba a Andie era un recibo por una suma considerable, a cargo de la British Linen Company. El lo leyó.

—Vaya —dijo—, no estáis mal cubierto.

—Pensé que esto os haría cambiar de opinión —insistí.

—¡Alto ahí! —exclamó—. Ya veo que estáis en posición de sobornar, pero yo no soy de los que se dejan sobornar.

—Bien —dije—. Vamos a verlo más despacio. Primero os demostraré que sé de lo que estoy hablando. Tenéis orden de tenerme aquí hasta después del jueves, 21 de septiembre.

—No andáis muy descaminado —reconoció Andie—. Debo dejaros partir, salvo que se me ordene otra cosa, el sábado, 23.

Me di buena cuenta de que había algo extremadamente insidioso en este arreglo. El hecho de que hubiera de presentarme justamente a tiempo de llegar demasiado tarde desacreditaría tanto más mis declaraciones, si es que ya entonces me seguía empeñando yo en hacerlas; esto renovó mi coraje ante la lucha.

—Vamos, Andie, vos ya conocéis el mundo; escuchadme y haceos vuestras cuentas mientras me oís —dije—. Sé que hay gente de mucho peso en el asunto, y no me cabe duda de que todo esto lo hacéis en su nombre. He visto a algunos de ellos personalmente desde que se inició este caso, y he hablado además con ellos cara a cara. Pero, ¿qué clase de crímenes puedo haber cometido, o qué clase de proceso es éste en el que he caído? Soy apresado por unos *highlanders* desharrapados el 30 de agosto, me llevan hasta un montón de viejas piedras que otrora quizá fueron pero que hoy no son ni fuerte ni cárcel, sino, a lo más, la casa del guardabosque del peñón del Bass; y soy de nuevo puesto en libertad el 23 de septiembre, tan en secreto como me habían apresado. ¿Veis la ley por alguna parte en todo esto? ¿Os suena a cosa legal, o no os parece, más bien, algo que sea parte de una baja y sucia intriga, que avergüenza a los mismos que se han mezclado en ella?

—Yo no voy a contradeciros, Shaws. Sí aparenta ser algo bajo cuerda —reconoció Andie—. Y si esta gente no me parecieran buenos *whigs* y presbiterianos de pura cepa, ya les habría mandado yo a paseo más allá del Jordán y a la otra parte de Jerusalén, y yo no habría metido mano en el asunto.

—¿Así que el señor de Lovat es un verdadero *whig* y un probo presbiteriano? —exclamé.

—Yo no sé nada de él —respondió Andie—. No he tratado con los Lovats.

—No, habéis tratado con Prestongrange —repuse yo.

—Ah, no os lo voy a decir.

—Ni es necesario, cuando ya lo sé —repliqué.

—Hay algo de lo que podéis estar bien seguro, Shaws —dijo Andie—, y es esto: que (hagáis lo que hagáis) no trataré con vos, —y añadió— ni ahora ni nunca.

—Bien, Andie, veo que tendré que hablaros sin rodeos —le dije.

Y, en pocas palabras, le hice una relación de todo el caso.

Me escuchó del principio al fin con seriedad y atención, y, cuando hube terminado, dio muestras de ponderarlo por un instante.

—Shaws —dijo por fin—, voy a hablaros sin tapujos. Es una historia extraña y no de mucho crédito, tal como me la habéis contado. Pero me da lo mismo si fuera diferente de como la imagináis. En lo que toca a vos, me parecéis un joven bastante decente. Pero yo soy más viejo y más juicioso para ver un poco más lejos y con más luz acaso que vos en este asunto. No os va a traer nada malo que yo os retenga ahora; es más, creo que saldréis

mejor parado. Tampoco se hará con esto ningún mal al país. ¡Total, que cuelguen a un *highlander*, y Dios sabe si no darán en lo justo desembarazándose de él! Por otra parte, me traería un daño considerable dejaros escapar. Así que, hablándoos como un buen *whig* y como amigo leal y como quien también busca su propio interés, el hecho manifiesto es que creo que deberéis quedaros aquí con Andie y los pájaros.

—Andie —dije poniéndole mi mano en la rodilla—, ese *highlander* es inocente.

—Ya, es una desgracia —dijo—. Pero, mirad, en este mundo, lo que uno quiere no es siempre lo que Dios dispone.

XV. La historia de Tod Lapraik, contada por Andie el Negro

Apenas he dicho nada todavía de los *highlanders*. Los tres eran parte de la gente de James More, lo que ponía la acusación muy ajustada al cuello de su amo. Todos entendían una palabra o dos de inglés, aunque Neil era el único que creía saber lo suficiente para poder mantener una conversación, opinión que sus compañeros solían mostrarse reacios a compartir. Eran gentes dóciles e ingenuas que mostraron mucha más cortesía que la que se habría esperado de sus harapos y de su rudo aspecto, y que, de forma espontánea, se convirtieron pronto casi en tres sirvientes de Andie y de mí mismo.

Conviviendo en aquel desolado lugar, en medio de las ruinas destartaladas de una prisión y entre los continuos y extraños ruidos del mar y de los pájaros salvajes, pronto creí percibir en ellos los efectos de un temor supersticioso. Cuando no tenían nada que hacer se echaban a dormir, una necesidad que nunca parecían poder calmar, o Neil entretenía a los otros con historias que siempre parecían ser del género terrorífico. Si no podían permitirse ninguno de estos dos gustos —si quizá dos dormían y al tercero no se le acomodaba seguir el ejemplo—, yo le veía sentarse y escuchar y mirar a su alrededor, con un desasosiego creciente, temblando, acobardándosele el rostro, con las manos crispadas y el cuerpo tenso como un arco. Jamás pude descubrir la naturaleza de estos temores, pero su actitud era sorprendente y la naturaleza del lugar donde nos encontrábamos muy propicia a los sustos. No puedo hallar en inglés el término que lo exprese, pero Andie usaba una frase escocesa, siempre la misma, cuando quería referirse a ello.

—Ay —decía—, es un lugar raro el Bass.

Yo siempre pensé lo mismo. Era un lugar extraño de noche y un lugar extraño de día; y eran sonidos extraños los de los gansos que gritaban, y el batir del oleaje y su eco en las rocas, resonando continuamente en nuestros oídos. Era generalmente así en los días apacibles, cuando las olas crecían, estallaban a lo largo de la base del peñón como una tormenta y como los tambores de un ejército, con sonidos terribles y a un tiempo agradables; era en los días de calma cuando un hombre podía amedrentarse escuchando, y no sólo un *highlander*, pues también yo experimenté varias veces por mí mismo la sensación de aquella infinidad de ruidos que reverberaban en las oquedades de la roca.

Esto me lleva a una historia que escuché y a una escena en la que tomé parte, la cual cambió por completo nuestra forma de vida y desempeñó un papel importante en la forma

como abandoné luego el peñón. Ocurrió que una noche, habiéndome quedado embelesado junto al fuego, volvió a mi memoria aquella tonada de Alan y comencé a silbar. Una mano me cogió el brazo y la voz de Neil me obligó a callar porque no era «una canción prudente».

—¿Que no es prudente? —pregunté—. ¿Cómo puede ser eso?

—No —dijo—, la compuso un fantasma que no tenía cabeza sobre el cuerpo³⁷.

—Vaya —dije—. Aquí no puede haber fantasmas, Neil; pues no cabe pensar que se molestaran en venir aquí para asustar a gansos salvajes.

—¿Sí? —dijo Andie—. ¿Eso es lo que pensáis? Pues yo os puedo decir que aquí hay cosas aún peores que los fantasmas.

—¿Qué es peor que los fantasmas, Andie? —dije.

—Los brujos —dijo—. O por lo menos uno de ellos. Y también ésa es una extraña historia —añadió—; y, si estáis dispuestos, os la contaré.

No hay que decir que todos aceptamos, y hasta el *highlander* que sabía menos inglés de los tres se sentó a escuchar con suma atención.

LA HISTORIA DE TOD LAPRAIK

Mi padre, Tam Dale, que en paz descanse, fue un chico extraño e inquieto en los días de su juventud, con poco juicio y menos temor de Dios. Se perdía por las faldas, se perdía por la botella y por las aventuras, y nunca oí decir a nadie que se hubiera ocupado de cosa honesta. Después de pasar por mil oficios, se alistó finalmente como soldado, y estuvo en la guarnición de este fuerte; y fue esa la primera vez que un Dale puso los pies en el Bass. Y no viene una desgracia sin otra. El gobernador se hacía su propia cerveza; no se hubiera podido dar desgracia peor. El peñón tenía que aprovisionarse desde la costa con víveres, pero reinaba una gran desorganización y había veces en que se veían obligados a pescar o cazar gansos si querían comer. Para colmo, eran entonces los días de la Persecución. Ateridos de frío, los mártires, la sal de la tierra, llenaban todas las prisiones, lo cual era muy censurable. Y aunque Tam Dale, un simple soldado, llevaba su fusil y se perdía por las faldas y por la botella, como ya dije, no llegaba a sentirse a gusto ejerciendo aquel oficio. Él creía en la luciente gloria de la iglesia; había veces que sentía nacerle la cólera viendo a los santos del Señor maltratados, y se sentía lleno de vergüenza cuando tenía que alumbrar con una vela (o que llevar el fusil) en tan sombríos menesteres. Algunas de esas noches, estando él aquí de centinela, con el fuerte cercado quizá por una helada silenciosa, oía la voz de un prisionero que entonaba un salmo, y a la que se unían otros, formándose un coro de plegarias que se levantaba de las diferentes celdas —o calabozos, si preferís llamarlo de esa manera—, de tal modo que esta vieja roca anclada en el mar parecía un

³⁷ Un famoso folklorista conocido mío dice lo mismo de la tonada de Alan. Parece que se imprimió en *Cuentos del oeste de Highland*, vol. II, pág. 91, de Campbell. Desde este punto de vista, parece que realmente las aleluyas de la señorita Grant (ver capítulo V) habían proporcionado una letra divertida a la melodía en cuestión.

pedazo de cielo. Una negra vergüenza le invadía el alma, sus pecados se alzaban ante él remontándose hasta la cima del Bass, sobre todo aquel pecado supremo, el de haber puesto su mano en el martirio y la persecución de la Iglesia de Cristo. Pero la verdad es que él daba coces contra el Espíritu. Cuando llegaba el día, estos terrores se disipaban entre el aturdimiento de sus camaradas y toda buena resolución era olvidada.

Por esos días vivía en el Bass un hombre de Dios llamado Peden el Profeta. Habréis oído hablar del profeta Peden. No ha habido nunca otro como él, y muchos se han preguntado si lo hubo antes. Era arisco, con pinta de tarasca³⁸, espantoso de ver y oír, con un rostro como el día del juicio. Su voz no se diferenciaba mucho del chillido de los gansos y os retumbaba en el cuerpo, y las palabras que decía eran como carbones ardientes. También había entonces en el peñón una muchacha, que no creo que tuviera mucho que hacer aquí, pues no era éste lugar para mujeres con decencia; pero parece que era agradable y que ella y Tam Dale habían llegado a congeniar. Ocurrió que hacía Peden su paseo por la huerta, envuelto en sus rezos, cuando Tam y la muchacha pasaron por allí, y no se le ocurrió otra cosa a la muchacha que echarse a reír viendo las devociones del santo. El alzó la vista y los miró a los dos, y las rodillas de Tam le castañearon la una con la otra sintiendo su mirada. Pero sus palabras fueron dichas con más tristeza que ira.

—Pobre criatura, pobre criatura —dijo, y era a la chica a quien miraba—. Os he oído resoplar y reír, pero el Señor os ha deparado un trance mortal, y sólo exhalaréis un grito en la hora de esa súbita sentencia.

Poco tiempo después, ella fue a los acantilados de paseo con dos o tres soldados en un día tempestuoso. Allí sobrevino una racha de viento que la arrastró por los vestidos hasta que desapareció con su bolso y todo lo que llevaba; y cayeron los soldados en la cuenta de que emitió sólo un grito.

Sin duda esta providencia pesó en la mente de Tam Dale; pero no duró por mucho tiempo y pasó sin que se enmendara. Un día daba una vuelta con otro soldado.

—¡El demonio me lleve! —dijo Tam, pues era un blasfemo empedernido. Y allí estaba Peden mirándole, incisivo y terrible. Peden, con su larga quijada y los ojos encendidos, la manta de cuadros echada sobre el cofre, extendía una mano de uñas ennegrecidas, pues él menospreciaba los cuidados del cuerpo—. ¡Uf!, desgraciado, pobre loco. ¡Que el demonio me lleve! —dijo Tam—. ¡Pero veo al diablo junto a ese hombre!

La conciencia de su pecado y la gracia divina anegaron a Tam como un mar profundo, y arrojó la pica que llevaba en sus manos.

—¡Jamás alzaré un arma contra la causa de Cristo! —dijo, y mantuvo su palabra.

Sufrió un duro encierro al principio, pero el gobernador, viéndole decidido, le dio la licencia, y él se fue a vivir a North Berwick, casándose allí; y en lo sucesivo, su nombre fue respetado por las gentes honradas.

Fue en el año 1706 cuando el Bass cayó en manos de los Da'rymples, y desde entonces quedaron dos hombres a cargo del peñón. Los dos eran de sobrada experiencia, pues habían servido de soldados en la guarnición y conocían la forma de cazar los gansos, sus

³⁸ Figura de sierpe monstruosa, con una boca muy grande, que en algunas partes se saca durante la procesión del Corpus.

épocas mejores y lo que valían. Además ambos eran, o parecían ser, hombres de mucho juicio y de trato agradable. El primero de ellos era precisamente Tam Dale, mi padre. El segundo era un tal Lapraik, a quien llamaban vulgarmente El Zorro Lapraik, que nunca pude saber si era por referirse a su carácter. Bueno, pues Tam fue a ver a Lapraik por razones de su trabajo y me llevó a mí de la mano, pues era yo un chiquillo que apenas sabía andar. Tod habitaba en el viejo claustro, en la parte baja del cementerio de la iglesia. Es un claustro lúgubre y sombrío, aparte de que la iglesia se había hecho acreedora de mala fama ya desde los tiempos de Jacobo VI³⁹ y que los hechizos del demonio andaban por allí cuando la reina estaba en el mar. En cuanto a la casa de Tod, se había situado en el lugar más sombrío y no agradaba mucho a los que conocían mejor aquello. Aquel día la puerta sólo había sido asegurada con el picaporte y mi padre y yo entramos sin llamar. Tod era tejedor de oficio. Su telar estaba al fondo. Allí estaba él sentado extremadamente gordo, blanco como la manteca de un cerdo, y con una sonrisa beatífica que me dio temblor. Su mano tenía asida la lanzadera, pero sus ojos estaban cerrados. Le dimos voces llamándole, nos desgañitamos ante el corpachón inerte, le sacudimos por los hombros. ¡Todo inútil! Allí estaba sentado en su banqueta, con la lanzadera cogida y su sonrisa en la cara color de manteca.

—Dios nos proteja —dijo Tam Dale—, esto no es natural.

Apenas pronunció la palabra, Tod Lapraik volvió en sí.

—¿Sois vos, Tam? —dijo—. Vaya, hombre, me agrada veros. A veces caigo en sueños como éste —dijo—; es algo del estómago.

Y bien, se pusieron a charlar sobre el Bass y sobre quién de los dos iban a hacer la guardia, y poco a poco comenzaron a decir palabrotas, hasta separarse enfurecidos. Aún recuerdo que, cuando mi padre y yo veníamos de regreso, él no dejaba de repetir la misma frase acerca de lo poco que le gustaban Tod Lapraik y sus desmayos.

—Desmayos —decía—. Parece que a más de uno se le quemó por desmayos como éste.

Bueno, pues mi padre consiguió el Bass y Tod tuvo que quedarse con las ganas. Aún se recuerda el talante como tomó la cosa. «Tam —dijo—, esta vez has quedado por encima de mí y al menos —añadió— pongo mi esperanza en que encuentres lo que buscas en el Bass.» Lo cual se ha tenido desde entonces por una frase digna de recordar. Por fin le llegó a Tam Dale la época de ir a desanidar los gansos jóvenes. Este era un trabajo al que estaba hecho, pues había ido por el acantilado desde que era joven y no confiaba en nadie más que en él mismo. De modo que estaba allí colgando de una cuerda de cara a la pared del acantilado, en una parte que era la más alta y abrupta. En lo alto del acantilado había más de veinte mozalbetes sujetando la cuerda y atentos a sus señales. Donde Tam colgaba, no había más que la roca y el mar abajo y el vuelo y el griterío de los gansos. Era una hermosa mañana de primavera y Tam silbaba mientras cogía los pequeños gansos. Muchas veces le oí contar este suceso y siempre le corría el sudor por la cara.

Pero mirad por donde, a Tam se le ocurrió mirar al aire y vio un gran ganso, y que el ganso picoteaba la cuerda. El encontró aquello un poco raro y algo fuera de los hábitos del animal. Pensó en lo frágil que era la cuerda y en la dureza del pico del ganso y del peñón

39 Se refiere a Jacobo I de Inglaterra e Irlanda (1566-1625), que previamente había sido Jacobo VI de Escocia desde 1567. Era hijo de María Estuardo, y en 1603 unió las dos coronas.

del Bass, y que doscientos pies eran demasiados como para no tener cuidado de caerse.

—¡Jiú! —gritó Tam—. ¡Quítate, pájaro! ¡Jiú! ¡Quítate de ahí! El ganso miró al rostro de Tam, desde lo alto, y algo había en los ojos del animal. Sólo miró una vez y volvió a la cuerda. Pero ahora se afanaba y luchaba como si se hubiera vuelto loco. Nunca antes había hecho un ganso la labor que ahora hacía este ganso, y parecía además conocer de sobra su trabajo, pues estaba rozando el débil cordel entre su pico y un saliente de la piedra. A Tam le corrió un terror helado por el cuerpo. «Eso no es un pájaro —pensaba, y todo le dio vueltas en la cabeza y el día se oscureció alrededor de él—. Si me apoco ahora —pensó— aquí se acaba Tam Dale.

E hizo señas a los chiquillos para que le subieran. Pero el ganso pareció darse cuenta de las señales, porque, apenas vio hecha la señal, dejó la cuerda, desplegó sus alas, dio un gran grito, hizo un vuelo en redondo y se lanzó derecho contra los ojos de Tam Dale. Tam tenía un cuchillo, e hizo relampaguear la fría hoja. Y el ganso parecía conocer los cuchillos, pues en cuanto brilló el acero al sol dio otro graznido, pero más fuerte, como alguien contrariado, y se alejó volando por detrás de la pared del acantilado hasta que Tam no lo vio más. Tan pronto como aquel bicho se fue, la cabeza de Tam le cayó hacia la espalda y le subieron como va un cuerpo muerto, bamboleándose contra el muro de piedra. Un trago de aguardiente (nunca andaba sin él) le hizo volver en sí y recuperar la razón o lo que quedaba de ella. Se enderezó.

—Corre, Georgie, corre al bote, amarra el bote, chico, corre —gritaba—, o ese ganso se lo llevará —decía.

Los chicos le miraban desconcertados y trataban de persuadirle de que estuviera tranquilo. Pero nada pudo calmar a Tam Dale, hasta que uno de ellos se adelantó a montar guardia junto al bote; los otros le preguntaron si iba a descender nuevamente.

—No —dijo—, ni vosotros ni yo; y tan pronto como me pueda tener en mis dos pies, nos iremos de este acantilado de Satanás.

La verdad es que no perdieron el tiempo y aún ganaron mucho, porque antes de que ellos llegaran a North Berwick ya se hallaba Tam con una fiebre que le hacía delirar. Todo el verano estuvo convaleciente, ¡y quién fue tan amable como para venir a interesarse por él, sino Tod Lapraik! Con el tiempo la gente pensó que cada vez que Tod venía a la casa le había subido la fiebre. Yo eso no lo sé, pero sí sé muy bien cómo acabó todo.

Fue por esta época del año. Mi abuelo había salido a pescar, y yo, por un gusto de chiquillo, iba con él. Teníamos un gran día de pesca, lo recuerdo, y el derrotero del pescado nos condujo hasta cerca del Bass, donde nos topamos con otro bote que pertenecía a Sandie Fletcher, un hombre de Castleton. El ha muerto después, y no creo que podáis haberle conocido. Bien, Sandie nos saludó.

—¿Qué hay ahí en el Bass? —dijo.

—¿En el Bass? —dijo mi abuelo.

—Sí —dijo Sandie—, en la parte verde.

—¿Qué es lo que hay? —contestó mi abuelo—. En el Bass no puede haber más que las ovejas.

—Aquello parece un hombre —dijo Sandie, que estaba más cerca.

—¡Un hombre! —dijimos nosotros. Y a ninguno le gustó nada aquello. Pues no había barco ninguno que pudiera haber llevado allí a un hombre, y la llave de la prisión aún la tenía mi padre colgada en casa sobre la cabecera de su cama.

Acercamos los dos botes para ir juntos y nos acercamos al peñón uno al lado del otro. Mi abuelo tenía un catalejo, pues había sido marino y capitán de un queche⁴⁰ que perdió en las arenas de Tay. Y cuando miramos por el catalejo no quedaron dudas de que allí había un hombre. Estaba al borde de la franja verde, un poco por debajo de la capilla, en la parte que estaba al abrigo del viento, brincando y danzando como una casquivana en una boda.

—Es Tod —dijo mi abuelo y dio el catalejo a Sandie.

—Sí, es él —dijo Sandie.

—O alguno que se le parece —apuntó mi abuelo.

—No veo la diferencia —dijo Sandie—. Diablo o brujo, voy a probar puntería con él —dijo, y se fue a buscar una escopeta de caza que había traído, pues Sandie era conocido en toda la región como un tirador excelente.

—Espera un poco, Sandie —dijo mi abuelo—. Antes debíamos verlo más claro, o nos podría costar bien caro a los dos.

—Bah —dijo Sandie—, esto no es otra cosa que el juicio de Dios, y al infierno con él.

—Puede que sí, puede que no —dijo mi abuelo con mucha ponderación—. ¿Pero tenéis en cuenta al procurador fiscal con quien ya antes, según creo, tuvisteis una disputa?

Esto era muy cierto y Sandie se desconcertó un poco.

—Muy bien, Edie —dijo—. Y ¿qué es lo que proponéis?

—Ah, sólo esto —dijo mi abuelo—: yo, que tengo el bote más rápido, regresaré a North Berwick, vos quedáis aquí y no perdáis de vista a eso; si no puedo encontrar a Lapraik, vendré a reunirme con vos y ambos iremos a tener unas palabras con él. Pero, si Lapraik está en su casa, yo izaré el pabellón del puerto y vos podréis usar la escopeta.

Y bien, así quedó acordado entre los dos. Yo no era más que un chiquillo y me quedé en el bote de Sandie, donde pensaba que vería lo mejor del suceso. Mi abuelo dio a Sandie una moneda de plata de medio chelín para que la introdujera en su arma junto con los perdigones de plomo, porque es mucho más seguro contra los fantasmas. Luego uno de los barcos salió hacia North Berwick, y el otro se quedó donde estaba, observando aquella cosa de mal agüero que se agitaba en la pendiente.

Durante el tiempo que permanecimos allí, saltó, brincó, hizo cabriolas y giró en redondo como una peonza, y, entretanto, podíamos escuchar los resuellos de su arrebató. He visto muchachas, esas princesitas locas, brincando y danzando un atardecer de invierno, que siguieron con sus saltos y danzas hasta que vino el día. Pero tenían allí, en torno a ellas, gentes que les servían de estímulo; pero esto se daba compañía solo. Y las muchachas

40 Embarcación usada en los mares del norte de Europa, de un solo palo y de igual forma por la popa que por la proa.

tenían un violinista partiéndose el codo junto a la chimenea, mientras que este ser no contaba con más música que el graznido de los gansos; y las muchachas tenían una juventud rebosante de vida que podía alimentar con su roja sangre el vértigo de sus cuerpos, mientras que éste era un hombrón obeso, pertrechado de grasas y ya metido en años. Podéis creer lo que os venga en gana, yo digo lo que pienso. Aquel ser se veía lleno de júbilo, la euforia de la fiebre, estoy por decir, pero júbilo al fin y al cabo. Muchas veces me he preguntado a mí mismo por qué los brujos y las brujas venderán sus almas (que es su riqueza más preciada) siendo ya unos pingajos de vieja arrugada o viejos entecos y achacosos; y entonces me viene a la memoria Tod Lapraik, danzando durante horas a su aire en el negro paraíso de su corazón. Será por eso, no me cabe duda, por lo que deberán luego arder en lo más profundo del infierno, pero, cuando menos, aprovechan unas buenas horas de gloria aquí abajo, y que el Señor nos perdone.

Y bien, por fin divisamos, a lo lejos, izado el pabellón en lo alto del mástil entre las rocas del puerto. Eso era lo que Sandie había estado esperando. Se echó la escopeta a la cara, apuntó cuidadosamente y apretó el gatillo. Sonó el disparo y luego un terrible alarido se elevó del Bass. Y allí tuvimos que frotarnos los ojos, mirándonos unos a otros como atontados. Porque tras el disparo y el alarido, desapareció, sin dejar rastro. Quedó el sol brillando y el soplo del viento allí sobre la hierba desnuda, donde el Prodigio había estado saltando y danzando sólo un segundo antes.

Todo el camino de vuelta lo pasé gritando y estremeciéndome de miedo ante aquella revelación. Ni los mismos hombres pudieron mantener su sangre fría; en el barco de Sandie apenas se hablaba otra cosa que pronunciar el nombre de Dios; y, cuando ganamos el muelle, las rocas del muelle negreaban de gente esperándonos. Parece que habían encontrado a Lapraik en uno de sus pasmos, con la mano en la lanzadera y sonriendo. Habían mandado a un chiquillo a izar el pabellón y el resto de la gente se había quedado en la casa del tejedor. Podéis estar seguros de que no les gustaba eso ni tanto así, pero a algunos de los que musitaron allí sus oraciones (pues nadie se atrevió a rezar en voz alta) les fue en extremo edificante la contemplación de aquella figura estremecedora que asía la lanzadera. Luego, de repente, Tod cayó encima del telar, sangrando y ya muerto.

Cuando se examinó el cadáver, pudo apreciarse que la munición de plomo no había tocado el cuerpo del brujo; ni un perdigón le pudieron hallar; pero allí tenía la moneda de plata de mi abuelo en la mitad del corazón.

Apenas había Andie acabado su historia, sucedió un incidente en apariencia fútil, pero que tuvo sus consecuencias. Neil, como ya dije, era también un excelente narrador. Oí decir más tarde que él conocía todas las historias de los *highlanders*: esto le enorgullecía y le valía la estima de los otros. El relato de Andie acababa de recordarle otro que él ya conocía.

—Esa historia ya la conocía de antes —dijo—. Fue el caso de Uistean More MacGillie Phadrig y de Gavar Vore.

—Eso no es verdad —gritó Andie—. Es la historia de mi padre (que en gloria esté) y de Tod Lapraik. Y os la volveré a contar si queréis en vuestras barbas; y meteos la lengua en vuestro morro de *highlander*.

No resulta difícil ver, y la historia lo ha mostrado, la lealtad con que se conducen los

lowlanders para con los *highlanders*; pero esto cuenta poco cuando se trata de *lowlanders* comunes. Yo ya había notado que Andie estaba continuamente dispuesto a entablar disputa con los tres Macgregors, y, ahora, tuve la certeza de lo que se avecinaba.

—Esos no son modos de hablar entre caballeros —dijo Neil. —¡Caballeros! —gritó Andie—. ¿Caballeros, vosotros, unos palurdos *highlanders*? Si Dios hiciera el milagro de que os vieseis con los ojos con que os ven los demás, no os compraríais por un centavo.

Hubo unos juramentos en gaélico por parte de Neil y el cuchillo negro apareció en su mano.

No hubo tiempo para pensar; me eché encima de las piernas del *highlander*, lo sujeté en el suelo y ya le había apesado la mano armada antes de que cayera en la cuenta de lo que estaba haciendo. Sus camaradas se lanzaron en su auxilio. Ni Andie ni yo teníamos armas y eran los tres Gregara contra nosotros dos. Parecía que no teníamos salvación, cuando Neil gritó en su lengua ordenando apartarse a los otros, y me ofreció sus excusas en los términos más serviles, incluso tendiéndome su cuchillo, el cual yo le devolví a la mañana siguiente, entre nuevas muestras de acatamiento.

Dos cosas resultaban evidentes: la primera, que no debía hacerme muchas ilusiones con Andie, el cual se había pegado a la pared y allí se quedó inmóvil, tan pálido como un muerto, hasta el final del incidente; la segunda, que mi situación frente a los *highlanders*, los que debían tener severas recomendaciones de velar por mi seguridad, se había visto reforzada. Mas, aunque pensara que Andie no había dado muestras de mucho coraje, no podía hacerle reproches sobre el punto de su reconocimiento. No es que quiera decir que me abrumara con su agradecimiento, sino que había cambiado su actitud y su trato conmigo; y, como guardase por mucho tiempo un vivo rencor a nuestros compañeros, su relación conmigo fue aún más estrecha.

XVI. El testigo ausente

El diecisiete, la fecha de mi cita con el abogado, me sentí sublevado frente a mi destino. El pensamiento de que él estaría esperándome en el *King's Arms*, y de lo que pensaría y diría cuando nos viésemos la próxima vez me atormentaba, haciéndose insoportable. Me veía obligado a reconocer que la verdad resultaría poco creíble, y me resultaba muy duro pasar por mentiroso y cobarde, cuando yo tenía conciencia de no haber rehuido nada de lo que me hubiera sido posible hacer. Me repetía estas palabras con cierto alivio amargo, reconsiderando a su luz cada paso de mi conducta. Me parecía que mi comportamiento con James Stewart había sido el de un hermano; nada de lo pasado podía sino servirme de orgullo y sólo restaba considerar el presente. Yo no podía pasar el mar a nado ni volar por el aire, pero de todas formas allí estaba Andie. Yo le había prestado un servicio y le caía bien; disponía así de una palanca con que forzar la situación; debía probar otra vez con Andie, aunque sólo fuera por pura honestidad.

Era pasado el mediodía, reinaba en todo el Bass un silencio casi absoluto, sobre el murmullo burbujeante de una mar en calma; mis compañeros se habían alejado, los tres Macgregors en lo alto del peñón, y Andie con su biblia en un lugar soleado de las ruinas.

Allí le encontré dormido profundamente y, tan pronto hubo despertado, comencé a hacerle vivas exhortaciones que acompañaba con toda clase de argumentos.

—¡Si supiera que iba a serviros de algo, Shaws! —dijo mirándome por encima de sus anteojos.

—Es por salvar a otro —dije— y por fidelidad a mi palabra. ¿Buscáis mejores motivos que esos? ¿No conocéis las Escrituras, Andie? ¡Y tenéis la Biblia sobre vuestras rodillas! «¿De qué le sirve a un hombre ganar todo el mundo?»⁴¹.

—Ah —dijo—, eso habla a vuestro favor. Mas, ¿qué será de mí? Yo tengo mi palabra empeñada lo mismo que vos. ¿Y qué estáis pidiéndome que haga sino que la venda por dinero?

—Andie, ¿he nombrado yo la palabra dinero? —exclamé.

—Oh, la palabra no importa —replicó—; de cualquier forma es lo mismo. La conclusión es que si os hago el servicio tal como pedís perderé un medio de ganarme la vida; queda claro que vos me daríais otro tanto, incluso un poco más en atención a vuestro honor. ¿Y qué es eso más que un soborno? ¡Y si por lo menos tuviera la certeza de poder disfrutarlo! Pero por lo que yo sé, eso no es nada seguro, y si os colgaran a vos, ¿qué sería de mí? No, la cosa no es posible. Id a pasear como un buen muchacho y dejad a Andie leer su capítulo.

Recuerdo que en el fondo me sentí muy satisfecho de este resultado, hasta el punto de experimentar un sentimiento (debería casi decir) de gratitud hacia Prestongrange que, por este procedimiento forzado e ilegal, me ponía a salvo de los peligros y me libraba de mis dudas y tentaciones. Era tan mezquina y cobarde esta actitud, que no me duró mucho tiempo, y la memoria de James volvió a posesionarse de mi espíritu. El veintiuno, la fecha señalada para el juicio, viví un estado de tal miseria moral como nunca antes recordaba haber sufrido, salvo quizá en la isla de Earraid. Pasé casi todo el día tumbado en la ladera, vencido de un sueño inconstante, el cuerpo inerte y el alma arrebatada por continuos pensamientos. Sí, me dormía en algunos momentos, pero el palacio de justicia de Inverary y el preso mirando a todas partes en espera del testigo desaparecido me perseguían en esta duermevela; y de nuevo me despertaba sobresaltado, ensombrecida el alma y el cuerpo dolorido. Me pareció que Andie me observaba, pero no le presté ninguna atención.

A primeras horas de la mañana siguiente (viernes veintidós) llegó un barco con provisiones y Andie me puso un sobre en la mano. No traía dirección alguna, pero venía lacrado con un sello del gobierno. Venían en su interior dos esquelas. «El señor Balfour puede ahora ver por sí mismo que es ya demasiado tarde para intervenir. Su conducta será tenida en cuenta y su discreción se recompensará.» Así decía la primera, que me pareció escrita dificultosamente con la mano izquierda. No había ciertamente nada que comprometiera al escritor en tales expresiones, incluso en el caso de que su nombre fuera descubierto: el sello, que con tan alta autoridad hacía las veces de firma, se había marcado sobre una hoja diferente, en la que no había trazas de escritura; y reconocí lo bien que mis adversarios sabían lo que se traían entre manos y encajé lo mejor que pude la amenaza velada bajo la promesa.

Pero fue la segunda misiva, con mucho, la más sorprendente. La escribía una mano de

41 *Evangelio de San Marcos*, 8,36. Cf. Mt 16,26; Le 9,25.

mujer: «Se hace saber al señor David Balfour que una amiga vela por él, y que sus ojos son grises.» Así decía, y era algo tan extraordinario que llegase a mis manos en aquel preciso instante, y en el interior de un sobre con sello del gobierno, que quedé atontado. Los grises ojos de Catriona se iluminaron en mi recuerdo. Pensaba, henchido de gozo, que ella debía ser la amiga. Mas ¿quién podría haber escrito el billete para poderlo incluir de este modo dentro del sobre de Prestongrange? Y, para colmo de mi asombro, ¿por qué se había creído necesario aportarme este mensaje tan delicioso, pero que resultaba de una total intrascendencia aquí en el Bass? Porque quien la había escrito, con muy pocas dudas, no podía ser otra que la señorita Grant. Su familia, recordé, se había fijado en los ojos de Catriona e, incluso, la nombraban por su color; ella misma había tomado, la costumbre de pronunciar mi nombre con un acento muy marcado, en tono de burla, supongo que debido a mi talante rústico. Además, no había dudas de que vivía en la misma casa desde la que se me enviaba esta carta. Visto todo esto, sólo quedaba un punto por aclarar, el de cómo Prestongrange le habría podido permitir acceder a un asunto tan secreto, o incluir su descabellada nota junto con la de él mismo. Pero, además, sobre este punto tenía una conjetura. Pues, en principio, había algo de inquietante en la personalidad de la joven dama y bien pudiera el papá estar dominado por ella más de lo que yo suponía. Y, en segundo lugar, debía tener en cuenta la política seguida por aquel hombre; cómo había mezclado en su conducta continuas atenciones, sin que jamás, ni en lo más tirante de nuestro enfrentamiento, hubiera prescindido de una apariencia de amistad. El había supuesto que mi apresamiento me había exasperado. ¿Acaso este pequeño mensaje, alegre y amistoso, intentaba desarmar mi rencor?

Seré sincero, pues creo que así fue: sentí un repentino fervor hacia aquella hermosa señorita Grant, que había mostrado tanto interés por mis asuntos. La evocación de Catriona me devolvió a consideraciones más tímidas y apacibles. Si el procurador la conocía y sabía de mi relación con ella —si yo le debía conceder parte de aquella «discreción» a que apuntaba su nota—, ¿hasta dónde no podría llevarme todo esto? *«En vano extiende el cazador su red ante los ojos del pájaro»*⁴², dice la Escritura. ¡Y es que los pájaros son mas perspicaces que los hombres! Pues habiéndome dado cuenta de su política, caí en ella.

Fue en este trance, palpitándome el corazón, los grises ojos ante mí, nítidos como dos estrellas, cuando Andie vino a romper mi embeleso.

—Veo que habéis recibido buenas noticias —dijo mirándome de hito en hito.

Luego aparecieron ante mí la imagen de James Stewart, el tribunal de Inverary; y mi mente giró, al punto, sobre sí misma como una puerta sobre sus goznes. Los juicios, reflexioné, se alargan a veces más tiempo de lo previsto. Incluso si llegara a Inverary demasiado tarde, aún podría intentar algo en favor de James y, por lo menos, sería una iniciativa inmejorable en favor de mi propio honor. En un instante, me pareció que ya tenía, sin necesidad de pensarlo, mi plan previsto.

—Andie —dije—, ¿sigue siendo mañana la fecha? Me dijo que nada había cambiado. —¿Se dijo algo acerca de la hora? Me dijo que debía ser a las dos de la tarde. —¿Y el lugar? —continué. —¿Qué lugar? —dijo Andie. —El lugar donde voy a ser desembarcado —dije. Me aseguró que no se había hablado nada de eso. —Muy bien —dije—; entonces deberé decidirlo yo. El viento está al este, mi camino se dirige hacia el oeste; disponed vuestro

42 Salmo 124 (Vg 123), 7.

barco, yo os lo alquilo; remontemos el Forth durante el día y desembarcadme a las dos de mañana en el punto de la costa más al oeste que hayamos alcanzado.

—Ah, gran bribón —exclamó—, todavía intentáis llegar a Inverary.

—Justamente, Andie —dije.

—¡Vaya, sois duro de pelar! —dijo—. Y yo que me pasé ayer el día entero apiadándome de vos —añadió—. Ya veis, hasta ahora no he podido asegurarme de lo que realmente queríais hacer.

¡Era el momento de picar la espuela a este caballo renqueante!

—Te diré algo en confianza, Andie —le dije—. Mi plan tiene aún otra ventaja. Podemos dejar a estos *highlanders* aquí en el peñón y que uno de tus botes venga de Castleton mañana a recogerlos. Ese Neil os mira de forma extraña; puede que cuando yo abandone el embarcadero salgan de nuevo a relucir los cuchillos; estos pelirrojos son muy vengativos. Y en el caso de que alguien os hiciera preguntas, ahí mismo tenéis vuestra excusa: teníamos la vida en peligro con estos salvajes; como erais responsable de mi seguridad, decidisteis alejarme de ellos y mantenerme el resto del tiempo en vuestro barco; y ¿sabéis, Andie? —le animé, sonriendo—. Creo que ésa sería la decisión más prudente.

—La verdad es que no me gusta Neil —dijo— ni yo a él, me parece; y no me gustaría llegar a las manos con ese hombre. Además Tam Anster se las arreglará mejor con él —pues este hombre, Anster, era el que había traído el barco desde Fife, donde aún se habla en gaélico—. Vaya, sí —decía Andie—, Tam es quien mejor puede tratarlos. Y, ¡a fe mía!, que cuanto más pienso en ello, menos veo la necesidad de que nos quedemos aquí. El sitio, ¡ah, diantre!, se olvidaron del sitio. ¡Eh, Shaws, tenéis una cabeza de primera cuando queréis! Por otra parte, os debo la vida —añadió, solemnemente, y me dio la mano como señal de nuestro pacto.

Así que, sin apenas más palabras, subimos rápidamente a bordo del barco, desamarramos y pusimos la vela al tercio. Los Gregara se hallaban, mientras, ocupados en su desayuno, pues tenían la cocina como una permanente ocupación; mas, pasando uno de ellos por un muro de la fortificación, fue descubierta nuestra huida antes de que estuviéramos a veinte brazas del peñón; corrieron los tres por entre las ruinas hacia el embarcadero, de la misma forma que las hormigas acuden a un nido deshecho, gritando y dándonos grandes voces para que volviéramos. Aún nos hallábamos al socaire y a la sombra del peñón, extendido a lo lejos sobre las aguas, cuando, bruscamente, cortando ambas zonas, dimos al viento y al sol; se tensó la vela, el barco escoró sobre la borda e inmediatamente se deslizó rápido dejando atrás las voces de los hombres; qué clase de temores experimentaron en el peñón, donde quedaban ahora solos sin la presencia de ningún ser civilizado y, aún más. sin el amparo de una Biblia, es algo que no cabe imaginar; ni siquiera se les había dejado un poco de aguardiente como consuelo, pues Andie, aun entre las prisas y el secreto de nuestra marcha, pudo arreglárselas para sacarlo de la isla.

Nuestra primera preocupación fue desembarcar en Anster, en una caleta cercana a las Rocas Glenteithy, con el fin de asegurar la liberación de nuestros *highlanders* al día siguiente. De allí, continuamos remontando el estuario. La brisa, que tan bien nos empujara antes, menguó pronto; mas nunca nos faltó del todo. Navegamos todo el día, aunque con

mucha lentitud a veces; y casi había oscurecido ya cuando tocamos Queensferry. Por fidelidad a la letra de la promesa de Andie (o lo que quedaba de ella), permanecí a bordo, aunque pensé que no hacía ningún mal comunicándome por escrito con los vecinos. En el mismo sobre de Prestongrange, cuyo sello oficial debió sorprender extraordinariamente a mi destinatario, escribí a la luz de la linterna del barco las palabras imprescindibles y las envié con Andie a Rankeillor. Una hora después, volvía a bordo con una bolsa de dinero y la promesa de que un caballo ensillado me estaría esperando en la dársena de Clackmannan, a las dos de la tarde. Tras esta diligencia y fondeando el barco sobre su ancla de piedra, nos echamos a dormir al abrigo de la vela.

El día siguiente, antes de las dos, estábamos en la dársena; no podía hacer sino sentarme a esperar. Sentía poco entusiasmo por mi misión; me hubiera gustado abandonarla con alguna excusa creíble, mas, no pudiendo hallar ninguna, mi desasosiego se hizo tan grande como si acabara de correr el camino hacia un gozo ansiado por largo tiempo. Poco después de una hora, el caballo estaba al borde del agua y pude ver a un hombre que caminaba llevándolo de la brida de acá para allá hasta que yo desembarcara, lo que aún aumentó más mi impaciencia. Andie me liberó en la hora exacta, mostrando con ello ser hombre de palabra firme, aunque no había pagado a sus patrones con la misma moneda, y unos cincuenta segundos después de las dos estaba ya en la silla corriendo a galope tendido hacia Stirling. En poco más de una hora había pasado esta ciudad y subía la cuesta de Alan Water, cuando descargó una pequeña tempestad. Me cegaba la lluvia, el viento casi me apeaba de la silla y la primera oscuridad de la noche me sorprendió en un yermo todavía distante, al este de Balwhidder, no muy cierto de mi buena orientación y cabalgando sobre un caballo que ya empezaba a cansarse.

En el apresuramiento de mi salida, por ahorrarme el tiempo y la inoportunidad de un guía, había seguido (siempre que fueran caminos practicables a caballo) la ruta de mi recorrido con Alan. Lo había decidido con plena advertencia, sin dejar de prever el gran riesgo del cual era una prueba la tempestad de ahora. La última vez que reconocí donde me hallaba, creo que fue en los alrededores de Uam Var; serían aproximadamente las seis. Creo que me felicité por mi buena fortuna, que me hizo llegar hacia las once a mi destino, la casa de Duncan Dhu. Por dónde cabalgué a ciegas, en el intervalo, sólo el caballo podría decirlo. Sé que nos caímos en dos ocasiones y que otra vez fui arrojado de mi montura y arrastrado durante unos momentos en una corriente embravecida. Corcel y jinete estaban embarrados hasta los ojos.

Duncan me dio noticias del juicio. Se le seguía en todas estas regiones de las *Highlands* con un interés religioso; las nuevas de Inverary corrían con tanta rapidez como podían ir pregonándolas los viajeros; y me alegró saber que hasta última hora de aquel sábado aún no había concluido; todos los hombres empezaban a suponer que se prolongaría hasta el lunes. Espoleado por las noticias, no quise sentarme a comer, sino que, con Duncan como guía tal como se había acordado antes, me eché a la carretera para seguir el camino a pie, con un trozo de pan en la mano y masticando mientras andaba. Duncan traía un frasco de *usque-baugh*⁴³ y un farol, el cual acabó por alumbrarnos sólo durante el tiempo preciso para encontrar casas en donde poder volver a encenderlo, ya que aquella cosa se abría desafortadamente y se apagaba con cada ventolera. La mayor parte de la noche caminamos

43 Licor destilado en Irlanda desde la Edad Media. La palabra *u'squebaugh* es considerada como el origen de la palabra *whisky*.

a ciegas entre rachas de lluvia y el día nos encontró perdidos en las montañas. Por fin dimos con una choza sobre el flanco de una garganta, donde comimos algo y nos indicaron el camino; y, un poco antes de terminar el sermón, llegamos a las puertas de la iglesia de Inverary.

La lluvia me había lavado un poco por encima, pero aún estaba encenagado hasta las rodillas. Chorreaba agua. Estaba tan cansado que apenas podía arrastrar mis pies y mi semblante parecía el de un espectro. Me sentía, naturalmente, con más deseos de una muda de ropa y de una cama donde relajarme, que de todos los provechos del cristianismo. Sin embargo, convencido de que mi principal baza era hacerme ver en público cuanto antes, abrí la puerta, entré en aquella iglesia con Duncan, tan sucio como yo a mis talones, y, hallando cerca un lugar vacante, me senté.

—Punto decimotercero, hermanos míos, y entre paréntesis, la misma ley debe ser considerada como un intermediario de la gracia —decía el ministro, en el tono complacido de quien va a desarrollar un argumento.

El sermón era en inglés en consideración a quienes estaban sentados allí. Los jueces estaban presentes con escolta armada; las alabardas lucían en un rincón, al lado de la puerta y los asientos estaban más abarrotados que de costumbre con multitud de abogados. El texto era de Romanos, capítulos 5 y 13 —el ministro era hombre hábil, tanto como aquel eminente conjunto de su feligresía—, y todos, desde Argyle y lord Elchies y lord Kilkerran hasta los alabarderos que estaban a su servicio, se hallaban absortos, las cejas fruncidas, con una profunda atención de expertos. El propio ministro y alguno de los que estaban alrededor de la puerta notaron nuestra presencia al entrar e inmediatamente se despreocuparon de nosotros; el resto puede que no nos oyeran o que no se fijaran en nosotros; allí me quedé sentado, inadvertido, entre mis amigos y mis enemigos.

El primero que avisté fue a Prestongrange, inclinado hacia delante en su asiento, como un jinete vigilante en su montura; movía con fruición sus labios, prendidos los ojos en el ministro: la doctrina era claramente de su agrado. Charles Stewart, por otro lado, dormía a medias, molesto y pálido. En cuanto a Simón Fraser, parecía un desdoro y casi un escándalo en medio de toda aquella devota congregación; metiéndose la mano en los bolsillos, estirando las piernas, aclarándose la garganta con carraspeos, alzando las cejas peludas, lanzando sus miradas a izquierda y a derecha, ora con un bostezo, ora con una sigilosa sonrisa. También a veces, tomaba la Biblia que había delante de él, pasaba rápidamente las hojas, parecía leer un poco, pasaba las hojas de nuevo, y la dejaba por fin con un enorme bostezo: todo como en un esfuerzo por superarse.

En el curso de aquella agitación continua, vino a poner los ojos sobre mí; quedó estupefacto un segundo, después arrancó media hoja de su biblia, garabateó en ella con un lápiz y se la pasó a su vecino susurrándole unas palabras. La nota llegó a Prestongrange, quien me dirigió una sola mirada; de ahí pasó a las manos del señor Erskine; de allí hasta Argyle, a donde se hallaba sentado entre los otros dos lores de la sesión, y su excelencia se volvió y me miró fijamente, lleno de arrogancia. El último en notar mi presencia fue Charles Stewart y también él tomó un lápiz y comenzó a despachar notas, ninguna de las cuales pude ver llegar a sus destinatarios en aquella multitud.

Pero el tráfico de estas notas había despertado la curiosidad; todos los que estaban en el secreto (o los que se lo figuraban así) se cuchicheaban la noticia; el resto preguntaba; y

hasta el ministro pareció desconcertarse con aquel revoloteo en la iglesia y por la súbita agitación y los susurros. Cambió su voz, tartamudeó claramente, y ya no pudo recobrar la soltura que le prestaba su convencimiento ni la grave entonación de su oratoria. Le parecería un misterio hasta el último día de su vida el porqué un sermón que se había desarrollado triunfantemente durante sus cuatro primeras partes, se había malogrado de tal modo en la quinta. Por lo que a mí respecta, continué sentado allí, empapado, molido y lleno de inquietud por lo que sucedería a continuación, pero extremadamente ufano de mi éxito.

XVII. El memorial

Apenas salió la última palabra de la bendición de la boca del ministro, cuando ya me tenía Stewart cogido del brazo. Fuimos los primeros en salir de la iglesia y fue tan expeditivo en sus trámites, que nos encontramos a solas, entre las cuatro paredes de una casa, antes que la muchedumbre de los fieles hubiera empezado a llenar la calle camino de sus casas.

—¿Llego aún a tiempo? —pregunté.

—Sí y no —me contestó—. La vista ha concluido; el jurado continúa sus deliberaciones y tendrán la amabilidad de darnos a conocer su punto de vista mañana por la mañana; lo mismo que yo podría haber dictaminado hace tres días, antes de que la farsa hubiera comenzado. La sentencia era pública desde el principio. El acusado la conoce. «Podéis hacer lo que queráis por mí —me susurró hace dos días—. Por lo que el duque de Argyle acaba de decir al señor Macintosh, ya sé mi destino.» Oh, ¡ha sido un escándalo!

«El gran Argyle, que iba delante, ha hecho tronar los cañones y fusiles», y hasta el macero gritaba «¡Cruachan!»⁴⁴. Pero ahora que vuelvo a teneros aquí, no voy a desesperar. ¡La encina sobrepujará aún al mirto! Batiremos a los Campbell incluso en su propia ciudad. ¡Quiera Dios que pueda ver ese día!

Se movía a grandes pasos, lleno de excitación, vaciaba sus valijas sobre el suelo, para que yo pudiera cambiarme de ropa y me importunaba con sus atenciones en tanto me mudaba. Qué era lo que aún podíamos hacer y cómo podía llevarlo a cabo, eso nunca me lo dijo y, hasta creo, que ni se había parado a pensarlo. «¡Aún batiremos a los Campbell!» No salía de ahí. Y me vi forzado a reconocer cómo este juicio, que tenía todas las apariencias de un proceso legal, era fundamentalmente una pelea de clanes, entre clanes salvajes. No creía que mi amigo, el abogado, fuera uno de los menos salvajes. Quién, que nada más le hubiera visto en una sesión ante el juez ordinario o siguiendo una pelota de golf o; manejando sus palos en un campo de golf de Bruntsfield, podría haberle reconocido como la misma persona que ésta de ahora: un hombre de clan, voluble y violento.

Los asesores de James Stewart eran cuatro hombres: el *sheriff*⁴⁵ Brown de Colstoun y el *sheriff* Miller, el señor Robert Macintosh y el señor Stewart hijo, de Stewart Hall. Los cuatro habían convenido cenar con el abogado después del sermón y yo fui, con mucha solicitud, incluido en tal reunión. En cuanto se extendieron los manteles y el *sheriff* Miller

44 El grito de guerra de los Campbell.

45 En Escocia, es el primer presidente del tribunal del condado.

hubo combinado con buen arte el primer ponche, se abordó el tema que nos concernía a todos. Yo hice una breve exposición de mi captura y mi cautiverio y, a continuación, fueron examinadas, una y otra vez, las circunstancias del crimen. Se recordará que era ésta la primera ocasión en que hacía un relato completo ante hombres de leyes o que lo dejaba en manos de abogados; el resultado fue muy desalentador para ellos, y (debo decirlo) decepcionante para mí.

—En suma —dijo Colstoun— probaréis que Alan se hallaba en el lugar; que le habéis oído proferir amenazas contra Glenure; y, aun pese a vuestro testimonio de que no fue él el hombre que disparó, levantáis muy fuertes sospechas de complicidad con el asesino y del consentimiento, y acaso su directa intervención, en el hecho. También le mostráis favoreciendo activamente, aun a riesgo de su propia libertad, la fuga del asesino. El resto de vuestro testimonio (al menos en lo que nos concierne) se basa en la palabra de Alan o en la de James, los dos acusados. Os diré, en resumen, que no nos permitís romper, sino sólo alargar con un nuevo personaje, la cadena que vincula a nuestro cliente con el asesino; y apenas tengo necesidad de decir que la inclusión de un tercer cómplice más bien apoya las sospechas de una conspiración, lo cual ha sido nuestro mayor escollo desde el principio.

—Soy de la misma opinión —dijo el *sheriff* Miller—. Creo que debemos sentirnos todos muy agradecidos a Prestongrange por habernos evitado un testigo extremadamente comprometedor. Y, en especial, pienso que es el señor Balfour quien más se lo debiera agradecer. Porque vos habláis de un tercer cómplice, pero el señor Balfour, desde mi punto de vista, tiene todos los visos de ser el cuarto.

—Permitidme, señores —interrumpió el señor Stewart, el abogado—. Cabe considerar otro punto. Tenemos aquí un testigo —no discutamos si es importante o no—; un testigo en esta causa, secuestrado por esa vieja banda de bandidos sin ley que son los Glengyle Macgregors, y retenido, durante casi un mes, entre las inhóspitas piedras de las viejas ruinas del Bass. Removed eso y veréis qué lodo echáis sobre el proceso. ¡Señores, ésta es una historia que puede sonar en todo el mundo! Sería extraordinario que, tras una sacudida así, no pudiéramos forzar la absolución de mi cliente.

—Y suponed que mañana levantamos el caso del señor Balfour —dijo Stewart Hall—. O mucho me equivoco o nos encontraríamos con tantos obstáculos entorpeciéndonos el camino, que James estaría colgado antes de haber sido nosotros capaces de hallar un tribunal que nos oyera. Sería un gran escándalo, pero supongo que ninguno de nosotros olvida otro aún mayor; me refiero al caso de lady Grange. Esta mujer aún permanecía en prisión; mi amigo el señor Hope de Rankeillor hizo lo que era humanamente posible; y ¿qué fue lo que consiguió? Ni siquiera verla. Bien, lo mismo pasaría ahora; no dejarían de usarse las mismas armas. Esta, caballeros, es una muestra de la animosidad del clan. El odio del nombre que me honro en llevar levantó la más encendida rabia. No hay aquí otra cosa que considerar que el declarado rencor Campbell y la ruin intriga Campbell.

Puede tenerse la seguridad de que con esto se tocaba un tema del gusto de todos y yo permanecí sentado en medio de aquel sabio consejo, casi ensordecido por sus voces, pero enterándome apenas de lo que decían. El abogado llegaba a la vehemencia en sus expresiones; Colstoun tuvo que quitarle la palabra y reconvenirle; los otros intervinieron cada uno con sus razones, todo en medio de un gran alboroto; el duque de Argyle sacudido como una manta; el rey Jorge ganó a su paso algún vapuleo y un buen repertorio de

sofisticadas justificaciones; y sólo hubo allí una persona que parecía haber sido olvidada: James de Glens.

Durante todo esto, el señor Miller había permanecido sentado tranquilamente. Era un caballero de vejez resabiada, rubicundo y vivaracho, hablaba con una voz melosa, llena de tonalidades y pulidos matices, dispensando sus palabras como hacen los actores, a fin de sacar de ellas el mejor partido, e incluso ahora que se mantenía en silencio, sentado allí con la peluca junto a él, el vaso cogido entre ambas manos, la boca fruncida en una mueca socarrona y la barbilla saliente, parecía la viva imagen de una astucia burlona. Estaba claro que él también tenía una palabra que decir y que esperaba la ocasión propicia.

Esta le vino al punto. Colstoun acababa de concluir una de sus disertaciones, en la que se había referido al sentido del deber que le vinculaba a su cliente. Creo que el relevo de su colega complacía al *sheriff*. Con un gesto y una mirada se hizo con la atención de todos los de la mesa.

—Eso me trae a las mientes una consideración que creo ha pasado inadvertida —dijo—. El interés de nuestro cliente está, es verdad, por encima de todo, pero no será el final del mundo por que falte James Stewart —aquí parpadeó mirando al cielo—. Yo pondría mi atención, *exempli gratia*⁴⁶, en un señor George Brown, un señor Thomas Miller y un señor David Balfour. El señor David Balfour tiene un muy fundamentado motivo de queja, y pienso, caballeros, que, una vez retocada convenientemente esta historia, un cierto número de pelucas podrían caer al suelo.

Todos los de la mesa se volvieron a él como movidos por un mismo resorte.

—Tratada esmeradamente y retocada con sumo cuidado, la suya es una historia que no podría dejar de tener ciertas consecuencias —continuó—. La administración de justicia en su conjunto, desde el más alto funcionario hasta el más bajo, sería desacreditada totalmente; y me parece a mí que ellos necesitarían ser reemplazados —sus ojos parecieron chispear maliciosamente cuando dijo estas palabras— y no necesito deducir que este asunto del señor Balfour podría significar un considerable partido para quienes participaran en él.

Y, bien, con esto, todos se echaron a correr detrás de otra liebre. La causa del señor Balfour, la clase de discursos que podrían pronunciarse, qué funcionarios serían así desplazados y quiénes los sucederían en sus puestos. Sólo daré un par de muestras. Se propuso un contacto con Simón Fraser cuyo testimonio, si pudiera obtenerse, resultaría verdaderamente fatal para Argyle y Prestongrange. Miller aprobó entusiasmado la tentativa.

—Tenemos a la vista un succulento asado —dijo—. Aquí hay para dar y tomar en abundancia.

Me pareció verlos a todos relamiéndose los labios. La segunda fue ya casi al final. Stewart, el abogado, no cabía en sí de gozo, olfateando la venganza de su principal enemigo.

—Caballeros —exclamó llenando su vaso—, brindo por el *sheriff* Miller. Su talento como abogado es conocido de todos, de sus aptitudes culinarias habla por sí mismo este ponche que tenemos aquí enfrente de nosotros. ¡Pero cuando se trata de política...!

46 «Por ejemplo.» (En latín en el original.)

—Ah, pero no se trata de la política tal como vos la entendéis, amigo mío —decía halagado Miller—. Es una revolución, si me permitís decirlo así; y creo que puedo aseguraros que los historiadores pondrán la fecha de la causa del señor Balfour para deslindar una época. Y convenientemente dirigida, señor Stewart, dirigida con delicadeza, resultará una revolución pacífica.

—Y aun si los condenados Campbell salen con las orejas gachas, ¿qué me importa a mí? —gritó Stewart, dando un puñetazo en la mesa.

Se habrá pensado que no estaba yo muy satisfecho con todo esto, aunque apenas podía contener una sonrisa ante la ingenuidad de aquellos viejos intrigantes. Pero no estaba yo dispuesto a pasar por tantos trabajos en provecho del *sheriff* Miller o para desencadenar una revolución en el Parlamento; así pues, intervine con la apariencia más candorosa que pude adoptar.

—Debo agradecerles, caballeros —dije—, sus consejos. Y me gustaría ahora, con su licencia, plantear dos o tres cuestiones. Por una parte, ha sido más bien olvidada una cosa: ¿conllevará algún bien este proceso a nuestro amigo James de Glens?

Todos parecieron desconcertarse y dieron varias respuestas, casi todas convergiendo en un punto: que a James no le quedaba ya esperanza, a no ser la gracia del rey.

—Prosigamos, entonces —dije—. ¿Hará algún bien a Escocia? Tenemos un refrán que dice que es mal pájaro el que desbarata su propio nido. Yo recuerdo haber escuchado que tuvimos una revuelta en Edimburgo cuando yo era un niño, la cual dio ocasión a la difunta reina para llamar bárbaro a este país; y siempre entendí que más bien habíamos perdido que ganado con la revuelta. Luego llegó el año cuarenta y cinco, que hizo que se hablara de Escocia en todas partes; mas nunca oí decir que hubiéramos ganado nada con lo del cuarenta y cinco. Y ahora venimos a esta causa del señor Balfour, como vos la llamáis. El *sheriff* Miller nos ha dicho que los historiadores empezarán a contar desde esta fecha, y no sería de extrañar. Sólo que me temo que la fecha señalase un período de calamidad y de oprobio público.

El espabilado Miller ya había olfateado adonde me encaminaba y se apresuró a acompañarme por el mismo camino.

—Una exposición convincente, señor Balfour —dijo—, una consideración de peso.

—La siguiente pregunta que debemos hacernos es si será bueno para el rey Jorge —proseguí—. El *sheriff* Miller no parece abrigar dudas sobre ese punto; pero yo dudo que pudierais echar abajo la casa donde tiene su sede sin que Su Majestad reciba un golpe o dos, uno de los cuales podría fácilmente ser fatal.

Hice una pausa para que pudieran responderme, pero ninguno se prestó a hablar.

—En cuanto a aquellos a quienes beneficiaría esta causa —seguí—, el *sheriff* Miller nos ha dado los nombres de varios, entre los que tuvo la amabilidad de mencionar el mío. Creo que no he reulado lo más mínimo en este asunto mientras había una vida por salvar; pero juro que pensé como extremadamente aventurado para mí y juro que pienso que sería una lástima para un joven que aún no tiene veinte años y que tiene cierta idea de hacerse abogado, el revestirse a sí mismo con la personalidad de alguien turbulento y faccioso. En

cuanto a James, a estas alturas del proceso y con la sentencia prácticamente pronunciada, parece que no le queda más esperanza que la gracia real. ¿No cabe la posibilidad, por tanto, de dirigirse a Su Majestad, salvando el honor público de estos altos funcionarios y manteniéndome a mí al margen de una posición que creo que aparejaría mi ruina?

Todos permanecían sentados mirando al fondo de sus vasos y pude darme cuenta de que no había sido de su agrado mi postura en este asunto. Pero Miller tenía siempre pronta la respuesta adecuada a cada situación.

—Si se me permite dar a las ideas de nuestro joven amigo una forma más precisa —dijo—, entiendo que su propuesta es que incluyamos el hecho de su secuestro y quizás algunos puntos más relevantes del testimonio que está dispuesto a ofrecer, en un memorial a la corona. Este plan tiene probabilidades de éxito. Y es tan bueno como otro cualquiera (o quizás mejor) para ayudar a nuestro cliente. Quizá Su Majestad tendría la benevolencia de albergar una cierta gratitud hacia todos los interesados en un tal memorial, que podría constituirse en muestra de una muy sensible lealtad; y creo que la misma redacción de este escrito pudiera también servir a ese propósito.

Ellos intercambiaron sus asentimientos con inclinaciones de cabeza, no sin algunos suspiros, pues sin duda la primera propuesta era más afín a sus inclinaciones.

—Tomad papel, señor Stewart, por favor —prosiguió Miller—, sería muy conveniente que firmáramos nosotros cinco aquí presentes, como delegados del «condenado».

—Cuando menos, no nos hará ningún perjuicio —dijo Colstoun, estampando otra firma, pues él ya se había visto como *Lord Advocate* durante los diez minutos pasados.

A continuación se pusieron, sin gran entusiasmo, a redactar el memorial, un proceso en el curso del que pronto se foguearon; y no tuve más que hacer que mirar, o responder ocasionalmente alguna pregunta. El escrito quedó muy bien redactado; comenzaba con una relación de los hechos según mi testimonio, la recompensa ofrecida por mi captura, mi entrega a la justicia, las presiones de que fui objeto; mi secuestro, y mi llegada a Inverary cuando ya era demasiado tarde; seguían luego las razones de lealtad y de interés público por las que se había acordado renunciar a las acciones legales y se concluía con una vehemente apelación a la clemencia del rey en favor de James. Me daba cuenta de que resultaba yo, en gran medida, el sacrificado, asignándome el papel de un tipo incendiario a quien sólo el celo de sus abogados había prevenido de mayores extremos. Pero lo dejé pasar e hice solamente una sugerencia, la de que quedara manifiesta mi disposición a declarar mi propio testimonio y a aducir el de otros ante alguna comisión legal, y una sola demanda, la de que se me proveyera allí mismo de una copia.

Colstaun resopló para sí y expresó su embarazo.

—Este es un documento muy confidencial —dijo.

—Y mi posición frente a Prestongrange muy delicada —repliqué yo—. No cabe sino pensar que gané su simpatía en nuestra primera entrevista y desde entonces me ha mostrado una formal amistad. Sólo a él, caballeros, debo no estar ahora muerto o en espera de mi sentencia junto al pobre James. Estas son las razones que tengo para querer comunicarle el hecho de este memorial tan pronto esté copiado. Debéis considerar también que doy este paso en beneficio de mi salvaguardia. Tengo aquí enemigos habituados al uso

de métodos contundentes. Su excelencia está en su propio territorio, con Lovat a su lado; y, si abrigaran dudas sobre el camino que vamos a tomar, yo podría muy bien despertar en un calabozo.

No hallando respuesta válida frente a estas consideraciones, mi equipo de consejeros acabó al fin por dar su consentimiento, con sólo una condición: que debía presentar el escrito a Prestongrange con los expresos cumplidos de todos los firmantes.

El *Lord Advocate* se hallaba en el castillo cenando en compañía de Su Excelencia. Yo le envié una nota, por mediación de uno de los criados de Colstoun, solicitándole una entrevista, y él me emplazó a una cita inmediata en un domicilio privado de la ciudad. Aquí le encontré, solo, en una cámara. Su rostro no delataba la más mínima expresión, pero no era yo tan confiado que no advirtiera algunos alabarderos en el vestíbulo, ni tan estúpido como para dejar de sospechar que él estaba dispuesto a arrestarme allí mismo si le parecía oportuno.

—Así que estáis aquí, señor David —dijo.

—Donde me temo que no soy muy bienvenido, milord —dije—, y querría, antes de ir más adelante, expresar mi reconocimiento a su señoría por las continuas atenciones de que me ha hecho objeto, aun cuando éstas hubieran ahora terminado.

—Os he escuchado parecidas muestras de gratitud en otras ocasiones —replicó secamente— y no creo que oírlas de nuevo sea suficiente razón para hacerme abandonar mi cena. Deberíais también recordar, y yo lo haría en vuestro caso, que todavía os halláis sobre un terreno muy pantanoso.

—Creo que no en este momento, milord —dije—, y, si su señoría quiere tan sólo ojear esto, acaso piense lo mismo que yo.

Lo leyó hasta el fin, cuidadosamente, con el entrecejo fruncido; luego volvió a unos párrafos y a otros como si ponderara y comparase su contenido. Su rostro había perdido la rigidez de antes.

—Dentro de lo malo, podría haber sido peor —dijo—, aunque creo, con todo, que deberé pagar un alto precio por mi encuentro con el señor David Balfour.

—Debido sobre todo a vuestra indulgencia con este desdichado joven, milord —dije.

Seguía aún hojeando el texto, mientras parecía serenársele el ánimo.

—¿Y a quién debo agradecer esto? —preguntó al punto—. Deben haberse discutido otras alternativas, pienso. ¿Quién propuso este procedimiento privado? ¿Fue Miller?

—No, milord, fui yo mismo —repuse—. Toda la consideración que me mostraron estos señores no pretendía otra cosa sino que renunciara al propio crédito que bien puedo reclamar, o ahorrarles el peso de unas responsabilidades que son, en justicia, tuyas. Y la pura verdad es que todos ellos estaban a favor de un proceso que debería tener notables consecuencias para el Parlamento y que para ellos se mostraría (en una de sus propias expresiones) como un succulento asado. Antes de mi intervención, creo que ellos trataban el punto de la repartición de los diferentes cargos de la magistratura. Nuestro amigo el señor Simón sería incluido, después de algún acuerdo.

Prestongrange sonrió.

—¡Así que éstos son nuestros amigos! —exclamó—. ¿Y cuáles fueron las razones de vuestra disconformidad, señor David?

Hablé sin tapujos, aunque di más expresividad y extensión a mi relato en aquello que hacía referencia al mismo Prestongrange.

—No me hacéis más favor que el que me debéis —dijo—; yo he luchado con tanto fervor por vuestros intereses como vos habéis luchado en contra mía. ¿Y cómo llegasteis aquí? —preguntó—. Como el proceso se dilataba, empecé a inquietarme por haber ajustado tanto el número de días, e incluso os esperaba mañana. Pero hoy, no lo sospeché nunca.

No iba, por supuesto, a traicionar a Andie.

—Sospecho que habrá más de un animal reventado por el camino —dije.

—Si me hubiera dado cuenta de que erais un tal bandido, hubierais disfrutado por más tiempo del Bass —dijo.

—Hablando de ello, milord, os devuelvo vuestra carta —y la puse, cerrada, en la mano que la había falsificado.

—Había también un pliego con el sello —dijo.

—No lo tengo —contesté—, sólo llevaba una dirección escrita, y no podría comprometer ni a un gato. La segunda nota la tengo yo y deseo conservarla, con vuestro permiso.

Creo que se intranquilizó un poco, pero no dijo nada al respecto.

—Mañana —resumió— nuestro cometido aquí habrá terminado y haré mi camino por Glasgow. Me agradecería mucho teneros en mi compañía, señor David.

—Milord... —comencé a decir.

—No niego que me haréis así un servicio —me interrumpió—. Deseo, incluso, que una vez hayamos llegado a Edimburgo, os detuvierais en mi casa. Tenéis muy afectuosas amigas en las señoritas Grant, que estarán encantadas de teneros con ellas. Si creéis que os he sido de alguna utilidad, podréis de este modo pagarme fácilmente, y, lejos de representar una pérdida, esta ocasión os puede cosechar ciertas ventajas. No cualquier joven desconocido es presentado en sociedad por el Procurador del Rey.

Ya en otras ocasiones (en el breve período de nuestra relación) me había sorprendido este caballero. Sin duda ahora, por un momento, me sorprendió nuevamente. He aquí aún mantenida la antigua ficción del especial favor en que me tenían sus hijas, una de las cuales había sido tan buena conmigo que se me había reído en la cara, mientras que las otras dos apenas se dignaban caer en la cuenta de que yo existía. Y ahora iba a cabalgar con milord hacia Glasgow, iba a quedarme en su casa en Edimburgo, iba a ser presentado en sociedad bajo su protección; que fuera tan benevolente como para perdonarme era bastante sorprendente, que él pudiera desear hacerse cargo de mí y agasajarme me parecía imposible; y empecé a preguntarme por alguna razón más allá de sus palabras. Una cosa era evidente. Si yo me convertía en su huésped, no podría ya volverme atrás. No podría ya nunca mantener mi propósito actual, ni aventurarme en ninguna acción. Y, además, ¿no

extirparía de raíz mi presencia en esta casa el aguijón del memorial? Pues aquella demanda no podía ya ser tomada en serio si la principal persona injuriada era huésped del funcionario más incriminado en los hechos. Pensando esto no pude evitar una sonrisa.

—Todo esto contrarrestaría la acción del memorial —dije.

—Sois agudo, señor David —dijo—, y no intuís del todo mal; es un hecho que utilizaría en mi defensa. Quizá, sin embargo, hacéis merma de mis sentimientos de amistad, que son totalmente sinceros. Siento por vos, señor Balfour, un respeto mezclado de terror —añadió sonriendo.

—Mis sentimientos son más que buena voluntad; estoy dispuesto muy de veras a satisfacer vuestros deseos —afirmé—. Tengo intención de hacerme abogado, en lo que el apoyo de vuestra señoría sería inestimable, y estoy, además, sinceramente agradecido a vos y a vuestra familia por distintas pruebas de interés y de indulgencia. La dificultad viene ahora. Hay un punto en el que tomamos caminos diferentes. Vos tratáis de colgar a James Stewart, yo trato de salvarle. Si mi viaje con vos contribuyera a la defensa de vuestra señoría, estoy a vuestras órdenes, pero si eso ayudara a colgar a James Stewart, me opongo.

Creo que ahogó un juramento.

—Deberíais ciertamente seguir vuestra vocación. El foro es el verdadero escenario para vuestros talentos —dijo con acritud, guardando luego silencio—. Os diré —resumió, de pronto—, no cabe plantear cuestión en lo de James Stewart, ni a favor ni en contra. James es hombre muerto. Su vida se da y se toma; es comprada (si así os gusta más) y vendida; ningún memorial puede ayudarle; y ningún desfalco de mi fiel señor David le hará daño. Que soplen vientos de arriba o que soplen de abajo, no habrá gracia para James Stewart: tenedlo por cierto. La cuestión ahora es la mía: ¿voy a mantenerme o voy a caer? No voy a negaros que me hallo en cierto peligro. ¿Quiere el señor David Balfour saber por qué? No es porque haya dirigido el caso contra James indebidamente; por ese lado estoy cubierto. Y no es porque haya secuestrado al señor Balfour en un peñón, aun cuando se verá mal, sino porque no corté por lo sano, tal como se me apremió repetidamente, mandando al señor David a su tumba o al calabozo. Ese es el porqué del escándalo, el porqué de este condenado memorial —dio un golpe sobre el papel que tenía sobre las rodillas—. Mi delicadeza con vos ha provocado estas dificultades. Me gustaría saber si vuestra delicadeza ante vuestra propia conciencia es tan grande que os permita ayudarme a salir de esto.

Sin duda había mucho de verdad en lo que decía; si James estaba más allá de toda ayuda, ¿a quién con más justicia debía tornar mi apoyo que a este hombre que tenía delante de mí, el cual me había ayudado a mí mismo muchas veces y que, incluso ahora, se comportaba conmigo como un modelo de paciencia? Además me sentía no sólo fatigado, sino que empezaba a avergonzarme por mi continua actitud de sospecha y desaire.

—Si me decís la hora y la dirección del lugar, estaré allí puntualmente a disposición de su señoría —dije.

El me estrechó las manos.

—Y creo que mis señoritas tienen algunas noticias para vos —dijo despidiéndose.

Caminé, lleno de complacencia por haber hecho mis paces, aun con cierta inquietud

interior, y no pude dejar de hacerme la pregunta, cuando volvía, de si mis escrúpulos no me habían hecho pecar de condescendiente. Pero se daba el hecho de que este hombre, que podría haber sido mi padre, era un hombre capaz, un gran dignatario y quien en la hora de mi necesidad había tendido una mano en mi ayuda. Pasé de muy buen humor el resto de aquella tarde con los abogados, una excelente compañía, sin duda, pero quizás con más ponche del necesario; así que, aunque me fui pronto a la cama, no recuerdo con mucha exactitud cómo llegué hasta allí.

XVIII. La pelota en el punto de partida

Por la mañana, desde un gabinete reservado a los jueces, en donde nadie me podía ver, escuché el veredicto y la sentencia que condenaba a James. Conservo en mi memoria cada una de las palabras del duque y, aun cuando aquel famoso acontecimiento llegó a ser un tema de polémica, puedo también yo rememorar mi interpretación.

Después de referirse al año 45, el jefe de los Campbell, en función de su cargo de Fiscal General, se dirigió con estas palabras al infortunado Stewart:

—Si vos hubierais ganado en esta rebelión, podríais estar dictando la ley donde ahora recibís su sentencia; nosotros, que somos este día vuestros jueces, podríamos haber estado frente a una de vuestras parodias de tribunal; y entonces vos podríais haberos saciado con la sangre de cualquier hombre o clan que hubieran sido objeto de vuestro odio.

«Esto es no dejarse nada en el tintero», pensé. Y esa fue la impresión general.

Fue extraordinario cómo los jóvenes abogados recibieron e hicieron chanzas de este discurso, y cómo casi no había una comida sin que alguien recordara aquella frase: «Y entonces vos podríais haberos saciado.»

Se hicieron por aquellos días muchas canciones que fueron celebradas con regocijo y hoy casi se han olvidado. Recuerdo una que comenzaba así:

«Qué sangre buscáis, qué sangre? ¿Es la de un hombre, o la de un clan, o es de un *highlander* salvaje? ¿Qué sangre buscáis, qué sangre?»

Otra aprovechaba la vieja melodía de mi tonada favorita, *La casa de Airlie*, y se abría con el estribillo:

«Un día que Argyle estaba en el tribunal le sirvieron un Stewart para cenar.»

Y otros versos decían:

«Entonces se levanta el duque y le dice al cocinero: yo tengo por afrenta muy sentida que me hagan la sopa y me llenen la barriga con la sangre de un clan al que aborrezco.»

Lo de James fue un asesinato sin más y tanto valía que el duque se hubiese echado una escopeta a la cara y le hubiera pegado un tiro. Aunque yo estaba bien enterado, hubo otros que no sabían muy bien de qué iba la cosa y esos fueron los más afectados por lo que iba saliendo de aquel escándalo, según se desarrollaban los debates. Uno de los hechos que

más sorprendieron fue ciertamente aquel discurso del juez. Pero éste se daba la mano con otro que protagonizó un miembro del jurado, quien, interrumpiendo a la mitad un discurso de la defensa a cargo de Colstoun, dijo: «Os ruego, señor, que abreviéis; estamos ya hartos»; frase que venía a ser ya el colmo del descaro y la bobería. Pero incluso varios de mis nuevos amigos abogados se vieron sorprendidos por una innovación que vino a cubrir de vergüenza y que casi invalidaba el curso de los debates. A un testigo no se le llamó nunca. Su nombre estaba, por supuesto, anotado y aún se le puede ver en la página cuatro de aquella lista: «James Drummond, alias Macgregor, alias James More, antiguo administrador de Inveronachile»; y su descargo había sido tomado por escrito, como es norma hacer. El había recordado —inventado— (que Dios le asista) hechos que arrojaban aún más piedras sobre el tejado de James Stewart, mientras (como lo vi yo mismo) le traían a él sustanciosas ventajas. Se tuvo sumo interés en hacer llegar este testimonio al jurado, sin que compareciera el hombre que lo daba, por los riesgos de un turno de preguntas; y la forma en que se presentó fue un motivo de sorpresa para todos. Pues se hizo correr el escrito de mano en mano (como una curiosidad) entre los jueces; así llegó hasta el sumario del tribunal, donde cumplió su papel; y luego desapareció (como por una casualidad) antes de poder llegar a las manos de los defensores. Se lo consideró una artimaña rastrera; y por lo que tocaba a Catriona y a mí mismo, me llenó de vergüenza que se hallara mezclado en esto el nombre de James More.

Al día siguiente, con un cortejo considerable, Prestongrange y yo salíamos hacia Glasgow, donde (para mi desesperación) nos demoramos algún tiempo ocupados en diversiones y diligencias. Fui alojado en la misma casa que milord, quien daba pie a mi confianza; tenía mi lugar en las fiestas, fui presentado a los huéspedes más relevantes, y, en todo momento, el nivel de mis relaciones superaba lo que yo había creído como más acorde a mi situación y a mis talentos; tanto que en presencia de extraños a menudo me ruborizaba por Prestongrange. Debo confesar que el conocimiento del mundo que obtuve durante estos últimos meses sirvió para entenebreecer aún más mi carácter. Conocí muchos hombres, algunos de ellos verdaderos líderes naturales, por cuna o por talento, y ¿quién de entre todos ellos podía mostrar las manos limpias? Y en cuanto a los Brown y los Miller, ya había visto su egoísmo y nunca podría ya tenerlos en mucho. Prestongrange, con todo, era el mejor; había salvado mi vida, se había preocupado por mí, cuando otros intentaban asesinarme por el camino más corto, pero tenía las manos manchadas con la sangre de James, y yo pensaba que su actual disimulo era algo que no tenía perdón. El que él afectara hallarse muy a gusto en mi compañía casi me sacaba de quicio. Le miraba con una especie de rabia sorda quemándome por dentro. «Ah, amigo, amigo —le habría dicho de buena gana—, si estuvierais a cubierto en este asunto del memorial, ¿no me habríais ya echado a la calle a patadas?» Con esto le hacía, y los hechos así lo probaron, la más grave injusticia, y creo que él era mucho más sincero y a la vez un actor mucho más astuto de lo que yo había supuesto.

Pero yo veía garantizada mi incredulidad por la conducta de aquella comitiva de jóvenes abogados que revoloteaban a su alrededor con la esperanza de su patrocinio. El repentino favor disfrutado por un joven, del que nadie antes había oído hablar, los desconcertó extraordinariamente en el primer momento; pero aún no habían pasado dos días, cuando yo mismo me vi rodeado de lisonjas y atenciones. Yo era el mismo joven de antes y no era ni mejor ni más bonito que el que ellos rechazaran un mes atrás; ¡y, ahora, no encontraban una fineza lo suficientemente buena para mí! ¿Era de verdad el mismo? No, no lo era; y

prueba de ello era el mote que ahora me habían colgado a las espaldas. Viéndome tan firmemente unido al procurador y persuadidos de que yo volaría alto y lejos, habían tomado un término del juego de golf y me llamaban «Teed Ball»⁴⁷. Me decían que yo era ahora «uno de ellos», me decían que debía probar la suavidad de sus ropas con forro interior, ¡yo, que tan habituado estaba a los ásperos tejidos de una pieza!; y a uno de los que habían estado presentes en Hope Park, le sobró osadía para recordarme aquel encuentro. Le dije que no tenía el gusto de recordarle.

—¡Cómo! —me dijo—. La misma señorita Grant nos presentó. Mi nombre es tal y tal.

—No lo dudo, señor —le respondí—, pero no lo recuerdo.

El no insistió, y, en medio del disgusto que solía inundar mi espíritu, tuve un destello de placer.

Pero no me queda paciencia para seguir hablando de estos días por más tiempo. Cuando me hallaba en compañía de estos jóvenes políticos sentía a la vez vergüenza por mí mismo y por la rudeza de mi trato, y desprecio por ellos y por su doblez.

De los dos males, pensaba que Prestongrange era el menor; y mientras permanecía siempre tieso como si me hubieran almidonado delante de estos jóvenes eufóricos, frente al *Advocate* procuraba disimular la hostilidad de mis sentimientos y me hacía (en palabras del viejo señor Campbell) «flexible con el caballero». El mismo me comentó esta diferencia de mi actitud y me pidió ser más de mi edad y hacer amigos entre mis jóvenes camaradas. Yo le dije que era lento en hacer amistades.

—En ese caso retiraré lo dicho —replicó—, pero existe algo como «¡buenos días!» y «¡buenas tardes!», David. Estos son los mismos jóvenes con los que deberéis pasar vuestros días y vivir toda la vida: vuestro retraimiento tiene aires de arrogancia, y, a menos que adoptéis un talante más natural, me temo que tendréis dificultades con el tiempo.

—Es una infortunada tarea hacer un bolso de seda con una oreja de marrano —repliqué.

El 1 de octubre por la mañana fui despertado por los aldabonazos de un correo; llegué a mi ventana cuando aún no había desmontado el mensajero, y vi que había hecho un fuerte galope. Poco después me llamó Prestongrange, a quien hallé sentado en su cuarto en bata de noche y gorro de dormir, con las cartas en torno suyo.

—David —me dijo—, tengo cierta noticia para vos. Es relativa a ciertas amistades vuestras de las que a veces pienso que os sentís un poco avergonzado, ya que nunca me habéis hecho saber nada de su existencia.

Adiviné a qué se refería y me ruboricé.

—Veo que comprendéis, pues vuestro rostro habla por sí mismo —siguió—. Y debo felicitaros por vuestro excelente gusto en materia de belleza. Pero ¿sabéis, David, que esta joven me parece muy temeraria? Surge inesperadamente en cualquier lugar. El gobierno de Escocia se muestra incapaz de emprender una acción frente a la señorita Katrine Drummond, algo parecido a lo que (no hace mucho) ocurría con un tal señor David Balfour. ¿No haríais los dos una buena pareja? Su primera intervención en la política...

⁴⁷ En el golf, dicho término alude a la colocación de la pelota en una elevación del suelo para iniciar la primera jugada.

pero no debo contaros esta historia, las autoridades han decidido que la oigáis de otro modo y de un narrador más joven. Este nuevo caso es, no obstante, más serio y temo que debo alarmaros con la noticia de que ella está ahora en prisión.

Yo di un grito.

—Sí —repitió—, la señorita está en prisión. Mas no quisiera que os desesperarais. En tanto que vos (en compañía de vuestros amigos y vuestros memoriales) no procuréis mi caída, a ella no le ocurrirá nada.

—Pero ¿qué ha hecho? —grité—. ¿Cuál es su delito?

—Casi podría considerarse un delito de alta traición —replicó—. Ha forzado el castillo real de Edimburgo.

—La dama es muy amiga mía —dije—, sé que no os burlaríais de mí si la cosa fuese seria.

—Pero es seria en un sentido —dijo—, pues esta pícara Katrine, o Cateran, como podríamos llamarla, ha soltado de nuevo por el mundo a ese individuo tan dudoso, su papá.

Aquí se justificaba una de mis previsiones: James More estaba, una vez más, en libertad. El había prestado sus hombres para hacerme prisionero, había ofrecido su testimonio en el caso de Appin y éste (no importa por medio de qué tapujos) se había utilizado para presionar sobre el jurado. Ahora llegó su recompensa y él estaba libre. Habría sido el beneplácito de las autoridades dar a esto la apariencia de una fuga, pero yo lo sabía mejor... Yo sabía que esto era el cumplimiento de un pacto. Según se derivaba de estas reflexiones no debía en absoluto alarmarme por Catriona. Podría creerse que ella había forzado la prisión en favor de su padre; ella misma podría haberlo creído así. Pero yo reconocía en todo este asunto la mano maestra de Prestongrange, y estaba seguro de que, lejos de permitir que se la castigara, él ni siquiera iniciaría su proceso. Y así dejé escapar esta exclamación tan poco política.

—¡Ah!, me esperaba eso.

—Dais a veces sobradas muestras de una gran discreción.

—¿Y qué es lo que milord quiere decir con eso?

—Expreso, simplemente, mi sorpresa —replicó— de que siendo tan perspicaz como para inferir estas razones, no tengáis la misma perspicacia de guardároselas para vos. Mas creo que os gustaría oír los detalles del caso. He recibido dos versiones y la menos oficial es la más completa y, con mucho, la más interesante, viniendo como viene de la airosa pluma de mi hija mayor.

Toda la ciudad anda revuelta con la noticia de un bonito golpe de mano, y aún se hace el caso más insólito con el hecho (si se conociera) de que el malhechor es una persona «protegida» por su señoría, mi papá. Estoy segura de que tenéis demasiado entregado vuestro corazón al deber (si sólo fuera eso) para haberos olvidado de Ojos Grises. No se le ocurre otra cosa que ponerse un gran sombrero de alas abiertas, un desmesurado gabán peludo de hombre y una larga chalina; se arrebujá por arriba sus ropas hasta Dios sabe donde, se enfunda las piernas con dos pares de calzas, toma un par de zapatos remendados en la mano, ¡y andando, al castillo! Aquí ella se hace pasar por un zapatero al servicio de

James Stewart y se le permite pasar hasta la celda, en tanto que el teniente (quien según parece se divirtió muchísimo) se chanceaba con sus soldados a cuenta del enorme gabán del zapatero. De pronto escucharon dentro una disputa y ruidos de golpes. Escapa a toda prisa el remendón, con el abrigo encapotado, las alas de su sombrero revoloteándole sobre la cara y el teniente y sus soldados, muertos de risa, viéndole correr. ¡No rieron ya tan a gusto cuando tuvieron ocasión de visitar la celda y sólo hallaron a una espigada, bonita muchacha de ojos grises, con ropas femeninas. En cuanto al remendón, él andaba ya «por las colinas, más allá de Dumblane», y es de pensar que la pobre Escocia tendrá que consolarse sin él. Esta tarde he bebido públicamente a la salud de Catriona. La verdad es que no hay nadie en la ciudad que no la admire, y creo que los más elegantes se habrían prendido en los ojales cintas de sus ligas si hubieran podido conseguirlas. Habría ido también a visitarla en la prisión, pero recordé a tiempo que yo era hija de mi papá, así que, en lugar de esto, le envié una nota que confié al fiel Doig, con lo que creo que admitiréis que puedo conducirme muy políticamente cuando quiero. El mismo fiel rústico os va a despachar esta carta al correo en compañía de esos pedantes, de modo que podáis oír al Loco Tom al mismo tiempo que a Salomón. Hablando de rústicos, contadlo a David Balfour. Quisiera ver su cara cuando se imagine a una muchacha de piernas largas en tal apuro, sin hablar de las frivolidades de vuestra afectuosa hija y su respetuosa amiga.

—Y —siguió Prestongrange— aquí firma esta bribonzuela. Ya veis, David, que es totalmente verdad lo que yo os digo de la confianza llena de desenvoltura y afecto con que os ven mis hijas.

—El rústico queda muy agradecido —dije.

—¿Y no tiene gracia lo que ha hecho? —continuó Prestongrange—. ¿No es esta muchacha *highlander* una especie de heroína?

—No dudé nunca de que ella tenía un gran corazón —dije yo—. Y apuesto que ella no sospecha... Pero, os pido perdón, esto es poner los pies en sitio prohibido.

—Os garantizo que ella no lo sabe —repuso, sin disimulos—. Os garantizo que ella creyó que estaba desafiando al rey Jorge en su propia casa.

El recuerdo de Catriona y la idea de que estaba en prisión me conmovían singularmente. Me daba cuenta de que el mismo Prestongrange la admiraba y no podía evitar que se dibujara en su rostro una sonrisa cuando volvía a considerar su conducta. E incluso la señorita Grant, aun con su estúpida costumbre de burlarse de todo, dejaba ver llanamente su admiración.

—Yo no soy la hija de vuestra señoría —empecé a decir.

—Que yo sepa —me interrumpió sonriente.

—Me expreso como un tonto —dije—, o más bien no empecé con las palabras adecuadas. Habría sido sin duda desacertado que la señorita Grant hubiera ido a verla a la prisión; pero, tratándose de mí, creo que revelaría una amistad pusilánime si no volara allí inmediatamente.

—Ah, pero, David —dijo—, creí que vos y yo teníamos un pacto.

—Milord —repuse—, cuando hice ese pacto me hallaba muy obligado por vuestra

benevolencia, pero os aseguro que también me movía mi propio provecho. Hubo egoísmo en mi corazón y me siento ahora avergonzado. Puede que su señoría, mirando por su seguridad, llame a este importuno Davie Balfour su amigo y huésped. Llamadlo pues así. Yo nunca os contradiré. Pero en lo que toca a vuestro patrocinio, yo os lo devuelvo, y sólo pido una cosa: dejadme marchar y dadme un salvoconducto para poder ir a verla a la prisión.

Me miró gravemente.

—Creo que ponéis el carro delante de los bueyes —dijo—. Lo que yo os di era una parte de mi amistad, algo que vuestra ingrata naturaleza no parece haber tenido en cuenta. Pero en cuanto a mi patrocinio, no se ha dado, ni siquiera (para ser exactos) se ha ofrecido —hizo aquí un momento de pausa—. Y os lo advierto: no os conocéis aún —añadió—. La juventud es una estación precipitada; consideraréis mejor todo esto dentro de un año.

—Y bien, ¿es esta clase de juventud la que quiero! —dije con calor—. He conocido mucho de la otra en estos jóvenes abogados que rodean a su señoría con adulaciones y que incluso se tomaron el trabajo de adularme a mí. Y eso lo vi hasta en los viejos. ¡Todos abrigan segundas intenciones, del primero al último! Esto es lo que hace que yo parezca receloso frente a la amistad de su señoría. Porque, ¿en virtud de qué razones pudiera creer que me la prestáis, cuando vos mismo me habéis confesado que os movían ciertos intereses?

Me detuve en este momento, confuso por pensar que había ido demasiado lejos; él me observaba con un rostro impenetrable.

—Milord, os pido que me perdonéis —resumí—, sólo puedo hacer gala de una tosca lengua agreste: me limitaba a pensar que pudiera ser una cosa conveniente el ir a ver a mi amiga en su encierro, pero os debo mi vida y nunca lo olvidaré, y si es por el bien de su señoría, me quedaré aquí por pura gratitud.

—Se podría haber dicho todo eso con menos palabras —dijo con crueldad Prestongrange—. Es fácil y, a veces, más cortés, decir en un llano escocés: «Sí».

—Ah, milord, creo que no me entendéis en absoluto —grité—. Es por vos, por deberos la vida y por el afecto que decís tenerme, es por todo esto por lo que estoy dispuesto a acceder; pero no por ningún interés que a mí me viniera de ello. Si quiero estar al lado de esta joven doncella en el momento de su desgracia, no es por nada que pudiera serme ventajoso; perderé con ello y no ganaré nada. Preferiría antes mi ruina que aprovecharme con nada de esto.

Permaneció serio un minuto, luego sonrió.

—Vos me recordáis al hombre de la larga nariz —dijo—, ¿miraríais la luna por un telescopio y veríais allí a David Balfour! Pero se hará como habéis dicho. Os pediré que me hagáis un servicio y luego quedaréis libre. Mis escribientes están sobrecargados de trabajo; tened la amabilidad de copiarme estas pocas páginas —dijo, dudando visiblemente entre algunos gruesos rollos de manuscritos— y, una vez terminado, pediré a Dios que os acompañe. Nunca tomaré a mi cargo la conciencia de David; y, si os hubierais dejado perdida una parte de ella en los márgenes cenagosos del camino, vos mismo encontraríais que caminabais más suelto sin ella.

—Puede que sea así, milord, pero no precisamente en la misma dirección.

—Siempre tendréis la última palabra —exclamó alegremente.

En verdad él tenía sus razones para estar contento, pues acababa de hallar el modo de conseguir su propósito. Con vistas a atenuar la incidencia del memorial o por tener siempre a mano la carta que pudiera necesitar, él deseaba que yo apareciera públicamente como alguien de su confianza. Pero si yo me fuera a presentar, también públicamente, como visitante de Catriona en su prisión, la gente no dudaría en sacar conclusiones, y la verdadera razón de la fuga de James podría resultar evidente a todos. Este era el pequeño problema que yo le había planteado de pronto y para el que había tenido tan viva respuesta. Yo iba a ser retenido en Glasgow por aquella fastidiosa copia que, por la más elemental decencia, no podía dejar de hacer, y durante estas horas de mi ocupación podrían desembarazarse discretamente de Catriona. Me avergüenza escribir estas cosas de un hombre que se conducía con tanta benevolencia conmigo. Me tenía el cariño de un padre y, sin embargo, a veces, le creía tan falso como una esquila cascada.

XIX. En poder de las damas

La copia resultó una labor engorrosa; en cuanto fui haciéndola, caí en la cuenta de que no apremiaba la menor urgencia a estos asuntos y muy pronto consideré mi ocupación como un pretexto. Apenas la hube terminado, conseguí un caballo, aproveché lo que restaba del día hasta el máximo y, cuando se me hizo totalmente de noche, entré a dormir en una casa junto al Almond Water, estaba otra vez sobre la silla antes del amanecer y cuando abrían los puestos de vendedores de Edimburgo, galopaba por el West Bow, dejando un momento después mi montura bañada en sudor junto a la puerta del *Lord Advocate*. Llevaba una nota escrita para Doig, el hombre de confianza de milord, a quien podía suponerse conocedor de todos sus secretos, un hombrecillo de aspecto ordinario, a un tiempo gordo, aficionado al rapé y autosuficiente. Le encontré ya sentado a su mesa, salpicado de macuba⁴⁸, en la primera antecámara en donde me había encontrado con James More. Leyó la nota escrupulosamente, como si leyera un capítulo de su Biblia.

—Hum..., llegáis un poco tarde, señor Balfour —dijo—, el pájaro ha volado; la hemos dejado en libertad.

—¿La señorita Drummond ha sido puesta en libertad? —exclamé.

—¡Vaya! —dijo—. ¿Por qué íbamos a querer guardarla aquí? A nadie le habría gustado ver a la niña metida en un proceso.

—¿Y dónde estará ella ahora? —pregunté.

—Dios sabrá —dijo Doig, encogiéndose de hombros.

—Estoy pensando que puede haber ido a casa de lady Allardyce.

48 «Tabaco aromático y de calidad excelente que se cultiva en el término de la Macuba, población de la Martinica» (D.R.A.K.).

—Podría ser —asintió.

—Entonces me voy para allí derecho —dije.

—Pero comeréis algo o ¿ya os vais? —preguntó.

—No quiero ni comer ni beber —dije—. Tomé un buen cuenco de leche en Ratho.

—Bien, bien —dijo Doig—. Pero sí podréis dejar aquí vuestro caballo y las bolsas, pues parece que nos volveremos a ver.

—No, no —repliqué—, no iría hoy a pie por nada del mundo.

En contacto con el bronco lenguaje de Doig, me había dejado llevar, y le imitaba ahora con un acento mucho más rudo que el que yo solía cuidadosamente esforzarme en mostrar (bastante más basto que lo que he escrito). Y todavía me avergoncé más cuando una voz, a mis espaldas, se unió a la mía recitando los versos de una balada:

«Poned la silla a mi caballo negro, poned la silla y que esté listo mi caballo. Tengo que andar la cuesta de Gatehope, pues voy a encontrarme con mi linda dama.»

La joven dama, cuando me di la vuelta a mirarla, estaba de pie, cubierta por una bata en cuyos pliegues ocultaba sus manos, como si guardara de ese modo una distancia ante mí. No pude, sin embargo, ver sino simpatía en aquellos ojos que me miraban.

—Mis mejores respetos, señorita Grant —dije saludándola.

—Lo mismo os digo, David —repuso ella, haciendo una profunda inclinación—. Y os ruego que recordéis un viejo y anticuado proverbio según el cual ni carne ni misa dañan al hombre. Misa no os puedo ofrecer, pues somos todos buenos protestantes. Pero la carne sí os la aconsejo, y no me extrañaría que pudiera tener algo que deciros al oído, por lo que bien valdría la pena quedarse.

—Señorita Grant —repuse—, creo que ya soy deudor vuestro por unas alegres palabras, y creo que también muy amables, escritas en una nota sin firma.

—¿Una nota sin firma? —dijo haciendo una mueca burlona, y por otra parte sorprendentemente bonita, como si tratara de hacer memoria.

—O acaso estoy muy engañado —continué—. Pero, sea como sea, tendremos tiempo de hablar de ello, ya que vuestro padre ha tenido la bondad de hacerme por un tiempo su huésped; por lo que el rústico no os pide, por esta vez, sino que le hagáis el favor de su libertad.

—Os dais apelativos muy fuertes —dijo.

—El señor Doig y yo estaríamos dispuestos a tomarlos más duros de vuestra exquisita pluma —repuse.

—Una vez más debo admirar la discreción de los hombres —replicó ella—. Mas, si no deseáis comer, marchaos ya y antes estaréis de vuelta, pues os empeñáis en un desatino. Vaya, marchaos, David —siguió diciendo mientras abría la puerta.

«El ha saltado sobre su corcel gris

*cruzó las puertas y se fue cabalgando;
sé que no le detendrán tareas ni reposo,
porque acude al encuentro de su linda dama.»*

Yo no esperé a oírlo dos veces e hice justicia a los versos de la señorita Grant en mi camino a Dean.

La anciana lady Allardyce paseaba sola en el jardín con su mantilla de lienzo blanco y el sombrero, apoyándose en un bastón de madera negra terminado en puño de plata. En cuanto desmonté del caballo y me fui acercando a ella entre reverencias, pude ver cómo aflucía la sangre a su rostro y su cabeza se movía, tal como yo imaginaba que hacían las emperatrices.

—¿Qué os trae a mi pobre puerta? —gritó, con aflautada voz nasal—. No os lo puedo impedir, los hombres de mi casa están muertos y enterrados, no tengo hijo ni esposo que me guarde las puertas; cualquier pordiosero puede venir a tirarme de las barbas; ¡y encima tengo barbas, que es lo peor! —añadió, casi para sí misma.

Yo estaba extremadamente desconcertado por este recibimiento; y la apostilla final, que parecía de una mujer verdaderamente loca, me dejó casi sin habla.

—Veo que he incurrido en desgracia ante vos —dije—. Mas tendré el atrevimiento de preguntaros por la señorita Drummond.

Ella me miró con ojos encendidos de cólera, los labios apretados entre mil arrugas y la mano temblorosa estremeciendo el bastón.

—¡Es el colmo! —gritó—. ¿Vos venís a preguntarme por ella? ¡Si Dios me diera saberlo!

—¿No está aquí? —exclamé.

Ella empinó su barbilla y dio un paso hacia mí con un grito, que me hizo echarme hacia atrás inmediatamente.

—Fuera de aquí vuestra boca mentirosa —gritaba—. ¡Cómo! ¡Vos venís a preguntármelo a mí! Ella está en la cárcel, donde la llevasteis vos; eso es todo lo que hay. ¡Y que después de todos los calzones con que me he topado, teníais que haber sido vos! Bribón desvergonzado; si me quedara un hombre de mi apellido, os quitaría el polvo a la casaca hasta que os hubierais desgañitado.

Pensé que no era conveniente detenerme más tiempo en aquel lugar, dándome cuenta de que su enfado aumentaba. Cuando llegué al poyo para montar mi caballo, aún me seguía; y no me da vergüenza confesar que cabalgué un trecho sobre un solo estribo y tanteando con el pie para calzarme el otro.

No sabiendo a qué otra parte dirigirme a recabar más información, nada me quedaba por hacer sino regresar a la casa del *Advocate*. Fui bien recibido por las cuatro damas, que se hallaban ahora juntas, y debí comunicar las nuevas de Prestongrange y hacerme eco de lo que se decía al oeste del país, en forma desordenadamente prolija y lleno yo mismo de aburrimiento. Durante todo aquel tiempo la joven dama, con la que tantos deseos tenía de quedarme nuevamente a solas, me observaba con ojos burlones, y parecía complacerse

notando mi impaciencia. Por fin, después de soportar una comida con ellas, y cuando estaba casi a punto de solicitar una entrevista en presencia de su madre, la joven se levantó y fue al estante de música, y, punteando una melodía, cantó sobre ella en un tono subido: «El que no quiere cuando puede, no podrá cuando quiere.» Pero éste fue el último de sus rigores y, de pronto, tras dar alguna excusa que no recuerdo, ella me condujo en privado a la biblioteca de su padre. No voy a escatimar decir que llevaba un vestido impecable y que aparecía extraordinariamente hermosa.

—Ahora, David, tomad asiento aquí, y tengamos un mano a mano —dijo—, pues tengo mucho que contaros y parece además que he sido groseramente injusta con vuestro buen gusto.

—¿En qué sentido, señorita Grant? —pregunté—. Tengo el convencimiento de que nunca pudo parecer que faltara al debido respeto.

—Yo respondo por vos, David —dijo—. Vuestro respeto, tanto para vos mismo como para vuestros pobres vecinos, ha sido siempre, y con la máxima fortuna, un respeto digno de toda admiración. Pero no es ésta la cuestión. ¿Recibisteis una nota mía? —preguntó.

—Me permití suponerlo —dije— y fue una atención muy amable.

—Debo haberos sorprendido extraordinariamente —dijo—. Pero comencemos por el principio. Quizá no hayáis olvidado cierto día que tan amable fuisteis de acompañar a tres fastidiosas señoritas al Hope Park. Precisamente soy yo quien tengo menos razones para olvidarlo, ya que os sentisteis tan particularmente obligado a iniciarme en algunos fundamentos del latín, algo que tan profundamente quedó señalado en mi gratitud.

—Temo que fui penosamente pedante —dije, volviendo confundido a la memoria de aquello—. Baste que consideréis lo torpe que soy en la compañía de damas.

—No daré más importancia a lo de la gramática entonces —replicó—. Pero ¿cómo pudisteis dejar solas a quienes acompañabais? «El la ha arrojado de sí, la ha dejado sola, su querida Annie» —tarareó—. Y su querida Annie, sola, y sus dos hermanas, hubieron de volverse a casa las tres, una tras otra, como una fila de verdes ocas. Parece que volvisteis a la casa de mi papá, en donde os mostrasteis desaforadamente marcial, y luego marchasteis al reino de lo desconocido, cerca (según parece) del peñón del Bass; los gansos salvajes quizá eran, a vuestro juicio, mejores que las muchachas bonitas.

Durante toda esta representación burlesca había cierta indulgencia en los ojos de la dama, lo que me hizo suponer que todo iba a terminar mejor.

—Os place atormentarme —dije— y os resulto un juguete muy inofensivo; pero permitidme pedirlos que seáis más clemente. En este momento sólo hay una cosa que quisiera oír: una noticia de Catriona.

—¿La llamáis con ese nombre en su presencia, señor Balfour?

—preguntó.

—La verdad es que no estoy muy seguro —tartamudeé.

—Yo no me conduciría así con extraños —dijo la señorita Grant—. ¿Y cómo estáis tan

mezclado en los asuntos de esa joven dama?

—Oí que ella estaba en prisión —dije.

—Bien, y ahora oís que ella está fuera —replicó—. ¿Y qué más os preocupa? Ella no tiene necesidad de más campeones.

—Puede ser que sea yo quien más necesite de ella —dije.

—¡Vamos, esto va mejor! —dijo la señorita Grant—. Pero miradme bien a la cara, ¿no soy yo más bonita que ella?

—Sería yo el último en negarlo —dije—. No tenéis parangón en toda Escocia.

—Bien, ya que acabáis de elegir entre nosotras dos, no necesitáis hablar de la otra —dijo—. Ese es el peor camino para complacer a las damas, señor Balfour.

—Pero, señorita —dije—, seguramente hay otras cosas que considerar además de la pura belleza.

—¿Debo entender con eso que en lo demás dejo mucho que desear? —preguntó.

—Con ello podréis, si os place, entender que soy como el gallo de la fábula⁴⁹ —dije—. Veo la linda perla en el estercolero (y me gusta mucho mirarla), pero tengo más necesidad del grano de avena.

—*Bravissimo!*⁵⁰ —exclamó—. He aquí, por fin, una palabra bien dicha y voy a recompensaros con mi historia. La misma noche de vuestra deserción regresé tarde de casa de unos amigos (donde se me admiró con exceso, penséis vos los que penséis), y ¿qué es lo que oigo, sino que una muchacha cubierta con un tartán desea hablar conmigo? Llevaba ahí una hora o quizá más, dijo la sirvienta, y había llorado mientras me esperaba. Fui directamente hacia ella; se puso en pie al acercarme y la reconocí con sólo mirarla. «¡Ojos Grises!», me dije; mas fui lo bastante cauta como para no dejar entrever nada. «¿Sois, por fin, la señorita Grant?», dijo, alzándose y mirándome fija y conmovedoramente. «Ay, él tenía razón, sois bonita de todas maneras.» «Así me hizo Dios, querida —dije—, pero os agradecería mucho si pudierais decirme lo que os trae aquí a estas horas de la noche.» «Señora —dijo ella—, ambas somos parientes, las dos venimos de la sangre de los hijos de Appin.» «Querida —repuse—, me preocupan tanto Appin o sus hijos como lo que me preocupa un trozo de berza. Las lágrimas sobre vuestro bonito rostro son el mejor argumento que tenéis.» Y entonces sentí tal debilidad que la besé, que es lo que a vos os gustaría tanto hacer, aunque apuesto que nunca tendréis coraje para hacerlo. Digo que tuve un momento de debilidad, pues no sabía de ella sino lo que a ojos vista podía pensar; pero eso era lo más prudente que podía hacer. Ella es muy leal, de carácter valeroso, pero creo que ha tenido poco contacto con la ternura; y a esa caricia (aunque a decir verdad fue un puro roce) su corazón se me abrió. Nunca traicionaré los secretos de mi sexo, Davie; nunca os diré la forma en que ella me engatusó, porque será la misma con que os buscará a vos las vueltas. ¡Ah, es una buena muchacha! Es tan pura como el agua del manantial.

—¿No es cierto? —exclamé.

49 Alude a *El gallo y la perla* (1. III, 12), del fabulista latino Fedro (15 a.C.-50 después de C).

50 «Bravo.» (En italiano en el original.)

—Y bien, entonces me contó sus preocupaciones —prosiguió la señorita Grant— y las zozobras que había tenido con su papá y cómo, sin gran motivo, la tomó con vos, y qué perplejidad sintiera con vuestra marcha. «Hasta entonces no caí en la cuenta de que éramos parientes —dijo— y de que David se había referido a vos como la más bonita entre las bonitas y me dije a mí misma: Si ella es tan bonita, también será buena a no dudarlo; y con este pensamiento hice mi decisión de venir.» En ese preciso momento os perdoné, señor Balfour. Cuando estabais en mi compañía, parecíais andar sobre ascuas, todo daba a entender que, si había habido un hombre que deseara alejarse de mí, ése erais precisamente vos, y que era por mis dos hermanas y por mí por quienes siempre os mostrabais tan dispuesto a marcharos. ¡Y ahora me revelaban que habíais hablado de mí en el momento de vuestra despedida y que tuvisteis la gentileza de referiros a mis encantos!

En este instante se inició nuestra amistad y fue entonces cuando la gramática latina se hizo motivo de tiernos pensamientos.

—Aún dispondréis de muchas horas para burlaros de mí —dije—, y además pienso que sois injusta con vos misma. Creo que fue Catriona quien os hizo mirarme con mejores ojos. Ella es demasiado ingenua para percibir como vos la rudeza de su amigo.

—Yo no apostaría mucho por eso que decís, David—dijo ella—. Las muchachas tienen ojos clarividentes. Pero de cualquier forma ella es por entero vuestra amiga, como pude ver más tarde. La conduje a su señoría, mi papá; y él, animado por unos reconfortantes claretos, fue tan benigno que nos recibió a ambas: «¡Aquí tenéis a Ojos Grises, de quien tanto habéis oído hablar estos días pasados! Ella viene a demostraros que nuestras palabras no hacían más que honor a la verdad y aquí dejo a vuestros pies a la muchacha más bonita de los tres Lothians», dije haciendo para mí una jesuítica reserva. Ella unió su conducta a mis palabras: se arrojó de rodillas delante de él (no me atrevería a jurarlo, pero él tuvo que ver a dos Catrionas, lo que hacía la petición aún más irresistible, pues sois todos una sarta de mahometanos), le contó lo que había pasado aquella noche y cómo había retenido al hombre de su padre impidiéndole seguiros y el encuentro con su padre y vuestra emoción; y rogó, llorando por las vidas de los dos (ninguna de las cuales estaba amenazada del menor peligro), de tal forma que os aseguro que me sentí orgullosa de mi sexo y también avergonzada, porque su admirable comportamiento no se correspondiera con la nimiedad del riesgo. Ella no había ido muy lejos, os lo aseguro, antes de que el *Advocate* recobrase su sobriedad, viendo sus urdimbres políticas más secretas deshechas por una joven muchacha y puestas al descubierto ante la más insubordinada de sus hijas. Pero una y otra le cogimos por banda y calmamos todo su despecho. Si se le maneja convenientemente (y eso significa: si es manejado por mí), no hay nadie que pueda compararse a mi papá.

—Ha sido un hombre bondadoso conmigo —asentí.

—Bien, fue también bondadoso con Katrine, y yo estuve allí para verlo.

—Y ¿abogó ella por mí? —pregunté.

—Lo hizo, patéticamente. No voy a contaros lo que dijo. Creo que sois ya lo bastante presuntuoso —dijo la señorita Grant.

—¡Que Dios se lo pague! —exclamé.

—Y que otro tanto haga el señor Balfour, supongo —dijo ella.

—No es que me hagáis mucha justicia —dijo—. Yo temblaría viéndola en manos tan rudas. ¿Creéis que iba yo a hacerme ilusiones porque abogara por mi vida? ¡Eso lo haría ella por un cachorro recién nacido! Podría vanagloriarme por más que eso, si es lo que queréis saber. Ella me besó esta mano. ¡Ah, vaya si lo hizo! ¿Y por qué? Pues porque creía que yo estaba arrostrando un honroso empeño y que podría estar yendo a una muerte cierta. No era por mi propia persona, pero no hace falta que os lo diga, cuando ya sé que no podéis mirarme sin reiros. Era por el amor a lo que ella consideraba mi heroísmo. Creo que ella no ha concedido a nadie este honor, salvo a mí y al pobre príncipe Carlos. ¿No era esto para enorgullecerme? ¿Y no creéis que mi corazón tiembla cuando lo recuerdo? .

—Me he reído de vos mucho, y mucho más de lo que permite la buena educación —dijo ella—, pero os diré una cosa: si vos le habláis así, tenéis un rayo de esperanza.

—¿Yo? —exclamé—. Nunca me atrevería. A vos os puedo hablar, señorita Grant, porque no me importa lo que penséis de mí. Pero ¿a ella? Ni pensarlo.

—Creo que tenéis los pies más grandes de toda la ancha Escocia —me dijo.

—Eso es verdad, no son muy pequeños —respondí mirándomelos.

—¡Ah, pobre Catriona! —exclamó la señorita Grant.

Me quedé mirándola sin decir más, pues aunque ahora sabía por dónde iban sus tiros (y, en parte, se explicaba), nunca me mostré propicio a réplicas en charlas más bien frívolas.

—Y bien, David —dijo—; aunque deba proceder contra mi conciencia, veo que tendré que ser vuestro portavoz. Ella sabrá que os vinisteis a toda prisa al conocer las nuevas de su encarcelamiento; sabrá que no os parasteis a comer; y, de nuestra conversación, sabrá todo aquello que yo crea conveniente para una doncella de su edad e inexperiencia. Confiad en mí, seréis mucho mejor servido de esta forma que si lo hicierais vos mismo, pues yo mantendré los grandes pies fuera del plato.

—¿Sabéis, pues, dónde está ella? —exclamé.

—Lo sé, David, y nunca os lo diré.

—¿Por qué? —pregunté.

—Bien —replicó—, soy una buena amiga, como pronto podréis descubrir, pero aún soy más amiga de papá. Os lo aseguro, nunca me sacaréis nada de eso, así que os podéis ahorrar esa mirada de carnero; y adiós a vuestra David-Balfourenia por esta vez.

—Pero todavía nos queda una cosa —exclamé—. Hay una cosa que debe ser atajada, ya que sería la perdición tanto de ella como mía.

—Bien —dijo—; sed breve. He gastado ya medio día con vos.

—Lady Allardyce ha creído —empecé—, ella supone..., ella piensa que yo la he seducido.

El color vino al rostro de la señorita Grant de tal forma, que al principio me sentí del todo humillado al notar su oído tan sensible; hasta que vine a caer en la cuenta de que, más bien, se trataba de sus esfuerzos por no echarse a reír, una sospecha que pronto confirmó la vibración de su voz al replicar:

—Me haré cargo de la defensa de vuestra reputación. Podéis dejarlo en mis manos.

Y, con esto, abandonó la biblioteca.

XX. Continúo moviéndome en la buena sociedad

Durante casi dos meses cumplidos permanecí como huésped de la familia Prestongrange, en cuya casa mejoré mis conocimientos de los asuntos legales y me pude relacionar con la flor de la sociedad de Edimburgo. No se piense que fue descuidada mi educación; al contrario, me mantuve extremadamente ocupado. Estudié francés, con vistas a estar mejor preparado el día que fuera a Leyden; me dediqué intensamente a la práctica de la esgrima, algunas veces durante tres horas diarias, con progresos notables; por una sugerencia de mi primo Pilrig, que era un excelente músico, asistí a clases de canto, y, por empeño de la señorita Grant, a una escuela de baile, en lo que debo decir que me mostré mucho menos brillante... Sin embargo, todos estaban dispuestos a reconocerme un porte más suelto, y es incuestionable que aprendí a llevar mis faldones y mi espada con más primor, y a saber estar en un salón con desenvoltura.

Mis mismas ropas fueron revisadas escrupulosamente, y los detalles más nimios, como dónde debía ponerme los lazos del pelo o de qué tono debía elegirse el color de mi fajín, eran motivo de debate entre las tres señoritas, como si ello fuera un asunto de peso.

De una u otra forma, de lo que no hay dudas es de que mi apariencia se modificó notablemente, y adquirió un cierto aire de moda que habría sorprendido a las buenas gentes de Essendean.

Las dos señoritas más jóvenes se hallaban siempre dispuestas a discutir cualquier cosa que se relacionara con mi atuendo, como una parte más de sus principales ocupaciones. No puedo decir que parecieran preocuparse de mi existencia en ningún otro sentido; y, aunque afables en mi compañía con una suerte de cordialidad desapasionada, les resultaba imposible ocultar el gran fastidio que yo les provocaba. En cuanto a la tía, era una mujer asombrosamente tranquila, y creo que me dedicaba la misma atención que al resto de la familia, que era bastante poca. La mayor de las hijas y el propio *Advocate* eran así mis principales amigos, y nuestra confianza se estrechó aún con más placer recíproco. Antes de que se reuniese el tribunal pasamos un día o dos en la mansión de Grange, viviendo con toda liberalidad y una espléndida mesa; fue aquí donde los tres iniciamos nuestros paseos a caballo por el campo, práctica que más tarde mantuvimos en Edimburgo, siempre que las continuas ocupaciones del *Advocate* nos lo permitían. Los estímulos del ejercicio, las dificultades del camino o los accidentes del mal tiempo acabaron por fraguar nuestra buena armonía, con lo que vine a verme liberado de mi timidez; olvidamos que éramos unos extraños, y, dejando de ser una imposición, nuestra charla fluía del modo más natural. Fue entonces cuando les conté, a trozos, mi historia, desde el tiempo en que abandoné Essendean, con mi viaje y la batalla a bordo del *Covenant*, mi huida por los brezales, etc. El interés que les despertaron mis aventuras propició poco tiempo después un recorrido que realizamos un día que no se celebraban sesiones del tribunal; sobre este paseo ahondaré a continuación.

Partimos temprano a caballo y pasamos primero por la mansión de Shaws, que se alzaba sin rastro de humo en la gran extensión de campo cubierto por una limpia escarcha, porque aún era muy temprano. Aquí descabalgó Prestongrange, me dio las riendas de su caballo y entró solo a la casa a visitar a mi tío. Mi corazón, recuerdo, se me inflamó de amargura en el pecho al ver aquella casa desnuda e imaginar dentro al viejo miserable tiritando en su cocina helada.

—Ahí tenéis mi casa —dije— y mi familia.

—¡Pobre David Balfour! —dijo la señorita Grant.

Nunca supe lo que pasó durante aquella visita, pero caben pocas dudas de que resultó muy poco agradable para Ebenezer, porque cuando salió el *Advocate* su rostro aparecía ensombrecido.

—Creo que no tardaréis en ser el verdadero señor de Shaws, Davie —dijo, volviéndose hacia mí a medias, ya con un pie en el estribo.

—No simularé ninguna aflicción —dije; y, a decir verdad, durante su ausencia, la señorita Grant y yo habíamos estado imaginando el embellecimiento del lugar con arboledas, parterres y una terraza, que es en gran medida lo que después hice realmente.

De allí emprendimos el camino de Queensferry, donde Rankeillor nos hizo un recibimiento caluroso, y verdaderamente no cabía en sí ante la visita de un caballero tan importante. El procurador mostró aquí un espontáneo interés lleno de bondad por todos mis asuntos, que estudió detenidamente en el despacho, durante casi dos horas, en compañía del abogado, al que testimonió (según se me dijo) su estima por mí y su solicitud por mi futuro. Durante este tiempo, la señorita Grant y yo, acompañados por el joven Rankeillor, tomamos un bote y pasamos el Hope para ir a Limekilns. Rankeillor se puso totalmente en ridículo (y, para mí, hasta resultó grosero) con sus demostraciones de admiración hacia la joven dama, aunque ella, para mi sorpresa (y quizás por ser una debilidad muy común de su sexo), pareció sentirse un tanto halagada. De algo sirvió, porque cuando alcanzamos la otra orilla, ella le encomendó el cuidado de la barca, mientras nosotros dos nos encaminábamos un poco más adentro hacia el mesón. Era una iniciativa que había tomado ella sola, interesada por lo que yo le había contado de Alison Hastie y deseando conocerla personalmente. Ahora, una vez más, la encontramos sola —supongo que su padre trabajaba todo el día en el campo— y ella, con una reverencia respetuosa, acogió a aquel caballero y a la hermosa y joven dama que llegaba vestida con un traje de montar.

—¿Va a ser ésta toda la bienvenida que vais a darme? —dije, tendiéndole las manos—. ¿Es que ya no os acordáis de los buenos amigos?

—¡Dios me guarde! ¿Qué es lo que veo? —exclamó, y luego—: ¡Dios verdadero! ¡Si es el chico de los harapos!

—El mismo —dije.

—Cuánto tiempo he pensado en vos y en vuestro amigo y cómo me alegra veros con estas ropas tan elegantes —exclamó—. Aunque ya sabía que habíais encontrado a vuestros parientes por el gran regalo que me enviasteis, y que ahora os agradezco de todo corazón.

—¡Eh! —me dijo la señorita Grant—, idos de aquí como un buen chico. No voy a

quedarme aquí de pie para aguantaros la vela, ¡somos ella y yo quienes tenemos que charlar!

Calculo que permaneció diez minutos dentro de la casa, mas cuando salió noté dos cosas: que tenía los ojos enrojecidos y que le faltaba un broche de plata de su pecho. Esto me emocionó.

—No os vi nunca tan engalanada —dije.

—Oh, David, por Dios, ¡no digáis bobadas tan rimbombantes! —dijo, y se mostró más díscola de lo que solía conmigo durante el resto del día.

Era casi de noche cuando llegamos a casa de esta excursión.

Durante un buen tiempo, no supe más de Catriona; la señorita Grant permanecía totalmente impenetrable y cortaba mis preguntas con chanzas.

Por fin, un día que regresaba de un paseo y me encontré solo estudiando francés en el salón, creí notar algo extraño en su aspecto; tenía un color subido, los ojos chispeantes y un amago de sonrisa continuamente reprimida en el rostro. Verdaderamente semejaba el espíritu mismo de la malicia y, moviéndose con pasos agitados por la habitación, en menos de nada me había envuelto en no sé qué disputa sobre una nadería sin que yo, que sepa, hubiera puesto nada de mi parte. Me sentía como alguien en una ciénaga; cuanto más intentaba incorporarme y salir del atolladero, más profundamente me hundía, hasta que al fin la oí declarar, con un empeño rayano en la pasión, que ella no aceptaría nunca de nadie tal respuesta y que yo debía doblarme de rodillas para pedirle perdón.

La arbitrariedad de todo este aspaviento me revolvió la propia bilis.

—Nada os he dicho que podáis tomar en contra vuestra —exclamé— y, en cuanto a ponerme de rodillas, esa es una actitud que reservo a Dios.

—¡Yo quiero que se me sirva como a una diosa! —exclamó ella, sacudiendo sus bucles castaños frente a mí con el rostro encendido—. ¡El hombre que se acerque al vuelo de mi falda tendrá que acostumbrarse a hacerlo así!

—Yo pasaré incluso por pedir os perdón, si es que no expresé convenientemente lo que decía, aunque os juro que no sé por qué —repuse—. Pero para poses de escena os podéis dirigir a otros.

Oh, Davie —dijo—, ¿y tampoco si yo te lo pidiera?

Tuve que reconocer que estaba lidiando con una mujer, que viene a ser lo mismo que decir con un niño, y que se trataba de una cosa puramente formal.

—Creo que esto es una niñería—dije—; no es digno de vos que me lo pidáis, ni de mí obedeceros. Pero, con todo, no os voy a decir que no —dije—. Y que la mancha, si la hubiere, caiga sobre vos.

Y tras decirle esto, me arrodillé.

—¡Así! —exclamó—. Esa es la postura correcta, ¡ahí es donde he estado deseando poner os! —y después, súbitamente—: ¡Tomad! —me dijo, echándome una nota doblada, y

echándose a reír cuando salía corriendo del salón.

El billete no llevaba ni dirección ni fecha. Decía:

«Querido David: Recibo continuamente noticias de vos por mi prima, la señorita Grant, y me es un placer oírlas. Me encuentro bien, en un buen lugar, entre gentes amables, pero obligada a mantenerme totalmente oculta, aunque tengo la esperanza de que al fin podamos encontrarnos de nuevo. He sabido todas vuestras demostraciones de amistad por medio de mi afectuosa prima, que nos quiere a ambos. Ella me hace enviaros este escrito que redacto en su presencia. Quisiera pedirlos que hagáis todo lo que ella os encomiende; y os queda amiga afectuosa, Catriona Macgregor-Drummond.

P.S. ¿No iréis a visitar a mi prima, Allardyce?»

Creo que no debo contar como la menos ardua de mis campañas (como dicen los militares) el haber llevado a cabo lo que se me pedía, dirigiéndome sin titubeos a la casa cercana a Dean. Pero la anciana señora estaba ahora enteramente cambiada y suave como un guante. No pude nunca adivinar por qué medios pudo la señorita Grant conseguir este cambio; sí sé, al menos, que ella no se atrevía a aparecer públicamente relacionada con este asunto, en el que ya estaba su papá tan profundamente comprometido. Ciertamente, fue él quien persuadió a Catriona para que abandonara o, más bien, para que no volviera a la casa de su prima, y la había instalado con una familia de Gregorys, gentes honorables a la entera disposición del *Advocate* y con quienes ella misma podía tener más confianza por ser de su propio clan y familia. Aquí se la mantuvo oculta hasta que todo estuvo a punto, la animaron y ayudaron en la liberación de su padre y después que fue sacada de la prisión se la recibió nuevamente con el mismo secreto. Así obtuvo y empleó Prestongrange su instrumento, sin que dejara filtrar jamás el menor indicio de su relación con la hija de James More. Hubo, naturalmente, algunos comentarios en torno a la evasión de aquel difamado personaje, pero la réplica del gobierno fue enérgica: uno de los carceleros fue hecho azotar, el teniente de la guardia (mi pobre amigo, Duncansby) fue rebajado de su rango; y, en cuanto a Catriona, todos los hombres se congratularon de que se tendiera un velo sobre el asunto.

Nunca pude conseguir que la señorita Grant le llevara una respuesta.

—No —decía ante mi insistencia—. No dejaré que los grandes pies entren en el plato.

Esto se me hacía aún menos llevadero, sabiendo que ella veía a mi pequeña amiga muchas veces en la semana y que le llevaba noticias mías cuando yo (como ella solía decir) «me había comportado». Al fin, condescendió en darme lo que llamó una recompensa, que yo más bien imaginaba como una burla más. Era, sin duda, una amiga autoritaria, casi cruel con los que amaba, y, entre éstos, tenía en primer lugar a una mujer de la nobleza, anciana, frágil, muy atolondrada e ingeniosa, que habitaba uno de los últimos pisos de un alto inmueble en una calle muy estrecha; allí tenía una nidada de pardillos en una jaula y la casa estaba todo el día abarrotada de visitantes. A la señorita Grant le encantaba llevarme allí y que entretuviera a su amiga con los relatos de mis penas; y la señorita Tibbie Ramsay (que ése era su nombre) era particularmente amable y me hablaba extensamente de sus valiosos conocimientos sobre los usos, las gentes y sucesos del pasado de Escocia. Deberé añadir que desde su cámara, y merced a la claridad de un tragaluz enrejado que no distaba más de

tres pies de la ventana, pues tal era la angostura de la calleja, era posible ver el portal de la casa de enfrente.

Junto a esta ventana, con algún pretexto, me dejó la señorita Grant un día a solas con Miss Ramsay. Me pareció que la dama estaba distraída y un poco preocupada. También yo me sentía muy incómodo, pues la ventana, de forma contraria a la costumbre, había sido dejada abierta y el día era frío. Y, súbitamente, la voz de la señorita Grant llegó a mis oídos, como si me hablara de lejos.

—Aquí, Shaws —gritaba—, salid a la ventana y ved lo que os he traído.

Creo que fue la más hermosa visión que jamás pude tener. Encuadrado por las fachadas deslucidas y negruzcas, el fondo de la calleja aparecía bañado de luz, de forma que uno podía ver con claridad, y allí, bajo el tragaluz enrejado, vi dos rostros que sonreían mirándome, el de la señorita Grant y el de Catriona.

—¡En! —decía la señorita Grant—. He querido que os viera engalanado como la muchacha de Limekilns. Quería que ella viera lo que puedo hacer de vos cuando me empeño a conciencia en mi trabajo.

Caí en la cuenta de que ella se había mostrado este día más interesada que de ordinario en mi atuendo; y creo que otro tanto de lo mismo es lo que había hecho con Catriona. Pues la señorita Grant, una dama tan llena de alegría y sensibilidad, se desvivía sorprendentemente por los trapos.

—¡Catriona! —fue lo único que pude articular.

Ella ni siquiera movió los labios; sólo saludaba agitando su mano y me sonreía y, tan rápidamente como habían aparecido, desapareció de la claridad del tragaluz.

Apenas desaparecida esta visión, bajé corriendo a la puerta de la casa, pero la encontré cerrada; subí de nuevo a buscar a la señorita Ramsay, pidiéndole la llave a gritos, pero igual me hubiera valido dar voces a una piedra. Ella había empeñado su palabra, dijo, y yo debía ser un buen chico. No era posible echar la puerta abajo, aun en el caso de que hubiera habido alguna forma; no podía saltar desde la ventana, con siete pisos por debajo de mí. Todo lo que pude hacer fue sacar medio cuerpo de la ventana y acechar su reaparición en los portales. No había mucho que ver, pues sólo se distinguían los puntos de sus dos cabezas, cada una sobre grotescas faldas en forma de bobinas, como un par de alfileres hundidos en almohadones. Ni siquiera Catriona me dirigió una mirada de despedida; pues la señorita Grant (como supe más tarde) le había impedido mirar diciéndole que las personas pierden mucho cuando se las ve desde arriba.

En el camino a casa, una vez en libertad, reproché a la señorita Grant su intransigencia.

—Siento que os hayáis enojado —dijo hipócritamente—. Por mi parte, me he sentido muy complacida. Teníais mejor apariencia de lo que me había temido; parecíais (si esto no os sirve de presunción) un joven sumamente guapo cuando os dejasteis ver en la ventana. Tenéis que recordar que ella no os podía ver los pies —dijo como si quisiera tranquilizarme.

—¡Oh! —exclamé—, dejad en paz mis pies, no son más grandes que los de mi vecino.

—Hasta son más pequeños que algunos —dijo—, pero yo hablo en parábolas, como los profetas de la Biblia⁵¹.

—Por eso no me sorprende que los lapidaran de vez en cuando —dije—, pero vos, miserable muchacha, ¿cómo habéis podido hacer esto? ¿Cómo habéis tenido corazón para hacerme sufrir este suplicio de Tántalo⁵²?

El amor es como la gente —repuso ella—: necesita ser alimentado.

—Oh, Barbara, dejadme verla como es debido —rogué—; vos podéis hacerlo. Vos la veis cuando os place; concededme media hora.

—¿Quién dirige este asunto amoroso, vos o yo? —me preguntó; y como yo no cedí en mis súplicas, adoptó un procedimiento implacable, el de remedar mi tono de voz cada vez que yo pronunciaba el nombre de Catriona; con lo que, ciertamente, me mantuvo a raya durante los días que siguieron.

No se oyó la menor palabra referente al memorial, o, al menos, yo no oí ninguna. Prestongrange y su excelencia el *Lord President* puede que supieran algo (imagino) e hicieran oídos sordos; en cualquier caso, ellos se lo guardaron para sí y públicamente no se supo nada; y cuando llegó el momento, el 8 de noviembre, en medio de una prodigiosa tormenta de viento y lluvia, el desgraciado James de Glens fue puntualmente ahorcado en Lettermore, cerca de Ballachulish.

¡Ese fue el resultado final de mis esfuerzos! ¡Otros inocentes han perecido antes que James y no dejarán de perecer (a despecho de nuestra sabiduría) otros hasta el final de los tiempos. Y hasta el final de los tiempos, la gente joven (que no han experimentado aún la doblez de la vida y de los hombres) se resistirán como yo, y tomarán decisiones heroicas y arrostrarán infinitos riesgos; y la corriente de los acontecimientos, echándolos a un lado, continuará su curso, como marchan los escuadrones. James fue colgado; y aquí estaba yo viviendo en la casa de Prestongrange, lleno de agradecimiento por sus paternales atenciones. Fue colgado; y ¡ved!, cuando me tropecé con el señor Simón por la calle, no pude menos de quitarme el sombrero ante él como un buen chico delante de su dómene. Había sido ahorcado por fraude y violencia, y el mundo no había alterado su marcha tan siquiera en lo equivalente al peso de un penique; ¡y los villanos de aquel horrible complot eran bondadosos, respetables y honrados padres de familia que iban a la iglesia y recibían la comunión!

Pero yo había recibido mi lección de ese oficio detestable que ellos llaman política —la había podido ver por detrás, con toda la osamenta y su negrura al descubierto—; y me curé de por vida de toda tentación de tomar parte en ella de nuevo. El camino que ambicionaba seguir era un camino simple, sosegado, discreto, al abrigo de todos los peligros que

51 «Les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden.» (Mt 13,13.)

52 Tántalo, rey de Frigia o de Lidia según la mitología griega, habiendo sido invitado a comer con los dioses, les robó el néctar y la ambrosía para dárselos a probar a los mortales; más tarde redondeó su crimen invitando a los dioses y dándoles a comer a su propio hijo Pélope. «listas atrocidades le valieron a Tántalo el ser arrojado al Tártaro (la sombría cárcel de los que habían cometido crímenes contra los dioses), donde, en el centro de un lago, rodeado por árboles con toda clase de frutos, vive devorado por una sed y un hambre que jamás puede satisfacer, pues agua y frutos se alejan tan pronto como su boca quiere alcanzarlos» (Guirand, *Mitología general*). El suplicio de Tántalo ha quedado como símbolo de la frustración constante de las esperanzas e ilusiones del hombre cuando está a punto de conseguirlas.

podieran amenazar mi cabeza, y que preservara mi conciencia de los senderos de la tentación. Pues, considerándolo luego retrospectivamente, comprendí que después de todo mi conducta no había sido tan sublime, sino que, con todo aquel ingente derroche de grandes discursos y abultados preliminares, no había llegado a nada.

El 25 del mismo mes se esperaba la llegada de un barco procedente de Leith; y en un momento se me recomendó hacer mis maletas para viajar a Leyden. Naturalmente, no podía decir nada a Prestongrange, después de haber permanecido tanto tiempo de gorrón en su casa y a su mesa. Pero sí abrí mi corazón a su hija, lamentando ante ella mi destino, que me obligaba a despedirme de mi país, y dándole mi palabra de que, si no me propiciaba una despedida con Catriona, me negaría a embarcar en el último momento.

—¿No os di aún mi aviso? —preguntó.

—Ya sé que me lo habéis dado —repuse;— y sé también cuánto os debo y que estoy obligado a obedecer vuestras órdenes. Pero debéis reconocer que sois a veces una muchacha un tanto demasiado jubilosa como para confiar a ciegas en vos.

—Entonces, os diré —me dijo—: Estad a bordo desde las nueve de la mañana; el barco no zarpa hasta la una; tened a punto vuestro bote; y si aún no quedáis complacido con los adioses que yo os mande, podréis volver a tierra y buscar vos mismo a Catriona.

Como no pude conseguir más de ella, me tuve que dar por satisfecho con lo que me ofrecía.

Llegaba, por fin, el día en que deberíamos separarnos. Nuestra amistad se había hecho muy profunda y familiar; le debía mucho; y cómo nos separaríamos era algo que me quitaba el sueño. Tal como se lo quitaba a los sirvientes la espera de la propina que yo iba a darles. Sabía que ella me consideraba excesivamente tímido, y abrigaba ahora la intención de quitarle esa idea de la cabeza. Además, tras tantas muestras y (supongo) sentimientos de afecto por parte de una y otro, parecería frío un adiós demasiado ceremonioso. En consecuencia, hice acopio de valor, tuve mi frase lista y, en una ocasión que parecía ser ya la última que estaríamos solos, le pedí con harta osadía que me permitiera abrazarla en nuestro adiós.

—Sois sorprendentemente olvidadizo, señor Balfour —me dijo—. No puedo recordar que os haya dado alguna vez nada que os dé derecho a abusar de nuestra relación.

Me quedé de pie ante ella como el péndulo de un reloj parado, sin saber qué pensar y menos qué decir, cuando, de pronto, me echó los brazos al cuello y me besó con la mejor voluntad del mundo.

—¡Sois el chiquillo de siempre! —exclamó—. ¿Creísteis que iba a permitir que nos despidiéramos como extraños? Porque no puedo nunca mantenerme serio delante de vos durante cinco minutos, no debéis imaginaros que no os quiera muy mucho: ¡cariño y risa van a la par cada vez que os pongo los ojos encima! Y ahora, para completar vuestra educación, os daré un consejo del que tendréis necesidad dentro de poco. Nunca preguntéis a una mujer, su respuesta, siempre, deberá ser «No». Le falta a Dios por hacer la muchacha que pueda resistir la tentación. Esta pretenden los teólogos que fue la maldición echada sobre Eva; y porque no dijo ¡no! cuando el diablo ofreció la manzana, sus hijas no pueden decir otra cosa.

—Puesto que debo perder tan pronto mi preciosa maestra... —empecé a decir.

—¡Vaya!, qué galante —dijo con una reverencia. —Os haría una sola pregunta —seguí diciendo—, ¿puedo pedir a una muchacha que se case conmigo?

—¿Creéis que sin eso no podríais casaros con ella? —preguntó—. ¿O que de otra forma, ella misma os lo pediría?

—Bien veis que no podéis permanecer seria.

—Seré muy seria en una cosa, David —dijo—: siempre seré vuestra amiga.

Cuando a la mañana siguiente subí a mi caballo, las cuatro damas permanecieron en aquel mismo ventanal desde el que un día miramos a Catriona, y todas me dijeron adiós y agitaban sus pañuelos mientras me iba alejando. Yo sabía que al menos una de las cuatro quedaba verdaderamente triste; y, pensando en ello y cómo había llegado a esa puerta por primera vez tres meses antes, la tristeza y la gratitud se aunaron en mi espíritu.

Segunda parte
PADRE E HIJA

XXL. El viaje a Holanda

El barco estaba anclado bastante fuera del muelle de Leith, de suerte que todos los pasajeros debíamos llegar hasta él por medio de esquifes. Esta circunstancia no resultaba demasiado molesta, ya que el día, muy frío y nublado, estaba completamente en calma, con una profunda y cambiante bruma flotando sobre la superficie del agua. Mientras me acercaba, el casco del navío permanecía totalmente oculto, pero sus altos palos se erguían orgullosos y resplandecientes en medio del cielo como la llama vacilante de un fuego. El barco resultó ser un mercante espacioso y cómodo, pero con la proa algo hundida y cargado en exceso de sal, salmón salado y finas medias de lino blanco con destino a Holanda. A mi llegada a bordo, fui recibido por el capitán—un tal Sang, de Lesmahago, según creo—, viejo lobo de mar cordial y amistoso, pero demasiado ocupado en ese momento. El resto de los pasajeros aún no había llegado, de manera que pude pasear libremente sobre cubierta, contemplando el panorama, mientras me preguntaba en qué consistiría esa despedida que se me había prometido.

Edimburgo y Pentland Hills brillaban ante mí sumergidas en una especie de vaho luminoso, coronado aquí y allá por jirones de nubes; de Leith no alcanzaba a ver más que las puntas de las chimeneas, y en la superficie del agua, donde reposaba la bruma, no se veía absolutamente nada. Procedente de esta niebla oí, poco después, un chapoteo cadencioso de remos y, al instante, (como emergiendo del humo de un fuego) apareció un bote. Sentado en la escota de popa se encontraba un hombre de aspecto grave y a su lado una esbelta y delicada figura femenina, cuya visión dejó mi corazón en suspenso. Apenas tuve tiempo para recobrar el aliento y prepararme para recibirla, cuando ya ella ponía pie sobre la cubierta; sonriendo le dediqué mi mejor reverencia, bastante más distinguida ahora que algunos meses atrás cuando la saludé por primera vez. Ciertamente ambos habíamos experimentado un gran cambio: ella parecía haber crecido como un joven y bello árbol. Mostraba ahora una especie de reserva que la favorecía; como si se viese a sí misma más favorablemente y se sintiese completamente mujer; por otra parte, parecía que sobre ambos hubiese actuado la mano de un mago, y, si la señorita Grant no había logrado hacernos distinguidos, cuando menos nos había convertido en elegantes.

La misma exclamación, casi con las mismas palabras, brotó de nuestros labios; ambos creíamos que el otro había venido a despedirse por cortesía, pero al instante descubrimos que íbamos a navegar juntos.

—Oh, ¿por qué no me lo dijo Baby? —exclamó, e inmediatamente recordó que había recibido una carta con la condición de no abrirla hasta encontrarse a bordo. Dentro había una nota para mí, que decía así:

«QUERIDO DAVIE: ¿Qué pensasteis de mi despedida? ¿Y qué os parece vuestra compañera de viaje? ¿La habéis besado o le habéis pedido autorización? Pensaba firmar aquí, pero encontraríais ambiguo el significado de mi pregunta y, por lo que a mí respecta, "conozco la respuesta". Así pues, añado algunos buenos consejos. No seáis demasiado tímido y, ¡por amor de Dios!, no intentéis ser demasiado audaz, nada os conviene menos.

Vuestra afectuosa amiga y consejera BARBARA GRANT.»

Por cortesía, escribí unas palabras de respuesta en una hoja arrancada de mi cuaderno de notas, las puse con otros garabatos de Catriona, lacré todo con mi nuevo sello con las armas de Balfour y lo envié con el criado de Prestongrange, que todavía esperaba en mi bote.

Entonces nos miramos largamente y luego, bajo un común impulso, estrechamos nuestras manos de nuevo.

—¡Catriona! —exclamé, y toda mi elocuencia quedó reducida a esa única palabra.

—¿Estáis contento de verme de nuevo? —preguntó.

—Contento es una palabra insuficiente. Pero nosotros somos demasiado amigos para hacer frases tan inútiles.

—¿No es la mejor muchacha del mundo? —exclamó, de nuevo—. No he conocido nunca una joven tan bella y tan honesta.

—Y, sin embargo —repuse—, a ella le importa tanto Appin como un troncho de berza.

—Ah, pero nunca lo ha ocultado —dijo Catriona—, y además, ese nombre y noble linaje de la sangre bastaron para que me acogiese y fuese tan buena conmigo.

—No —contesté—, y me gustaría deciros por qué ha sido así. Existen en el mundo toda clase de caras. La de Barbara, por ejemplo, cualquiera que la ve la admira y la considera una muchacha hermosa, buena y alegre. Vuestro rostro es completamente diferente —hasta hoy no he sabido realmente cuánto—. Vos no podéis veros y por ello no acertáis a comprenderlo, pero ha sido por la dulzura de vuestro rostro por lo que ella os acogió con tanta bondad. Y cualquiera en el mundo haría lo mismo.

—¿Cualquiera?

—Todo ser vivo —repliqué.

—¡Ah!, entonces por eso me acogieron los soldados del castillo —exclamó.

—Veo que Barbara os ha enseñado a burlaros de mí.

—Ella me ha enseñado mucho más que eso. Me ha enseñado innumerables cosas referidas a David... Todo lo malo de él, y lo poco que por aquí y por allá no es tan malo —añadió sonriendo—. Me ha contado todo del señor David, excepto que viajaba en este mismo

barco. Y a propósito, ¿por qué partís?

Se lo expliqué.

—Bien —dijo—, estaremos juntos varios días y, después, supongo que adiós para siempre. Yo voy a reunirme con mi padre en un lugar llamado Helvoetsluys, y desde allí viajaremos a Francia, al exilio junto a nuestro jefe.

No pude responder más que un «Oh», porque el nombre de James More se resistía a salir de mis labios.

Ella se dio cuenta de mi actitud y adivinó parte de mis pensamientos.

—Antes que nada debo decirles algo, David —comenzó—. Creo que dos de mis parientes no han obrado demasiado bien con vos. Uno de ellos es James More, mi padre, y el otro el señor de Prestongrange. Prestongrange se habrá disculpado por sí mismo o su hija lo habrá hecho en su lugar. En nombre de James More, mi padre, tengo esto que decirles: él es un honesto soldado y un auténtico caballero *highlander*; cayó en prisión cargado de cadenas y sabed que nunca sospeché lo que ellos pretendían, porque si hubiese sabido que causaba un perjuicio a un joven caballero como vos, habría preferido antes la muerte... Por lo que más améis, os pido que perdonéis a mi padre y a su familia por este error.

—Catriona —repuse—, se trata de un error que no me preocupa conocer. Sé solamente una cosa...: que estuvisteis ante Prestongrange y suplicasteis por mi vida de rodillas. ¡Oh!, bien sé que fuisteis para salvar a vuestro padre, pero una vez allí también pedisteis por mí. Y ante eso, no sé que decir. Hay dos cosas que no acabo de explicarme: una, que os llamarais mi pequeña amiga, y la otra, el hecho mismo de que hayáis suplicado por mi vida. Después de esto, entre nosotros nunca más habrá palabras de perdón o de ofensa.

Luego permanecemos en silencio. Catriona miraba hacia el puente y yo la contemplaba a ella; antes de que volviésemos a pronunciar palabra, una ligera brisa comenzó a soplar del noroeste, las velas se desplegaron y levamos anclas.

Además de nosotros dos, otros seis viajeros completaban el pasaje. Tres eran ricos comerciantes de Leith, Kirkcaldy y Dundee, asociados en un mismo negocio en la Alta Alemania. El resto lo componían un holandés que regresaba a su país y las dignas esposas de dos de los comerciantes, a una de las cuales había sido especialmente encomendada Catriona. La señora Gebbie, tal era su nombre, estuvo, por fortuna, mareada durante gran parte del viaje, por lo que permanecía tumbada día y noche. Catriona y yo éramos, además, los únicos jóvenes a bordo del *Rose*, excepción hecha de un pálido muchacho que se ocupaba de mi antiguo trabajo de atender la mesa; esta circunstancia nos permitió entregarnos, con entera libertad, a nosotros mismos. Incluso en la mesa nuestros asientos se encontraban juntos, de manera que podía servirla con un extraordinario placer por mi parte y, en cubierta, solía preparar con mi abrigo un cálido acomodo para ella. El tiempo era especialmente bueno para la estación que corría, los días y las noches se sucedían claros y helados, y la brisa se mantuvo suave y regular, de manera que ni una vela se movió durante toda la travesía del Mar del Norte. Salvo los escasos momentos en que paseábamos de arriba a abajo para entrar en calor, permanecíamos sentados en cubierta desde el primer destello del sol hasta las ocho o las nueve de la noche, en que sobre nosotros comenzaban a aparecer las primeras estrellas. A veces, los comerciantes o el capitán Sang, nos lanzaban

una ojeada y sonreían o intercambiaban con nosotros unas pocas palabras y se alejaban dejándonos solos de nuevo; sin embargo, la mayor parte del viaje la pasaron conversando sobre sus arenques, encajes y ropas, o haciendo cálculos sobre la lentitud de la travesía, con lo que nos dejaban a solas con nuestros propios asuntos, que a nadie concernían salvo a nosotros mismos.

Al principio, nos sentíamos sumamente ingeniosos y con múltiples cosas que contarnos; yo me esforzaba por comportarme como todo un galán y ella (según creo) intentaba representar el papel de una mujer experimentada. Sin embargo, pronto nuestro comportamiento se hizo más franco. Por mi parte, dejé de lado mi afectado y pulcro inglés (o lo poco que había de él) y olvidé las obsequiosas reverencias de Edimburgo; y ella, por la suya, se entregó a una dulce familiaridad. Al mismo tiempo nuestras conversaciones parecieron decaer, sin que por ello disminuyese el placer de estar juntos. A veces me contaba cuentos de vieja, de los que conocía una gran cantidad, algunos de los cuales procedían de mi pelirrojo amigo Neil. Catriona los narraba muy bellamente, como bellos eran sus pueriles cuentos, pero mi verdadero placer consistía en oír su voz y pensar que estos relatos eran para mí. En ocasiones permanecíamos sentados totalmente en silencio, sin intercambiar siquiera una mirada, disfrutando únicamente con la dulce sensación de nuestra cercanía. A este respecto he de decir que hablo sólo por mí mismo, porque en ningún momento me pregunté lo que ella podía sentir; ni me atreví, por temor, a preguntarme cuál era la verdadera naturaleza de mis sentimientos. Ahora, sin embargo, ya no tengo que hacer ningún secreto de ello, ni ante mí mismo, ni ante el lector: estaba completamente enamorado. A veces, contemplándola a contraluz, me daba cuenta de que ella había crecido repentinamente, de tal manera que resplandecía de salud, vivacidad y alegría; su andar era como el de un cervatillo y su talle se asemejaba al abedul de las montañas. No deseaba otra cosa que sentarme junto a ella en cubierta, y he de reconocer que en este tiempo apenas dediqué dos pensamientos al futuro; contento con lo que ofrecía el presente, no me preocupaba de lo que sucedería después; sólo que a veces me sentía tentado de tomar su mano y retenerla entre las mías, pero era demasiado avaro de la felicidad que poseía como para arriesgarla al azar.

Habitualmente nuestras conversaciones giraban sobre ambos o sobre uno de los dos, de manera que si alguien se hubiese molestado en escucharnos, habría pensado que éramos los mayores egoístas del mundo. Un día, dedicados a esta ocupación, hablábamos de los amigos y de la amistad, y recuerdo que, ensimismados en nuestra charla, nos sentíamos como flotando en el viento. Alabábamos la belleza de la amistad, de la que apenas habíamos intuido nada hasta ahora, e insistíamos en que la amistad renueva la existencia y otras mil cosas que han repetido desde las creación del mundo todas las jóvenes parejas en parecidas circunstancias. Después comentamos el hecho singular de que cuando dos amigos vuelven a encontrarse es como si renacieran el uno para el otro, aunque ambos, cada uno por su lado, hubiesen perdido su tiempo con otras gentes.

—Ese no es, de ninguna manera, mi caso —dijo ella—. Podría contaros mi vida en tres palabras. Al fin y al cabo no soy más que una chiquilla. ¿Y qué es lo que puede haberle ocurrido a una chiquilla? Sin embargo, en el año 45 marché con mi clan. Los hombres partían con espadas y mosquetes, y algunos de ellos en brigadas llevando la misma clase de tartán. Allí había caballeros del Low Country con sus colonos a caballo, sonaban las trompetas y había un gran concierto de gaitas de guerra. Yo trotaba en un pequeño poney

de las *Highlands* a la derecha de mi padre, James More, y del propio Gengyle. Recuerdo también algo hermoso: una vez Gengyle me besó en la mejilla, porque (dijo) «parienta, tú eres la única dama del clan que ha venido con nosotros». ¡Y yo no era más que una chiquilla de doce años! Vi también al Príncipe Carlos, con sus ojos azules. ¡Qué bello era! Me dio a besar su mano ante todo su ejército. ¡Oh, fue un hermoso día! Pero todo pasó como un sueño, que vislumbré un instante, y después desperté. Como vos sabéis, después vinieron los malos momentos; cuando los casacas rojas ocuparon el país, mi padre y mis tíos hubieron de huir a las montañas y yo me vi obligada a llevarles comida en mitad de la noche, o al amanecer, antes de que cantasen los gallos. ¡Oh, sí!, he tenido que andar muchas veces en la noche, mientras el corazón me saltaba en el pecho por miedo a la oscuridad... Es extraño, pero en todo ese tiempo jamás tropecé con un fantasma, aunque, según dicen, nunca atacan a las doncellas. A continuación ocurrió el matrimonio de mi tío, y eso fue lo más terrible de todo. Jean Kay era el nombre de la dama, y me retuvo con ella en su habitación aquella noche, en Inversnaid, en que, siguiendo las viejas tradiciones, la alejamos de sus amigos. Quería y no quería; un instante, deseaba casarse con Rob, y al siguiente, afirmaba que no sería suya por nada del mundo. Nunca he visto mujer más indecisa; seguramente todo su ser decía a la vez sí y no. Claro que ella era viuda y yo jamás he podido creer en la bondad de una viuda.

—Catriona—la interrumpí—. ¿Qué es lo que os hace pensar así?

—No sé —respondió—, sólo os digo lo que siento... Pero casarse con un hombre joven, ¡uf! De todas formas era asunto suyo, y ella se casó con mi tío Robin; durante algún tiempo fue una buena compañera para él, pero después se aburrió o encontró a sus amigos y se la llevaron; el caso es que al final huyó y volvió con su familia, diciendo que la habíamos arrojado al lago y... Bueno, no os diré más, pero desde ese día no aprecio demasiado a las mujeres. Por último, mi padre fue hecho prisionero y el resto vos lo sabéis tan bien como yo.

—¿Y durante ese tiempo no habéis hecho amigos? —pregunté.

—No —repuso—, he conocido a dos o tres chicas de las montañas, pero no puedo llamarlas amigas.

—Pues mi historia es bien simple —dije—, no he tenido un sólo amigo hasta encontraros a vos.

—¿Y el valeroso señor Stewart?

—Oh, sí, me había olvidado de él, pero es un hombre y esto es muy diferente.

—Sí, muy diferente.

—Bueno —añadí—, aún hay otro amigo más. Alguien a quien una vez consideré mi amigo, pero después pude comprobar que estaba equivocado.

Catriona me preguntó que quién era ella.

—Se trataba de un muchacho —respondí—. Eramos los mejores alumnos de la escuela de mi padre y creíamos sentir recíprocamente un profundo cariño. Bueno, llegó un momento en que fue a Glasgow, a casa de un comerciante, un primo suyo residente en la ciudad. Me escribió dos o tres veces, después hizo nuevos amigos, yo continué escribiéndole hasta el

aburrimiento, pero no respondió. ¡Ah, Catriona, me llevó mucho tiempo perdonar esto a la vida! Nada hay más amargo que perder un falso amigo.

Como ambos sentíamos un profundo interés por los asuntos del otro, ella comenzó a preguntarme sobre el aspecto y el carácter de mi falso amigo, hasta que al fin, ¡en mala hora!, recordé las cartas que me había escrito y fui a buscarlas a mi camarote.

—Aquí están sus cartas —dije, al volver—, las tuyas y todas las que he recibido a lo largo de mi vida. Es lo último que puedo contar de mí mismo. El resto lo conocéis tan bien como yo.

—¿Me permitiríais leerlas? —preguntó.

La contesté que sí, *si deseaba tomarse tal molestia*; y entonces me rogó que la dejara sola para leerlas de principio a fin. Pues bien, en el paquete que le entregué se encontraban no sólo las cartas de mi imaginario amigo, sino también una o dos del señor Campbell, cuando se hallaba en la ciudad asistiendo a la Asamblea⁵³, y, completando todo lo que me había sido escrito, unas palabras de la propia Catriona, y las dos cartas que había recibido de la señorita Grant, la primera cuando me encontraba en el Bass, y la segunda recibida a bordo del barco. Respecto a esta última no tuve, en ese momento, ninguna preocupación especial.

Me sentía tan subyugado por mi amiga, que apenas me importaba lo que hacía, ni si me encontraba o no en su presencia. Estaba como poseído por una especie de sublime fiebre que bullía día y noche en mi pecho, tanto despierto como dormido. Así, tras llegar al extremo de la proa, que saltaba chapoteando entre las olas, sentí menos deseos de volver de lo que se podría imaginar y más bien prolongaba mi ausencia como una variante de placer. No creo ser, por naturaleza, un epicúreo, pero hasta el momento había tenido tan pocos momentos felices en mi vida que estoy firmemente convencido de ser excusado por insistir en éstos con exceso.

Al volver y contemplar la frialdad con que me devolvió el paquete de cartas, tuve la dolorosa impresión de que algo se había roto entre nosotros.

—¿Las habéis leído? —pregunté, y creo que mi voz no sonó demasiado natural, pues estaba dando vueltas en mi cabeza a lo que podría haberla molestado.

—¿Teníais la intención de que las leyera todas? —dijo.

—Sí —contesté, con un hilo de voz.

—¿La última también?

Comprendí lo que ocurría, pero me resistí a mentirla.

—Os las di todas sin segunda intención —repuse—; suponía que, efectivamente, las leeríais. No veo ningún mal en ello.

—Vos y yo somos diferentes en eso —replicó—, y agradezco a Dios esa diferencia. No es una carta para mostrármela. No es siquiera adecuada para ser escrita.

—Me parece que habláis de vuestra amiga Barbara Grant.

53 Alude a la *General Assembly*, que es el más alto tribunal eclesiástico de la iglesia presbiteriana de Escocia.

—Nada hay más amargo que perder un falso amigo —replicó, repitiendo mi propia expresión.

—Creo que, a veces, lo falso es la misma amistad —la increpé—. ¡Qué clase de justicia es ésta! ¡Reprocharme unas pocas palabras que una cabeza loca ha escrito en un papel! Conocéis el respeto con que me he conducido... y así será en el futuro.

—No obstante, me habéis mostrado esa carta —añadió—. No quiero tales amigos. Señor Balfour, puedo estar muy bien sin ellos..., o sin vos.

—¡Linda muestra de gratitud la vuestra!

—Yo os estoy muy agradecida —contestó—, pero os pediría que tomarais vuestras... cartas.

La palabra parecía resistirse a salir de sus labios como si fuera un juramento.

—No tendréis que repetírmelo dos veces —repuse, y recogiendo el paquete avancé unos pasos hacia adelante y lo arrojé con todas mis fuerzas al mar. En esos momentos yo mismo me habría arrojado tras él.

Pasé el resto del día paseando arriba y abajo, enfurecido. Puede haber nombres tan malos, pero no peores, que los que le dediqué en mi fuero interno antes de que cayera el sol. Todo lo que había oído acerca del orgullo *highlander* quedaba pequeño ante esta muchacha (casi una niña) que se enfurecía por tan mínima alusión, y eso con su mejor amiga, a quien no dejaba de ensalzar ante mí. Tuve para ella los más duros, amargos y sarcásticos pensamientos. Si la hubiese besado (me decía a mí mismo), quizás todo hubiese marchado perfectamente bien, y, sin embargo, había adoptado tan ridícula actitud simplemente por aquella nota escrita con cierto tono de burla. Decididamente, en el sexo femenino debía de existir un defecto de entendimiento, que haría llorar a los propios ángeles ante el triste destino de los hombres.

De nuevo volvimos a estar juntos en la cena, ¡pero qué cambio! Se mostraba agria como la leche cortada, y su cara era totalmente inexpresiva como una muñeca de madera. ¡La habría golpeado con furia o me habría arrojado a sus pies! Pero no me dio la menor ocasión de hacer ninguna de las dos cosas. Para colmo, nada más acabar la cena, dedicó toda su atención a la señora Gebbie, a quien, hasta el momento, había tenido totalmente abandonada. Sin embargo, pareció interesada en recuperar el tiempo perdido y en el resto de la travesía se convirtió en asidua compañera de la vieja dama, mientras que en cubierta comenzó a dedicar al capitán Sang más atención de la que parecía conveniente. No es que el capitán dejase de mostrarse digno y paternal, pero detestaba verla en la más mínima familiaridad con cualquiera que no fuera yo.

En resumen, estuvo tan diligente para evitarme y supo mantenerse tan constantemente rodeada de personas, que hube de vigilar largo tiempo antes de tener mi oportunidad, y cuando ésta se presentó, apenas la aproveché, como se verá a continuación:

—No veo en qué puedo haberos ofendido —comencé—, pero si ha sido así, supongo que siempre podréis perdonarme. ¡Ah!, intentad perdonarme.

—Nada tengo que perdonaros —respondió, con palabras que parecían salir a borbotones de sus labios—. Os estoy muy agradecida por vuestra amistad —e intentó alejarse,

haciéndome la octava parte de una reverencia.

Pero yo me había preparado de antemano para decir alguna cosa más e iba a decirla pese a todo.

—Sólo una palabra más —añadí—. Si os he escandalizado al mostraros esa carta, eso no puede afectar a la señorita Grant. Ella no os escribió a vos, sino a este pobre y vulgar muchacho, que debía haber tenido el buen sentido de no enseñaros la carta. Si quisierais disculparme...

—En cualquier caso, os advierto que no quiero que me volváis a hablar de esa joven —repuso Catriona—. Es a ella a quien no deseo volver a ver, ni en su lecho de muerte.

Se volvió de espaldas a mí, pero al instante se dio la vuelta y exclamó:

—¿Queréis jurarme que no habéis estado jamás en relaciones con ella?

—Naturalmente —dije—, y pese a ello, no seré nunca tan injusto con ella ni tan ingrato.

Y ahora el que se alejó fui yo.

XXII. *Helvoetsluys*

Al final de la travesía el tiempo empeoró considerablemente; el viento silbó en el cordaje, el mar se encrespó, y el barco comenzó a crujir y a balancearse entre las olas. El ruido de la sonda no cesó un instante mientras cruzábamos continuos bancos de arena. Por fin, hacia las nueve de la mañana, en una aclarada entre dos chaparrones, brilló repentinamente el sol de invierno y avisté por primera vez las costas de Holanda: una línea de molinos de viento girando sus aspas impulsadas por la brisa. Era la primera ocasión que veía estos desmadejados artefactos y tuve la clara sensación de hallarme en el extranjero, en un mundo y una existencia totalmente nuevos. Soltamos el ancla hacia las once y media, fuera del puerto de Helvoetsluys, en un lugar donde a veces rompía el oleaje, haciendo cabecear violentamente nuestro barco. Todos los pasajeros, a excepción de la señora Gebbie, estábamos en cubierta, arropados. Unos con sus propios abrigos, otros con las lonas del barco y aferrados todos a las jarcias, bromeando sobre la mejor imitación que podíamos hacer de viejos lobos de mar.

A los pocos instantes un bote, avanzando hacia atrás como los cangrejos, se acercó penosamente a nuestro costado y el patrón saludó a nuestro capitán en holandés. Entonces el capitán Sang se volvió, con aire turbado, hacia Catriona, y como todos la rodeábamos, nos pudimos enterar de la dificultad que existía. El *Rose* tenía como destino el puerto de Rotterdam, donde el resto de los pasajeros estaban impacientes por llegar, a causa de un transporte que debían enviar esa misma tarde hacia la Alta Alemania. Gracias a la casi tormenta de viento que soplaba, el capitán (si no se perdía tiempo) se declaró capaz de asegurar el envío. Ahora bien, James More había citado a su hija en Helvoet, y el capitán se había comprometido a hacer escala en este puerto y dejar a la pasajera (siguiendo la costumbre) en un bote que la llevaría a tierra. Allí, efectivamente, estaba el bote, y Catriona se encontraba lista, pero tanto nuestro capitán como el patrón del bote dudaban

ante el riesgo del mar embravecido; pese a lo cual el primero no parecía dispuesto a retrasarse.

—Señorita Drummond —dijo el capitán Sang—, vuestro padre no se sentirá muy satisfecho si os rompéis una pierna, y eso sin pensar que os podéis ahogar. Aceptad mi consejo —añadió—, continuad con nosotros hasta Rotterdam; desde allí no tendréis más que tomar un pasaje en un transbordador para descender el Maes, hasta Brill, y luego una diligencia os devolverá a Helvoet.

Pero Catriona no quería oír hablar de ningún cambio; palidecía al ver la espuma burbujeante, las trombas de agua que a veces saltaban sobre el castillo de proa y el continuo bamboleo del bote entre las olas, pero mantuvo firmemente las órdenes recibidas de su padre. «Mi padre, James More, lo ha decidido así», fue su primera palabra y la última. Yo encontraba infundada e incluso absurda la decidida oposición de la joven ante el buen consejo del capitán Sang, pero el hecho es que, para actuar así, ella tenía una muy buena razón que se había cuidado mucho de revelarnos.

A decir verdad los transbordadores y las diligencias son excelentes, sólo que antes hay que pagarlos, y todo lo que ella poseía en el mundo eran exactamente dos chelines y un penique y medio, en moneda inglesa. Ignorantes de su penuria, el capitán y los pasajeros trataban, en vano, de convencerla.

—Pero vos no sabéis nada de francés ni de holandés —dijo uno.

—Eso es totalmente cierto —repuso Catriona—, pero desde el año 46 viven en el extranjero muchos honestos escoceses que me ayudarán, creedlo.

Había tal simplicidad en sus palabras, que algunos no pudieron evitar una sonrisa; otros, mientras tanto, comenzaban a impacientarse y el señor Gebbie estaba verdaderamente enfurecido. En mi opinión, él sabía que su obligación (ya que su esposa había aceptado cuidar de la muchacha) era llevarla a tierra sana y salva, pero de hacerlo así no llegaría a tiempo para enviar su cargamento y creo que trataba de acallar su conciencia a voces. Por fin, desbordado por la ira, se dirigió al capitán Sang diciéndole a gritos que su conducta era vergonzosa, que intentar abandonar el barco era la muerte segura y que de ninguna manera podíamos abandonar a una inocente doncella en un bote lleno de groseros pescadores holandeses, dejándola a su suerte. Esa era también mi opinión, así que en un aparte con el segundo de abordaje, le pedí que enviase mis maletas a una dirección que conocía en Leyden y me alcé para hacer señas a los pescadores.

—Yo descenderé a tierra con esta joven, capitán Sang —dije—; me es indiferente el camino para llegar a Leyden. Y al mismo tiempo salté al bote con tal mala fortuna que caí sobre dos pescadores y rodé con ellos por la sentina.

Desde el bote la maniobra parecía aún más peligrosa que desde el barco, el cual se elevaba y se hundía ante nosotros, amenazando con hundirnos al cabecear aferrado a su amarra. Comenzaba a pensar que había hecho un negocio de tontos; era sencillamente imposible que Catriona viniese a bordo conmigo y yo iba a desembarcar en Helvoet, solo y sin otra esperanza de recompensa que el placer de abrazar a James More, si tal era mi deseo. Pero no contaba con el coraje de la muchacha. Ella me había visto saltar aparentando escasa excitación (aunque muy real en su interior) y, por supuesto, no estaba dispuesta a dejarse

vencer por su desechado amigo. Había subido a la borda y se mantenía allí aferrada a un cabo; el viento azotaba sus faldas, lo que hacía la empresa aún más peligrosa y, a la vez, nos permitía contemplar sus medias, más allá de lo que consideran conveniente las buenas costumbres.

No perdió un instante, ni dio tiempo a nadie a intervenir si alguien lo hubiera deseado. Yo, de pie al otro lado, extendí los brazos, el barco se balanceó sobre nosotros, el patrón, satisfecho, acercó su bote, no sin riesgo, y Catriona se lanzó al vacío. Me sentí feliz al recibirla en mis brazos y, gracias a los pescadores que nos sujetaron rápidamente, nos libramos de una caída. Durante unos instantes permaneció estrechamente abrazada a mí con ambas manos, respirando agitada y profundamente. Después, como ella continuaba aferrada a mí, nos ayudaron a pasar a nuestro sitio en la popa junto al timonel; el capitán Sang, la tripulación y los pasajeros aplaudían gritando adiós, y el bote puso rumbo a tierra.

Tan pronto como se hubo recuperado, Catriona se soltó bruscamente de mí sin pronunciar palabra. Yo no hice ningún gesto y permanecí en silencio, toda vez que el silbido del viento y la resaca de las olas tampoco daban ocasión de hablar; nuestra tripulación no sólo avanzaba con gran esfuerzo, sino que también lo hacía con gran lentitud, de manera que el *Rose* pudo levar anclas y alejarse antes de que nosotros llegásemos a la boca del puerto.

Nada más llegar a aguas tranquilas, el patrón detuvo el bote y, de acuerdo con las estúpidas costumbres holandesas, nos reclamó el precio del pasaje. El individuo pedía dos florines por cada pasajero —entre tres y cuatro chelines en moneda inglesa—. Al oír esto, Catriona comenzó a gritar con grandes muestras de agitación. Según dijo, había preguntado al capitán Sang y el pasaje costaba alrededor de un chelín inglés.

—Creíais que iba a subir a bordo sin preguntar antes —exclamó.

El patrón respondió en una jerga en la que sólo los juramentos eran en inglés y todo lo demás en holandés, hasta que al fin (viéndola al borde del llanto) deslicé en la mano de aquel bribón seis chelines, tras lo cual se vio obligado a aceptar de ella el otro chelín, sin más protestas. Me sentía irritado y avergonzado; sin duda me gusta la gente ahorrativa, pero no lograba entender tal apasionamiento, y creo que empleé un tono bastante frío para preguntarle, una vez que el bote reanudó la marcha, por el lugar donde estaba citada con su padre.

—Debo informarme en casa de un tal Sprott, un honrado comerciante escocés —respondió, y al mismo tiempo añadió—: Deseo daros las gracias... Sois un gran amigo para mí.

—Habrá tiempo para eso cuando os entregue a vuestro padre —repuse, sin saber muy bien lo que decía—; además, podré contarle una bella historia acerca de una hija leal.

—Oh, no creo ser una joven leal —exclamó con gesto apenado—, no creo que mi corazón sea sincero.

—Sin embargo, muy pocos habrían dado ese salto, y todo por obedecer las órdenes de un padre.

—No puedo permitir que penséis eso de mí —replicó—. ¿Cómo podía haberme quedado atrás cuando vos habíais hecho lo mismo antes? Y, además, no era esa la única razón.

A continuación, enrojando hasta la raíz de los cabellos, me contó con toda sinceridad su pobreza.

—¡Dios nos guíe! —exclamé—. ¿Qué clase de estúpido comportamiento es éste, haceros venir a Europa con la bolsa vacía? Me parece poco decente, nada decente.

—Olvidáis que James More, mi padre, es un caballero pobre —dijo—, un pobre exiliado.

—Tengo entendido, sin embargo, que no todos vuestros amigos son pobres exiliados —repuse—. ¿Creéis que es honesto por su parte preocuparse tan poco de vos? ¿Era una actitud honesta conmigo? ¿O con la señorita Grant, que os aconsejó que partierais y que se volvería loca si os pudiera oír? ¿Es honesto, incluso, con esos Gregory con los cuales habéis vivido y que os han tratado tan cariñosamente? ¡Gracias a Dios que habéis caído en mis manos! Suponed que encontráis a vuestro padre impedido por un accidente. ¿Qué sería de vos aquí, abandonada en un país extranjero? Me asusto sólo de pensarlo.

—Es que les he mentado a todos —replicó—. Les dije que tenía dinero suficiente, se lo dije incluso a ella. No quería humillar a James More.

Más tarde descubrí que aquel hombre era merecedor de que le humillaran hasta el fango, porque la mentira partía originariamente del padre y no de la hija, quien se veía obligada a perseverar en el engaño para mantener la reputación de tal individuo. Sin embargo, en aquel momento ignoraba este detalle, y la mera idea de la miseria y los peligros en que habría podido caer casi me hacían perder la razón.

—Bueno, bueno —dije—, esto os enseñará a tener más sentido común.

Momentáneamente dejé sus maletas en un albergue del puerto, donde, gracias a mi recién aprendido francés, conseguí la dirección de la casa de Sprott. Esta se hallaba bastante alejada y, mientras caminábamos hacia allí, pudimos contemplar la ciudad con admiración, porque, efectivamente, allí había mucho que admirar para un escocés: los canales y los árboles aparecían entremezclados con las casas, aisladas las unas de las otras y construidas con bellos ladrillos de color rojizo; en cada puerta se podían ver escalinatas y bancos de mármol azul, y la ciudad toda estaba tan limpia, que casi se habría podido comer en sus calzadas. Cuando llegamos, Sprott se encontraba en casa, ocupado en sus libros, en una habitación de techo bajo, muy sobria y limpia, y adornada con porcelanas y cuadros, además de un globo terráqueo sobre una montura de cobre. Era un hombre de anchas espaldas, mejillas sonrosadas y mirada torcida y penetrante, que no tuvo la delicadeza de ofrecernos un asiento.

—¿Señor, se encuentra James More Macgregor actualmente en Helvoet? —le pregunté.

—No conozco a nadie de ese nombre —respondió, con aire malhumorado.

—Puesto que parecéis necesitar más detalles —insistí—, os plantearé mi pregunta de esta otra manera. ¿Dónde podemos encontrar en Helvoet a un tal James Drummond, alias Macgregor, alias James More, antiguo colono de Inveronachile?

—Señor —repuso—, por lo que sé puede estar en el infierno, y por mi parte ojalá que así sea.

—Esta joven, señor, es la hija de ese caballero —dije entonces— y reconoceréis conmigo que no es muy apropiado dudar de la reputación de su padre en su presencia.

—Nada tengo que tratar con ella, con él o con vos —exclamó con voz ronca.

—Con vuestro permiso, señor Sprott, esta joven ha venido desde Escocia para ver a su padre y, por error, le han dado el nombre de vuestra casa para informarse. Un error, a la vista está, que nos coloca a vos y a mí (que por azar soy su compañero de viaje) en la obligación de ayudar a nuestra compatriota.

—¿Queréis volverme idiota? —gritó—. Os repito que ni le conozco, ni me importa nada de él o de su descendencia. Sabed, además, que ese hombre me debe dinero.

—Es muy posible, señor —repliqué, aún más encolerizado que él—. Pero yo no os debo nada, la joven está bajo mi protección y, en todo caso, no estoy acostumbrado a estos modales, no los encuentro en absoluto de mi agrado.

Diciendo esto, y sin ninguna intención especial, avancé uno o dos pasos hacia su mesa; de esta manera, por un simple y afortunado azar, empleé el único argumento capaz de impresionar al hombre. La sangre abandonó su semblante.

—¡Por amor de Dios, caballero, conteneos! —gritó—. No quería ofenderos. Vedme, soy como un viejo perro guardián que ladra más que muerde. Escuchadme, a primera vista habréis podido creer que soy arrogante y terco, pero... ¡no, no! Sandie Sprott es un muchacho de buen corazón y, además, nunca podríais imaginar los problemas que ese hombre me ha causado.

—Muy bien, señor —repliqué—, en ese caso, abusaré una vez más de vuestra amabilidad y os preguntaré por las últimas noticias que tengáis del señor Drummond.

—A vuestro servicio —respondió—. Por lo que se refiere a la joven (a quien presento mis respetos), él la ha olvidado totalmente. Yo conozco a ese individuo y me ha hecho perder mucho dinero antes de ahora. No piensa más que en sí mismo: clan, rey o hija, los mandaría a todos a paseo si con ello consigue llenar su panza. El hecho es que trabajamos juntos en un negocio que, según creo, acabará por costar caro a Sandie Sprott. En fin, podría decir que ese hombre es mi socio y, pese a ello, no tengo la menor idea del lugar donde puede encontrarse. Puede regresar aquí esta misma mañana como puedo estar un año sin saber de él. Nada me sorprendería de él. Lo único que podría sorprenderme sería que me devolviese mi dinero. Ved en qué situación me encuentro y, claro está, no tengo la menor intención de ocuparme de esta joven, como vos decís. Ella no puede quedarse aquí, eso es seguro. ¡Dios mío, señor!, soy soltero y, si la recojo, es más que probable que esa fiera del infierno intente casarme con ella cuando regrese.

—¡Basta ya! —exclamé—. Llevaré a esta joven con mejores amigos. Dadme tinta, papel y pluma, y dejaré aquí la dirección de mi corresponsal en Leyden para que se la entreguéis a James More. No tendrá más que dirigirse a mí para saber dónde está su hija.

Mientras escribía esta dirección, el señor Sprott se ofreció voluntariamente para ocuparse de las maletas de la señorita Drummond y enviárselas, e incluso se ofreció a mandar a alguien para que las recogiese en la posada. Para esta gestión le adelanté un dólar o dos, y él me dio un recibo por esta suma. A continuación (llevando del brazo a Catriona) ambos

abandonamos la casa de tan desagradable personaje. Durante toda la escena, ella no había pronunciado palabra, dejándome decidir y hablar por ella. Yo, por mi parte, había tenido buen cuidado de no mirarla una sola vez, temeroso de humillarla, e incluso ahora, aunque mi corazón rebosaba todavía de vergüenza y cólera, intentaba aparentar tranquilidad.

—Ahora —dije—, volveremos a esa posada donde se puede hablar francés, comeremos algo, y nos informaremos de los medios de transporte para Rotterdam. No estaré tranquilo hasta haberos devuelto sana y salva a las manos de la señora Gebbie.

—Supongo que así habrá de ser —repuso Catriona—, aunque si eso ha de agradar a alguien no creo que sea ella. Y os recordaré de nuevo que sólo tengo un chelín y algo de calderilla.

—Os recordaré también que es una suerte que yo haya venido con vos —contesté.

—No he dejado de pensar eso en todo este tiempo —repuso, y creí sentir que se apoyaba suavemente en mi brazo—. Vois sois el mejor amigo que he tenido.

XXIII. Viaje a través de Holanda

En cuatro horas de viaje, la diligencia, una especie de carro alargado y provisto de bancos, nos llevó hasta la gran ciudad de Rotterdam. Había oscurecido hacía rato cuando llegamos, pero las calles estaban vivamente iluminadas y repletas de extraños personajes —judíos barbudos, negros y hordas de cortesanas con los más indecentes adornos, que paraban a los marineros sujetándolos por el brazo—, el incesante ruido de las conversaciones hacia que nos diese vueltas la cabeza, y, lo que era más extraño, Catriona y yo no parecíamos más sorprendidos con todos aquellos extranjeros que ellos con nosotros. Ante este espectáculo yo ponía la mejor cara posible, tanto por la muchacha como por amor propio, pero lo cierto es que me sentía como una oveja perdida y mi corazón me golpeaba el pecho con ansiedad. Una o dos veces pregunté por el puerto y por la llegada del *Rose*, pero di con quien sólo hablaba holandés o fallaba mi francés. Entonces nos aventuramos por una calle cualquiera y fuimos a dar a un callejón de casas iluminadas, cuyas puertas y ventanas se encontraban atestadas de mujeres pintarrajeadas que se burlaban y nos empujaban a medida que avanzábamos, hasta el punto que me sentí feliz de no entender su lengua. Poco después desembocamos en un espacio abierto, en las cercanías del puerto.

—¡Lo conseguimos! —exclamé tan pronto como divisé los mástiles—. Paseemos por el puerto y, con toda seguridad, hallaremos alguien que hable inglés e, incluso quizá podamos encontrar el barco.

Nuestra espera no resultó infructuosa, y alrededor de las nueve de la noche nos encontramos en brazos del capitán Sang. Nos dijo que había realizado la travesía en un tiempo increíblemente corto gracias al fuerte viento que había soplado hasta llegar a puerto, lo cual había permitido a sus pasajeros continuar su viaje. Como nos era imposible correr tras los Gebbie hasta la Alta Alemania y no teníamos a nadie a quien recurrir salvo al capitán Sang, nos resultó aún más grato encontrarnos a este hombre amable y deseoso de ayudar. El haría alguna gestión para encontrar una buena familia de mercaderes, donde

Catriona pudiera albergarse hasta que el *Rose* estuviese cargado, tras lo cual prometió que la llevaría de nuevo a Leyden gratis y la entregaría sana y salva en manos del señor Gregory; a continuación nos llevó a una fonda aún abierta, dada la necesidad que teníamos de comer algún alimento. El capitán, como ya he dicho, parecía extraordinariamente amable, pero me sorprendía en gran manera verle incluso alborozado; la causa no iba a tardar en conocerla. Una vez sentados a la mesa, pidió vino del Rin y bebió tan generosamente que, al poco rato, se encontraba totalmente borracho. En esta situación, como suele suceder a todos los hombres y especialmente a los de su dura profesión, desaparecieron de él el poco buen sentido y las buenas maneras que poseía; y comenzó a comportarse de forma tan escandalosa con la joven, burlándose de la poco agraciada figura que había compuesto en la barandilla del barco, que no tuve otra solución que llevarla fuera del lugar.

Ella salió de la fonda estrechamente aferrada a mí.

—¡Llevadme con vos, David! —exclamó—. Protegedme. Con vos no tengo miedo.

—No tenéis motivo, mi pequeña amiga —dije, mientras mi corazón parecía a punto de fundirse en llanto.

—¿Dónde me llevaréis? —preguntó—. ¡Pase lo que pase no me dejéis! ¡No me dejéis nunca!

—Cierto, ¿dónde os estoy llevando? —dije deteniéndome, al darme cuenta de que había estado avanzando a ciegas—. Debo pararme y pensar, pero no os dejaré, Catriona. Que el Señor me abandone igualmente o me castigue aún más rigurosamente si os abandono o contrario.

Como respuesta, ella se aproximó aún más a mí.

—Mirad —dije—, éste es el lugar más tranquilo que podemos encontrar en esta bulliciosa ciudad. Sentémonos aquí, bajo aquel árbol, y recapacitemos en lo que nos conviene hacer.

Aquel árbol (¡cómo podría olvidarlo!) se encontraba muy próximo al puerto. Era una noche totalmente oscura, aunque algunas luces brillaban en las casas y en los silenciosos barcos; a un lado teníamos las luces de la ciudad, de donde se elevaba el zumbido de una multitud que paseaba conversando; al otro estaba la oscuridad y el chapoteo del agua contra el casco de las naves. Extendí mi abrigo sobre un montón de piedras destinadas a la construcción y obligué a Catriona a sentarse allí. Ella, agitada aún por la afrenta que acababa de recibir, hubiera preferido mantenerse asida a mí, pero como necesitaba pensar con entera libertad, la aparté y comencé a pasear de arriba a abajo, a la manera de los contrabandistas, como llamamos nosotros a esta forma de andar; mientras, me estrujaba el cerebro para hallar una solución. En el curso de mis incoherentes reflexiones recordé, de pronto, que con el acaloramiento y las prisas de la huida, habíamos dejado al capitán Sang en la obligación de pagar nuestra comida. Con esto empecé a reír a carcajadas, pensando que el individuo estaba bien servido, y al mismo tiempo, con un movimiento instintivo, llevé la mano al bolsillo donde guardaba el dinero. Supongo que debió ser en el callejón donde las mujeres se burlaban de nosotros, pero, fuese donde fuese, lo único cierto es que mi bolsa había desaparecido.

—¿Habéis encontrado alguna solución? —me preguntó Catriona, viendo que me detenía.

Esta nueva dificultad pareció iluminar mi mente y comprendí que no teníamos alternativa. Nos encontrábamos sin un ochavo, mientras en mi bolsillo se encontraba todavía la letra de cambio para el comerciante de Leyden; y no existía más que un medio para llegar allí, nuestros propios pies.

—Catriona —dije—, sé que sois valiente y os creo fuerte. ¿Podrías caminar unas treinta millas por terreno llano?

En realidad creo que nos encontrábamos a unos dos tercios de esa distancia, pero tal era en aquellos momentos mi noción del espacio.

—David —respondió—, si seguís junto a mí, iré a cualquier lugar y haré cualquier cosa. Me siento desfallecer, pero si no me abandonáis en este horrible país haré cuanto me pidáis.

—¿Incluso partir ahora mismo y caminar toda la noche? —pregunté.

—Cuanto me pidáis —respondió—, y no os preguntaré por qué. He sido una ingrata con vos, ahora haced de mí lo que os plazca. Creo, además, que la señorita Barbara Grant —añadió— es la mejor joven del mundo y, pase lo que pase, no veo por qué habría de rechazaros.

Era como si me hablara en griego o en hebreo, pero yo tenía otras cosas en que pensar y la primera de ellas era cómo salir de la ciudad con dirección a Leyden. El problema no resultó fácil de solucionar, y debían de ser las dos o las tres de la madrugada cuando hallamos nuestro camino. Una vez que dejamos atrás las casas, no había ni luna ni estrellas, y sólo teníamos como guía la blancura del camino en medio de la oscuridad que nos rodeaba a ambos lados. La marcha se hizo aún más difícil porque, poco después, comenzó a caer una terrible helada que, en pocas horas, convirtió el camino en una superficie resbaladiza.

—Bueno, Catriona —dije—, aquí estamos como los hijos del rey y las hijas de las viejas mujeres en vuestros fantásticos cuentos del *Highland*. Pronto estaremos sobre «los siete brezales, las siete cañadas y las siete montañas».

Era una expresión habitual en sus cuentos, que yo había retenido.

—Ah —exclamó—, pero aquí no hay cañadas, ni montañas y, aunque no negaré que los árboles y algún que otro rincón de la llanura son hermosos, nuestro país es aún mejor.

—Me gustaría poder decir lo mismo de nuestros compatriotas —repuse, recordando a Sprott, Sang y quizá, también, a More.

—Jamás me quejaría yo del país de mi amigo —replicó, y puso en sus palabras un acento tan especial que creí ver, incluso, la expresión de su rostro.

Un estremecimiento agitó mi corazón y a punto estuve de dar con mis huesos en el duro hielo.

—No entiendo lo que queréis decir, Catriona —dije cuando me hube recuperado ligeramente—, pero sabed que éste ha sido el mejor día de mi vida. Me avergüenza decirlo cuando os habéis encontrado con tantas desgracias y, sin embargo, éste ha sido el mejor de los días.

—Ha sido un hermoso día en el que me habéis mostrado tanto amor —repuso.

—No obstante, me avergüenzo de sentirme feliz —añadí—, cuando os encontráis aquí, caminando en medio de la noche.

—¿Dónde estaría mejor en todo el ancho mundo? —exclamó—. Me siento a salvo cuando estoy con vos.

—¿Entonces me habéis perdonado?

—¿Acaso no me habéis perdonado vos todo aquel tiempo en que no os permití que me hablarais? En mi corazón no hay sino gratitud. Pero debo ser sincera —añadió, con cierta brusquedad—, jamás perdonaré a esa muchacha.

—¿La señorita Grant, de nuevo? —exclamé—. Vos misma me habéis dicho que es la mejor joven del mundo.

—Lo será, por supuesto. Pero jamás le perdonaré eso. Nunca, nunca podré perdonarla; y no quiero volver a oír hablar de ella.

—Bien —dije—, realmente esto escapa a mi comprensión y me sorprende que podáis consentiros tales niñerías. Es una joven que, para nosotros, ha sido la mejor amiga en toda la faz de la tierra, que nos ha enseñado a vestir y a comportarnos como podría apreciar cualquiera que nos haya conocido antes y después.

Pero Catriona se paró bruscamente en medio del camino.

—¡Eso! —gritó—. Continuad hablando de ella y yo regresaré a la ciudad y sea lo que Dios quiera. Si no, hacedme el favor de hablar de otra cosa.

Ante estas palabras me sentí el ser más desconcertado de este mundo, pero al instante recordé que dependía de mí, que pertenecía al sexo débil y no era más que una niña, y que yo debía tener prudencia por los dos.

—Mi querida niña —repliqué—, esto no tiene ni pies ni cabeza, pero Dios me libre de hacer nada que os sea desagradable. En cuanto a la señorita Grant, no tengo ningún deseo de hablar de ella y, si no me equivoco, sois vos quien ha comenzado. Mi única intención (si os reprendo) es vuestra propia perfección, porque detesto incluso la misma apariencia de injusticia. No estoy en contra de que tengáis un sano orgullo junto a una amable sensibilidad femenina; esas cualidades os favorecen, pero en este caso mostráis ambas en exceso.

—Bien —replicó—. ¿Habéis terminado?

—He terminado —dije.

—Está bien —repuso, y de nuevo continuamos nuestro camino, aunque ahora en silencio.

Era algo fantástico caminar en medio de la noche, viendo únicamente sombras y sin oír otra cosa que nuestros propios pasos. Al principio creí que nuestros corazones estaban animados por un mutuo sentimiento de hostilidad, pero la oscuridad, el frío y el silencio, sólo interrumpido a veces por los gallos y los perros guardianes, acallaron nuestro amor propio; y yo, particularmente, no esperaba más que una ocasión propicia para comenzar a

hablar.

Antes de alumbrar el día cayó una tibia lluvia y la escarcha fue barrida bajo nuestros pies. Le ofrecí mi abrigo e intenté envolverla con él, pero lo rechazó con tono impaciente.

—Naturalmente, no haré tal cosa —repuse—. Soy un joven grande y feo que ha soportado toda clase de climas, y vos no sois más que una tierna doncella. Querida, no podéis avergonzarme de esta manera.

Sin más palabras, permitió que la cubriera con mi abrigo y yo aproveché la oscuridad para dejar mi mano reposando en su hombro, casi abrazándola.

—Debéis ser más paciente conmigo —dije.

Me pareció que ella se apoyaba casi imperceptiblemente contra mi pecho, aunque, quizá, no fue más que mi imaginación.

—Vuestra bondad es inagotable —dijo ella.

Y de nuevo continuamos andando en silencio, pero ahora todo había cambiado y la felicidad que ardía en mi corazón era como el fuego de una gran chimenea.

La lluvia cesó antes de que llegase el día, y era ya una brumosa mañana, cuando entramos en la ciudad de Delft. Las casas, con rojos aguilones, componían un bello cuadro a ambos lados del canal; los sirvientes se afanaban en las calles, lavando y fregando incluso las piedras de la calzada, y el humo de un centenar de chimeneas se elevaba en el cielo. Entonces tuve la evidencia de que había llegado la hora de nuestro desayuno.

—Catriona —dije—, creo que teníais un chelín y algunas monedas en calderilla.

—¿Las queréis? —contestó, mientras me entregaba su bolsa—. ¡Desearía que fueran cinco libras! Pero ¿qué vais a hacer con ellas?

—¿Por qué creéis que hemos andado toda la noche como un par de vagabundos? —respondí—. Sencillamente porque me han robado la bolsa y todo lo que poseía en esa desgraciada ciudad de Rotterdam. Os lo digo ahora, porque creo que lo peor ya ha pasado; pero tenemos todavía un buen trecho hasta el lugar donde puedo conseguir dinero y, si vos no me compráis un poco de pan, creo que voy a desfallecer.

Me miró con los ojos desorbitados por el asombro. A la luz del nuevo día estaba sucia y pálida por la fatiga, y al contemplarla, mi corazón se llenó de piedad y tristeza, pero ella estalló en una sonora carcajada.

—¡Qué horror! —exclamó—. ¡Entonces somos unos mendigos! ¡Vos también! Esto es más de lo que podía desear, y me siento sumamente feliz de poder comprar vuestro desayuno. Me sentiría aún más complacida si tuviese que bailar en las calles para procuraros algo de comer. Supongo que aquí desconocerán nuestras danzas y pagarían por el placer de contemplarlas.

La habría besado por estas palabras, no tanto con sentimientos de amante, sino con admiración, porque nada entusiasma más a un hombre que contemplar a una mujer valiente.

Compramos un poco de leche a una campesina recién llegada a la ciudad y a un panadero un trozo de excelente pan oloroso y caliente, que comimos en el camino. El trayecto entre Delft y La Haya eran exactamente cinco millas por una magnífica avenida sombreada por árboles; a un lado corría un canal, y al otro se extendían excelentes pastos de ganado. Era realmente un bello paraje.

—Y ahora, Davie —dijo Catriona—. ¿Qué vais a hacer conmigo?

—De eso precisamente debemos hablar —repuse—, y cuanto antes mejor. Puedo conseguir dinero en Leyden fácilmente. Pero la cuestión es qué hacer con vos hasta la llegada de vuestro padre. Creo que la pasada noche parecíais poco dispuesta a separaros de mí.

—Era algo más que apariencia —respondió.

—Vois sois una joven doncella, y yo únicamente un jovencuelo. Eso es una seria dificultad. ¿Y qué podemos hacer? A no ser que os hagáis pasar por mi hermana.

—¿Y por qué no? —exclamó—. Si a vos no os importa.

—Ah, claro, me gustaría que así fuera en realidad. Me sentiría un hombre feliz si tuviera una hermana como vos, pero la dificultad estriba en que os llamáis Catriona Drummond.

—Bueno, desde ahora seré Catrine Balfour. ¿Quién lo sabrá? Aquí nadie nos conoce.

—Si os parece conveniente —repuse—, pero no me perdonaría aconsejaros mal.

—David, aquí no tengo amigo alguno sino vos —dijo.

—La verdad es que soy demasiado joven para ser vuestro amigo —contesté—, demasiado joven para aconsejaros, al igual que vos sois demasiado joven para ser aconsejada por mí. Y aunque no veo que podamos hacer otra cosa me sentía en la obligación de advertiroslo.

—No tengo otra elección —replicó—. Mi padre, James More, no se ha comportado demasiado bien conmigo y no es la primera vez que actúa así. He caído en vuestros brazos como un saco de harina y no puedo hacer sino lo que os plazca. Si queréis tenerme con vos, muy bien, y si no... —ella se volvió poniendo sus manos en mi brazo—. ¡Oh, Davie, tengo miedo!

—No temáis, sólo creí que debía advertiros —comencé, y recordando que yo era el único que tenía dinero no quise dar la impresión de ser tacaño—. Catriona —añadí—, no malinterpretéis mis palabras, trato solamente de cumplir mi deber respecto a vos. Heme aquí, en una ciudad extraña, donde la única perspectiva es convertirme en un solitario estudiante, y entonces se me ofrece la fortuna de poder cuidaros como a una hermana; debéis entenderme, yo deseo que os quedéis conmigo.

—Bueno, y yo estoy aquí. Así pues, todo arreglado —repuso.

Sé que debía haber hablado más claro. Sé que, por mi parte, esto era una grave infracción al honor, y me debería sentir afortunado si no lo pagaba demasiado caro. Pero también recordaba que su susceptibilidad se había disparado con la simple alusión a un beso en la carta de Barbara y, ahora que dependía de mí, no habría sabido hablar con más claridad sin hierla. Por otro lado, no veía qué otra cosa podía hacer con ella, y además, creo que la tentación tiraba de mí con demasiada fuerza.

Un poco más allá de La Haya comenzó a cojear e hizo el resto del camino con gran esfuerzo. Dos veces debimos parar para que descansara y en ambas se disculpó cortésmente, diciendo que era la vergüenza del *Highland* y de la raza a la que pertenecía. Su excusa, según decía, era que no estaba acostumbrada a caminar calzada. Quise, entonces, que se quitase sus zapatos y sus medias para continuar descalza, pero me hizo observar que las mujeres del país se mostraban calzadas incluso en las rutas del interior.

—No quiero avergonzar a mi hermano —dijo, e intentó mostrarse animada, aunque su semblante desmentía sus palabras.

Nada más llegar a nuestro destino, encontramos un jardín de fina y limpia arena, un bello lugar con avenidas y arbustos y donde las ramas de los árboles se entretejían sobre nuestras cabezas. Aquí dejé a Catriona y marché solo en busca de mi corresponsal. Llegué a su casa, cobré mi crédito y le rogué que me recomendase un alojamiento tranquilo y decente. Como mis maletas aún no habían llegado, le pedí que se constituyese en mi garantía ante los dueños de la casa, y añadí que estaba acompañado por mi hermana, la cual permanecería algún tiempo conmigo, de manera que me resultaba necesario encontrar dos habitaciones. Hasta aquí todo iba bien, pero por desgracia el señor Balfour en su carta de recomendación se extendía en numerosos detalles, pero no decía una sola palabra de mi hermana. Pude ver cómo mi holandés estaba extraordinariamente receloso y, mirándome por encima de un grueso par de gafas (era un pobre y frágil cuerpo que me recordaba a un conejo enfermo) comenzó un duro interrogatorio.

Aquí fui presa del pánico. Supongamos que acepta mi historia (pensaba), supongamos que invita a mi hermana a su casa y me veo obligado a traerla. Tendríamos un lindo embrollo que desenredar y podría terminar con la deshonra de ambos, la de ella y la mía. Comencé, entonces, a exponerle de forma apresurada el carácter de mi hermana. Era de una disposición tímida y tan temerosa de encontrarse entre desconocidos que la había dejado sola, esperándome en un lugar público. Lanzado por la pendiente de la falsedad, creo que actué como el resto del mundo en las mismas circunstancias, me sumergí en más profundidades de las necesarias y añadí algunos detalles inútiles, en particular sobre la mala salud de la señorita Balfour durante su niñez y la vida retirada que había llevado. En medio de lo cual tuve conciencia de mi comportamiento y enrojecí hasta las orejas.

El viejo caballero, lejos de dejarse engañar, mostró muy pronto el deseo de librarse de mí. Ante todo era un hombre de negocios y, sabiendo que mi dinero era suficientemente bueno, se despreocupó de mi conducta, y fue tan complaciente como para enviar a su hijo conmigo en la búsqueda del alojamiento y servirme de fiador. Esto implicaba la presentación del joven a Catriona. La pobre niña, muy recobrada con el descanso, se comportaba a la perfección. Tomó mi brazo y me daba el nombre de hermano con más naturalidad de lo que yo mismo esperaba. Pero pronto sobrevino una dificultad: creyendo ayudar, ella se mostraba extremadamente amable hacia el joven holandés, de suerte que me vi obligado a aclarar que la señorita Balfour estaba superando su timidez con extrema rapidez. Había, además, otra cosa, la diferencia de idiomas. Yo hablo como en el Low Country, acentuando las palabras, mientras ella empleaba un inglés con la entonación y los vocablos de las montañas y, aunque su tono era agradable, su corrección gramatical era escasa. Para ser hermano y hermana formábamos una desigual pareja, pero el joven holandés era un zopenco, con tan poco espíritu en su cuerpo, que ni siquiera fue capaz de apreciar la belleza de Catriona, lo cual le hizo merecedor de mi desprecio. Por fortuna, una

vez que nos procuró un cobijo sobre nuestras cabezas, nos hizo el gran favor de dejarnos solos.

XXIV. La historia completa de un ejemplar de Heineccius⁵⁴

Nuestro alojamiento se encontraba en el piso alto de una casa que daba al canal. Teníamos dos habitaciones, a la segunda de las cuales se entraba desde la primera, cada una con una chimenea al estilo holandés, y como ambas se encontraban en la misma ala de la casa, podíamos contemplar la misma vista desde las ventanas. En primer lugar se veía la copa de un árbol plantado en un patio debajo de nuestras habitaciones; más allá se divisaba una buena parte del canal y algunas casas de estilo típicamente holandés; y al otro lado se elevaba la aguja de una iglesia donde colgaba toda una batería de campanas que producían una deliciosa melodía, y donde el sol se reflejaba directamente en nuestras habitaciones cuando salía. Una taberna cercana nos proveía de buena comida.

La primera noche, ambos, pero sobre todo ella, nos sentíamos sumamente cansados. Apenas hubo un ligero intercambio de palabras y la envié a su cama en cuanto hubo cenado. Lo primero que hice a la mañana siguiente fue escribir a Sprott para que nos enviase las maletas de Catriona; escribí también unas líneas a Alan, dirigiéndolas a la casa de su jefe, y, una vez despachadas las cartas y listo el desayuno, desperté a Catriona. Me sentí avergonzado cuando ella apareció con su único vestido y el barro del camino en sus medias. Por las pesquisas que había hecho, supe que habrían de pasar varios días antes de que nuestros equipajes llegasen a Leyden, así que resultaba evidente la necesidad de procurarle ropas. Se negó al principio a que hiciese este gasto, pero le recordé que era la hermana de un hombre rico y debía vestir como tal.

Aún no habíamos visitado al segundo de los mercaderes y ya ella se encontraba encantada con este asunto de las compras, y sus ojos brillaban de alegría como dos carbones encendidos. Me satisfacía verla inocente y atareada con este entretenimiento, pero lo más extraordinario era la pasión que yo mismo ponía en ello; me sentía insatisfecho porque no compraba lo suficiente o no era suficientemente atractivo, y no me cansaba de contemplarla con diferentes vestidos. Empezaba a comprender el interés que la señorita Grant ponía en el atuendo, y es que, a decir verdad, cuando se trata de adornar a una bella dama la tarea se convierte en algo igualmente bello. Los vestidos holandeses eran extraordinariamente hermosos y baratos, pero me avergonzaría poner aquí lo que pagué por las medias. En total, gasté tal suma en estos entretenimientos (como prefiero llamarlos), que rehusé gastar más, y, para compensarlo de alguna manera, dejé nuestras habitaciones casi vacías. Teníamos camas, Catriona estaba vestida con cierta elegancia y, además, luz para contemplar la vista; en lo que a mí se refiere estábamos perfectamente alojados.

Concluidas estas compras la dejé a la puerta de la casa con todos nuestros paquetes y salí para dar un largo paseo solitario, durante el cual no dejé de sermonearme. Había acogido bajo mi protección y, por así decirlo, en mi seno a una joven doncella extremadamente hermosa, cuya inocencia ponía en peligro. Mi conversación con el viejo holandés y las

⁵⁴ Se refiere a Johann Gottlieb Heinecke, en latín *Heineccius*, jurisconsulto y filósofo alemán (1681-1741). Fue profesor de la universidad de Halle y consejero del rey de Prusia.

mentiras a las que me había visto obligado me hacían comprender cómo debía parecer mi conducta a los ojos de los demás; y ahora, después de la gran admiración que había demostrado y la prodigalidad con que había realizado mis fútiles compras, comenzaba a comprender que mi conducta había sido demasiado temeraria. Me preguntaba si la habría comprometido de esta manera si hubiese sido mi verdadera hermana; y juzgando el caso insoluble transformaba mi pregunta en esta otra: ¿Pondría la suerte de Catriona en manos de cualquier otro cristiano? La respuesta hacía enrojecer mi rostro. En cualquier caso, el que tanto yo como la joven hubiésemos caído en una situación tan equívoca era razón más que suficiente para comportarme con la más exquisita delicadeza. Ella dependía totalmente de mí en la comida y el alojamiento y, si yo hería su pudor, no tendría dónde cobijarse. Además, yo era su anfitrión y su protector, y en situación tan irregular no tendría excusa alguna si la aprovechaba para iniciar incluso el más honesto de los galanteos, porque, con esta oportunidad que se me ofrecía, hasta la más mínima insinuación de mis sentimientos habría parecido despreciable. Comprendí que debía ser extremadamente reservado en mis relaciones con ella, pero sin exagerar demasiado, pues, si no tenía derecho a comportarme como un enamorado, sí debía actuar con la amabilidad de un anfitrión. Resultaba evidente que iba a necesitar un gran tacto y delicadeza, quizá más de lo que mis pocos años me habían proporcionado. Sin embargo, me había precipitado por un camino que los mismos ángeles evitarían pisar, y para salir de allí no había otro modo que actuar con absoluta rectitud. Establecí, pues, una serie de normas de conducta, pidiendo a Dios fuerzas para perseverar en ellas y, como ayuda humana para el mismo fin, compré un libro de estudios jurídicos. Entonces, como no se me ocurría nada más, abandoné mis serios pensamientos, tras lo cual mi alma bullía en una efervescencia de placer espiritual y, mientras regresaba a casa, me sentía como flotando en el aire. Durante el camino de regreso ni un instante logré apartar de mi mente la palabra hogar y, al imaginarla esperándome entre aquellas cuatro paredes, mi corazón saltaba como si fuera a salirse del pecho.

Mis penas comenzaron nada más llegar. Ella corrió a recibirme sin disimular su alegría. Se había puesto, además, los vestidos nuevos que había comprado para ella; y, como le sentaban mucho mejor de lo que significa la palabra bien, le parecía obligado pasearse a lo largo de la habitación, haciendo reverencias y desplegando sus faldas para que la pudiese admirar. Puedo asegurar que acepté este juego de mala gana y evitando pronunciar palabra.

—Bueno —dijo—, si no os gustan mis vestidos, mirad lo que he hecho con nuestras dos habitaciones. Y me mostró nuestro alojamiento totalmente barrido y con los fuegos encendidos en ambas chimeneas.

Me alegré de esta ocasión para mostrarme algo más severo de lo que realmente me sentía.

—Catriona —dije—, estoy disgustado con vos y a partir de ahora no quiero que volváis a poner la mano en mi habitación. Alguien debe tomar el mando mientras estemos aquí juntos, y creo conveniente que ese alguien sea yo, por ser el hombre y el de mayor edad. Así pues, recordad la orden que os he dado.

Ella me obsequió con una de sus más seductoras reverencias.

—Davie —dijo—, aunque estéis enfadado, yo seguiré siendo amable y educada. Os obedeceré como es mi deber, ya que todo lo que tengo sobre mí os pertenece hasta el último hilo. Pero no os enfadéis demasiado, porque ahora no tengo a nadie más que a vos.

Esta réplica me hirió tan vivamente que, como penitencia, cambié mi actitud y me apresuré a borrar el buen efecto producido por mis anteriores palabras. En esta dirección todo resultaba más fácil, porque no tenía más que dejarme deslizar por la pendiente por la que ella, sonriendo, me precedía. Viéndola iluminada por el fuego, tan dispuesta y tan bella, mi corazón se ablandaba sin poder evitarlo, y así tomamos nuestra cena en medio de una infinita y alegre ternura, sintiéndonos tan unidos que nuestras risas sonaban como una caricia.

En medio de todo esto recordé cuál era mi deber y, murmurando unas torpes palabras de disculpa, me sumergí profundamente en mis estudios. El libro que acababa de comprar era un grueso e instructivo volumen del difunto doctor Heineccius, cuya lectura iba a ocupar gran parte de mi tiempo en los días que siguieron, y durante los cuales a menudo me sentí feliz de que no hubiese nadie para preguntarme sobre lo que leía. Me pareció que ella se enojaba un poco conmigo y no pude evitar sentirme herido. Es cierto que con esta ocupación la dejaba totalmente abandonada, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

El resto de la velada la pasamos sin dirigirnos la palabra.

Me habría pegado a mí mismo. Aquella noche no pude permanecer quieto en mi cama, lleno de rabia y arrepentimiento como estaba; paseé a lo largo y ancho de la habitación hasta que no pude más de frío, porque la chimenea se había apagado y fuera estaba cayendo una terrible helada. El pensamiento de que ella estaba en la habitación contigua, oyéndome quizá caminar, el recuerdo de mi malhumor y la idea de que debía seguir con tan ingrata actitud, me ponían fuera de mí. Estaba como un hombre entre Escila y Caribdis⁵⁵. *¿Qué pensaría de mí?* Tal era el pensamiento que continuamente resquebrajaba mi fortaleza. *¿Qué iba a ser de nosotros?*, me decía por otra parte, y entonces me reafirmaba en mi resolución. Esta fue mi primera noche de insomnio y divididos pensamientos, a la que iban a seguir otras muchas, en las que paseé como un demente, lloré a veces como un niño y recé (así lo espero) como un cristiano.

Pero es fácil rezar y no hay más que practicar. En su presencia, y sobre todo si me había permitido alguna familiaridad, no tenía ningún dominio de lo que podría suceder. Porque sentarme todo el día en la misma habitación con ella y fingirme ocupado en Heineccius era superior a mí. Decidí, entonces, utilizar el recurso de ausentarme lo más posible, asistiendo a clase con regularidad, aunque con una casi total falta de atención, de lo cual, recientemente, encontré un testimonio en un cuaderno de notas de aquella época, donde, en un momento en que dejé de escuchar al docto profesor, había garabateado unos deplorables versos latinos, menos malos de todas formas de lo que yo mismo había creído. Este procedimiento, sin embargo, tenía tantas ventajas como inconvenientes, pues, si bien es cierto que reducía el tiempo de mis sufrimientos, en los momentos restantes la tentación era mucho más viva, ya que, obligada a permanecer sola, ella acogía mi regreso con un fervor y una alegría crecientes que apenas podía resistir. Así me veía obligado a rechazar sus muestras de amistad, hiriéndola con ello de forma tan cruel, que a continuación debía compensarla con algún gesto de ternura. De esta manera pasaba nuestro tiempo, entre riñas y disgustos, que para mí (dicho sea con todos los respetos) constituían una verdadera crucifixión.

55 En la mitología griega: dos monstruos inmortales que acechaban a los navegantes que cruzaban el estrecho de Sicilia. Estar *entre Escila y Caribdis* ha quedado como expresión figurada para indicar la situación de quien no puede evitar un peligro sin caer en otro.

La base de mis preocupaciones era la extraordinaria inocencia de Catriona, ante la cual más que sorpresa sentía piedad y admiración. Parecía no tener conciencia de nuestra situación, ni de mis luchas internas; acogía con sensible alegría cualquier signo de debilidad por mi parte y, cuando retornaba a mi atrincheramiento, no podía disimular su desilusión. Había momentos en los que me decía a mí mismo que, si ella estuviese perdidamente enamorada de mí y pretendiese seducirme, no se comportaría de otra manera; entonces nuevamente me maravillaba de la simplicidad de las mujeres, de las que pensaba (en aquel tiempo) que no eran merecedoras de tener descendencia.

Había un punto en particular, en torno al cual se desarrollaba nuestra guerra: era la cuestión de sus ropas. Mi equipaje no había tardado en llegar a mis manos desde Rotterdam y lo mismo había ocurrido con el suyo desde Helvoet. Por así decirlo, ella tenía ahora dos vestuarios, y nunca podré decir cómo, pero habíamos llegado al entendimiento tácito de que, cuando se sentía amistosa hacia mí, se ponía mis trajes, y si era al contrario, vestía los suyos. Era éste su medio de molestarme y, en cierta forma, de retirarme su gratitud; tal comportamiento me hería en lo más íntimo de mí mismo, aunque, por lo general, era lo bastante juicioso para mostrarme indiferente.

Una vez, sin embargo, no pude evitar caer en una actitud tan infantil como la suya. La cosa sucedió así: regresaba de clase pensando en ella con devoción y un sentimiento en el alma, mezcla de encendido amor y enojo; en pocos instantes el enfado abandonó mi corazón y, viendo en una ventana una de esas flores que los holandeses hacen florecer tempranamente con tanta habilidad, no resistí el impulso de comprarla para Catriona. Ignoraba el nombre de la flor, pero su color era rosa y pensando que agradaría a mi compañera la llevé a casa para ella, con una dulce alegría en el corazón. La había dejado llevando mis trajes, pero a mi vuelta la encontré totalmente cambiada y con una expresión en el rostro a juego con sus ropas. Le lancé una mirada de pies a cabeza, rechiné los dientes y, en un impulso, abrí la ventana violentamente y arrojé la flor al patio. Entonces (luchando entre la rabia y la prudencia) salí de la habitación, dando un portazo tras de mí.

A punto estuve de caer rodando por la escalera, y entonces comencé a volver en mí y a ver la locura de mi conducta. Me dirigí no a la calle como era mi intención, sino al patio de la casa, totalmente desierto, y allí vi mi flor (que me había costado bastante más de lo que valía), colgando de un deshojado árbol. Parado junto al canal, dejé vagar mis ojos sobre el hielo y miré envidioso a las gentes del campo que se deslizaban sobre sus patines. Me sentía incapaz de ver nada fuera del lío en que estaba metido, y no sabía cómo podría regresar a la habitación que acababa de abandonar. No me cabía duda alguna de que ahora había traicionado mis secretos sentimientos; y lo que era peor, al mismo tiempo (con esta actitud tan pueril), había cometido una imperdonable descortesía con mi desamparada huésped.

Supongo que ella debía observarme desde la ventana, ya que al poco rato oí un crujido de pasos sobre la nieve helada, me volví irritado (por la interrupción que no deseaba) y vi a Catriona que se acercaba. Se había cambiado totalmente, hasta las medias.

—¿Vamos a dar nuestro paseo? —preguntó.

La miré perplejo.

—¿Dónde está vuestro broche? —dije.

Ella llevó su mano al pecho y enrojeció.

—Lo habré olvidado —repuso—, pero subiré a buscarlo y entonces podremos pasear ¿verdad?

Había tal tono de súplica en sus últimas palabras y me conmoví de tal modo, que no tuve ni palabras ni voz para expresarlas; lo único que pude hacer fue asentir con la cabeza a manera de respuesta. En cuanto se alejó, salté al árbol, recuperé mi flor y se la ofrecí cuando volvió.

—La compré para vos, Catriona —dije.

Con ayuda de su broche y diría que con ternura, la sujetó en su pecho.

—No me he portado muy bien —añadí, enrojeciendo.

—No me ha molestado, estad seguro —repuso.

No hablamos demasiado este día; ella parecía un poco a la defensiva, aunque sin hostilidad. Y en cuanto a mí, durante el tiempo de nuestro paseo y después, cuando volvimos a casa y vi que ponía la flor en un tiesto con agua, no dejé de pensar en el gran enigma del carácter femenino. En un instante, me decía que sería la cosa más tonta de la tierra si no se había dado cuenta de mi amor, y al siguiente pensaba que lo sabía hacía tiempo y que (siendo una prudente joven, dotada del fino instinto femenino de lo decoroso) ocultaba su descubrimiento.

A diario dábamos nuestro paseo. Fuera, en la calle, me sentía más a salvo, relajaba mis defensas, y por una vez me olvidaba de Heineccius. Estas horas no sólo eran un alivio para mí, sino también un particular placer para mi pobre niña. Cuando se aproximaba este momento, generalmente la encontraba lista y radiante de esperanza. Después intentaba alargar lo más posible el tiempo del paseo y parecía temer tanto como yo la hora del regreso. Rara era la campiña o la orilla cercana a Leyden, y raros eran la calle o el callejón donde no hayamos estado. Fuera de esto, la obligaba a permanecer confinada en nuestro alojamiento, y ello por temor a que tropezase con algún conocido y nuestra situación se complicase aún más. Este mismo temor me impedía dejarla ir a la iglesia ni iba yo mismo, pero, a cambio, hacía algo así como un simulacro de culto en nuestro propio apartamento. Creo que pocas cosas había que me afectaran más que estar allí, arrodillado solo con ella ante Dios, como marido y mujer.

Nevaba fuertemente un día y no creía conveniente aventurarnos fuera de casa, cuando, al volver, tuve la sorpresa de encontrarla lista para nuestro paseo habitual.

—No quiero quedarme sin mi paseo —exclamó—. Nunca os portáis bien dentro de casa, Davie, y sólo os mostráis cariñoso cuando estamos al aire libre. A veces creo que haríamos mejor si nos convirtiésemos en vagabundos y viviésemos en los caminos.

Fue el mejor paseo de cuantos habíamos dado. Ella se apretujaba contra mí bajo la nevada, mientras los copos caían sobre nosotros y se derretían en nuestros rostros; gotas de agua rodaban, como lágrimas, por sus radiantes mejillas hasta sus labios entreabiertos. Esta visión me hizo sentirme fuerte como un gigante y la habría cogido en mis brazos para llevarla al extremo más lejano del mundo. El tiempo transcurrió mientras ambos hablábamos sin parar con una libertad y una dulzura que no sabría explicar.

Era noche cerrada cuando llegamos a la puerta de nuestra casa. Ella apretó mi brazo contra su pecho.

—Gracias por estas horas —dijo con voz helada.

La inquietud que me produjeron estas palabras me hizo ponerme en guardia y, nada más entrar en la habitación y encender la luz, ella se encontró de nuevo, y como era habitual, con el duro semblante del discípulo de Heineccius. Sin duda debió sentirse más herida que de ordinario, yo mismo encontré más difícil mantener mi indiferencia e, incluso, durante la cena, apenas me atreví a sonreír o a levantar mis ojos hacia ella. Nada más terminar, me lancé de nuevo sobre mi libro con tanta aparente atención como escaso aprovechamiento; creía oír mi corazón golpeando en el pecho como un reloj de péndulo y, aunque aparentaba estudiar con toda atención, más allá del libro espiaba furtivamente a Catriona. Estaba sentada en el suelo junto a mi maleta, iluminada por el fuego de la chimenea, con intermitencias de luz y sombras que daban a su rostro un dulce matiz. Por momentos contemplaba el fuego absorta y luego se volvía hacia mí, mirándome; entonces me sentía tan dominado por el terror a mí mismo, que pasaba agitadamente las páginas de mi Heineccius como quien busca el texto de la Biblia en la iglesia.

De repente comenzó a hablar levantando la voz.

—Oh, ¿por qué no vendrá mi padre? —exclamó, deshaciéndose en un torrente de lágrimas.

Salté de mi asiento, lancé el Heineccius directamente al fuego y corrí a su lado, pasando mi brazo en torno a su talle estremecido por los sollozos.

Se volvió hacia mí con brusquedad.

—Vos no amáis a vuestra amiga —gritó—. Podría ser tan feliz si vos me lo permitierais —y añadió—: ¡Oh! ¿Qué os he hecho yo para que me aborrecáis tanto?

—¡Aborreceros! —exclamé, asiéndola firmemente—. ¿Estáis ciega? ¿Es que no veis nada en mi desgraciado corazón? ¿Creéis que cuando me siento ahí, leyendo ese estúpido libro que acabo de quemar y que condenado sea, tengo el más mínimo pensamiento para algo que no seáis vos? Noche tras noche he sufrido al veros ahí sentada con vuestra soledad. ¿Pero qué podía hacer? Estáis bajo mi protección. ¿Queréis castigarme por eso? ¿Por eso despreciáis a un amante servidor?

Al oír esto, ella, con un gesto ligeramente brusco, me abrazó. Yo levanté su cara hacia mí y la besé, entonces inclinó su frente sobre mi pecho, abrazándome estrechamente. Me sentí dominado por el vértigo como un hombre borracho, y en ese instante oí su voz amortiguada por mis propias ropas.

—¿La habéis besado a ella también? —preguntó.

La sorpresa me sobresaltó de tal manera que no pude evitar una sacudida.

—¡La señorita Grant! —exclamé lleno de confusión—. Sí, le pedí un beso de despedida y me lo dio.

—Bueno —dijo—, en cualquier caso, a mí también me habéis besado.

La extraña dulzura de estas palabras me hicieron comprender hasta dónde habíamos caído;

me sobrepuse y la aparte de mí.

—Esto no puede ser —dije—. No puede ser de ninguna manera. ¡Oh, Catrine, Catrine!

Después hubo una pausa en la que no pude pronunciar palabra. Y entonces...

—Marchaos a vuestra cama —dije—, marchaos y dejadme.

Ella me obedeció como un niño, pero al instante me di cuenta de que se hallaba parada ante su puerta.

—Buenas noches, Davie —dijo.

—Buenas noches, mi amor —exclamé y, como en un arrebato de todo mi ser, la abracé de nuevo con tal fuerza que creí que iba a partirla. Un instante después la había empujado fuera de la habitación, había cerrado la puerta con violencia y de nuevo me encontraba solo.

Lo peor había sucedido, la palabra había sido pronunciada y la verdad dicha; en medio de las desgracias de la pobre muchacha me había comportado como un hombre indigno y ella, tan frágil e inocente, estaba a mi merced para su fortuna o su desgracia. ¿Qué defensa me quedaba ahora? Parecía como un símbolo que Heineccius, mi antiguo protector, estuviese quemado y, aunque me sentía arrepentido, en lo más profundo de mi corazón no encontraba fuerzas para censurarme por este gran fracaso. No parecía posible resistir la atracción de su inocencia unida a esta última tentación que habían sido sus lágrimas. Pero todo esto que tenía para excusarme no hacía sino aumentar mi culpa, porque parecía que me había aprovechado de su indefensa naturaleza y de las ventajas de mi posición.

¿Qué iba a ser de nosotros ahora? Estaba claro que no podíamos vivir más tiempo bajo el mismo techo. Pero ¿dónde iría yo? o ¿dónde iría ella? Sin voluntad ni culpa por nuestra parte, la vida había conspirado para llevarnos a tan difícil situación. Entonces tuve la idea de casarme con ella, pero al instante la rechacé con indignación. Era tan sólo una niña que desconocía sus propios sentimientos, y había sorprendido su debilidad y no debía continuar aprovechándose de esta sorpresa; mi deber era mantenerla al abrigo de todo reproche y libre como había venido a mí.

Sentado en el suelo, ante el fuego, reflexionaba arrepentido y me devanaba los sesos buscando, en vano, una solución. Alrededor de las dos de la mañana, cuando ya no quedaban más que tres ascuas encendidas y la casa y la ciudad dormían, percibí un ligero rumor de sollozos en la habitación contigua. Ella, creyéndome dormido, pobrecilla, lamentaba su debilidad —y quizás (Dios la ayude) la calificaba de atrevimiento— y, en plena noche, se consolaba con sus lágrimas. Tiernos y a la vez amargos sentimientos de amor, arrepentimiento y piedad se debatían en mi corazón y me sentí obligado a calmar esos sollozos.

—Oh, intentad perdonarme —grité desde fuera—. Os lo ruego, intentad perdonarme y olvidaos de todo. Intentemos ambos olvidar.

No hubo respuesta, pero los sollozos cesaron. Me quedé largo rato con las manos entrelazadas como las tenía cuando había hablado; luego, el frío de la noche se apoderó de mí con un escalofrío y creo que recuperé la razón.

«Tú no puedes hacer nada, Davie —me dije—, acuéstate como un prudente muchacho, y si puedes duerme. Mañana quizá veas las cosas más claras.»

XXV. El regreso de James More

A la mañana siguiente, cuando apenas había conciliado un tardío y agitado sueño, fui despertado por unos golpes en la puerta; casi desvanecido por la violencia de mis sentimientos, me apresuré a abrir. En el umbral, con un tosco abrigo y un gran sombrero, se encontraba James More.

Quizá debería haberme sentido feliz sin ningún tipo de reservas, porque, en cierto sentido, aquel hombre venía como una respuesta a mis plegarias. Me había repetido hasta la saciedad que Catriona y yo debíamos separarnos y había buscado hasta dolerme la cabeza un posible medio de separación. Pues bien, ese medio estaba aquí, sobre sus dos piernas, y, sin embargo, la alegría era el último de mis sentimientos. Había que considerar de todas formas que, si el futuro se había despejado con la llegada de aquel hombre, sobre el presente se cernían las más negras amenazas, y al darme cuenta que me encontraba ante él en camisa y calzones, salté hacia atrás como alcanzado por una bala.

—Ah —dijo—, por fin le encuentro, señor Balfour —y me tendió una mano grande y elegante que yo estreché con temor, al tiempo que recobraba mi puesto en la puerta, como si tuviera alguna intención de cerrarle el paso—. Es extraordinario cómo nuestros asuntos parecen cruzarse —continuó—. Os debo una disculpa por mi desafortunada intromisión en los vuestros, pero yo también caí en la trampa por mi confianza en el falso rostro de Prestongrange. Yo, que jamás había confiado en los hombres de leyes —y se encogió de hombros con un aire muy francés—. Sin embargo —añadió—, ese hombre es realmente convincente. Y ahora parece ser que os habéis ocupado amablemente de mi hija, y estoy aquí para que me deis su dirección.

—Creo, señor —dije con aire angustiado—, que sería necesaria una explicación.

—¿Hay algo que no va bien? —preguntó—. Mi agente Sprott... —¡Por amor de Dios, moderad vuestras voces! —exclamé—. Ella no debe oírnos hasta que hayamos hablado. —¡Ella está aquí! —Esa es la puerta de su habitación —respondí.

—¿Vos estáis solo, aquí, con ella?

—¿Y quién queréis que estuviera con nosotros? —repliqué. Le hago justicia al admitir que palideció.

—Esto es muy extraño —dijo—, es una situación de lo más extraña. Tenéis razón, es preciso que tengamos una explicación.

Diciendo esto, pasó ante mí y debo decir que el viejo granuja parecía en ese momento extraordinariamente digno. Mi habitación estaba por primera vez ante su vista y yo la contemplaba, debo decirlo, como si estuviese viéndola a través de sus ojos. Un rayo de luz matinal se colaba por la ventana resaltando la desnudez del cuarto; mi cama, mis maletas, una palangana con alguna ropa en desorden y la chimenea apagada eran cuanto se podía

ver en aquel alojamiento, el más miserable e inadecuado que se pueda concebir para una joven dama. Al mismo tiempo me vinieron a la mente los vestidos que había comprado y vi que este contraste entre pobreza y prodigalidad daba una mala apariencia.

Una vez dentro, James More buscó con la vista por toda la habitación un sitio donde sentarse y, como no encontrara otra cosa para su propósito que mi cama, tomó asiento en un extremo de la misma, de manera que, tras haber cerrado la puerta, no pude evitar sentarme junto a él. Para que esta extraordinaria entrevista llegase a su fin era necesario que tuviese lugar sin despertar a Catriona, para lo cual debíamos estar cerca el uno del otro y hablar en voz muy baja. Podría pintar la singular pareja que formábamos: él, con su grueso abrigo, sumamente oportuno si se piensa en el frío de mi habitación, y yo tiritando en camisa y calzón; él con todo el aire de un juez, y yo (por no hablar de mi aspecto) con los mismos sentimientos de un hombre que ha oído las trompetas del juicio final.

—¿Y bien? —comenzó él.

—Bien —repetí yo, pero me sentí incapaz de proseguir.

—¿Vos decís que ella está aquí? —dijo de nuevo, pero ahora con una pizca de impaciencia que pareció animarme.

—Se encuentra en esta casa —contesté—, y reconozco que esta circunstancia puede parecer incorrecta. Pero vos debéis saber que todo este asunto ha sido incorrecto desde el principio. He aquí una joven desembarcada en las costas de Europa con dos chelines y un penique y medio. Ella se dirige a ese hombre, Sprott de Helvoet, a quien acabáis de llamar vuestro agente, y que, a la sola mención de vuestro nombre, comienza a jurar y a maldecir, de tal manera que incluso hube de pagarle sus honorarios de mi propio bolsillo para que se ocupase de los efectos de ella. Habláis vos de circunstancias incorrectas, señor Drummond, si deseáis que os llame así, pero yo diría más bien que es una barbaridad exponer a una joven a tales circunstancias.

—Sin embargo, hay algo que no logro comprender —replicó James—. Mi hija estaba al cuidado de personas responsables, cuyo nombre no recuerdo.

—Gebbie era el hombre —repuse—, y no hay duda de que el señor Gebbie debía haber desembarcado con ella en Helvoet; pero no lo hizo, señor Drummond, y creo que podéis dar gracias al cielo de que yo estuviera allí para reemplazarle.

—Ese señor Gebbie tendrá noticias mías en breve —exclamó él—. En cuanto a vos, creo que se os podría haber ocurrido que sois demasiado joven para tan gran responsabilidad.

—Sin embargo no debéis olvidar que la elección no era entre algún otro o yo, sino entre yo o nadie. Y nadie se ofreció a reemplazarme, pese a lo cual no parece que estéis demasiado agradecido.

—Esperaré hasta conocer cuál es exactamente la gratitud que os debo en todo este asunto —respondió.

—Me parece que salta a la vista —dije—. Vuestra hija se hallaba abandonada en medio de Europa con dos chelines en el bolsillo y sin conocer ni una sola palabra de ninguna de las lenguas que se hablan aquí. ¡Linda situación! Yo la he traído hasta aquí, le he dado el nombre y la ternura debida a una hermana, todo lo cual no ha dejado de ocasionarme algún

gasto, pero eso no quiero ni mencionarlo. En suma, la he tratado como una dama merecedora de todos mis respetos y sería un bonito negocio si ahora tuviera que cantar sus virtudes a su propio padre.

—Vos sois un joven... —comenzó.

—Eso ya lo habéis dicho —le corté con calor.

—Vos sois muy joven —repitió—, o habríais comprendido el sentido de vuestro comportamiento.

—Creo que habláis con demasiada ligereza —exclamé—. ¿Qué otra cosa podía hacer? Es cierto que, quizá, debía de haber contratado a alguna honesta mujer para que una tercera persona estuviese entre nosotros, y declaro que tal idea no se me ha ocurrido hasta ahora. Pero ¿dónde iba a encontrarla siendo un extranjero? Y permitidme añadir, señor Drummond, que eso me habría costado mi buen dinero, porque ese es el punto al que quería llegar. Estoy harto de pagar por vuestra negligencia, y aquí no hay otra historia que el haber sido tan poco cariñoso como negligente para perder a vuestra hija.

—El que vive en una casa de cristal no debe tirar piedras contra su vecino —repuso—. Y, cuando terminemos de examinar la conducta de la señorita Drummond, podremos juzgar la de su padre.

—No adoptaré yo tal actitud —repliqué—. El honor de la señorita Drummond está por encima de toda duda, como su padre debería saber. También el mío, y soy yo quien lo afirma. Así que no hay más que dos caminos para salir de esta situación: uno, que me deis las gracias como haría un caballero a otro y no se pronuncie una palabra más; y otro, si aún no estáis satisfecho, que me paguéis lo que he gastado y cuanto he hecho.

Hizo un gesto con la mano en el aire para calmarme.

—¡Un momento, un momento! —exclamó—. Vais demasiado deprisa, señor Balfour. Debéis aprender a ser más paciente y, además, olvidáis que aún no he visto a mi hija.

Comencé a sentirme mejor tras estas palabras y con el cambio de actitud que observé en aquel hombre tan pronto como la palabra dinero surgió entre nosotros.

—Estoy pensando que sería conveniente (si me disculpáis la descortesía de vestirme en vuestra presencia) que os dejara a solas con ella —dije.

—No esperaba menos de vos —repuso con una marcada cortesía.

Empecé a sentirme más y más tranquilo y, mientras me ponía mis medias, recordé la descarada mendicidad de este hombre ante Prestongrange, así que decidí proseguir con lo que parecía mi victoria.

—Si tenéis la intención de permanecer algún tiempo en Leyden —dije—, esta habitación está totalmente a vuestra disposición. Yo puedo buscar otra para así reducir los gastos de la mudanza, pues seré yo solo quien se cambie.

—Pues bien, señor —dijo, abombando el pecho—, no siento vergüenza de la pobreza a la que he llegado por servir a mi rey, y no debo ocultaros que mis negocios se encuentran lo bastante liados como para que me resulte imposible emprender ningún viaje por el

momento.

—Hasta que tengáis ocasión de comunicaros con vuestros amigos —añadí—, quizá sería conveniente para vos (y yo naturalmente me sentiría muy honrado) que os considerara mi invitado.

—¡Señor! —exclamó—. Ante tal ofrecimiento, considero un honor aceptarlo. Vuestra mano, señor Balfour; vos tenéis carácter, algo que me merece un gran respeto. Sois de esos, de quienes un caballero puede aceptar un favor sin más palabras acerca del asunto. Estáis ante un viejo soldado —continuó, mirando mi habitación con aire más bien disgustado—, y no debéis temer que os resulte una carga; he comido demasiadas veces en el mismo suelo y he bebido en el mismo sitio sin otro techo sobre mí que la lluvia.

—Os diré —repuse— que habitualmente a esta hora suelen traernos nuestro desayuno de la taberna. Si lo deseáis, bajaré ahora y ordenaré un cubierto para vos y pediré que retrasen la comida una hora, durante la cual podréis hablar con vuestra hija.

—Oh —exclamó—, una hora me parece demasiado, señor Balfour. Media hora bastará e incluso veinte minutos serán suficientes. Y a propósito —añadí—. ¿Qué bebéis por la mañana, cerveza o vino?

—Para seros franco, señor —repuse—, no bebo más que agua clara.

—Bah, bah —dijo—, eso sólo es bueno para enfermaros del estómago. Creed a un viejo trotamundos: el aguardiente de nuestro país es, quizá, lo más sano, pero en su defecto uno se puede contentar con vino del Rin o el Borgoña blanco.

—Veré como os puedo proveer —repuse.

—Muy bien —dijo—, creo que podré hacer un hombre de vos, David.

En este punto, apenas puedo decir que me preocupase en lo más mínimo el singular suegro que tenía ante mí; pese a todo, mi preocupación principal se centraba en su hija y antes de salir decidí advertirla sobre su visita. Me acerqué a su puerta y mientras llamaba, grité:

—Señorita Drummond, vuestro padre, finalmente, ha llegado.

Con esto abandoné la habitación, y pensé que con esas dos palabras perjudicaba seriamente nuestras relaciones.

XXVI. El trío

Si mi conducta fue censurable o más bien merecedora de piedad, deben ser otros quienes lo juzguen, pues mi sagacidad (tan viva en otras ocasiones) parecía abandonarme con las damas. Lo cierto es que, cuando la desperté, mi principal preocupación era el efecto que mis palabras iban a causar en James More; e igualmente, cuando volví a la casa y estuvimos sentados a la mesa, continué tratando a la joven con la misma deferencia y reserva, pensando que esto era lo más prudente. Su padre había dudado de la inocencia de nuestra amistad y me parecía que, en primer lugar, mi deber era disipar tales dudas. Sin

embargo, también merece alguna excusa la actitud que adoptó Catriona. Ambos habíamos tomado parte en una escena de tierna pasión, con caricias recíprocas; yo la había rechazado con violencia, tras lo cual, en medio de la noche, la había llamado a voces de una habitación a la otra. Por su parte, ella había pasado horas de insomnio y lágrimas, y es de suponer que yo no estaba ausente de sus pensamientos en esos momentos. Después de esto, despertarla con una frialdad inusual llamándola señorita Drummond la llevó al error más completo sobre mis más íntimos sentimientos y se sintió tan engañada como para imaginarme arrepentido y deseoso de desembarazarme de ella.

El malentendido que se levantó entre nosotros parecía ser el siguiente: mientras que yo (desde que puse por primera vez mis ojos en el gran sombrero de su padre) no pensaba sino en James More, en su regreso y sus sospechas, ella se manifestaba totalmente indiferente ante esto, y puedo decir que su única preocupación parecía ser lo que había pasado entre nosotros la noche anterior. Tal actitud se explica, en parte, por la inocencia y la audacia de su carácter, y en parte porque James More, habiéndose conducido tan mal en su entrevista conmigo o cerrada su boca por mi invitación, no le había dicho nada al respecto. En consecuencia, nuestras actitudes durante el desayuno fueron bien dispares. Yo esperaba verla con sus propios vestidos y la encontré (como si su padre no estuviera presente) ataviada con los mejores que yo le había comprado; aquellos que ella sabía (o creía saber) que me gustaban más. Esperaba verla imitar mi afectación y comportarse más distante y formal y, por el contrario, la encontré animada y alegre, con sus ojos extremadamente brillantes y con una expresión entre feliz y dolorida, llamándome por mi nombre con una ternura casi suplicante, y tratando de adivinar mis pensamientos y deseos como una esposa preocupada y recelosa.

Pero esto no duró demasiado. Viéndola tan indiferente a sus propios intereses, que yo mismo había comprometido y ahora me esforzaba por salvar, redoblé mi frialdad como una especie de lección para la muchacha. Cuanto más se acercaba ella, más me alejaba yo. Cuanto más mostraba ella lo estrecho de nuestra relación, más estrictamente educado me comportaba yo; incluso su padre (si no hubiese estado tan absorto en su comida), podría haberse dado cuenta de tal contraste. En medio de esta situación, de forma súbita, ella cambió totalmente su comportamiento y me dije a mí mismo que, por fin, había comprendido.

El resto del día lo pasé en clase o buscando mi nuevo alojamiento, y, aunque la hora de nuestro paseo me pareció miserablemente vacía, pese a todo me sentí feliz al ver mi camino despejado: la muchacha bajo el cuidado de la persona adecuada, el padre satisfecho o al menos conforme, y yo libre para proseguir honorablemente mis amores. En la cena, como en todas nuestras comidas, fue James More quien llenó la conversación. Sin duda él hablaba bien, si es que alguien hubiese podido creerle. Pero ya hablaré de él largo y tendido. En cuanto terminamos de comer, se levantó, se puso su gran abrigo y mirándome (o eso creo) dijo que tenía asuntos que resolver. Esto lo tomé como una velada invitación para salir también, y me levanté, pero la muchacha me miró con sus ojos muy abiertos y una expresión que me ordenaba permanecer allí. Me quedé entre ambos, como un pez fuera del agua, mirando a uno y a otro, pero ninguno de los dos parecía verme: ella permanecía con los ojos fijos en el suelo, mientras él abotonaba su abrigo y mi confusión aumentaba. La aparente indiferencia por parte de ella evidenciaba una cólera a punto de estallar. En cuanto a él, pude apreciar síntomas de los más alarmantes. Estaba seguro de que una

tempestad iba a estallar, y considerándome la causa principal, me volví hacia él y me puse (por así decirlo) en sus manos.

—¿Puedo hacer algo por vos, señor Drummond? —pregunté.

El contuvo un bostezo, componiendo un gesto que me pareció un nuevo disimulo.

—¡Pues sí, señor Balfour! —dijo—. Ya que sois tan amable de ofreceros, podríais mostrarme el camino de cierta taberna —de la cual dio el nombre—, donde espero encontrarme con algunos antiguos compañeros de armas.

No había nada más que decir, de manera que tomé mi sombrero y mi abrigo para acompañarle.

—En cuanto a vos —dijo, dirigiéndose a su hija—, lo mejor que podéis hacer es acostaros. Yo volveré tarde y «las chicas guapas que se acuestan y se levantan pronto tienen los ojos más hermosos».

Tras lo cual la besó tiernamente y me llevó hacia la puerta delante de él, cosa que hizo (según creo) con el propósito de impedirme cualquier gesto de despedida. Observé, sin embargo, que ella no me miraba y lo atribuí al miedo que le inspiraba James More.

La taberna se hallaba bastante alejada y durante todo el camino él no dejó de hablar sobre temas por los que yo no sentía ningún interés; una vez en la puerta, me despidió sin contemplaciones. Entonces me dirigí hacia mi nuevo alojamiento, donde ni siquiera tenía una chimenea para calentarme y donde la única compañía eran mis propios pensamientos, aún bastante optimistas. No sospechaba que Catriona pudiese estar indispuesta contra mí; consideraba que estábamos comprometidos y creía que habíamos vivido tan ferviente intimidad y habíamos pronunciado tan definitivas palabras, que era imposible separarnos, y menos que nada por unas simples medidas que nos exigía la prudencia. Mi preocupación era la clase de suegro que iba a tener (tan diferente del que yo hubiese elegido), y pensé que debía hablar rápidamente con él, cuestión bastante espinosa desde diversos puntos de vista. En primer lugar, cuando pensaba en mi excesiva juventud, me sonrojaba hasta las orejas y me sentía tentado de desistir, sólo que si los dejaba marcharse de Leyden sin hablar podría perderla para siempre. En segundo lugar, no debía perder de vista nuestra muy irregular situación y la endeble explicación que había dado a James More esa misma mañana. Conluí, por fin, que esperar no haría ningún daño, siempre que esa espera no se alargase demasiado. Me fui a mi fría cama con el corazón oprimido.

Al día siguiente, como hallé a James More dispuesto a quejarse de mi habitación, le ofrecí completar el mobiliario y, por la tarde, al volver con mozos llevando sillas y mesas, encontré a la muchacha sola una vez más. Ella acogió mi llegada cortésmente, pero se retiró de inmediato a su propia habitación, cerrando la puerta. Hice la distribución, y pagué y despedí a los hombres de manera que ella pudiera oírlos marchar. Suponía que en cuanto los oyera salir aparecería de inmediato. Esperé un rato, y a continuación golpeé su puerta.

—Catriona —dije.

Aún no había terminado de pronunciar su nombre, cuando la puerta se abrió con tal prontitud que ella debía de estar detrás escuchando. Permaneció ante mí totalmente tranquila, pero con una mirada indefinible que reflejaba una amarga inquietud.

—¿Vamos a dar nuestro paseo? —balbucí.

—Os lo agradezco —repuso—, pero no me apetece pasear demasiado, ahora que mi padre ha vuelto a casa.

—Pero creo que él ha salido y os ha dejado sola.

—No me parece que esas sean palabras demasiado amables.

—No lo he dicho con mala intención —repliqué—. ¿Qué os aqueja Catriona? ¿Qué os he hecho para que estéis así conmigo?

—Yo no he cambiado respecto a vos —dijo, pronunciando cada palabra cuidadosamente—, y estaré siempre agradecida a mi amigo que ha sido tan bueno conmigo. Pero ahora que mi padre, James More, ha vuelto, todo es diferente y creo que hay algunas cosas dichas y hechas que sería mejor olvidar. Sin embargo, en lo que a mi respecta, continuaré siendo vuestra amiga y, si esto no es todo lo que..., si no es demasiado... ¡No os preocupéis! Pero no quisiera que me juzgarais demasiado severamente; es cierto que me habéis advertido que era demasiado joven para ser aconsejada por vos, y espero que recordéis que no soy más que una niña. En cualquier caso no quisiera perder vuestra amistad.

Ella estaba muy pálida al comenzar a hablar, pero antes de terminar su rostro había enrojecido, de manera que no sólo sus palabras sino también su cara y el temblor que sacudía sus manos reclamaban de mí un poco de ternura. Viéndola, comprendí por primera vez el inmenso error que había cometido al conducirla a esta situación, en la que había sido atrapada en un momento de debilidad.

—Señorita Drummond —dije, y me paré, pero al instante comencé de nuevo—. Desearía que pudierais leer en mi corazón. Veríais que mi respeto hacia vos no ha disminuido; por el contrario, podría decir que ha aumentado, si ello fuese posible. Pese a todo, éste es el resultado del error que hemos cometido, esto tenía que ocurrir y cuanto menos digamos ahora mejor. Mientras vivamos aquí, os prometo que ni una sola alusión saldrá de mis labios; me gustaría prometeros también que ni siquiera pensaré en ello, de no ser porque se trata de un recuerdo que siempre me será querido. Y, a propósito de amigos, aquí tenéis uno que moriría por vos.

—Os lo agradezco —contestó.

Durante un rato permanecimos en silencio, mientras una amarga tristeza se adueñaba de mi corazón; ante mí estaban todos mis sueños derribados, mi amor perdido, y nuevamente me encontraba solo en el mundo como al principio.

—Bien —dije—, siempre seremos amigos, eso es cierto. Pero esto es también una especie de despedida, porque aunque la señorita Drummond siga siendo mi amiga, aquí digo adiós a mi Catriona.

La miré y, aunque difícilmente podría decir que la veía, durante un instante tuve la ilusión de que crecía y brillaba ante mí. Supongo que debí perder la cabeza, la llamé por su nombre y di un paso hacia ella con las manos extendidas.

Se echó hacia atrás como si la hubiera golpeado, su rostro enrojció, pero la sangre no subió tan rápidamente a sus mejillas como abandonó mi corazón ante este gesto. Me

encontré sin palabras para excusarme, pero hice una profunda reverencia y salí de la casa con la muerte en el alma.

Creo que pasaron unos cinco días seguidos sin ningún cambio. La veía exclusivamente durante las comidas y siempre, claro está, en presencia de James More. Sin embargo, aunque hubiésemos estado solos en algún otro sitio, consideraba mi deber comportarme con la más absoluta reserva y multiplicar las muestras de respeto, porque en mis pensamientos estaba siempre presente la imagen de la joven retrocediendo encendida por el rubor y, ante esto, en mi corazón se elevaba tal sentimiento de piedad, que no podría describirlo con palabras. No necesito repetir que me sentía terriblemente enojado conmigo mismo por mi metedura de pata durante unos instantes y casi el mismo enojo sentía hacia la muchacha, aunque durante accesos pasajeros. Pese a todo, debía admitir que su alegato era justo. Ella no era más que una niña puesta en una situación falsa y, si me había engañado y se había engañado a sí misma, no era porque lo hubiese buscado.

Por otra parte, se encontraba ahora mucho más sola. Su padre, cuando estaba, era bastante cariñoso, pero muy a menudo la abandonaba por sus asuntos y placeres; e, ignorándola sin ningún tipo de remordimientos ni explicaciones, pasaba sus noches en tabernas siempre que tenía dinero, cosa que sucedía con más frecuencia de lo que lograba comprender. Durante esos días hubo una ocasión en que no volvió a comer a casa, con lo cual Catriona y yo debimos, por fin, compartir la mesa solos. Era la cena y me retiré en cuanto terminamos de comer, insinuando que sin duda ella prefería estar sola. Asintió, con tal gesto de indiferencia, que la creí totalmente, pues, además, yo pensaba que la joven me veía como un ser detestable que le recordaba un momento de debilidad que deseaba olvidar. Quedó, pues, en aquella habitación donde habíamos sido tan felices, contemplando los destellos de la chimenea cuya luz había iluminado nuestras dificultades y nuestros momentos de ternura. Ella, en su soledad, debía de sentirse como una desgraciada doncella que, imprudentemente, había ofrecido su cariño y había sido rechazada. Mientras tanto, yo me encontraba lejos (y casi al borde de la cólera) leyéndome la cartilla sobre la humana fragilidad y susceptibilidad del corazón femenino. No pensaba otra cosa, sino que éramos un par de locos haciéndonos mutuamente desdichados por un simple malentendido.

Entretanto, James More apenas nos prestaba atención, como no se la prestaba a nada que no fuera su bolsillo, su barriga o su propia charlatanería. Antes de que transcurrieran doce horas desde su llegada, ya había conseguido de mí un pequeño préstamo, y antes de las treinta me había pedido otro, que yo le había negado. Tanto el dinero como la negativa los había recibido con el mismo aire de buen humor. Sin duda alguna, él adoptaba un aire de aparente magnanimidad, totalmente fuera de lugar, pero de forma tan perfecta, que lograba engañar a su hija; además, la luz bajo la que se presentaba en sus conversaciones armonizaba tan bien con sus grandes modales y su elegante apostura, que cualquiera que no tuviese negocios con él ni estuviese dotado de una gran penetración hubiera resultado totalmente engañado. Para mí, sobre todo desde nuestras dos primeras entrevistas, era como un libro abierto, lo consideraba un perfecto e ingenuo egoísta, y escuchaba sus fanfarronadas (que no eran más que hechos de armas, y «un viejo soldado», o «un pobre caballero *highlander*», o «el poder de mi país y mis amigos») como podía escuchar el parloteo de un papagayo.

Lo extraño, sobre todo, era que él parecía creerse lo que decía, o al menos lo creía a veces; y pienso que era tan redomadamente hipócrita, que casi no sabía cuándo estaba mintiendo,

aunque, al menos en sus momentos de abatimiento, debió de ser completamente sincero. Había veces en que era la persona más callada, afectuosa e incluso pegajosa que se pueda imaginar; en esos instantes tomaba la mano de Catriona como un niño grande y me pedía que no le abandonase si sentía algún aprecio por él. Aprecio que, naturalmente, yo no le tenía y que dedicaba enteramente a su hija. Insistía y nos suplicaba que le entretuviésemos con nuestra charla, cosa realmente difícil por el estado de nuestras relaciones; tras lo cual reanudaba sus quejas y lamentos por su país y sus amigos, o comenzaba a cantar en gaélico.

—Son unos aires melancólicos de mi tierra natal —solía decir—. Os puede parecer extraño ver llorar a un soldado, y con esto os considero casi como mi amigo, pero las notas de estos cantos están en mi sangre y las palabras salen de mi corazón. Cuando recuerdo mis rojas montañas, el canto de sus pájaros silvestres y sus torrentes, no tendría vergüenza de llorar, incluso ante mis enemigos.

Entonces cantaba de nuevo, traduciendo para mí algunos fragmentos de la canción con mucho énfasis y un afectado desprecio por la lengua inglesa.

—Esto quiere decir —añadía— que el sol se está poniendo, la batalla ha terminado y los bravos jefes han sido vencidos. Y dice que ahora las estrellas los ven refugiarse en países extraños o caer muertos en las rojas montañas: ya nunca más lanzarán su grito de guerra, ni bañarán sus pies en los torrentes del valle. Si conocieseis un poco de esta lengua, lloraríais también, porque sus palabras están por encima de cualquier otra expresión y es casi una parodia decíroselas en inglés.

Ciertamente pensaba que, de una forma u otra, había mucho de parodia en todo este asunto, aunque a decir verdad, también debía de existir algún sentimiento verdadero, y por eso creo que aún le detestaba más. Y es que ver a Catriona demasiado preocupada por el viejo bribón, llorando al verle llorar a él, me hería en lo más vivo, pues sabía que la mitad de su congoja se debía a sus libaciones de la noche anterior en cualquier taberna. A veces me sentía tentado de darle una buena suma y verle partir definitivamente, pero esto hubiera supuesto ver partir a Catriona, para lo cual no me sentía preparado y, además, tenía escrúpulos de conciencia en derrochar mi buen dinero con alguien así.

XXVII. Una pareja

Creo que fue alrededor del quinto día. Recuerdo al menos James More se encontraba en uno de sus accesos de melancolía, cuando recibí tres cartas. La primera era de Alan, y en ella me proponía visitarme en Leyden; las otras dos procedían de Escocia y trataban del mismo asunto: la muerte de mi tío y mi acceso completo a todos mis derechos. La de Rankeillor, naturalmente, enfocaba el asunto desde el punto de vista económico; y la de la señorita Grant era como ella misma, más ingeniosa que profunda, y llena de reproches por no haberle escrito, y de alusiones a Catriona, que me molestaba leerlas delante de ella.

Fue, por supuesto, en mis habitaciones donde encontré las cartas cuando acudí a cenar y no oculté mi sorpresa desde el mismo momento en que comencé a leerlas. Los tres acogimos como un agradable entretenimiento la lectura de las mismas, sin saber las tristes

consecuencias que iban a tener. No se puede calificar sino de accidental que trajeran las tres cartas el mismo día y que llegaran a mis manos en la misma habitación en que estaba James More; en cuanto a los sucesos que se derivaron de este accidente y que yo podría haber evitado si hubiese sujetado la lengua, debían estar predestinados desde antes que Agrícola llegara a Escocia o que Abraham⁵⁶ comenzara sus peregrinaciones.

La primera que abrí fue la de Alan, y ¿qué cosa más natural que comentar su intención de visitarme? Observé, sin embargo, que James se incorporaba con aire muy interesado.

—¿No es Alan Breck a quien se consideraba sospechoso en el accidente de Appin? —inquirió.

Yo le respondí que, efectivamente, era el mismo, y entonces me impidió abrir las otras cartas y comenzó a preguntarme sobre nuestra relación, sobre el género de vida que Alan llevaba en Francia, del cual yo sabía muy poco, y, por último, sobre su proyectada visita.

—Todos nosotros, los proscritos, tenemos mucho en común —explicó—, y además conozco a ese caballero; aunque su linaje no sea ahora la cuestión, él no tiene verdadero derecho a utilizar el nombre de Stewart; pero, ciertamente, fue muy admirado en el día de Drumossie. Se portó como un auténtico soldado y si otros, que no necesito nombrar, se hubiesen comportado tan bravamente, el resultado no sería tan penoso de recordar. Ambos hicimos lo mejor ese día y eso creó un lazo de amistad entre nosotros.

Casi no pude contenerme y a punto estuve de sacarle la lengua en sus propias narices. En ese momento me hubiese gustado que Alan estuviera presente para pedirle explicaciones más profundas acerca de la alusión a su nacimiento.

Entretanto, había abierto la carta de la señorita Grant y no pude evitar una exclamación.

—¡Catriona! —grité, olvidándome por primera vez desde la llegada de su padre de dirigirme a ella ceremoniosamente—. Por fin he entrado en posesión de mis dominios. Soy señor de Shaws. Mi tío ha muerto por fin.

Ella saltó de su asiento dando palmadas de alegría, pero inmediatamente ambos caímos en que ni uno ni otro tenía causa alguna para alegrarse y permanecimos frente a frente contemplándonos con tristeza.

James, sin embargo, se mostró como un perfecto hipócrita.

—Hija mía —exclamó—. ¿Así es como mi prima os ha enseñado a comportaros? David acaba de perder un pariente cercano y, en primer lugar, debemos presentarle nuestra condolencia por esta pérdida.

—A decir verdad, señor —repuse, volviéndome hacia él casi enojado—, soy incapaz de tales disimulos; y la muerte de mi tío es una de las mejores noticias que he recibido jamás.

56 *Agrícola*: Cneo Julio Agrícola, general romano (40-93 a. J.C.). Fue enviado a Bretaña y terminó la conquista de la isla.

Abraham: Patriarca hebreo, del que descienden los israelitas. Estando en Jarán de Mesopotamia recibió el mandato de Dios de abandonar su país. Desde entonces llevó una vida seminómada. La historia de Abraham está relatada en el *Génesis*, caps. 12-25.

—Una filosofía digna de un soldado —repuso James—. Ese es el destino de la carne y, antes o después, todos debemos seguirlo. Si el caballero estaba lejos de vuestro afecto, pues muy bien. Sin embargo, nosotros, cuando menos, podemos felicitaros por el acceso a vuestra fortuna.

—¡Oh, basta! —repliqué con calor—. Es una considerable fortuna, ¿pero qué importancia tiene eso para un hombre solo, que ya tiene suficiente para vivir? Antes de que esto ocurriera, y aun dentro de mi frugalidad, yo ya tenía una buena renta. Y en cuanto a la muerte de mi tío (de la que me alegro, debo confesarlo con vergüenza), no veo que vaya a aprovechar a nadie.

—¡Vamos, vamos! —dijo él—. Estáis más afectado de lo que dejáis ver o nunca os imaginaríais tan solo. Aquí hay tres cartas que representan a tres personas que os quieren bien, y yo podría nombrar a otras dos, aquí, en esta misma habitación. Ciertamente que yo no hace mucho que os conozco, pero Catriona, cuando ambos estamos a solas, no deja de cantar vuestras virtudes.

Ante estas palabras, Catriona levantó sus ojos hacia él con rabia, pero inmediatamente James More pasó a otro tema, interesándose (durante el tiempo que duró la comida) por la cuantía de mi fortuna. De poco le valían sus escasos disimulos; había abordado el tema con demasiada torpeza y yo ya sabía lo que me esperaba. Apenas habíamos acabado de comer cuando acabó por descubrir sus intenciones con toda claridad; recordó a Catriona un recado y la mandó a cumplirlo.

—Creo que tendréis para más de una hora —dijo—, y nuestro amigo David será lo bastante amable como para soportar mi compañía hasta que regreséis.

Ella se apresuró a obedecer sin rechistar. Ignoro si comprendía lo que pasaba, aunque creo que no; en cualquier caso, en esos momentos yo me sentía completamente satisfecho y esperaba con tranquilidad lo que iba a seguir.

En cuanto la puerta se hubo cerrado tras ella, nuestro hombre se dirigió a mí aparentando una total tranquilidad. Una sola cosa le traicionaba, y era su cara, en la que brillaban finas gotas de sudor.

—Me alegro de poder hablar a solas con vos —comenzó—, porque en nuestra primera entrevista hay algunas cosas que habéis malinterpretado y, desde hace tiempo, estaba deseoso de aclararlas. Mi hija está fuera de toda duda, al igual que vos, y lo mantendría con mi espada ante cualquiera. Pero, mi querido David, este mundo está lleno de maledicencia (quién podría saberlo mejor que yo que he vivido desde la muerte de mi padre, que en gloria esté, en un perfecto torrente de calumnias). Nosotros debemos enfrentarnos con esto, debemos tenerlo en cuenta, no hay ninguna posibilidad de ignorarlo.

Y agitó su cabeza como un predicador en el púlpito.

—¿Adonde queréis llegar, señor Drummond? —pregunté—. Os agradecería que me explicaraís vuestro punto de vista.

—Ay, ay —continuó sonriendo—, me gusta vuestro carácter, os admiro sobre todo por eso; pero mi punto de vista, mi digno amigo, es un poco delicado —se sirvió otro vaso de vino y continuó—. Aunque entre nosotros, tan buenos amigos, no hay que preocuparse

demasiado, mi punto de vista, casi no tengo que decirlo, es mi hija. Sabed, en primer lugar, que no tengo ningún reproche hacia vos. Además, ante las desgraciadas circunstancias que se han producido, no sé qué otra cosa podríais haber hecho.

—Os lo agradezco —respondí, poniéndome en guardia.

—Además, he estudiado vuestro carácter. Sois honesto y parecéis moderadamente dotado, lo que no hace ningún daño; y unas cosas con otras, me siento muy feliz de comunicaros que me he decidido por la segunda de las dos soluciones posibles.

—Lo siento, pero no comprendo nada —repuse—. ¿Qué soluciones son esas?

El separó las piernas y frunció el ceño con aire amenazante.

—¡Cómo, señor! —dijo—. Creo que no hay nada que explicar a un caballero de vuestra condición: una de dos, o bien os corto el cuello, o bien desposáis a mi hija.

—Por fin habláis claro —repliqué.

—Creo que he hablado claro desde el principio —exclamó con energía—. Soy un padre escrupuloso, señor Balfour, pero, gracias a Dios, soy también un hombre paciente y reflexivo. Hay padres que os habrían arrastrado de inmediato al altar o al campo de duelo. Pero mi aprecio por vos...

—Señor Drummond —le interrumpí—, si me tenéis en alguna estima, os ruego que moderéis vuestra voz. No creo necesario gritar a un caballero que se halla en la misma habitación y que os escucha con la mayor atención.

—¡Cierto! —dijo, cambiando el tono de voz—. Tenéis toda la razón, pero debéis excusar la agitación de un padre.

—Os comprendo —continué—, y por ello no tomaré en consideración vuestra primera alternativa, que quizá haríais mejor en olvidar. Y comprendo que me animéis en caso de que desee pedir la mano de vuestra hija.

—Sin duda no se pueden expresar mejor mis propios pensamientos. Creo que llegaremos a un acuerdo.

—Eso aún habremos de verlo —repuse—, pero, sobre todo, no debo ocultaros que profeso hacia la dama en cuestión los más tiernos sentimientos, y que no podría imaginar ni en sueños una fortuna mayor que obtener su mano.

—Estoy seguro de ello, estoy seguro de vos, David —exclamó, al tiempo que me tendía una mano que yo eludí.

—Vais demasiado deprisa, señor Drummond —añadí—. Ante todo debo poner os algunas condiciones, y es que existen ciertas dificultades que no veo claro cómo vamos a superar. Os he dicho que, por mi parte, no hay objeción alguna a ese matrimonio, pero tengo buenas razones para creer que sí las habrá, y muchas, por parte de la joven.

—Eso no tiene ninguna importancia —repuso—. Yo os garantizo que aceptará.

—Olvidáis, señor Drummond, que, discutiendo conmigo, os habéis traicionado con ciertas expresiones inapropiadas respecto a la joven, que yo no hubiera utilizado jamás —dije—.

Estoy aquí para hablar y decidir por los dos, y quiero que entendáis que no dejaré que se me imponga una esposa, ni que se la obligue a ella a aceptar un marido.

Permaneció sentado, mientras me lanzaba miradas entre indecisas y encolerizadas.

—Así pues, haremos lo siguiente —concluí—: me casaré con la joven voluntariamente, si ella lo desea, pero, si hay el más mínimo rechazo por su parte, como tengo razones para suponer, jamás aceptaré ese matrimonio.

—Bueno, bueno, eso no tiene mayor importancia —repuso—, tan pronto como regrese yo la tantearé un poco y espero poder confirmaros...

Pero le corté de nuevo.

—No moveréis ni un dedo, señor Drummond, o me vuelvo atrás de todo lo dicho y podéis ir buscando un marido para vuestra hija en otra parte —respondí—. Yo seré el único juez en este asunto y debo quedar enteramente satisfecho. Nadie ha de entrometerse. Y vos menos que nadie.

—¡Por mi honor! —exclamó—. ¿Y a quién vais a juzgar?

—A la novia.

—Eso no es más que un subterfugio—gritó—. Dais la espalda a los hechos. La joven, mi hija, no tiene elección, ella ha perdido el honor.

—Excusadme, pero aunque el asunto nos afecte a vos, a mí y a ella, lo que decís no es cierto.

—¿Y qué garantías tengo? —replicó—. ¿Voy a dejar la reputación de mi hija en manos del azar?

—Debíais haber meditado en eso profundamente antes de perderla, y no después, cuando ya es demasiado tarde —contesté—. No acepto que se me considere responsable de vuestra negligencia, y nadie en el mundo me va a intimidar. Mi decisión es irrevocable y, pase lo que pase, no me apartaré de ella ni el grosor de un cabello. Vos y yo vamos a permanecer aquí, sentados, hasta que ella regrese, y entonces, sin que le dirijáis la palabra, ni tan siquiera una mirada, ella y yo daremos nuestro paseo. Si me convenzo que desea dar el paso, la desposaré; en caso contrario, no lo haré.

Saltó de su asiento como si le hubieran pinchado.

—Yo vigilaré vuestra maniobra —gritó—. Vos mismo podéis provocar su rechazo.

—Tal vez sí y tal vez no —repuse—. De todas formas será como os he dicho.

—¿Y si os rechaza? —grito de nuevo.

—Entonces, señor Drummond, tendremos que cortarnos el cuello.

Considerando la talla de aquel hombre, la longitud de su brazo y su reconocida habilidad con las armas, no dejé de experimentar un ligero temblor al pronunciar estas palabras, y eso sin considerar el hecho de que era el padre de Catriona. Pero podría haberme ahorrado mis temores. Al principio, el ver la pobreza de mi alojamiento (él no había reparado en los

vestidos que había comprado para su hija, ya que todos le eran igualmente nuevos) y el hecho de haberme mostrado reacio a hacerle préstamos, le habían convencido de mi pobreza. Después, las repentinas noticias de mi fortuna le habían convencido de su error y decidió aprovechar la ocasión, aferrándose a ella de tal manera, que hubiese soportado cualquier cosa antes que caer en la alternativa de pelear.

Durante algunos momentos continuó discutiendo conmigo, hasta que por fin encontré un argumento con el que logré cerrarle la boca.

—Cuando vos os mostráis tan reacio a dejarme ver a la joven a solas —dije—, debo suponer que tenéis algún fundamento para creer en su posible rechazo.

Murmuró una especie de excusa.

—Creo que, dado nuestro carácter, la discusión se puede dar por terminada —dije—, y será mejor guardar un prudente silencio.

Esto fue lo que hicimos hasta que la muchacha regresó, y si alguien nos hubiese visto creo que nos habría encontrado excesivamente ridículos.

XXVIII. Me quedo solo

Abrí la puerta a Catriona y la detuve en el umbral.

—Vuestro padre quiere que demos nuestro paseo —dije.

Ella miró a James More, que asintió, y sin más, como un soldado perfectamente entrenado, partió conmigo.

Tomamos uno de nuestros caminos habituales, por donde habíamos paseado juntos a menudo y donde habíamos sido tan felices. Yo iba ligeramente rezagado detrás de ella, de manera que podía observarla sin que se diera cuenta. Sus pequeños zapatos resonaban tristemente en el empedrado; mientras, yo pensaba en lo extraño de este momento en que, por así decirlo, caminaba entre dos destinos, sin saber si escuchaba por última vez el sonido de sus pasos o si este sonido me iba a acompañar hasta el día en que la muerte viniera a separarnos. Como si adivinase lo que iba a suceder, ella evitaba mirarme, limitándose a caminar delante de mí. Comprendí que si no hablaba cuanto antes me faltaría valor para hacerlo, pero no hallaba palabras para empezar. En la penosa situación en que estábamos, con la joven casi forzada a caer en mis brazos, cualquier presión sobre ella me parecía indecorosa, pero, si la evitaba totalmente, habría dado la sensación de excesiva frialdad. Entre ambos extremos dudaba hasta la desesperación y, cuando finalmente comencé a hablar, puedo decir que lo hice completamente al azar.

—Catriona —dije—, estoy en una situación angustiosa, o mejor dicho, lo estamos los dos, y os estaría muy agradecido si me prometéis dejarme hablar sin interrupción hasta que haya concluido.

Lo prometió, sin más.

—Bueno —dije—, lo que os voy a decir es muy difícil y bien sé que no tengo derecho a decirlo después de lo ocurrido entre nosotros el último viernes. Hemos llegado a tal grado de ofuscación (y todo por mi culpa), que mi deber sería callarme; nada está más lejos de mi pensamiento que importunaros otra vez; pero, querida mía, ahora es indispensable que lo haga. La fortuna que he recibido me convierte en mejor partido y el... el asunto no parece tan ridículo como antes. Además, se supone que nuestras relaciones son tan estrechas que, quizá, sería mejor dejarlas como están. Desde mi punto de vista esta parte del asunto ha sido completamente exagerada, y si yo fuera vos, no gastaría dos pensamientos en ello. Sólo que me pareció justo mencionarlo, porque, sin duda, tiene alguna influencia en James More. Pienso, por otra parte, que no éramos desdichados cuando vivíamos juntos. Creo que los dos estábamos muy bien y si sólo miraseis hacia atrás, querida...

—No quiero mirar ni atrás ni adelante —me interrumpió—. Decidme sólo una cosa. ¿Es mi padre quien os envía?

—El lo aprueba —repuse—. El aprueba que pida vuestra mano en matrimonio. Iba a continuar naciendo una llamada a sus sentimientos, pero con un gesto me hizo callar.

—¿Es él quién os ha dictado esto? —gritó—. No tiene sentido negarlo, vos mismo habéis dicho que nada más lejos de vuestro pensamiento. Así pues, ha sido él quien os ha obligado.

—El me habló en primer lugar, si es eso lo que queréis decir.

Catriona andaba cada vez más deprisa, mirando a lo lejos delante de ella, pero al oír mis palabras tuvo una ligera exclamación y comenzó casi a correr.

—Después de lo que me dijisteis el viernes pasado —añadí—, no habría tenido la imprudencia de haceros tal proposición. Pero ¿qué podía hacer cuando él me lo ha pedido?

Se paró y giró sobre sí misma, plantándose ante mí.

—Bien —dijo—, en cualquier caso, os rechazo, y se acabó el asunto.

Y de nuevo comenzó a caminar ante mí.

—Supongo que no podía esperar nada mejor —dije—, pero creo que podríais tratar de ser un poco más amable antes de dejarme; no veo ninguna razón para que seáis tan áspera conmigo. Yo os he querido mucho, Catriona, dejadme que os llame así por última vez. He actuado hacia vos lo mejor que he podido y lo intento ahora mismo; sólo me aflige no poder hacerlo mejor. Me resulta sorprendente que podáis sentir algún placer en ser tan dura conmigo.

—No estoy pensando en vos, sino en ese hombre, mi padre.

—También puedo seros útil en ese sentido —dije—. Es necesario, querida, que hablemos acerca de vuestro padre, porque con el giro que ha tomado este paseo, James More va a estar muy enfadado.

Se paró una vez más, y dijo:

—¿Porque he perdido el honor?

—Eso es lo que piensa —contesté—, pero ya os digo que no hagáis caso.

—Me es igual —exclamó—. Y prefiero estar deshonrada.

No supe qué responder y permanecí en silencio. Una lucha parecía librarse en su interior hasta que, en un momento, estalló.

—¿Qué significa todo esto? ¿Por qué esta vergüenza sobre mí? ¿Cómo os habéis atrevido, David Balfour?

—Mi querida amiga, ¿qué otra cosa podía hacer?

—No soy vuestra amiga —exclamó—. Y no volváis a llamarme así.

—Yo no pienso lo que digo —repuse—. Mi corazón sufre por vos, señorita Drummond; todo lo que puedo deciros es que podéis estar segura de tener mi piedad en esta situación. Pero hay una cosa que quiero que tengáis en cuenta: va a haber alboroto cuando regresemos a casa y, escuchadme, será necesario que actuemos juntos para que esto acabe en paz.

—Ah —exclamó, mientras sus mejillas se cubrían de rubor—. ¿Es que quiere batirse con vos?

—Eso es —dije.

Una risa desgarrada brotó de sus labios.

—Sin duda mi padre y yo formamos una linda pareja —exclamó, volviéndose hacia mí—. Pero doy gracias a Dios porque aún hay alguien peor que nosotros. Doy gracias a Dios porque me ha dejado veros desde esta perspectiva. No hay mujer en el mundo que no os despreciara.

Yo trataba de soportar sus palabras con serenidad, pero esto sobrepasaba mi paciencia.

—No tenéis ningún derecho a hablarme así —exclamé—. ¿Qué os he hecho, salvo portarme bien con vos o tratar de hacerlo? ¡Y ésta es mi recompensa! ¡Oh, es demasiado!

Se quedó mirándome con una sonrisa odiosa.

—¡Cobarde! —gritó.

—¡Esa palabra se os ha de atragantar a vos y a vuestro padre! —exclamé—. Hoy le he desafiado en vuestro interés. Desafiaré de nuevo a esa sucia mofeta, y poco importa quién de los dos muera —y añadí—: ¡A casa! Acabemos de una vez con esta cuadrilla de *highlanders*. Veremos qué pensáis cuando yo esté muerto.

Ella meneó su cabeza de un lado a otro con tal sonrisa que la habría golpeado.

—¡Basta de sonrisas! —grité—. Ya he visto la linda sonrisa de vuestro padre en un sentido totalmente diferente. No es que crea que tiene miedo, naturalmente, pero me parece que prefiere el otro camino.

—¿Cómo ha sido eso? —preguntó.

—Cuando le he propuesto batirme con él.

—¿Que vos habéis propuesto a James More batiros con él?

—Así es y le he encontrado poco dispuesto a aceptar; de otra manera no estaríamos aquí vos y yo.

—Me parece que ocultáis algo. Explicaos —dijo.

—El os iba a obligar a aceptarme —repliqué—, y yo no he consentido. Le he dicho que debíais actuar libremente y que yo debía hablar con vos a solas. ¡Poco sospechaba que íbamos a tener tal conversación! «¿Y si ella os rechaza?», me dijo él. «Entonces tendremos que cortarnos el cuello —repuse yo—. Porque no quiero ser forzado a casarme con la joven, ni consentiré una esposa forzada a aceptarme.» Esas fueron mis palabras, las palabras de un amigo. ¡Hermosa recompensa he tenido! Ahora que libremente me habéis rechazado, no hay padre en todo el *Highland* ni en todo el ancho mundo que pueda obligarme a este matrimonio. Vuestros deseos serán respetados, yo me ocuparé de ello una vez más. Sin embargo, creo que al menos podíais tener el decoro de aparentar alguna gratitud. ¡Creí que me conocíais mejor! Ciertamente a veces no me he conducido demasiado bien, pero de eso a crearme un cobarde... ¡Ah, mi pequeña, qué puñalada me acabáis de dar para terminar!

—Davie, ¿cómo podía yo adivinar...? —exclamó—. Oh, es espantoso. ¡Yo y mi familia! —y ella acompañó la frase con una exclamación de angustia—. Yo y los míos no somos dignos de dirigiros la palabra. Me arrodillaré ante vos en plena calle, y os besaré la mano para obtener vuestro perdón.

—Conservaré los besos que ya he recibido —dije—. Conservaré los que deseaba y los que valen algo. No deseo que me beséis por arrepentimiento.

—¿Qué vais a pensar de esta miserable muchacha?

—Lo mejor que podéis hacer es dejarme solo y dedicar vuestra atención a vuestro padre, con quien sin duda debéis partir —dijo entonces.

—Oh, qué desgracia tener que recorrer el mundo sola con tal hombre —exclamó y pareció recuperarse a costa de un gran esfuerzo—. Pero no os atormentéis por eso —añadió—, él ignora lo que hay en mi corazón y pagará muy caro lo que ha hecho en este día.

Se dio la vuelta e inició el camino de regreso a casa. Yo iba a acompañarla, pero, al darse cuenta, se detuvo.

—Iré sola —dijo—. Necesito hablar con él.

Durante un rato vagué como un monigote por las calles, furioso y repitiéndome que, en toda la cristiandad, no había un joven tan injustamente tratado como yo. La ira me ahogaba, parecía que en Leyden no había suficiente aire para mis pulmones, y me sentía a punto de explotar como un hombre en el fondo del mar. Durante un minuto me paré en medio de la calle para reírme de mí mismo y lo hice con tal fuerza, que un viandante me contempló como si estuviese loco. Entonces empecé a volver en mí.

«Bueno —me dije a mí mismo—, he sido engañado como un tonto durante demasiado tiempo. Hora es de que esto acabe. He aquí una buena lección de que no hay nada que hacer con ese condenado sexo que siempre será la ruina de los hombres. Dios sabe que era

bastante feliz antes de conocerla y sabe también que volveré a serlo cuando no la vea más.»

Lo principal para mí en todo este asunto era verlos partir. Me aferraba a esta idea furiosamente, y, poco a poco, con una cierta alegría malévola, me puse a considerar la pobre existencia que los esperaba cuando David Balfour dejase de ser su vaca lechera. En esto, y ante mi propia sorpresa, mi actitud cambió totalmente; aún estaba encolerizado, aún la aborrecía y, sin embargo, sentí que debía evitarle sufrimientos.

Este pensamiento me llevó a casa de nuevo. En la puerta encontré sus maletas cerradas y listas para partir; tanto el padre como la hija mostraban señales de una reciente disputa. Catriona parecía una muñeca de madera y James More respiraba con fuerza y mostraba en el rostro algunas manchas blancas y un ceño fruncido. Nada más entrar, la muchacha le dirigió una mirada firme y claramente amenazadora que muy bien podría haber sido seguida de un golpe. Este gesto fue más imperioso que una orden y tuve la sorpresa de ver que James More lo aceptaba. Estaba claro que allí se había desarrollado una violenta disputa y comprendí que la joven no era tan dulce como yo creía y que el hombre tenía más paciencia de la que le había atribuido.

Por fin él empezó llamándome señor Balfour, como si estuviese recitando una lección bien aprendida; pero no fue demasiado lejos, porque Catriona le interrumpió en cuanto su voz adoptó un ligero tono ostentoso.

—Yo os explicaré lo que James More quiere decir. Él piensa que nosotros hemos venido a vos como mendigos; pese a ello no nos hemos portado demasiado bien, y estamos avergonzados de nuestra ingratitud y mala conducta. Ahora, antes de partir, queremos ser perdonados; y, como mi padre ha conducido tan mal sus asuntos, no podemos marchar a no ser que vos nos deis una vez más una limosna.

—Con vuestro permiso, señorita Drummond —dije—. Debo hablar con vuestro padre a solas.

Sin añadir palabra ni dirigirme una mirada, ella pasó a su habitación y cerró la puerta.

—Debéis excusarla, señor Balfour—dijo James More—. Mi hija carece de todo tacto.

—No estoy aquí para discutir eso —repliqué—, sino para librarme de vos, y para ello necesito hablar de vuestra posición. He conocido, señor Drummond, la marcha de vuestros negocios mejor de lo que vos mismo dejabais ver. Sé que teníais vuestro propio dinero mientras tomabais el mío prestado, y sé que habéis recibido más mientras estabais aquí en Leyden, pero lo habéis ocultado incluso a vuestra propia hija.

—Os ruego que tengáis cuidado. No soportaré que me acoséis más —exclamó—. Estoy harto de ella y de vos. ¡Qué condenado oficio éste de ser padre! Además se han empleado respecto a mí ciertas expresiones... —aquí se interrumpió y, poniéndose la mano en el corazón, continuó—: Señor, este es el corazón de un soldado y un padre, ultrajado en ambos sentidos. Os advierto que tengáis cuidado.

—Si me dejais terminar, sabríais que hablo por vuestro bien.

—Mi querido amigo —exclamó—, sabía que podía contar con vuestra generosidad.

—¿Queréis dejarme hablar? —le interrumpí—. El hecho es que no he podido llegar a descubrir si sois rico o pobre. Pero tengo la impresión de que vuestros recursos son tan misteriosos en su origen como insuficientes, y no quiero ver a vuestra hija sin lo necesario. Si me atreviese a hablarle a ella, tened por cierto que jamás habría confiado en vos, porque os conozco como la palma de mi mano, y todas vuestras fanfarronadas me suenan como el viento. Pese a todo, creo que a vuestra manera amáis a vuestra hija y eso me permite otorgaros alguna confianza.

A continuación convine con él que me rendiría cuenta de su paradero y del bienestar de Catriona, a cambio de lo cual yo le pasaría una modesta pensión.

Me escuchó con gran atención y cuando hube terminado exclamó:

—¡Mi querido amigo! ¡Mi querido hijo! Esto os ennoblece por encima de todo, y yo os obedeceré con la lealtad de un soldado.

—No quiero volver a oír vuestras historias —dije—. Me habéis hecho llegar a tal punto, que el simple nombre de soldado me da náuseas. Me voy, ahora que nuestro asunto está arreglado; no regresaré antes de media hora y para entonces espero encontrar estas habitaciones libres de vos.

Les di tiempo suficiente para que partieran, pues temía ver de nuevo a Catriona y aunque hacía de mi cólera un punto de dignidad, mi corazón flaqueaba y las lágrimas estaban prestas a saltar de mis ojos. Volví transcurrida una hora; el sol había caído y un delgado haz de luna le reemplazaba más allá del rojo crepúsculo. En el este comenzaban a aparecer algunas estrellas y cuando entré en mis aposentos era ya noche cerrada. Encendí una vela y revisé las habitaciones. En la primera no quedaba nada que despertase el recuerdo que los que se habían ido, pero en la segunda, en un rincón del suelo, descubrí un montón que me puso el corazón en la boca. Antes de partir, ella había abandonado todos mis regalos. Quizá porque era el último, éste nuevo golpe me hirió más duramente que cualquier otro y caí sobre el montón de vestidos, con un comportamiento más insensato de lo que desearía decir.

Avanzada la noche cayó una fuerte helada, y mientras mis dientes castañeteaban logré recuperar mi entereza y comencé a reflexionar sobre lo ocurrido. La vista de aquellos pobres vestidos, sus cintas y sus adornos, me eran insoportables y si quería recobrar la paz era preciso desembarazarme de ellos antes del amanecer. Mi primera idea fue encender fuego y quemarlos, pero aparte de mi carácter siempre opuesto al despilfarro, la sola idea de quemar estas cosas que la habían tocado tan de cerca me parecía una crueldad. En un rincón del cuarto descubrí un armario y decidí guardarlos allí; esta operación me llevó largo rato, pues los doblaba con tanto cuidado como poca destreza, mientras algunas lágrimas se escapaban de mis ojos para caer sobre ellos. Todo mi valor parecía haberme abandonado y me sentía fatigado como si hubiese corrido varias millas dolorido después de una paliza; en esto, mientras doblaba un pañuelo que ella solía llevar en el cuello, descubrí que faltaba un extremo cortado limpiamente. En varias ocasiones le había comentado que dicho pañuelo era de un bello color y recuerdo que en una ocasión le dije, medio en broma, que ella llevaba mis colores. Ante mí brilló de nuevo un rayo de esperanza y mi pecho se inundó de ternura, pero al instante volví a hundirme en la desesperación al descubrir que el otro extremo del pañuelo se encontraba totalmente arrugado en otro rincón del cuarto.

Tras recapacitar unos momentos recobré la esperanza. Ella en un tierno impulso había cortado la punta del pañuelo para llevarlo de recuerdo y no debía extrañarme si después lo había desechado de nuevo. Me inclinaba a valorar más el primer gesto que el segundo, y mi alegría era mayor que mi tristeza al pensar que ella había concebido la idea de tal recuerdo, aunque luego lo hubiese rechazado en un momento de lógico resentimiento.

XXIX. Reencuentro en Dunkerque

Siguieron unos días miserables sin apenas felicidad ni esperanza. Con inusual constancia me sumergí en mis estudios a la espera de la llegada de Alan o de alguna noticia de Catriona a través de James More. Recibí tres cartas en todo el tiempo de nuestra separación. Una fue para anunciarme su llegada a la ciudad francesa de Dunkerque, aunque poco después James More partió solo en misión secreta. Tal misión consistía en viajar a Inglaterra y entrevistarse con lord Holderness; y siempre ha supuesto un amargo recuerdo que mi buen dinero ayudase a pagar este viaje. Durante su ausencia transcurrió el tiempo de la segunda carta, y como mi pensión dependía de su envío, James More tuvo buen cuidado de escribirla antes y dejarla en manos de Catriona con la orden de despacharla. El hecho es que nuestra correspondencia había despertado las sospechas de la muchacha y tan pronto partió el padre ella se apresuró a romper el sello. La carta que recibí comenzaba con estas líneas de James More:

«Mi querido señor: Vuestro estimado obsequio llegó a mis manos a su debido tiempo y os hago acuse de recibo según nuestro acuerdo. Todo ello será fielmente dedicado a mi hija, quien se encuentra bien y desea ser recordada por su querido amigo. La encuentro algo melancólica, aunque espero de la bondad divina verla pronto restablecida. Nuestra vida es retirada, pero nos consolamos con los aires de nuestras montañas natales, paseando por las costas que miran a Escocia. Eran días mejores cuando yacía con cinco heridas sobre mi cuerpo en los campos de Gladsmuir. He encontrado trabajo en el harás⁵⁷ de un gentilhombre francés, donde se valora mi experiencia. Sin embargo, mi querido señor, el salario es tan inadecuado, que me avergüenza mencionarlo y hace que vuestros envíos sean aún más necesarios para el bienestar de mi hija, aunque, a mi juicio, la vista de los viejos amigos sería aún mejor.

Mi estimado señor,

Vuestro afectuoso y devoto servidor James Macgregor Drummond.»

Más abajo, de puño y letra de Catriona, decía:

«No le creáis, todo es una sarta de mentiras.

C.M.D.»

57 «Yeguada, picadero.» (En francés en el original.)

Aparte de añadir estas líneas, ella debió de estar a punto de no enviar la carta, pues me llegó mucho después de la fecha convenida y fue seguida muy de cerca por la tercera. Entretanto, se produjo la llegada de Alan y mi vida se animó con sus desenfadadas conversaciones. Me presentó a un primo suyo, bebedor empedernido, y sin otro interés que su desmedido afán por la bebida. Asistí a algunos banquetes e incluso yo mismo di algunos, pero nada de esto lograba apagar mis penas. Los dos (me refiero a Alan y a mí, y por supuesto no al primo) discutíamos largamente la naturaleza de mis relaciones con James More y su hija. Y, si normalmente era reacio a dar detalles sobre tal tema, esta disposición se acrecentaba por los comentarios de Alan sobre mis confidencias.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza —me decía—. Sin embargo, me parece que te has comportado como un idiota. Hay poca gente con más experiencia que yo, y te puedo asegurar que nunca he oído referirse a una joven de esa forma. Tal y como me lo cuentas éste es un asunto totalmente imposible. Debes de haberlo estropeado, Davie.

—Eso mismo pienso a veces.

—Lo extraño, pese a todo, es que parece sentir una especie de inclinación hacia esa joven.

—La mayor inclinación, Alan, y no sería de extrañar que todo esto me llevase a la tumba.

—¡Vaya!, me dejas perplejo.

Entonces le enseñé la carta con la posdata de Catriona.

—¡Esto, además! —exclamó—. Imposible negar cierto decoro a esa Catriona, e incluso buen sentido. De James More te diré que es hueco como un tambor y sus palabras no son más que mentiras y lamentaciones; pero combatió bastante bien en Gladsmuir y es cierto lo que dice de sus cinco heridas. Sólo le pierde el ser tan frívolo.

—Alan —dije—. Me arrepiento de haberla dejado, en tales condiciones.

—No las encontrarías peores —admitió—. ¿Pero qué ibas a hacer? Sucede así con las mujeres, actúan sin ninguna lógica: o aman a un hombre y todo marcha, o le detestan y puedes ahorrarte esfuerzos. No hay nada que hacer. No hay más que dos clases de mujeres, las que venderían su camisa por ti y las que no se dignarían ni a mirarte, y tú parece ser demasiado tonto para distinguir las unas de las otras.

—Me temo que estáis en lo cierto —repuse.

—Y, sin embargo, no hay nada más fácil —exclamó Alan—. Podría enseñarte el secreto, pero parece haber nacido ciego y ahí reside la dificultad.

—¿Entonces ni siquiera vos, tan hábil en estos asuntos, podéis ayudarme?

—David, yo no me encontraba aquí cuando sucedió todo y estoy como un oficial de campaña con un explorador ciego. ¿Qué clase de información podría recibir? Sin embargo, me inclino a creer que has cometido alguna torpeza, y si yo estuviera en tu lugar haría una nueva tentativa ante ella.

—¿Haríais tal cosa?

—Sí —dijo—, lo haría.

La tercera carta llegó a mis manos mientras Alan y yo estábamos metidos de lleno en nuestra conversación; y se verá cómo su llegada se produjo en el momento más oportuno. James aparentaba cierta preocupación por la salud de su hija, quien probablemente nunca se había sentido mejor; me prodigaba múltiples expresiones de amabilidad y, por último, me invitaba a visitarle en Dunkerque.

«Os encontráis ahora en la amable compañía de mi viejo camarada, el señor Stewart —escribía—. ¿Por qué no le acompañáis hasta aquí a su regreso a Francia? Tengo algunas cosas muy particulares que comunicarle y, aparte de eso, estaría encantado de reunirme con un viejo compañero de armas, sobre todo si es uno de tanto valor como él. En cuanto a vos, mi querido señor, mi hija y yo estaríamos orgullosos de recibir a nuestro benefactor, a quien vemos como un hermano y como un hijo. El gentilhombre francés ha demostrado ser avaricioso hasta la sordidez y ha tenido que dejar sus harás. En consecuencia, nos encontraréis bastante pobremente alojados en el auberge⁵⁸ de un tal Bazin, en las dunas; por lo demás, el lugar es tranquilo y no dudo que pasaremos unos días agradables, durante los cuales el señor Stewart y yo podremos recordar nuestras campañas, y vos y mi hija divertiréis de forma más en consonancia con vuestra edad. Al menos os pido que el señor Stewart venga aquí, pues mis negocios con él ofrecen un magnífico porvenir.»

—¿Qué puede querer ese hombre de mí? —exclamó Alan, cuando le hube leído la carta—. Lo que quiere de ti es evidente: dinero. Pero, ¿qué puede desear de Alan Breck?

—Oh, sin duda es un pretexto —dije—. Aún persigue mi matrimonio, cosa que yo también deseo con todo mi corazón, y si pregunta por vos es porque piensa que estaré menos dispuesto a ir si no me acompañáis.

—Me gustaría saber qué pasa —continuó Alan—. Él y yo nunca hemos sido de la misma opinión. ¿Algo que decirme? Pardiez, creo que será divertido ir a ver lo que desea de mí y, además, podré ver a tu damisela. ¿Qué dices, Davie? ¿Cabalgarás conmigo?

Yo no deseaba otra cosa, y como el permiso de Alan tocaba a su fin pronto nos pusimos en camino para esta aventura común.

Era la noche de un frío enero cuando, por fin, llegamos a la ciudad de Dunkerque. Dejamos los caballos en la posta y tomamos un guía hacia la posada de Bazin, que se hallaba fuera de los muros de la ciudad. Era ya noche cerrada, de manera que fuimos los últimos en abandonar el recinto fortificado y pudimos oír la puerta cerrándose tras nosotros una vez que cruzamos el puente. Al otro lado se extendía un suburbio escasamente iluminado, que debimos atravesar en parte, tras lo cual giramos hacia un oscuro callejón e inmediatamente nos hallamos sumergidos en la oscuridad de la noche, entre dunas de arena, en un lugar donde se podía oír el murmullo del mar. Así avanzamos durante algún tiempo, siguiendo a nuestro guía por el sonido de su voz; y ya empezaba a pensar que nos había engañado, cuando alcanzamos la cresta de una pequeña duna y ante nosotros, en medio de la

58 «Albergue, posada.» (En francés en el original.)

oscuridad, apareció una débil luz en una ventana.

—*Voilà l'auberge á Bazin*⁵⁹ —dijo el guía.

Alan chasqueó los labios.

—Demasiado aislado —dijo, y comprendí por el tono de su voz que no estaba demasiado satisfecho.

Poco después nos encontrábamos en el piso bajo de la casa. Se trataba de una amplia sala, con una escalera a un lado, que subía a las habitaciones; a lo largo de las cuatro paredes se alineaban bancos y mesas, un fuego para cocinar ardía en uno de los extremos y en el otro se podía ver un estante con botellas y una trampilla para descender a la bodega. Bazin, un hombre grueso y malencarado, nos dijo que el caballero escocés había salido no sabía dónde, pero la joven se encontraba arriba, tras lo cual subió para decirle que bajara a recibirnos.

Saqué de mi pecho el pañuelo encontrado en el rincón de mi habitación y lo anudé a mi cuello. Podía oír mi corazón golpear en el pecho y apenas logré contener un juramento ante la burlona expresión de Alan que me daba golpecitos en la espalda. La espera fue breve. Oí sus pasos sobre nuestras cabezas y al instante la vi aparecer en la escalera. Descendió pausadamente y me recibió tan pálida y con un aspecto tan serio e inquieto a la vez, que me sentí extremadamente turbado.

—Mi padre, James More, estará aquí en seguida y con toda seguridad se sentirá muy feliz de veros —dijo. Entonces su cara enrojeció, sus ojos se iluminaron y las palabras quedaron detenidas en sus labios; estoy seguro de que acababa de ver el pañuelo. Su turbación no duró más que un instante, tras el cual, recuperada de nuevo, se volvió hacia Alan para darle la bienvenida.

—¿Vos sois su amigo Alan Breck? Miles de veces he oído hablar de vos y ya os aprecio por vuestra bravura y bondad.

—Bueno, bueno —dijo Alan, tomando su mano y mirándola fijamente—. Así pues, vos sois, por fin, la joven dama; Davie, habéis hecho una muy pobre descripción.

Jamás había oído a Alan hablar a alguien de forma tan cordial; podría decir, incluso, que su voz parecía tener un tono musical.

—¿Qué? ¿Ha estado describiéndome? —preguntó Catriona.

—No ha hecho otra cosa desde que llegué de Francia —respondió Alan—. Y en una ocasión ya me hizo una especie de retrato de vos, una tarde en Escocia, en las cercanías del bosque de Silvermills. Pero ¡animaos, querida amiga!, sois más bella de lo que él me dijo. A partir de ahora tened una cosa por segura: vos y yo seremos buenos amigos. Soy algo así como el hombre de confianza de Davie, como un perro a sus talones. A quienes él ama también yo los amo... y, pardiez, ellos deben amarme a mí. Tal es la situación en que os encontráis ahora respecto a Alan Breck.

—Os agradezco de todo corazón vuestras palabras —repuso ella—. Me honran sobre todo viniendo de un hombre tan valeroso y honesto, a quien me siento incapaz de responder

59 «Esa es la posada de Bazin.» (En francés en el original.)

dignamente.

En uso de la libertad que se concede a los viajeros, nos sentamos a comer los tres, sin esperar a James More. Alan sentó a Catriona junto a él y se ocupó de servirla: primero la hizo beber de su vaso y la rodeó de continuas muestras de galantería, sin darme, en ningún momento, el menor motivo para sentirme celoso; su conversación fue tan animada, que ni ella ni yo nos volvimos a acordar de sentirnos turbados y, si alguien nos hubiera visto, habría supuesto que Alan era el viejo amigo y yo el extraño. Naturalmente yo había tenido anteriormente razones para admirar a este hombre, pero nunca tantas como esa noche; y no puedo dejar de destacar (aunque a veces corro el riesgo de olvidarlo) que él no sólo tenía más experiencia de la vida, sino que, a su manera, tenía también más dotes naturales que yo. Catriona parecía entusiasmada, su risa era como un repicar de campanas, y su cara estaba alegre como una mañana de mayo. Yo, pese a sentirme complacido, no dejaba de estar algo triste también, me veía grosero y torpe en comparación con mi amigo y muy poco apto para introducirme en la vida de una joven, arrebatándole, quizá, su alegría.

Pero si estaba destinado a representar tal papel, pude constatar al menos que no era el único; pues James More entró de pronto y la muchacha pareció transformarse en una estatua de piedra. Durante el resto de la velada, hasta que con una excusa se marchó a dormir, no cesé de observarla y no sonrió ni una sola vez, casi no habló, y sus ojos apenas se despegaron del tablero de la mesa.

Por lo que se refiere a James More, resulta innecesario añadir algo más; de él ya se sabe todo cuanto hay que saber y me cansaría escribir sobre sus continuos embustes. Baste añadir que bebió demasiado y no contó apenas nada, dejando el negocio con Alan para el día siguiente en una conversación privada. Con toda facilidad aceptamos tal propuesta, porque Alan y yo nos encontrábamos cansados de nuestra jornada a caballo y nos retiramos poco después de la salida de Catriona.

Pronto estuvimos solos en una habitación donde debíamos acomodarnos en una sola cama. Entonces Alan me miró con una singular sonrisa.

—¡Eres un asno! —dijo.

—¿Qué queréis decir?

—¿Decir? ¿Qué quiero decir? Es extraordinario que seas tan terriblemente estúpido.

De nuevo le pedí que se explicase.

—Bien, se trata de lo siguiente —dijo—. Ya te he dicho que hay dos clases de mujeres, las que venderían la camisa por uno y las otras. Mi querido amigo, no tienes más que comprobarlo por ti mismo. ¿Pero qué hace ese pañuelo en tu cuello?

Se lo expliqué.

—Me lo imaginaba —repuso.

Y no quiso añadir ni una palabra, por más que yo continuase importunándole largo rato.

XXX. La carta del barco

La luz del día nos mostró el aislamiento total en que se encontraba la posada. Aunque no se alcanzaba a ver el agua, se encontraba a la orilla del mar y totalmente rodeada de montículos de arena; sobresaliendo de estas dunas sólo se veían las aspas de un molino de viento, como si se tratara de un burro que no asomase más que las orejas. Había, al principio, una calma mortal y después, cuando el viento se levantó, me resultaba sorprendente contemplar aquellas aspas girando y como persiguiéndose la una a la otra tras el montecillo. No había apenas camino que llegase hasta allí, pero gran cantidad de senderos atravesaban las dunas en todas direcciones ante la puerta de Bazin. Éste, a decir verdad, era un hombre dedicado a toda clase de tráficos más o menos ilícitos y la situación de su posada era su mejor sustento. Los contrabandistas la frecuentaban; agentes políticos y proscritos que se veían obligados a cruzar el canal venían aquí a esperar el momento de partida; y, a mi parecer, no era eso lo peor, sino que toda una familia podría haber sido masacrada allí sin que nadie sospechase.

Dormí poco y mal, y mucho antes del amanecer ya me había levantado y me estaba calentando al fuego, o yendo y viniendo ante la puerta. Al rayar el alba el cielo presentaba un aspecto plumizo, pero poco después el viento comenzó a soplar del oeste y arrastró las nubes, al tiempo que aparecía el sol y empezaban a girar las aspas del molino. Había algo de primaveral en el ambiente, o quizá era simplemente que la alegría inundaba mi corazón y me hacía reír divertido al contemplar la aparición de las grandes aspas, una tras otra, detrás de las dunas. Hacia las ocho y media Catriona comenzó a cantar dentro de la casa. Al oírla, la alegría rebotó en mi corazón, y el monótono y desierto lugar me pareció el paraíso.

A pesar de esto, como el día continuaba avanzando sin que un alma se acercase al lugar, comencé a sentir un desasosiego casi inexplicable, como si alguna amenaza se cerniese sobre nosotros. Las aspas del molino subiendo y bajando tras la duna me parecían ahora como hombres al acecho y, fuera de toda exageración, era ciertamente un extraño lugar y una extraña casa para que una joven dama fuese llevada a vivir allí.

Durante el desayuno, que tomamos bastante tarde, era manifiesto que James More se sentía temeroso y confuso, como también lo era que Alan se había percatado de ello y lo vigilaba de cerca; mientras tanto yo estaba sobre ascuas ante aquella apariencia de duplicidad por una parte, y de vigilancia por la otra. Apenas habíamos terminado de desayunar, James More pareció tomar una decisión y comenzó a disculparse; tenía una cita privada en la ciudad (con un gentilhombre francés, según me dijo) y nos pidió que le excusásemos hasta el mediodía. Entonces llevó a su hija aparte, a un extremo de la habitación, donde pareció hablar con bastante seriedad mientras ella escuchaba sin demasiado interés.

—Cada vez me gusta menos este James More —me dijo Alan—. Hay algo falso en él, y no te sorprendas si Alan Breck no le pierde de vista hoy. Me encantaría ver a ese gentilhombre francés, Davie. En cuanto a ti, supongo que ya es bastante ocupación preguntarle a la muchacha acerca de vuestro asunto. Sólo tienes que hablar claramente. Dile que no eres más que un burro e inmediatamente, si yo estuviera en tu lugar y si pudieras hacerlo con naturalidad, le daría a entender que me amenaza algún peligro; a las mujeres les encanta eso.

—Yo no sé mentir, Alan, no puedo hacerlo con naturalidad —dije, imitando su acento

gaélico.

—Tanto peor para ti —repuso—. Entonces dile que yo te he aconsejado que lo hagas, eso la hará reír y será casi lo mismo. Pero míralos, si no estuviese totalmente seguro de la muchacha y ella no se sintiese tan complacida y amiga de Alan, pensaría que están tramando alguna insidia.

—¿Entonces ella está muy complacida con vos, Alan? —pregunté.

—Ella me quiere enormemente —dijo—. Yo no soy como tú, yo sé hablar. Te lo repito, ella me quiere y te doy mi palabra de que yo también la estimo enormemente. Con tu permiso, Shaws —añadió—, voy a ocultarme tras las dunas a ver qué camino toma James.

Uno tras otro fueron saliendo y al fin quedé solo en la mesa. James hacia Dunkerque, Alan tras sus pasos, y Catriona al piso de arriba, a su habitación. Podía entender por qué evitaba estar a solas conmigo, pero como eso no me satisfacía, decidí hablar con ella antes que regresasen los hombres. Me pareció que lo mejor era actuar con los métodos de Alan. Si me encontraba fuera de su vista, entre las dunas, la bella mañana la atraería fuera y una vez que hubiese salido, podría abordarla.

Dicho y hecho; apenas me había ocultado en una duna cercana, ella apareció en la puerta de la posada, miró a ambos lados y (no viendo a nadie) salió por un sendero que conducía directamente a la orilla del mar. Yo la seguí, procurando no dejarme ver, pues pensaba que cuanto más me alejase más tiempo tendría yo para hablarle. El sendero se elevó hasta alcanzar la cima de una duna y desde allí, por primera vez, pude ver la soledad en que se encontraba la posada. No se veía un alma, ni casa alguna excepto la de Bazin y el molino. Sólo un poco más lejos aparecía el mar y sobre él dos o tres barcos bonitos como si fueran un grabado. Me pareció que uno de ellos se encontraba demasiado cerca de la costa para su gran tamaño, y entonces tuve la desagradable sorpresa de reconocer la silueta del *Seahorse*. ¿Qué podría estar haciendo aquel barco inglés tan cerca de Francia? ¿Por qué había sido atraído Alan a su proximidad en este lugar tan alejado de toda esperanza de rescate? ¿Era una casualidad o era por un expreso deseo de alguien por lo que la hija de James More paseaba este día a la orilla del mar?

De inmediato llegué a la cresta de la duna, que daba sobre la playa solitaria y en medio de la cual pude contemplar un bote del navío de guerra y un oficial, yendo y viniendo, como el que espera a alguien. Me senté casi oculto por unas altas hierbas y esperé a ver lo que pasaba. Catriona fue derecha hacia el bote, el oficial la acogió con ceremonia, intercambiaron unas palabras y vi cómo ella recibía una carta, tras lo cual inició el regreso. Al mismo tiempo, como si esa hubiese sido su única misión en el continente, el bote fue empujado fuera de la arena y puso rumbo al *Seahorse*. Observé, sin embargo, que el oficial quedaba en tierra y desaparecía entre los montículos de arena.

El asunto me gustaba poco y cuanto más reflexionaba mayor era mi desagrado. ¿Era a Alan a quien estaba buscando el oficial? ¿O a Catriona? Ella se acercaba con la cabeza baja, mirando constantemente la arena y con un aire tan dulce que no tuve ninguna duda de su inocencia. Cuando levantó la cabeza y me reconoció se detuvo excitada, inmediatamente se puso de nuevo en marcha, pero ahora más lentamente y cambiado el color. Ante esta visión todo lo que bullía en mi pecho —miedo, sospecha, preocupación por la vida de mi amigo— desapareció completamente y me incorporé, esperándola con el corazón embriagado de

esperanza.

Al tenerla cerca, la saludé con un «buenos días» que ella me devolvió con calma.

—¿Me perdonaréis por haberos seguido? —pregunté.

—Sé que sólo queréis mi bien —dijo, y entonces, como en un arrebato—. ¿Por qué le mandáis dinero? No lo necesita.

—No es por él —repuse—, sino por vos, como creo que sabéis.

—No tenéis derecho a enviarlo a ninguno de los dos —dijo—. Davie, eso no está bien.

—Ya sé que está mal —repuse—, y pido a Dios que Él ayude a este torpe muchacho a hacerlo mejor (si es posible). Catriona, ésta no es vida para vos, y os pido perdón por decirlo, pero él no es la persona más adecuada para cuidaros.

—¡Ni una palabra acerca de él! —gritó.

—No necesito decir más, no es él en quien estoy pensando, estad segura —repliqué—. Sólo una cosa ha ocupado mi pensamiento durante todo el tiempo en que permanecí solo en Leyden. Luego llegó Alan y me encontré entre soldados y banquetes, y mi pensamiento seguía siendo el mismo. El mismo que tenía antes cuando estabais allí, junto a mí. Catriona, ¿veis este pañuelo en mi cuello? Vos cortasteis un trozo e inmediatamente lo rechazasteis.

Son *vuestros* colores ahora y los llevo en el corazón. Querida, no puedo estar sin vos. Oh, tratad de imitarme.

Me paré ante ella para evitar que se alejase.

—¡Tratad de imitarme! —repetí—. ¡Intentad soportarme un poco!

Ella no pronunciaba palabra y un temor de muerte comenzó a invadirme poco a poco.

—¡Catriona! —grité, mirándola fijamente—. ¿Me he equivocado de nuevo? ¿Estoy definitivamente perdido?

Ella levantó sus ojos hacia mí, anhelante.

—¿Vos me queréis, Davie, de verdad? —dijo con voz casi imperceptible.

—¡Claro que os quiero! —respondí—. Oh, vos debéis saberlo.

—No me queda nada más que dar, ni que guardar —dijo—. Yo era toda vuestra desde el primer día, si solamente hubierais querido aceptar el don de mí misma.

Nos encontrábamos en la cresta de una duna, en un lugar azotado por el viento y totalmente visible; podíamos ser vistos, incluso desde el barco inglés, pero me arrodillé ante ella en la arena, abracé sus rodillas y rompí en tan bruscos sollozos que pensé que iba a estallar. No sabía dónde estaba y había olvidado la causa de mi felicidad; sabía solamente que ella estaba parada ante mí, acariciándome dulcemente la cara y el pecho. Entonces, como si llegaran desde muy lejos, fuera de este torbellino, oí sus palabras.

—Davie —dijo—, oh, Davie. ¿Entonces es así como pensabais en mí? ¿Es así como me queríais? ¡Oh, Davie, Davie!

Ella comenzó también a llorar y nuestras lágrimas se confundieron en una única y perfecta alegría.

Serían las diez de la mañana cuando empecé a tener conciencia de mi felicidad, sentado junto a ella con sus manos en las mías, y reía como un chiquillo mientras le daba tontos pero cariñosos nombres, jamás lugar alguno me había parecido más bello que estas dunas de Dunkerque.

No sé cuánto tiempo podríamos haber permanecido allí sin pensar en otra cosa que no fuéramos nosotros mismos, a no ser porque una repentina referencia a su padre nos devolvió a la realidad.

—Mi pequeña amiga —le decía una y otra vez, regocijándome al recordar el pasado y verla ahora tan cerca de mí—, desde hoy sois completamente mía, mía, para siempre, pequeña amiga, y ese hombre ya no existe para vos.

Una súbita palidez apareció de repente en su rostro, mientras apartaba sus manos de las mías.

—Davie, llevadme lejos de él —exclamó—. No es sincero y creo que prepara algo malo. Creo que algo malo va a pasar, siento un terrible presentimiento en mi corazón. ¿Qué puede estar esperando de ese navío del rey? ¿Qué puede significar este pliego? —añadió, mientras me tendía la carta—. Temo que sea algo malo contra Alan. Abridla, Davie. Abridla y leed.

Cogí la carta y la miré y sacudí la cabeza.

—No —dije—, esto me repugna, no podría abrir la carta de otro.

—¿Ni para salvar a un amigo? —replicó.

—No sé, creo que no. Si al menos estuviese seguro.

—Pero si no tenéis más que romper el sello.

—Lo sé. Pero me repugna.

—Dejádmela a mí, yo la abriré.

—No, vos tampoco —dije—. Vos menos que nadie. Ataño a vuestro padre, a su honor, del que ambos, querida, estamos dudando. No hay duda de que todo esto parece peligroso, ese navío inglés aquí, esta carta para vuestro padre y ese oficial que ha quedado en tierra. ¿Estará solo el oficial? ¿Habrà alguien más con él? Quizá estamos siendo espiados en estos momentos. Sin duda la carta debe ser abierta, pero ni vos ni yo tenemos derecho a hacerlo.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, con cierto temor por el peligro de una emboscada, cuando descubrí a Alan, quien, tras haber seguido a James, regresaba a casa caminando solo entre las dunas. Vestía como de costumbre su casaca de soldado; viéndole así, con tan magnífico aspecto, no pude evitar un estremecimiento al pensar que de poco iban a valerle tales ropas si era capturado, arrojado a un bote y llevado a bordo del

Seahorse como desertor, rebelde y ahora condenado por asesinato.

—Bien —dije—, ese es el hombre que tiene todo el derecho a abrir la carta o no abrirla, si lo juzga conveniente.

—Pero, en caso..., en caso de una nueva ignominia, ¿podréis soportarla? —preguntó Catriona con ojos inquietos.

—Me he hecho esa misma pregunta cuando os he vuelto a ver —repliqué—. ¿Y qué me he respondido? Que si os amaba como creía (y os amo aún más) me casaría con vos incluso a los pies de la horca.

Su cara se tiñó de púrpura y se apretujó contra mí, mientras me cogía la mano. En esta postura esperamos que Alan se acercase.

El vino hacia nosotros con una de sus extrañas sonrisas.

—¿Qué te había dicho? —exclamó cuando estuvo cerca.

—Tiempo habrá para todo, Alan —repuse—. Ahora es el momento de cosas más serias. ¿Cómo os ha ido? Podéis hablar con toda sinceridad ante nuestra amiga.

—Ha sido un viaje inútil —respondió.

—Entonces, parece que nosotros hemos tenido más suerte —dije—. Tenemos un importante asunto que vos debéis juzgar.

¿Veis aquello? —dije, señalando al barco—. Es el *Seahorse*, del capitán Palliser.

—Lo he reconocido también —repuso Alan—. Me dio bastantes problemas cuando estuvo fondeado en el Forth. ¿Pero qué le puede pasar para venir tan cerca de tierra?

—Os diré por qué ha venido tan cerca —dije—. Para entregar una carta a James More. ¿Por qué se ha quedado ahí después de la entrega, qué quiere hacer y por qué uno de sus oficiales se oculta entre las dunas, solo o acompañado? Lo dejo a vuestra consideración.

—¿Una carta para James More?

—Exacto —repuse.

—Bien, me parece que aún podría decir algo más. La noche pasada, mientras dormías a pierna suelta, oí a ese hombre hablando privadamente con alguien en francés y, después, la puerta fue abierta y cerrada.

—Pero, Alan —exclamé—, habéis dormido toda la noche, podría jurarlo.

—Yo en tu lugar nunca estaría demasiado seguro de si Alan duerme o vela. De todas formas este asunto tiene mala cara. Déjame ver esa carta.

Se la di.

—Catriona —dijo él—, vos me excusaréis, querida amiga, pero se trata nada menos que de mis huesos y debo romper el sello.

—Ese es mi deseo —dijo Catriona.

La abrió, echó una ojeada y blandió sus puños al aire.

—¡Asqueroso tejón! —exclamó, mientras guardaba el papel en su bolsillo—. Vayamos juntos a por nuestras cosas; este lugar es la muerte para mí.

Y comenzó a caminar hacia la posada.

Fue Catriona quien habló primero.

—¿Os ha vendido? —dijo.

—Me ha vendido, querida amiga —repuso Alan—; pero gracias a vos y a Davie podré escapar.

—Catriona debe venir con nosotros —dije—. Nada tiene que hacer con ese hombre. Ella y yo nos vamos a casar.

Al oír estas palabras ella apretó mi mano contra su corazón.

—¿Esas tenemos? —dijo Alan, volviéndose—. Es lo mejor que podéis hacer y, por mi honor, debo decir que hacéis una hermosa pareja.

El camino que seguíamos nos llevó a las cercanías del molino, donde descubrí un hombre con pantalones de marinero que parecía vigilar a su alrededor. Pero nosotros le sorprendimos por detrás.

—Mirad, Alan —dije.

—Chiiiiist, éste es asunto mío —repuso.

Sin duda el hombre estaba aturdido por el movimiento del molino, de manera que pudimos acercarnos antes de que notase nuestra presencia. Entonces se volvió y vimos que se trataba de un hombre grande y cara color caoba.

—Creo, señor, que habláis inglés —dijo Alan.

—*Non, monsieur*⁶⁰ —repuso, con un acento abominable.

—*Non, monsieur* —se burló Alan—. ¿Ese es el francés que os enseñan en el *Seahorse*? ¡Basta de mentiras, zoquete! Vuestro trasero inglés va a conocer la punta de mi bota escocesa.

Y antes de que pudiera escapar saltó sobre el hombre, dándole tal patada que le arrojó de narices contra el suelo. Entonces, con una sonrisa feroz, le vio levantarse y precipitarse tras las dunas.

—Vamos, ya es hora de que abandonemos este lugar desierto —dijo Alan, y continuó su camino corriendo a toda velocidad, y nosotros tras él, hacia la puerta trasera del albergue de Bazin.

Nada más entrar por esa puerta, nos encontramos cara a cara con James More que entraba por la otra.

—¡Vamos, rápido! —dije a Catriona—. Subid y haced las maletas; esta escena no es

60 «No, señor.» (En francés en el original.)

conveniente para vos.

Al mismo tiempo James y Alan se habían juntado en medio de la amplia sala. Ella pasó junto a ambos para ganar la escalera y después de subir varios escalones se volvió para contemplarlos de nuevo. Y, efectivamente, ambos componían un espectáculo digno de verse; al encontrarse, Alan había adoptado un divertido gesto de cortesía, al tiempo que tenía un aire claramente belicoso; James, por su parte, parecía olfatear el peligro como se huele el humo del fuego en una casa y se preparaba para lo que iba a suceder.

El tiempo apremiaba. En la situación de Alan, rodeado de enemigos en lugar tan solitario, hasta el mismo César habría temblado; sin embargo, lejos de excitarse, Alan comenzó la entrevista con su habitual estilo desenfadado y burlón.

—Buenos días, de nuevo, señor Drummond —dijo—. ¿Qué asuntos venís de atender?

—Bueno, se trata de un asunto privado que sería muy largo de contar —dijo James—. Si realmente queréis saberlo, ya os lo contaré tras la comida.

—No estoy demasiado seguro de eso —repuso Alan—. Tengo la idea de que o hablamos ahora o nunca, porque el hecho es que el señor Balfour y yo hemos recibido unas líneas y estamos pensando en partir.

Creí ver una ligera sorpresa en los ojos de James More, pero se contuvo.

—Sólo tendría que pronunciar unas palabras para evitar eso —dijo—. Relacionadas con mi negocio.

—Decidlas entonces, y no os preocupéis por Davie.

—Se trata de un asunto que nos hará ricos a los dos —exclamó James.

—¿Es cierto eso? —gritó Alan.

—Cierto, señor. Se trata, ni más ni menos, que del tesoro de Cluny.

—¡No! —exclamó Alan—. ¿Y vos sabéis algo de él?

—Conozco el sitio, señor Stewart, y puedo llevaros hasta él.

—¡No me diga! —dijo Alan—. Bien. Me siento contento de haber venido a Dunkerque. ¿Así, pues, ése era vuestro negocio? Y nosotros lo repartiremos a partes iguales, ¿no?

—Ese es el asunto —repuso James.

—Bien, bien —dijo con el mismo tono ingenuo—. ¿Eso no tendrá nada que ver con el *Seahorse*?

—¿Con qué?

—¿Ni con el mozo a quien acabo de patear el trasero en el molino? —prosiguió Alan—. ¡Callad! ¡Vuestras mentiras han terminado! En mi bolsillo tengo la carta de Palliser; con esto estáis acabado, James More. Nunca podréis mostrar vuestro rostro entre gente decente.

James quedó estupefacto. Permaneció un segundo pálido e inmóvil, y después se inflamó de cólera.

—¿Habláis conmigo, bastardo? —bramó.

—¡Con vos, cerdo! —gritó Alan, al tiempo que le daba una sonora bofetada en plena boca, y en un abrir y cerrar de ojos sus espadas se habían cruzado.

Al primer sonido del acero desnudo salté instintivamente hacia atrás, pero al instante vi a James evitar una estocada tan cercana, que le consideré muerto, y entonces recordé que era el padre de la muchacha y en cierto sentido también el mío, de manera que desenvainé y corrí a separarlos.

—¡Atrás, Davie! ¿Estás loco? ¡Maldita sea, atrás! —rugió Alan—. Serás responsable de tu propia sangre entonces.

Por dos veces abatí su espadas. Empujado contra la pared, volvía de nuevo a interponerme entre ambos, pero, sin preocuparse de mí, se acometían el uno al otro como dos furias. Jamás he comprendido cómo no fui ensartado y cómo evité herir a uno de estos dos Rodomontes⁶¹. La escena se desarrollaba ante mí como un sueño, en medio del cual oí un grito desgarrado procedente de la escalera y Catriona saltó hacia su padre. En ese instante la punta de mi espada encontró algo blando, la retiré enrojecida y quedé anhelante al ver la sangre correr sobre el pañuelo de la muchacha.

—¿Queréis matarle ante mis ojos? —gritó—. A pesar de todo soy su hija.

—No, querida, he acabado con él —dijo Alan, y fue a sentarse sobre una mesa, los brazos cruzados y la espada desnuda en su mano.

Durante un momento ella permaneció ante su padre, jadeante, los ojos desorbitados, después, repentinamente, levantó su cara hacia él.

—¡Marchaos! —gritó—. Llevad vuestra vergüenza lejos de mí y dejadme con gente decente. ¡Soy una hija de Appin! ¡Vergüenza de los hijos de Appin, dejadme!

Pronunció estas palabras con tal pasión que, por un momento, me olvidé del horror de mi espada ensangrentada. Padre e hija permanecieron cara a cara durante algunos instantes, ella con su pañuelo manchado de rojo y él pálido como un trapo. Le conocía lo suficiente para saber que debía de sentirse herido en lo más profundo de su alma, pero evitaba adoptar un aire belicoso.

—Bien —dijo, envainando su espada, aunque sin quitar los ojos de Alan—. Si la reyerta ha terminado, no tengo más que tomar mis maletas.

—Ninguna maleta saldrá de aquí, excepto conmigo —dijo Alan.

—¡Señor!

—James More —continuó Alan—, esta joven, hija vuestra, va a casarse con mi amigo Davie, por lo cual os consiento que partáis con vuestro pellejo entero. Pero oíd mi consejo, apartad de mi camino ese pellejo antes de que sea demasiado tarde; aunque no lo sepáis, mi paciencia tiene un límite.

61 Rodomonte —Rodamonte en el *Orlando enamorado*, del poeta italiano Matteo Maria Boyardo (1441-1494) — es un personaje de los poemas caballerescos italianos. Es uno de los guerreros sarracenos, dotado de fuerza sobrehumana y orgullo desmesurado.

—¡Que el diablo os lleve! —respondió James—. Tengo allí mi dinero.

—Lo siento tanto como vos —repuso Alan con aire burlón—. Pero ahora es mío —y con voz grave añadió—: Estáis avisado, James More, abandonad esta casa.

James pareció titubear un instante, pero debió de pensar que ya había tenido una demostración más que suficiente de la habilidad de Alan con la espada, porque inmediatamente se quitó el sombrero y (con la cara de un condenado) dijo adiós a cada uno de nosotros. Después desapareció.

Al mismo tiempo fue como si saliese de mi encantamiento.

—¡Catriona! —grité—. He sido yo con mi espada. ¿Oh, es grave la herida?

—Ya lo sé, Davie. Y os amo por el mal que me habéis hecho defendiendo a ese mal hombre. ¡Mirad! —dijo, mientras me mostraba un arañazo aún sangrante—. Mirad, me habéis consagrado como hombre y ahora llevaré la herida como un viejo soldado.

Transportado de alegría por la pequeñez de la herida y de amor por su bravura, la abracé con calor.

—¿Es que voy a estar alejado de los abrazos? —exclamó Alan, poniéndose a mi lado y tomándonos a ambos por los hombros—. Querida amiga —añadió—, sois una hija de Appin. De él todos dicen que es un hombre valeroso y os aseguro que puede estar orgulloso de vos. Si alguna vez debiera casarme, buscaría una mujer como vos para madre de mis hijos. Y yo, que llevo un nombre de rey, digo siempre la verdad.

Alan puso tal pasión en sus palabras que tanto la muchacha como yo nos sentimos halagados y limpios de las ignominias de James More. Entonces éste entró de nuevo.

—Con vuestro permiso, amigos míos —dijo—, todo esto es muy bonito, pero ahora Alan Breck está más cerca de la horca de lo que él mismo desearía. ¡Y, por Dios, que este lugar es admirable y no me apetece irme!

Estas palabras nos hicieron recuperar la cordura. Alan corrió al piso de arriba y volvió con nuestras alforjas y la maleta de James More. Yo cogí el bulto que Catriona había dejado caer en la escalera y salimos de aquella peligrosa casa. Entonces tropezamos con Bazin que nos cerraba el paso con gritos y lamentaciones; cuando las espadas salieron de sus vainas se había arrojado bajo una mesa, pero ahora se sentía valiente como un león, con una factura en la mano que debía liquidar. Se trataba de una silla rota y una vajilla sobre la que Alan se había sentado y que nosotros debíamos pagar, toda vez que James More se había marchado de nuevo.

—¡Ahí tenéis! —grité—. ¡Pagaos vos mismo! Y le arrojé algunos luises de oro, pensando que no era el momento de ponernos a hacer cuentas.

Bazin se arrojó sobre el dinero y sin preocuparnos de él salimos corriendo. Por tres lados de la casa había marineros que se acercaban apresuradamente. Más cerca de nosotros, James More agitaba su sombrero incitándolos a que fuesen más rápidos y, justo detrás de él, giraban las aspas del molino, que parecían imitarle.

De una ojeada Alan captó la situación y comenzó a correr. Llevaba un gran peso en la

maleta de James More, pero creo que hubiese preferido perder la vida antes que abandonar aquel botín que representaba su revancha. Pese a todo, corría de tal manera, que apenas podía seguirle, mientras me sentía maravillado y contento al ver que la muchacha saltaba a mi lado.

Tan pronto como aparecimos, nuestros enemigos abandonaron todo disimulo y comenzaron a perseguirnos con grandes gritos. Contábamos con una ventaja de unas doscientas yardas. Ellos, al fin y al cabo, no eran más que marineros patizambos que difícilmente podrían superarnos en la carrera, y aunque probablemente tendrían armas, suponía que no se atreverían a usarlas en suelo francés. En seguida me di cuenta de que nuestra ventaja no sólo se mantenía, sino que aumentaba poco a poco; entonces empecé a sentirme tranquilo sobre nuestra suerte. Aunque rápida y fatigosa, nuestra huida no fue demasiado larga, ya que estando aún bastante alejados de Dunkerque, desde lo alto de un montículo de arena, descubrimos una compañía de la guarnición que marchaba de maniobras. Alan detuvo su carrera, se enjugó el sudor de la frente y exclamó: «En verdad, son buena gente estos franceses.»

Conclusión

Desde el momento en que estuvimos a salvo tras los muros de Dunkerque, celebramos el consejo de guerra que parecía reclamar nuestra situación. A punta de espada habíamos arrancado una joven de los brazos de su padre y ningún juez daría la espalda a este caso. Así pues, Alan y yo podíamos dar con los huesos en la cárcel, y aunque la carta de Palliser era una buena excusa para nosotros, ni Catriona ni yo teníamos ningún deseo de usarla en público. Después de todo lo ocurrido, lo más prudente era llevar a la joven a París y dejarla en manos del jefe de su clan, Macgregor de Bohaldie, quien estaría deseoso de ayudar a su parienta y escasamente interesado, por otra parte, en deshorrar a James More.

El viaje lo hicimos con gran lentitud, porque Catriona no era tan buena montando a caballo como corriendo, y desde el año 45 apenas si había estado sobre una silla. Por fin el viaje concluyó y entramos en París un sábado muy de mañana. Bajo la dirección de Alan buscamos la casa de Bohaldie, a quien hallamos cómodamente instalado y viviendo holgadamente gracias a la pensión del Fondo Escocés, tan importante como la que le proporcionaban sus propios medios. Acogió a Catriona como a uno de su propia casa, y aunque se mostró educado y discreto, no fue demasiado abierto. Entonces, nosotros le preguntamos por James More.

—¡Pobre James! —exclamó, sacudiendo la cabeza y sonriendo, como si supiera más de lo que quería decir.

A continuación le mostramos la carta de Palliser y ante ella su semblante palideció.

—¡Pobre James! —repitió—. De todas formas aún hay gente peor que James More. Esto es terriblemente malo y la carta, desde luego, es deplorable, pero precisamente por eso no veo por qué deseáis hacerla pública. Es un mal pájaro el que rompe su propio nido y aquí todos somos escoceses y *highlanders*.

Con la excepción quizá de Alan, estuvimos de acuerdo en mantener la carta en secreto y sobre todo en lo relativo a mi matrimonio. Bohaldie tomó este último asunto en sus manos, como si James More no existiese, y galantemente llevó a Catriona ante el altar. Hasta que el matrimonio no se llevó a cabo y se brindó por los novios, no nos dijo que James se hallaba en la misma ciudad, donde había llegado varios días antes que nosotros y donde ahora se encontraba enfermo y casi al borde de la muerte.

Viendo el rostro que puso mi esposa ante estas palabras comprendí sus deseos.

—Entonces iremos a verle —dije.

—Si ese es vuestro deseo —repuso Catriona.

Se hallaba alojado junto a su jefe, en la buhardilla de una gran casa, en un rincón de la misma calle; hasta allí fuimos guiados por la música de una gaita que acababa de pedir a Bohaldie para entretener su enfermedad. Aunque no tocaba tan bien como su hermano Rob, hacía una bella música y me sorprendió ver que algunos franceses permanecían en la escalera escuchándole.

Estaba acostado en un jergón y en cuanto le vi tuve la impresión de que estaba en el último suspiro. Sin duda Bohaldie le había advertido de nuestra llegada y parecía saber que estábamos casados porque, inmediatamente que llegamos, nos felicitó y nos dio la bendición como un patriarca.

—Nunca se me ha comprendido —nos dijo—. Pero os perdono a ambos sin ningún resentimiento.

Tras lo cual comenzó a hablar con su antiguo estilo, nos ofreció tocar algunos aires con su gaita y, antes de mi partida, me pidió prestada una pequeña suma. En su conducta no pude encontrar ningún signo de arrepentimiento, pero se sentía generoso y me renovaba su perdón constantemente. Creo que me perdonó en cada una de nuestras visitas y cuando, al cabo de cuatro días, pasó a mejor vida en olor de santidad, me podría haber arrancado los cabellos de exasperación. Pagué sus funerales de mi propio bolsillo, pero, cuando me pidieron el epitafio que se habría de inscribir sobre su tumba, no pude aguantar más y acabé por decir que el nombre y la fecha serían suficientes.

Pensé que sería más conveniente no volver a Leyden, donde habíamos pasado por hermano y hermana y resultaría sorprendente nuestro actual estado de esposos. Escocia nos esperaba y, una vez recuperadas todas las cosas que había dejado tras de mí, nos embarcamos en un navío con destino al *Low Country*.

Y ahora, señorita Barbara Balfour (siempre las damas primero) y señor Alan Balfour, herederos de Shaws, la historia toca felizmente a su fin. Si lo pensáis bien, veréis que la mayor parte de quienes han tomado parte en ella son conocidos vuestros. Alison Hastie de Limekilns es la joven que os acunaba cuando erais demasiado pequeños para recordarlo y que después vigilaba vuestros paseos por el parque cuando crecisteis. Esa gran dama, la

madrina de Barbara, no es otra que la señorita Grant, quien tanto se burlaba de David Balfour en casa del *Lord Advocate*. Y me sorprendería que no recordarais a un pequeño caballero enjuto y muy activo, que llegó a Shaws a altas horas de la noche, cubierto con una peluca y un gran abrigo, y que una vez levantados, se os presentó bajo el nombre de señor Jamieson. O quizá Alan haya olvidado de lo que hizo el señor Jamieson: brindar por el rey *del otro lado del mar* —acto sumamente ilegal por el que, según la ley, podría ser colgado—. Os parecerá este hecho sumamente extraño en casa de un buen *whig*, pero el señor Jamieson es un hombre privilegiado a quien incluso permitiría quemar mi granero. En Francia se le conoce ahora bajo el nombre de Caballero Stewart. En cuanto a David y Catriona, os voy a vigilar durante los próximos días para ver si tenéis el atrevimiento de reiros de papá y mamá. Es cierto que podríamos haber sido más sabios y que, a veces, convertíamos en tragedias lo que no eran sino nimiedades, pero cuando crezcáis os daréis cuenta de que tampoco eran más prudentes ni la artificiosa señorita Barbara, ni el valiente Alan. Porque la vida del hombre, en este mundo nuestro, es un extraño negocio y aunque se dice que los ángeles lloran, más bien creo que deben de reír a carcajadas cuando nos contemplan. De todas formas hay una cosa que me propuse al comenzar esta larga historia, y fue contar todo tal y como sucedió en la realidad.

FIN